

LOS LARGOS AÑOS DE AUSENCIA

ISABEL SIERRA



Click
EDICIONES

ÍNDICE

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota preliminar. Mapa](#)

[Berlín, 15 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 16 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 18 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 19 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 21 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 22 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 23 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 25 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 26 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 27 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 28 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 29 de septiembre de 1958](#)

[Berlín, 2 de octubre de 1958](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

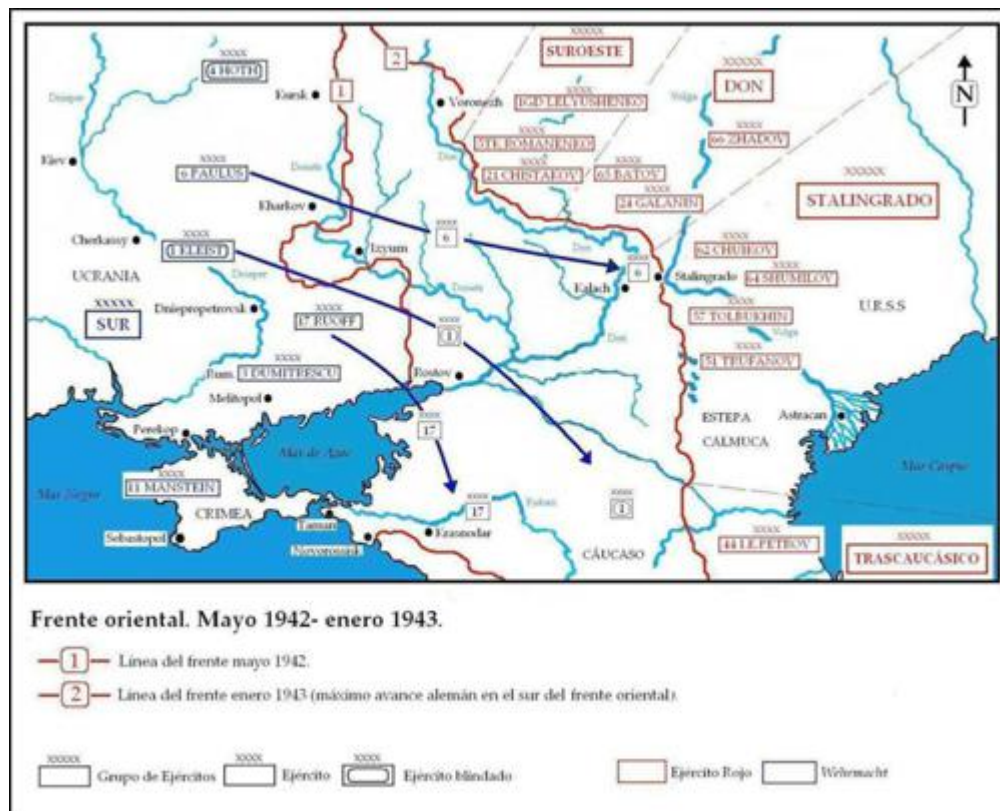
**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

*Para H., allí donde esté, no por mostrarme el camino,
que no lo hay, sino por enseñarme a caminar*

Primavera de 1942. El mundo lleva ya casi tres años en guerra. En Europa, en el sur del frente oriental, los ejércitos alemanes se preparan para su ofensiva de verano contra la Unión Soviética. Avanzando desde Ucrania esperan alcanzar dos objetivos: al sur, los pozos petrolíferos del Cáucaso; al este, una ciudad por la cual se libraría una de las batallas más sangrientas de todo el conflicto, Stalingrado.



BERLÍN, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Alfredo Eybler... Qué extraño me resulta este nombre cuando llevo ya tanto tiempo usurpando la identidad de otro. Y qué extraño me resulta también escribir en este idioma, el mío, cuando hace tantos años que me expreso en una lengua extranjera. Y hoy, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, me siento a escribir utilizando las palabras de mi niñez y mi juventud, esas palabras que acunaron mis sueños de la infancia, que declararon mi amor en mis años jóvenes, para contar... ¿Qué es lo que quiero contar? En realidad ni yo mismo lo sé. Mi existencia insignificante, que ya no es importante para nadie, ni siquiera para mí mismo, no merece en absoluto ser puesta por escrito. Además, yo no poseo ni el talento ni las fuerzas necesarias para hacerlo, al menos no en la forma en que suele hacerse. ¿Por qué escribo entonces? En mi fuero interno sé que lo hago para no volverme loco, para huir de la desesperación, para escapar del terrible vacío y de la soledad que han llenado mi vida en los últimos meses.

Alfredo Eybler. Ese es mi nombre. Hace años, parece ya una eternidad, yo era médico en Madrid. Tenía una familia: una mujer, un hijo. Una vida. Un día me arrancaron de todo aquello para enviarme a miles de kilómetros de mi casa, a la guerra, a Rusia. Aunque mi destino inicial era el frente de Leningrado, acabé en el otro extremo del país, en otra ciudad, con otro nombre igualmente simbólico: Stalingrado. Fue allí donde caí prisionero con otros

muchos hombres, algunos de ellos sanitarios, médicos como yo, mis compañeros, mis camaradas, mis amigos. Fueron trece años de presidio, trece años de infierno en Siberia. Y después de todo aquello, inexplicablemente, seguí vivo... Me liberaron...

Durante meses viajé hacia el oeste, siempre hacia el oeste, como polizón en los vagones de carga de los trenes, en la trasera de camiones cargados de estiércol, a pie. Sobre todo a pie. Recorrí cientos de kilómetros, cruzando la inmensidad de Rusia, durmiendo al raso, con frío, con nieve, con lluvia, comiendo lo que podía encontrar, huyendo... Huyendo de los recuerdos, de mí mismo. Al fin alcancé Polonia. En Varsovia, un billete de tren en tercera clase hasta Berlín este. Y luego, cruzar los controles, al amparo de la noche, evitando a la policía militar, arriesgándome a que una ráfaga de ametralladora me partiese por la mitad. Y al llegar a Berlín oeste, el vacío, la nada. Lo que fue mi vida ya no existía. Yo no existía. Estaba vivo, sí, pero... ¿Por qué? ¿Para qué?

Aún hoy me lo pregunto: ¿por qué sobreviví yo? ¿Por qué yo, que era tan débil, que tuve tanto miedo, que estuve mil veces a punto de sucumbir bajo la presión o de caer bajo los proyectiles enemigos? ¿Por qué yo, y no cualquiera de mis camaradas? ¿Por qué yo, y no Schmidt, o Adler? Ellos no regresaron. Ellos dejaron sus vidas allí.

La vida toma a veces extraños caminos, y el oscuro sendero por el que ahora transito es tan terriblemente doloroso que cada noche me acuesto deseando no despertar, y cada día he de forzar al máximo mi voluntad para no poner fin a una vida que ya no tiene ningún valor: la mía.

Quizá por eso escribo, porque, mientras ordeno en mis pensamientos todo lo que he vivido en los últimos quince o dieciséis años, alejo de mi alma ese deseo vehemente de estar muerto, porque cada vez que evoco el recuerdo de los que vivieron conmigo todo aquello, que me ayudaron, que se esforzaron tanto para que yo conservara mi vida, sosteniéndome con su fuerza, alentándome con su coraje, me doy cuenta de que poner fin ahora de una forma tan cobarde a mi vida sería una traición a su memoria, cuando les debo tanto.

Pero en estos meses de soledad en Berlín, de crudelísima soledad y de silencio, en estos meses, en los que he confirmado lo que en el fondo hacía tiempo que ya sabía, que de lo que fue mi vida antes de todo aquello ya no me queda nada, he estado tantas veces al borde de la desesperación, he creído tantas veces que llegaría a enloquecer de angustia, he estado tantas veces tentado de escapar, de escapar definitivamente del tormento interior en el que vivo... Y es por eso por lo que me he decidido a volcar sobre estas páginas en blanco parte de la pesada carga que llevo, y que creo que ya no podré soportar mucho tiempo más, hilando palabras que nadie habrá de leer.

Alfredo Eybler. Ese es mi nombre, y si bien mi apellido es de origen alemán, yo nací en Madrid. Mi padre era un médico austríaco afincado en España, casado con una maestra española, mi madre. Aunque murió cuando yo era apenas un adolescente, conservo aún un vívido y afectuoso recuerdo de él. Mi padre era un hombre poco corriente para su época. Hablaba con corrección varios idiomas. Su formación en Medicina, reconocida por las universidades de Viena, París y Berlín, era excelente. Pero su mente inquieta se interesaba no solo por la medicina, sino por otros muchos temas: mi padre tocaba el piano, conocía bien la historia de nuestra vieja y querida Europa y había leído a muchos de los grandes clásicos de la literatura y del pensamiento. Antes de recalar en Madrid y conocer a mi madre, había viajado por medio mundo. Tenía una mentalidad abierta, libre de prejuicios, una amplitud de miras que no era frecuente ver en aquellos años, y un bagaje casi infinito de experiencias y conocimientos. Con él aprendí a nadar, a montar en bicicleta, a tocar el piano, a cazar... Aprendí historia y geografía. Todavía recuerdo cómo mi imaginación infantil volaba cuando mi padre me describía, señalándome en el mapa, cómo era el desierto del Sahara, en el que había estado en su juventud, cómo era el lugar en el que vivían los elefantes de África o hasta dónde había llegado Alejandro Magno con sus conquistas, todo ello de manera sencilla,

amena, ágil, como si fuera un cuento. Y yo disfrutaba enormemente escuchándole y preguntándole cosas para las que siempre tenía una respuesta. Pero de mi padre, sobre todo, aprendí valores, principios en los que él creía firmemente y que me sirvieron para encauzar mi vida: la importancia del conocimiento, la libertad y la fuerza que aporta el saber, el valor del esfuerzo y del trabajo, la integridad, la honradez... Con él, aunque en casa se hablara habitualmente castellano, aprendí, cómo no, a hablar, leer y escribir en alemán. Cosas de la vida, esto último fue lo que al final marcó mi destino. Mi padre murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía doce años. Mi madre no volvió a casarse.

Cuando estalló la Guerra Civil en España yo estaba ya en mi último año de universidad. Todos los estudiantes de último año de Medicina fuimos movilizados. Algunos fueron enviados al frente. A otros, entre los que yo me encontraba, nos destinaron a reforzar los hospitales de la capital. Ahora, después de todo lo sucedido, pienso que mi apellido extranjero fue probablemente la causa de que yo me quedara en Madrid.

Mi madre estaba ya enferma; el cáncer la iba consumiendo lentamente. Fue siempre una mujer fuerte y valiente y sobrellevó su enfermedad con una entereza que aún me admira. Siempre quiso morir en casa, pero a principios de 1939 su estado de salud era tal que no tuve más remedio que convencerla para ingresar en el hospital. Durante semanas yo no salí de allí. Cuando acababa mis turnos de guardia me pasaba los días y las noches junto a su cama. Ella insistía en que me fuera a casa a descansar, pero yo no quería dejarla.

Es difícil describir el dolor y la impotencia que sentí durante los días que precedieron a su muerte, al ser consciente de pronto de que todo mi trabajo, toda la ciencia que durante años me había esforzado en adquirir, en la que creía y confiaba, en última instancia no servirían para salvar a mi madre. Pero aún me quedaba algo que sí podía hacer por ella, como médico y como hijo: acompañarla, aliviar su dolor. Y lo hice, al menos lo intenté con todas mis fuerzas, lo mejor que supe, lo mejor que pude.

Mi madre murió de madrugada. Los calmantes habían logrado finalmente controlar el dolor físico de su enfermedad y sobre medianoche se quedó dormida. Recuerdo que antes de cerrar los ojos aquella noche me miró, con esa mirada suya, serena, profunda y sabia, y me dijo:

—Estoy orgullosa de ti.

Yo cogí su mano.

—Y yo de ti, madre. Ahora descansa.

Ella se durmió. Yo me quedé contemplando su rostro mientras dormía, con su mano aún entre las mías, y con un extraño nudo en la garganta, como quien ve acercarse rápidamente lo inevitable. Pude sentir según pasaban las horas cómo su mano se iba quedando cada vez más fría, cómo su respiración se hacía más lenta y superficial, hasta que llegó un momento en que, tras expulsar el aire, sus pulmones se negaron a seguir funcionando. Tomé el pulso en su muñeca, y al no sentirlo intenté buscarlo en su cuello, pero fue inútil: mi madre había muerto.

La guerra terminó pocos meses después. Muchos de los estudiantes que, como yo, habían completado su formación en el hospital durante el conflicto, se reincorporaron a la vida normal, abrieron consultas privadas o se fueron a otros centros hospitalarios. A mí me ofrecieron un contrato para continuar ejerciendo como médico en el mismo hospital en el que había trabajado durante la contienda. Lo acepté sin pensarlo. Aquello suponía un sueldo y un trabajo estables que me permitieron comenzar una nueva vida y contraer matrimonio con Ana.

Ana y yo crecimos juntos. Su familia y la mía vivían en la misma calle. El padre de Ana trabajaba en un taller y su madre era costurera. Su madre y la mía se conocían porque con frecuencia mi madre le llevaba trabajos de costura. Pude ver cómo, al mismo tiempo que yo me convertía en un hombre, ella se transformaba en la mujer, inteligente y hermosa, con la que deseaba pasar el resto de mi vida.

Mi boda causó cierto revuelo en el hospital, porque el padre de Ana, que había caído durante la guerra, había luchado en el bando perdedor. Pero aquello no afectó en absoluto al amor que yo sentía,

que aún siento, por ella, tan intenso que duele. Un año después de nuestro matrimonio nació nuestro hijo Carlos. Fue una época de mi vida en la que me sentí, por una vez, plenamente feliz.

Corría la primavera de 1942 cuando mi vida se partió por la mitad. Vinieron a buscarme a casa muy temprano, antes de que yo saliera a trabajar. El pequeño Carlos, todavía un bebé, estaba durmiendo. Ana ya se había levantado; solíamos desayunar juntos cada mañana. Los hombres que vinieron a buscarme eran dos militares. Traían para mí una orden en la que se me conminaba a presentarme en un determinado cuartel en las cercanías de Madrid para una instrucción de seis semanas, puesto que se me había reclutado como médico para servir con las tropas españolas que luchaban en Rusia al lado del ejército alemán. Recuerdo que leí la lacónica nota oficial que me presentaron. Los datos que figuraban en ella eran ciertamente los míos, y en aquel escrito se me notificaba, tal y como aquellos hombres habían dicho, mi reclutamiento para luchar en Europa. Leí aquel papel dos veces, una tras otra, y aun así me costó creer que aquello fuese cierto. Yo tenía una familia, un hijo del que hacerme cargo. Yo no había servido nunca como militar y ni mucho menos me había presentado voluntario para ello. No tenía ninguna intención de dejar a mi familia. Tenía que ser un error.

Los militares escucharon todos aquellos argumentos por los cuales yo me negaba a obedecer, pero mis palabras se estrellaron contra el muro de su indiferencia. Tenían orden de acompañarme hasta el citado cuartel e iban a cumplir su cometido, de grado o por fuerza. Recuerdo que, en un momento determinado, uno de ellos, el de mayor graduación, bajó por un instante la mirada, como cansado de aquella conversación, que para él era sin duda del todo inútil. Lo hizo mientras apoyaba la mano derecha sobre la culata del arma reglamentaria que llevaba al cinto, con un gesto que quiso parecer casual, pero que sus ojos revelaron como una velada advertencia cuando se cruzaron de nuevo con los míos. Después fijó su vista en

Ana, que estaba a mi lado, aferrada a mi brazo como si quisiera retenerme, impedir que me llevaran, asustada y temblorosa.

—Sinceramente, sería mejor que nos acompañase —dijo al fin aquel militar, interrogándome con la mirada—. Sería una lástima que tuviera lugar una escena desagradable en presencia de su señora.

Entonces supe que no tenía alternativa.

Me volví hacia Ana. Sus ojos claros, cargados de angustia, se llenaron de lágrimas que me partieron el alma. Cogí mi chaqueta, colgada en una percha en el recibidor. Me acerqué de nuevo a mi esposa y besé su frente. Ana continuaba mirándome, en silencio, pálida, como si quisiera retener aquella imagen mía en su retina, como si temiera, como si supiera que, si yo accedía a acompañar a aquellos militares, no regresaría jamás. Salí de casa escoltado por aquellos dos soldados, dispuesto a presentarme ante sus superiores y conseguir que revocaran aquella orden absurda que destruía mi vida. Ana, desde el umbral, me siguió con la mirada mientras bajaba las escaleras. También yo la miré, esperando volver a verla muy pronto. En aquel momento yo no podía siquiera imaginar que ya no volvería a aquella casa.

En el cuartel todas mis protestas fueron vanas. Me despojaron de todo lo que me convertía en un civil: me raparon el pelo, me dieron un uniforme y el grado de teniente que al parecer me correspondía por mi formación como médico. Mi demanda de hablar con el responsable de todo aquello fue desoída. Todo el mundo parecía dar por sentado que yo entraría en la vida militar, así, sin más, como habían hecho otros, reclutas o voluntarios. Pero yo no era como los demás, y mi resistencia a someterme a aquella disciplina, a entrar en aquel juego, me llevó el mismo día de mi llegada al calabozo. Allí pasé prácticamente la mitad de aquellas seis semanas de instrucción completamente incomunicado. Durante todo ese tiempo intentaron persuadirme, de todas las maneras posibles, de que aceptara el destino que se había dispuesto para mí. Pero yo seguí obstinadamente negándome a ello.

Una tarde la puerta de mi calabozo se abrió para dar paso a un hombre que no era un militar. Vestía un traje oscuro, llevaba unas gafas de montura metálica que daban a su mirada, gélida como la de un reptil, un cierto aire siniestro. Aquel hombre me expuso de manera meridianamente clara la situación en la que yo me encontraba. Se me había elegido para llevar a cabo una labor para la que mi cualificación como médico y mis conocimientos de alemán me hacían idóneo. Si los métodos militares no lograban convencerme para aceptar desempeñar aquella labor porque mi vida o mi integridad no parecían ser importantes para mí, ellos, y no especificó quiénes, podrían tomar las medidas que consideraran oportunas con respecto a mi familia, especialmente a mi esposa. Disponían de argumentos suficientes para ello, puesto que Ana era hija de un republicano, y si no habían tomado dichas medidas antes era porque esperaban contar por las buenas con mi colaboración para la tarea que se me había designado. Me dio tiempo hasta el día siguiente para que reflexionase sobre todo aquello. A las seis de la mañana abrirían la puerta de mi celda para que me presentara en el patio del cuartel con el resto de la tropa para la instrucción. Él estaría allí, esperando ver la decisión que yo había tomado. Dicho esto, sin esperar por mi parte ninguna respuesta, se fue. La puerta del calabozo se cerró tras él. Durante un tiempo me quedé como bloqueado, incapaz de reaccionar, asimilando lo que aquel hombre me acababa de decir. Pasé aquella noche alternando en mi ánimo la rabia, la impotencia, la inquietud y la desesperación, y supe que, si quería salvaguardar el bienestar de mi familia, no tenía otra alternativa que ceder.

No pude ver a Ana ni hablar con ella durante todas aquellas semanas. Solamente me fue permitido verla el día de mi partida. El tren que me llevaría lejos de mi familia, a mí y a otros cientos de hombres como yo, partía de la estación de Atocha a las cuatro de la tarde hacia Hendaya, donde estaba previsto hacer un trasbordo a un tren militar alemán para llegar al campamento militar de Hof, en

Baviera, donde esperaban nuestra llegada como reemplazos de la 250.^a División de Voluntarios Españoles que combatían frente a la ciudad de Leningrado en el norte de Rusia. En Hof nos equiparían y entrenarían durante cuatro semanas más antes de trasladarnos al frente. Voluntarios... Cuando pensaba en mi situación, aquella palabra estaba completamente fuera de lugar.

Fue en la estación de Atocha donde vi por última vez a mi mujer y a mi hijo. Apenas tuvimos tiempo de decirnos nada en aquellos breves minutos. Ana lloraba y yo besaba y acariciaba sus oscuros cabellos, en un gesto inútil para atemperar aquel dolor, que era también el mío. A pesar del ruido y del trasiego de personas y bultos en la estación, recuerdo que mi hijo Carlos, que aún no había cumplido un año de vida, permanecía tranquilo entre los brazos de Ana, ajeno al drama que se estaba desarrollando en torno suyo. Callado, algo intimidado quizás por el bullicio, sus ojos grandes y grises, brillantes como nubes que presagian tormenta, muy abiertos, miraba a su alrededor con curiosidad. Parecía seguro de que nada malo podría sucederle en brazos de su madre. En un momento determinado un fotógrafo se acercó a nosotros.

—Permítanme que les haga una fotografía —nos dijo con una sonrisa—. Cuando su esposo vuelva a casa podrán verla juntos. Será un recuerdo.

No esperó respuesta. Simplemente disparó su cámara y a continuación entregó a Ana un resguardo con la dirección del estudio donde podría recogerla. No sé si ella llegó a hacerlo.

Con el último aviso la escolta militar que me había acompañado hasta la estación me conminó a subir a aquel tren. Besé a Carlos en la frente, que dibujó una sonrisa en su rostro infantil. Besé a Ana apasionadamente, como si fuera el último beso que podría darle durante el resto de mi vida... Fue, efectivamente, el último. Los militares me empujaron sin muchos miramientos hacia el último vagón del tren. Cerraron la puerta. Me asomé por la ventanilla, buscando una última imagen de Ana y de mi hijo para llevarme conmigo. El tren echó a andar lentamente. El andén estaba lleno de gente, pero yo solo veía a Ana, que sostenía a nuestro hijo contra su pecho y lloraba.

Isabel Fernández de Artaza, la madre de Ana, que con extremada delicadeza se había mantenido al margen, se acercó entonces a su hija y recogió a Carlos de entre sus brazos. La mirada de Ana y la mía se cruzaron durante unos pocos segundos. Pude ver que ella se dejaba caer de rodillas sobre el andén, sin fuerzas... Mi Ana, mi querida, mi pobre Ana...

El tren tomó una curva para salir de la estación y ya no vi más.

BERLÍN, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Anoche no pude seguir escribiendo. El dolor... El dolor físico de la enfermedad. Otra vez ese dolor en mi pecho, opresivo, transfixiante, que me atraviesa hasta la espalda y me atenaza la garganta como un puño de acero hasta impedirme casi respirar. ¿Cuánto había durado esta vez? ¿Veinte minutos? ¿Quizá media hora? Me dejó exhausto, con un sudor frío bañando mi frente, incapaz de pensar.

Hace ya un par de meses que estos episodios de dolor me asaltan de vez en cuando. Soy médico y conozco esos síntomas. Los he visto con frecuencia en otros, en algunos de mis pacientes. He sentido clavada en mí esa mirada característica del paciente grave, esa advertencia inconsciente y velada que cualquier buen profesional es capaz de percibir enseguida: «Me puedo morir, me estoy muriendo... ¡Ayúdame!». Sin embargo, nunca hasta entonces había sentido esos síntomas en carne propia. Es muy posible que sea una angina de pecho, aunque el último episodio de dolor que he tenido ha sido tan prolongado que no descartaría un infarto. Otra crisis como esa y es posible que no pueda contarla. La otra alternativa diagnóstica a mi sintomatología sería un aneurisma de aorta. El pronóstico, en cualquiera de los casos, es igualmente malo. Y no es que me importe demasiado.

Tendré que acudir a la consulta de algún médico. Necesito un electrocardiograma y una radiografía de tórax para saber

exactamente a qué atenerme. Desde que estoy en Berlín, desde mi regreso de los campos de prisioneros de guerra de Siberia donde pasé tanto tiempo, y de eso ha transcurrido ya más de un año, apenas he salido de la casa en la que habito, salvo para las cosas más básicas. No mantengo relación con nadie ni he vuelto a trabajar. Ahora no necesito el dinero.

Cuando comencé a sufrir los primeros episodios de dolor no quise darles ninguna importancia. Entonces tenía cosas más relevantes en las que pensar. Ahora que lo que tenía que hacer ya está hecho y que los síntomas son cada vez más frecuentes e intensos, es necesario que sepa exactamente qué es lo que me ocurre. Es fundamental para decidir lo que debo hacer en las próximas semanas. Aunque he de confesar que, a veces, muchas veces, cuando me asalta el dolor, lo que deseo realmente es abandonarlo todo y morir.

Escribir, revivir los recuerdos de estos años terribles, tal vez alivie mi alma y me permita esquivar la sinrazón y la locura, pero físicamente me desgasta y me agota. Hasta ayer, hasta recordar aquella despedida, aquella vez, que sería la última, que besé a mi esposa y a mi hijo, la última vez que los vi..., hasta ayer, como he dicho, no había tenido un episodio de dolor tan intenso y prolongado. Pero necesito escribir. Necesito hacerlo para mantener la cordura, para no pegarme un tiro, para no flaquear, para no sucumbir a la desesperación. No tengo derecho. Hubo gente, hombres excepcionales, que se sacrificaron para que yo siguiera vivo. No puedo defraudarles. Y un poco más de dolor físico, cuando he sufrido ya tanto dolor físico y moral..., ¿qué importancia tiene ya? Al final, en un momento u otro, la muerte vendrá a buscarme, y estaré preparado.

El tren que debía llevarme, junto con otros muchos hombres, fuera de mi país partió puntualmente a las cuatro de la tarde de la estación de Atocha. Durante el trayecto hasta Hendaya pensé mil veces en escapar, en saltar del tren, volver a Madrid y huir con mi

familia a Francia. ¿Por qué no llegué a hacerlo? La verdad es que no lo sé. No fue la policía militar que nos acompañaba en el vagón la que frenó mi impulso, ni el aprecio a mi propia vida, que nada valía sin los míos. Sinceramente, no lo sé. Sentado en el fondo del vagón, negándome a hablar con nadie, sumido en el dolor de mi pérdida, no logré encontrar en mí las fuerzas necesarias para la huida. Me sentía arrastrado por unas circunstancias que me desbordaban y que me veía incapaz de afrontar. Y me quedé allí quieto, dejando pasar las horas, permitiendo que la distancia que me separaba de mi esposa y de mi hijo aumentara más y más.

¿Por qué no salté del tren entonces, cuando aún estaba a tiempo? Esa pregunta me ha torturado durante años. Todo hubiera sido distinto. Eso es seguro. Tal vez hubiera logrado escapar y ahora viviría tranquilamente en cualquier ciudad francesa. Mi hijo iría a la universidad y yo compartiría con Ana tranquilos paseos en cálidas tardes de domingo. Recordaríamos los años vividos juntos y una sonrisa cómplice, feliz, iluminaría su rostro, y sus ojos azules brillarían como nunca antes lo habían hecho.

Es posible también que no lo hubiera conseguido, que la policía militar me hubiera detenido en el primer cruce de caminos y me hubiera fusilado por desertor sin mayores contemplaciones, dejando mi cuerpo tendido en la orilla de un camino. Luego hubieran tomado represalias contra Ana. La habrían separado de Carlos, que habría acabado en un orfanato. Ella habría acabado en prisión, quién sabe si incluso muerta.

No lo sabré nunca. El pasado no puede cambiarse. Aunque duela, y ese dolor no lo mitigue el tiempo, sigue ahí. El hombre es prisionero de su pasado. Yo soy prisionero del mío.

Era ya de noche cuando nuestro tren llegó a Irún. Pasamos la frontera francesa hasta Hendaya y allí cambiamos de tren: un convoy militar alemán que nos llevaría hasta la ciudad de Hof, en Baviera, en un trayecto que no tuvo más paradas. Viajamos durante toda la noche. Hubo quien pudo dormir. Yo daba cabezadas sueltas sin lograr conciliar un sueño reparador. Hacia medianoche, cuando ya el tren estaba casi en silencio y se escuchaba tan solo el

traqueteo incesante de la locomotora y la respiración agitada de quienes sí conseguían descansar, un soldado se me acercó.

—Eh, doctor —me llamó con un susurro—. ¿Está dormido?

—No.

—Vengo a proponerle un negocio. Dos paquetes de tabaco por una ampolla de morfina de su botiquín.

La oferta me dejó sorprendido.

—¿Y para qué quiere usted morfina?

El soldado esbozó una sonrisa, amarga y dura. Era un tipo de unos cuarenta años, de aspecto fuerte, firme, decidido, como un árbol viejo que se agarra a la tierra con raíces profundas. Su rostro, quemado por el sol, estaba surcado de pequeñas arrugas, las huellas que dejan el trabajo, las penalidades, las preocupaciones de una vida humilde. Un hombre como tantos otros, obreros del campo, hijos de la tierra.

—Doctor, yo ya luché en una guerra —me dijo abriendo su guerrera y descubriéndose el pecho cubierto de cicatrices—. Y no tengo intención de sufrir.

No pude objetar nada ante aquella lógica aplastante, la lógica sencilla de un hombre que no quiere sentir dolor... Le di la morfina y él dejó dos paquetes de Celtas a mi lado. Me saludó en silencio, llevándose una mano a la gorra, y desapareció mezclándose entre los soldados.

Por la mañana los campos de Francia pasaban aún veloces ante nuestros ojos soñolientos mientras nuestro tren avanzaba hacia Alemania. No sé exactamente cuándo cruzamos la frontera, pero sí recuerdo que era de nuevo de noche cuando nos informaron de que en una hora estaríamos en nuestro destino. Efectivamente, poco más de una hora fue lo que tardó nuestro tren en detenerse en la estación de Hof. Era evidente que los alemanes esperaban nuestra llegada, pues oficiales y soldados de la Wehrmacht, el ejército alemán, nos esperaban en los andenes. A medida que íbamos bajando del tren nos indicaban en un elemental castellano que debíamos formar por pelotones. Así formados, nos trasladaron a pie hasta el campamento.

El acuartelamiento de Hof era enorme. Además de nosotros se alojaban allí varias unidades alemanas cuya partida al frente estaba prevista para las próximas semanas. Aunque en un principio seguí la misma rutina que el resto de mis compatriotas, el comandante alemán pronto me llamó a su despacho. Los informes de mi unidad especificaban que yo hablaba su idioma y mi apellido llamó su atención, casi tanto como mi aspecto cuando me presenté ante él: yo era rubio y de ojos claros, rasgos heredados de mi padre. Físicamente no me parecía demasiado a los soldados españoles que sin duda ellos estaban acostumbrados a ver: hombres morenos, enjutos, curtidos, duros. Tuve que explicarle que mi padre no era español, sino austríaco. Tuvimos una larga conversación, siempre en alemán. El comandante se interesó ampliamente por mi formación y mi experiencia como médico. También me hizo muchas preguntas sobre mi padre. Era poco común que los españoles hablaran alemán y el hecho de que yo supiera su idioma pareció agradaarle. Tras aquella entrevista fui destinado a la enfermería del cuartel, donde en las semanas siguientes solo traté con sanitarios alemanes. Tuve la sensación de que me ponían a prueba, ponían a prueba tanto mis conocimientos de medicina como el dominio que yo tenía de su lengua.

Una semana antes de que los reemplazos españoles partieran hacia Leningrado el comandante volvió a reclamar mi presencia.

—Teniente Eybler —comenzó a explicarme—, los planes que teníamos con respecto a usted han variado un poco. En principio iba usted a acompañar a sus compatriotas al norte del frente oriental, a Leningrado, donde está destinada la 250.^a División de Voluntarios Españoles. Esperábamos de usted, además de que desempeñara su labor como médico, que hiciera de intérprete entre los oficiales de su país y nuestros mandos, una especie de oficial de enlace. Pero hemos recibido informes del VI Ejército, que se encuentra en Ucrania. Algunas de sus divisiones andan bastante escasas de personal sanitario. Así que hemos decidido que, en lugar de enviarle a Leningrado, partirá usted con las tropas alemanas de refuerzo destinadas a Ucrania para dar cobertura sanitaria a la 74.^a División de Infantería del mencionado VI Ejército, que parten de aquí, de

Hof, dentro de unas horas. Su padre es austríaco, y Austria pertenece al Reich, así que su traslado no requiere ningún trámite específico. Podemos considerarle a usted ciudadano alemán e integrarle en la Wehrmacht.

Deseé haber entendido mal aquellas palabras... Un sudor frío recorrió mi espalda.

—¿Me está diciendo que me separan de mis compatriotas?

—Véalo de la siguiente forma, teniente Eybler: pasa usted a servir en el ejército en el que hubiera servido su padre, pero no como voluntario, sino como soldado de pleno derecho —fue la respuesta del comandante.

—Pero, *herr Kommandant* —protesté—, tengo familia en España. Si me cambian de destino, si me separan de mis compatriotas, ¿cómo sabrán ellos qué ha sido de mí?

Mis preocupaciones, mis pensamientos, mi angustia y mi miedo no eran por mí. Eran por mi esposa, por mi hijo...

—No se preocupe por eso —me respondió—. Se ha informado a sus superiores. Ellos darán parte a su gobierno. Su familia sabrá de usted. Ahora, acompáñeme. Le entregaré sus documentos y recibirá su equipo.

Con aquella frase el comandante dio por finalizada la conversación. Se puso en pie y tuve que seguirle. Apenas unas pocas horas después de aquella entrevista, de madrugada, sin que yo pudiera objetar nada, sin haber tenido tiempo ni oportunidad de escribir a casa o de hablar con los compatriotas que habían viajado conmigo desde Madrid, vestido y equipado como médico militar alemán, y tras haber recibido nueva documentación y órdenes, estaba otra vez en un tren, un tren que desde Alemania me llevaría a Rusia.

El sol asomaba tímidamente en el horizonte cuando partí de la estación de tren de Hof con las tropas alemanas destinadas a Ucrania. Durante un tiempo permanecí en el pasillo del vagón, aturdido, incapaz de reaccionar. Me sentía como una marioneta de

las circunstancias; había dejado de tener control alguno sobre mi propia vida. Recuerdo que sentía bajo mis pies el traqueteo de la locomotora. Oía las voces y las risas de los soldados alemanes que ocupaban los compartimentos de aquel vagón de tren. Pero todos aquellos sonidos parecían lejanos, irreales, como si estuviera viviendo un sueño, o más bien una pesadilla. Una angustia opresiva me atenazaba la garganta. Mi destino no me preocupaba especialmente. Leningrado, Ucrania... ¿Acaso había alguna diferencia? Pero ¿y mi familia? ¿Qué iba a ser de los míos? ¿Qué supondría para ellos el hecho de que yo fuera ahora considerado, al menos nominalmente, como ciudadano alemán? Recordé las palabras de aquel hombre, aquel funcionario vestido de oscuro que había venido a convencerme de que debía acatar aquella orden de reclutamiento mientras estaba en el calabozo del cuartel en Madrid. Pensé lo peor. Y ni siquiera había tenido la posibilidad de escribir a casa, de escribir a Ana, desde que me fui. Me fui y la dejé sola con nuestro hijo.

Permanecí horas en aquel pasillo, solo, sumido en mi desconcierto, en mi inquietud, en mi dolor, hasta que un soldado asomó la cabeza por la puerta de uno de los compartimentos. Su voz me obligó a volver a la realidad.

—¡Vaya! —exclamó con una sonrisa de cortesía—. Después de todo parece que no somos simplemente carne de cañón, pues nos envían al frente con personal sanitario. Acomódese con nosotros, teniente. Aún queda sitio y el viaje hasta nuestro destino será largo.

Los tres soldados que ocupaban aquel departamento encontraron rápidamente un hueco para mi equipo médico en la pequeña balda portaequipajes. Me cedieron el sitio que quedaba libre junto a la ventana. Los tres eran jóvenes soldados de infantería. *Landser* era como se les denominaba en alemán. No creo que ninguno de ellos tuviese más de veinte años. Uno de ellos me ofreció un cigarrillo. Lo acepté.

Es curioso cómo es la guerra, cómo somos los hombres. Qué frágiles, qué débiles... Yo apenas fumaba antes de comenzar mi odisea como médico militar. En casa, jamás; en el trabajo, muy ocasionalmente. Sin embargo, en aquella situación, en la guerra, un

cigarrillo, un paquete de tabaco, era moneda habitual de cambio; me habían comprado morfina con él. Era la excusa para establecer relaciones, para templar los nervios, para aplacar el miedo, calmar la angustia, esconder la tristeza y el dolor.

—¿Adónde le han destinado, teniente? —me preguntó el soldado que estaba sentado a mi lado.

Tuve que sacar mis papeles del bolsillo interior de la guerrera para poder contestar aquella pregunta; no era capaz de recordar siquiera el destino que se me había asignado, aunque el comandante de Hof me lo nombrara antes de partir.

—A la 74.^a División de Infantería —respondí finalmente tras consultarlo en mis órdenes.

El soldado que me había ofrecido el cigarrillo esbozó una sonrisa.

—Es la mía —dijo—. Hans Braechel, de Mainz —se presentó.

—Alfredo Eybler.

Durante los cuatro largos días que duró nuestro viaje hasta Ucrania, aquellos muchachos me ofrecieron su compañía, compartieron conmigo sus raciones y su tabaco y me regalaron la alegría de su juventud, ese sentimiento que uno tiene cuando es joven, sano y fuerte, no conoce el sufrimiento, ni la enfermedad, ni la muerte, no tiene miedo porque tampoco tiene consciencia del peligro, se siente en cierto modo invulnerable y piensa que siempre será así. Recuerdo ese sentimiento que ellos aún conservaban porque hubo un tiempo durante el cual también yo lo experimenté, un sentimiento que los años, la experiencia y la vida te van arrebatando y que para entonces yo ya había perdido irremisiblemente. Y de aquellos tres soldados recuerdo especialmente a Hans porque, durante el viaje, hubo un momento en que se dirigió a mí para decirme algo, algo que no esperaba oír de sus labios, algo que no he conseguido olvidar.

—Teniente... —me dijo, y su tono de voz, despreocupado y juvenil hasta entonces, cambió de pronto—. Me gustaría que recordase mi nombre. Tengo posibilidades..., todos las tenemos —añadió con una sonrisa que quiso ser irónica mirando a sus camaradas—, de caer en sus manos, herido, aunque vivo, o muerto.

Cuando me despedí de mi madre en Mainz, mi ciudad natal, antes de partir hacia el frente, ella me dijo algo que no logro quitarme de la cabeza: «Hazme saber noticias tuyas, buenas o malas. Porque solo hay una cosa que sería incapaz de soportar, y es la incertidumbre de no saber si vives o si has muerto». Me gustaría que si en los meses siguientes caigo en sus manos, doctor, y yo no puedo ponerme en contacto con ella, lo haga usted.

A nuestra llegada a Ucrania, apenas el tren se detuvo en su destino, nos separamos. Nunca volví a verle. Ni a Hans Braechel, de Mainz, ni a los demás. No sé si Hans sobrevivió a la guerra, si le hirieron y fue otro médico quien le atendió o si encontró la muerte. No sé si su madre llegó a tener noticias suyas. Nunca fui a Mainz a comprobarlo. Sin embargo, aún hoy recuerdo aquella frase suya, y aquella palabra, que en los meses, en los años siguientes, llegaría a conocer muy bien: *incertidumbre...*

Aquel viaje de cuatro días fue al mismo tiempo muy corto y muy largo. Cuando aún distábamos unas decenas de kilómetros del frente pudimos escuchar, por encima del traqueteo monótono del tren, las explosiones de las bombas. Al principio creímos que se trataba de truenos. El cielo estaba gris aquella tarde de mayo de 1942 y amenazaba tormenta. Fue una sutil forma de querer engañarnos a nosotros mismos. A medida que disminuía la distancia entre nosotros y la guerra, el sonido fue llegando a nuestros oídos con mayor nitidez y comprendimos, no sin cierta inquietud, que no se trataba de ningún fenómeno natural.

El tren se detuvo al sur de una ciudad ucraniana de la que en aquel momento ni siquiera sabía el nombre. Más adelante las vías férreas y la estación de tren habían sido destruidas por los bombardeos. Caía la tarde.

Crucé unas palabras apresuradas de despedida con los soldados con quienes había compartido el viaje, con Hans Braechel y con los demás. Ellos bajaron rápido del vagón, preparando sus armas. Estaban bien entrenados. Desde el improvisado andén algunos

oficiales iban agrupando a las tropas de refresco por secciones y las dirigían a toda prisa a las líneas más debilitadas del frente. Perdí de vista a los muchachos con los que había viajado hasta allí. No volvería a verlos.

Yo me demoré algo más que ellos en bajar del vagón. Recogí mi equipo médico. Una sensación indefinible de ansiedad me invadía. Nunca había estado en el frente. Era cierto que no iba a combatir en la guerra como soldado; yo era médico. Pero estaría cerca de los combates. Muy cerca.

Cualquiera diría que estaba nervioso, que tenía miedo, pero esas palabras no describen con exactitud lo que yo sentía en esos momentos. Mi corazón latía despacio, pero con tanta fuerza que casi podía notar cómo golpeaba mi esternón. Mi pulso era firme, mis manos no temblaban, pero yo sentía que la precisión de sus movimientos no era la misma. Cuando al final bajé del tren y fijé la vista en la línea de combate, tan terriblemente cercana, en los edificios de aquella población convertidos en ruinas humeantes, tuve una extraña percepción, como si todo a mi alrededor, los gritos, las explosiones, el trasiego continuo de soldados en torno a mí, de repente se moviera a cámara lenta. O más bien lo contrario, como si yo, que permanecía inmóvil, de pie en el andén, estuviera de algún modo recorriendo aquel escenario deprisa, muy deprisa.

Casi podía ver los proyectiles que salían de los cañones de los tanques, seguir su recorrido con la vista, ver dónde y cómo impactaban, ver la destrucción que producían. Podía ver a los soldados, percibir cada detalle de sus movimientos y sus gestos, despacio, como si fueran imágenes de un noticiario que pasaban lentamente ante mis ojos. Un soldado llevándose el fusil al hombro, amartillándolo, apuntando, para disparar después. Otro, a cubierto tras el muro de un edificio en ruinas mientras recargaba su arma con movimientos precisos. Otro más, que trataba de cruzar una calle al descubierto barrida por un intenso fuego cruzado, desafiando a la muerte. Pude ver la torreta de un tanque cercano que se aproximaba al lugar desde una calle anexa, cambiando su ángulo. Apuntó a aquel soldado. La ráfaga de ametralladora del blindado le alcanzó de lleno. Pude ver, intuir más que ver, el rictus de dolor de

su rostro. Pude imaginar su voz y el grito atroz que salió de sus labios. Quedó tendido en el suelo. Con una mano trataba de sujetar los intestinos que salían de su vientre, reventado por el alcance de unos proyectiles de calibre brutal. Con la otra trataba de arrastrarse hasta un lugar a cubierto donde protegerse. «Protegerse ¿para qué?», recuerdo que pensé horrorizado por la escena, horrorizado de mí mismo. La mente del médico se imponía a la del hombre, a la del ser humano: las heridas de aquel soldado eran mortales de necesidad. El tanque que le había disparado enfiló la calle avanzando hacia él. Las orugas de aquella enorme mole de acero arrancaban terrones de tierra en aquella calle sin asfaltar. Lo arrasaban todo a su paso. Aquel soldado herido quedó convertido en un amasijo de carne y huesos.

De pronto todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Dejé de ver. Fue como si una cortina de color rojo sangre cubriese mis ojos. Mi corazón seguía latiendo, tan fuerte que parecía querer escapar de mi pecho, y tan despacio como si cada latido fuera el último, como si de un momento a otro fuese a pararse. No era miedo lo que sentía. Miedo es una palabra que se queda corta para describir aquella sensación. Era una angustia que oprimía como una losa, que bloqueaba cualquier pensamiento o acción, que parecía conducir a la locura; la irrealidad para eludir una realidad insoportable... Más tarde supe cómo denominaban los soldados a esa sensación imposible de describir fielmente con palabras. Lo llamaban el *vértigo del frente*.

Algo me sacó de aquel abismo; una fuerte presión sobre mi brazo. Alguien me agarraba, tiraba de mí. Me decía algo.

—*Der Arzt? Sie sind der Arzt, nicht wahr?* —«¿El médico? Es usted el médico, ¿verdad?» Su voz sonaba lejana.

—Sí —conseguí responder al fin.

Quien había reclamado mi atención, quien me había rescatado del abismo en el que había empezado a caer, era un soldado joven de ojos oscuros, vivos, y cabellos negros. Su rostro mostraba signos inequívocos de gran cansancio, pálido, ojeroso. Su uniforme estaba manchado de polvo, barro, sangre. Y, como yo, llevaba un brazalete con la cruz roja en el brazo izquierdo.

—Tiene que acompañarme.

Tiró de mí obligándome a andar. Obedecí como un autómata sin conocer de nada a aquel hombre, aún aturdido, atenazado por el horror. Obedecí porque no sabía qué hacer, porque mi cerebro era incapaz de pensar, de analizar la situación en la que me encontraba, de tomar una sola decisión. Sin embargo, no llegué a dar ni dos pasos cuando otro soldado, también sanitario, identificado con el mismo brazalete, corrió hacia nosotros gritando algo que no entendí por el estruendo del combate hasta que llegó a nuestro lado, cerrando el paso al soldado que me llevaba agarrado del brazo.

—¡Espera, Schmidt! —dijo deteniendo su avance, colocándose frente a él y apoyando su mano en el pecho del sanitario que se había acercado a mí en primer lugar—. El médico viene a nuestra unidad.

El tal Schmidt no dijo nada. Su respuesta fue algo más contundente que meras palabras. Sin previo aviso golpeó a aquel sanitario. Un puñetazo en el rostro que lo derribó. Me agarró de nuevo del brazo y echamos a correr hacia la ciudad en llamas.

—¡No puedo permitir que le lleven a otra división! —gritó mientras corríamos para hacerse oír entre el ruido de las explosiones cada vez más próximas—. Es usted más valioso que el oro en este frente. Hace tres días, al inicio del ataque, los rusos bombardearon nuestro hospital. Mataron a casi todos los médicos de nuestra unidad. Desde entonces Adler trabaja solo.

No comprendí en aquel momento todo el alcance de aquella breve explicación. Llegábamos a los primeros edificios en la periferia de aquella ciudad ucraniana en la que en aquellos momentos se libraba la guerra. Las explosiones y los disparos eran ensordecedores. Gritos de dolor, órdenes, que no sé si algún soldado llegaría a escuchar y a cumplir. Hombres que corrían, morían, mataban. La sensación era de absoluto caos.

El tal Schmidt me guiaba entre aquellas ruinas, de calle en calle, protegiéndonos tras muros caídos, vehículos destrozados, midiendo cada paso. Nos detuvimos un instante en la entrada de una casa en ruinas, a cubierto, a la espera del momento adecuado para cruzar una calle sobre la que había en aquel momento un intenso fuego

enemigo. Conseguí recobrar poco a poco el dominio de mí y me atreví a preguntar.

—¿Dónde vamos?

—Al hospital —respondió el sanitario, sin mirarme siquiera, oteando los edificios cercanos, valorando la intensidad y la dirección del fuego enemigo, buscando un momento propicio para cruzar.

—¿Y Adler? ¿Es el médico de su unidad?

Esta vez el tal Schmidt sí se volvió para fijar en mí una mirada cansada, exhausta y, sin embargo, llena de fuerza, de vida.

—Adler es el único médico para toda la división —respondió—. Tres días, con sus noches, frente a la mesa de quirófano. Si el agotamiento no acaba con él lo hará la benzedrina. ¿Comprende ahora por qué le necesitamos aquí?

Quise hacer cálculos, cuántos hombres podía haber en una división, cuántos posibles, potenciales heridos. No logré hacerme una idea. Me costaba pensar. En cualquier caso, muchos. Demasiados.

El sanitario me agarró de pronto por la manga del abrigo, tirando de nuevo de mí, arrastrándome.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Es nuestra oportunidad!

Aprovechando una brevísima pausa del fuego soviético, cruzamos aquella calle. No eran más de quince metros. Corrí como nunca lo había hecho en mi vida, sin respirar apenas. Nuestra carrera duró unos segundos que a mí me parecieron años, con la muerte en forma de proyectiles silbando sobre nuestras cabezas. Ya cerca del otro lado de la calle pude escuchar, entre el fragor del combate, un sonido especial, un silbido penetrante, que crecía rápidamente en intensidad, que parecía aproximarse a nosotros. Un sonido que se diferenciaba claramente de los disparos y las explosiones que estremecían el aire.

—¡Cúbrase! —ordenó el sanitario, que corría tras de mí, empujándome en un instante detrás de un muro, ya al otro lado de la calle, sin ninguna contemplación.

Caí al suelo. El sanitario se dejó caer junto a mí. Apenas unos segundos después un obús estalló a pocos metros de donde nos encontrábamos. La onda expansiva me aplastó literalmente contra el

suelo, oprimiendo mi pecho, obligándome a vaciar todo el aire de mis pulmones, impidiéndome respirar. Una lluvia de tierra y cascotes cayó sobre nosotros. El muro de aquella casa derruida tras el cual el sanitario había buscado abrigo nos protegió de la metralla. Iba a escribir «afortunadamente», pero no hubo nada al azar en el hecho de que el sanitario y yo hubiésemos salido ilesos de aquella situación. La pericia, la experiencia, la sangre fría y el valor del tal Schmidt me salvaron la vida. Yo solo habría muerto sin saber qué me había matado.

—¿Está herido, doctor? —preguntó al cabo de unos momentos el sanitario mientras se incorporaba a medias, comprobando con la vista que nuestra posición era segura y estábamos a cubierto.

Aturdido, ensordecido, aterrado, pero sin ninguna herida de gravedad, también yo me levanté tratando de recuperar el aliento.

—Estoy bien —logré responder.

Reconozco, sin embargo, que en ese momento sí sentí miedo, pánico. Fue entonces cuando percibí por primera vez la muerte como una posibilidad real, tangible, tan próxima... Y yo, ¿cómo podría sobrevivir en aquel infierno?

El sanitario me sacudió la tierra del uniforme.

—Me alegro —celebró—. Por cierto, me llamo Schmidt. Asistente del capitán médico Adler.

—Eybler —respondí.

Me tendió su mano y yo la estreché. Un apretón breve, firme, sincero, como la sonrisa que se dibujó en los labios del sanitario por un instante.

—Bienvenido al frente ruso.

No sin antes echar otra mirada atenta alrededor, Schmidt se puso en pie.

—Sigamos —dijo—. Ya estamos cerca.

También yo me levanté. Schmidt echó a andar entre los edificios destruidos y yo fui tras él. El sanitario me guió entre las ruinas, entre los muros caídos, calles y casas irreconocibles, un camino que parecía conocer incluso con los ojos cerrados. Enseguida llegamos a nuestro destino, un edificio algo apartado de los demás, un pabellón que parecía haber servido antes de la guerra como almacén o

granero y que aún mantenía en pie parte del tejado y las paredes. Pude darme cuenta cuando entramos de que el ejército lo empleaba como depósito de intendencia. Provisiones, municiones... se acumulaban allí, en sacos y cajas. Solamente algunos oficiales de intendencia estaban entonces en aquel recinto. Schmidt no se detuvo. Me guio rápidamente hasta unas escaleras que llevaban al sótano.

—Hemos llegado al hospital —indicó mientras bajábamos.

Nada me había preparado para lo que entonces contemplarían mis ojos. Nada me había preparado para aquel horror. Allí abajo reinaba un extraño silencio, comparado con el estruendo del combate apenas un par de metros más arriba. Solo lamentos, sollozos, gritos ahogados de dolor contenido.

Schmidt bajaba delante de mí y no pude ver con claridad la escena hasta que llegué al final de la escalera. La imagen que contemplaron entonces mis ojos era indescriptible, como un matadero, solo que allí las víctimas eran hombres. Hileras de soldados, decenas, tal vez cientos, tumbados sobre el duro suelo húmedo y frío, sin más abrigo que sus capotes militares, sucios, raídos, manchados de sangre y barro. Muñones ensangrentados envueltos en vendajes precarios, rostros destrozados, sangre por todas partes. Aquí, un soldado con una herida abierta en el tórax que con cada respiración permitía ver el parénquima pulmonar lacerado subyacente y el aire escapándose del pulmón herido con un tenue silbido. Allí, otro soldado con el abdomen destrozado que gemía postrado en el suelo, más cerca de la muerte que de la vida, mientras un compañero, también herido en una pierna, intentaba cubrir sus intestinos con un vendaje que alguna vez debió ser blanco, pero que entonces era ya de un rojo oscuro, mientras le susurraba con un hilo de voz angustioso que aguantase. Más allá, otro soldado recostado contra la pared, con ambos ojos vendados, cuyo apósito rezumaba sangre, lloraba o hacía intentos por llorar con sus ojos ciegos, destrozados por la metralla, sujetando la cabeza entre las manos mientras gotas de sangre, como lágrimas, iban cayendo desde su venda lentamente en su regazo.

Sangre, dolor, muerte. Donde quiera que mirara no había otra cosa. Humedad, ratas. Y el olor... Ese olor dulzón, nauseabundo, que se adhiere a la piel, al cabello, a las ropas, del que no es posible desprenderse. El olor de la gangrena, de la sangre, de la enfermedad. El olor de la muerte. Aquel sótano era como una morgue en cuyos inquilinos aún quedaba, contra todo pronóstico, un hálito de vida.

Me quedé paralizado al pie de la escalera. A pesar de mi condición de médico, de mis años de experiencia, de haber vivido algunas situaciones realmente duras durante el ejercicio de mi profesión, no estaba preparado para afrontar aquello. No podía. No podía soportar aquel horror. Dios, ¿aquello era el frente? ¿Aquello era la guerra?

Schmidt me agarró una vez más por la manga del abrigo.

—No se detenga —me apremió—. Los quirófanos están al fondo.

Le seguí. Más bien él tiró de mí. Yo era incapaz de asumir aquella situación. Me temblaban las rodillas. Un sudor frío empapaba mi espalda. ¿Un médico solo en aquel infierno? ¿Cómo podía el tal Adler soportar aquello? ¿Cómo lo soportaba Schmidt? Yo no podía. No podía... ¿Es que ellos estaban ciegos?

Caminamos entre las hileras de soldados. Apenas veían nuestros brazaletes con la cruz roja los que aún podían verlos, los que aún podían moverse y hablar, nos suplicaban, nos imploraban, se agarraban a los faldones de nuestros abrigos pidiendo agua, pidiendo ayuda, apelando a nuestra piedad para calmar su dolor, para curarlos o para ayudarles a morir. Cada paso entre aquellas hileras de hombres, algunos poco más que unos niños, aquellas vidas destrozadas en su plenitud, aquellos cuerpos destrozados, hacía crecer mi angustia hasta límites intolerables. Quería no ver, pero veía. Quería no escuchar, pero no podía cerrar mis oídos a aquellas voces rotas, a aquellos gritos de dolor, a aquellas súplicas. Y en mi mente solo brillaba con claridad una idea: «No puedo soportar esto. No puedo. No puedo...».

Llegamos hasta el área quirúrgica, al fondo de aquel sótano. Los *quirófanos*, como Schmidt los llamaba, estaban separados del resto

de aquella estancia sin tabiques por unos improvisados biombos hechos con las lonas de camiones militares. Schmidt retiró una de aquellas cortinas y me cedió el paso. Entré. Allí fue donde vi a Heinrich Adler por primera vez.

Verle me impresionó. Lo recuerdo aún como si hubiese sido ayer. Todo cambió en aquel momento. La angustia que sentía, aquel miedo cervical que amenazaba con conducirme directamente a la locura, el vértigo del frente, todo ello, de pronto, dejó de tener importancia. Se convirtió en algo secundario, anecdótico. Porque al verle fui consciente de que, en medio de aquel horror, yo no estaría solo.

Aun podría describirle tal y como le vi entonces, todavía íntegro, firme como una roca a la que asirse en aquel caos, en la marea vertiginosa y terrible que es la guerra, antes de verle enfermar, destruirse, morir. Antes de matarle.

Era alto, algo más alto que yo. En otros tiempos debió de ser un hombre atlético, aunque entonces ya estaba muy delgado y demacrado. De cabellos rubios muy cortos, al estilo militar, en sus sienes comenzaban ya a aparecer las primeras canas. Sin embargo no creí que llegara ni a los cuarenta años. Estaba tras la mesa de quirófano. Acababa de amputar la pierna izquierda a un soldado por encima de la rodilla. A juzgar por los gritos del herido, había tenido que hacerlo sin apenas anestesia y luchaba por imponerse al soldado, que se debatía sujeto por tres compañeros de armas, para acabar de suturar el muñón.

Me asombró la sangre fría con la que afrontaba aquella situación terrible. Ni siquiera me miró cuando entré al quirófano. Totalmente concentrado en su tarea, sus manos, con absoluta precisión y firmeza, anudaban punto tras punto la herida quirúrgica, trabajando con rapidez, minimizando en lo posible la hemorragia, y, al mismo tiempo, con un cuidado extremo, procurando causar el menor daño posible.

Me fijé en su rostro, pálido, fatigado, en los estragos que la falta de sueño habían hecho en él, en sus ojeras, en su ceño fruncido, fruto de la concentración, marcado con dos profundas arrugas, en el sudor que perlaba su frente. Una herida reciente, de feo aspecto,

cruzaba su ceja izquierda. Diez o doce puntos de sutura dados apresuradamente evitaban que sangrase. Su bata de quirófano, literalmente tinta en sangre, estaba entreabierta, dejando ver su guerrera con los galones de capitán en el cuello, también parcialmente desabrochada, y, bajo ella, un aparatoso vendaje que le cubría el pecho y el hombro izquierdo, y que también estaba teñido de sangre: la suya. Y sin embargo seguía en pie.

—Capitán —le llamó Schmidt—. He traído al médico.

Adler aún se demoró unos minutos antes de prestarme atención. Acabó la sutura que estaba realizando y solamente entonces me miró. Y aquella mirada, la mirada de aquellos ojos de un azul profundo, tan oscuros que casi parecían negros, al límite de la extenuación, pero tan lúcidos, tan extraordinariamente lúcidos, perfectamente conscientes del dolor, del miedo, del horror que nos rodeaban, ejerció en mí un efecto extraño. El hecho de que, pese al agotamiento, Adler fuera capaz de percibir todo aquello como yo lo percibía me conmovió profundamente y, al mismo tiempo, de alguna manera, me quitó la angustia, me devolvió parte de la serenidad que había perdido. Fue como si aquellos ojos, terriblemente cansados, pero que no ignoraban en absoluto el horror en torno a nosotros, se quedasen con el terror que me atenazaba, asumiesen mi miedo y me dijeran: «Comprendo tu angustia. La comprendo. Yo cargaré con ella; puedo hacerlo. Pero ayúdame. Ayúdame, porque te necesito».

Después escuché su voz. El tono y el timbre de la voz de Adler me estremecieron. Era una voz firme, acostumbrada al mando, templada como el mejor metal, increíble en un hombre agotado como él estaba entonces. Y se dirigió a mí para darme una orden.

—Una ampolla de morfina.

Schmidt obedeció antes que yo; me quitó de la espalda mi petate militar y comenzó a rebuscar entre la medicación que traía conmigo. Yo también reaccioné. Aquella orden, pronunciada por aquella voz, me sacó del colapso emocional en el que me encontraba. Saqué de mi equipaje jeringas y agujas. Cargué la morfina y se la administré a aquel herido al que Heinrich Adler acababa de operar. Mientras el cirujano acababa de vendar el

muñón, la medicación fue haciendo efecto y el soldado dejó de gritar.

Adler arrojó el material quirúrgico usado en una batea.

—Ubicadle en el ala izquierda —ordenó a los soldados que le habían ayudado a sujetar al herido durante la cirugía—. Y que pasen al siguiente al otro quirófano.

Los soldados trasladaron al herido a una camilla y le sacaron del quirófano. Heinrich Adler se acercó a un cubo de agua en una esquina del área quirúrgica y se lavó las manos ensangrentadas.

—¿Qué hay de los suministros? —preguntó a Schmidt mientras se lavaba.

—Borgmann se está encargando de ellos —respondió el sanitario—. No son gran cosa.

—Al menos es más de lo que tenemos ahora, que es prácticamente nada. Necesitamos urgentemente éter para las cirugías, vendas, tintura de yodo, sueros. No podemos seguir operando de esta forma, en estas condiciones. Dile que los deje arriba. Les echaremos un vistazo en cuanto sea posible.

Tras lavarse, Adler se puso en pie. Secó sus manos y el sudor de su frente con un trozo de lona. La herida sobre su ceja izquierda comenzó a sangrar. Enjugó la sangre que resbalaba hasta sus párpados con el dorso de la mano, con gesto cansado, como si aquel sencillo movimiento supusiera un esfuerzo difícilmente soportable ya para él. A continuación cogió un pequeño frasco con comprimidos blancos que había sobre una mesa anexa en el quirófano, donde se amontonaban otros frascos y ampollas con medicación, vendajes y material quirúrgico, y volcó sobre la palma de su mano un par de ellos. Se los tomó sin beber agua. Leí de refilón la etiqueta de aquel pequeño frasco al mismo tiempo que Adler volvía a dejarlo sobre la mesa: Benzadrin. Era una de esas drogas estimulantes que se empleaban en la guerra para mantener a los soldados despiertos durante días en misiones tras las líneas enemigas, drogas que hacían que el cuerpo fuese incapaz de sentir el cansancio, el hambre, la sed o la necesidad de dormir. ¿Cuánto tiempo llevaba Heinrich Adler consumiendo aquello? ¿Cuánto tiempo más podría soportar aquel ritmo de trabajo brutal? ¿Cuánto tardarían aquellas drogas en

matarle, en matarle por simple agotamiento, una extenuación que su cerebro, confundido por aquellas sustancias, sería incapaz de percibir?

Adler cerró un instante los ojos y se apoyó en el borde de la mesa. Pensé que se derrumbaría. Creí que en aquel momento se derrumbaría. Nadie podía soportar algo así, y menos herido, en las condiciones físicas en las que Adler se encontraba entonces. Pero me equivoqué. Adler no se derrumbó. Flaquearía, sí, meses más tarde, a medida que su salud física se fue deteriorando, que su resistencia moral se quebraba. Se derrumbaría, sí, pero no entonces. Entonces fue capaz de encontrar fuerzas donde parecía que no quedaba ya ninguna. Abrió enseguida los ojos. Mandó a Schmidt a preparar el otro quirófano para el próximo paciente y nos quedamos solos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Alfredo Eybler, señor —respondí, adoptando inconscientemente la posición de firmes, subyugado por la autoridad y la fuerza de aquella voz.

—Yo soy Heinrich Adler. Necesitaré su ayuda para el siguiente paciente: metralla en el abdomen. Después usted operará en un quirófano y yo en otro. Puede quitarse el abrigo y coger una de aquellas batas.

Obedecí con rapidez. De repente ya no tenía miedo. Mi ciencia podía ser útil en aquel lugar, podía ayudar, y si en algún momento creía haber llegado al límite, si en algún momento la angustia me desbordaba o sentía que no podía continuar, entonces Adler estaría allí para impedir que me hundiera, para no dejarme caer.

No es sencillo describir con palabras la impresión que producía una persona como Adler. Había en él algo diferente, algo que yo jamás había visto en otra persona, una fuerza que parecía emanar de él y que se extendía a los que le rodeaban para alentarlos, para sostenerlos, una especie de don. Tenía carisma.

Me disponía a cruzar la cortina que separaba ambos quirófanos cuando, de nuevo, la voz de Adler me detuvo.

—Eybler.

Y de sus labios salió una frase, aquella frase, aquella verdad terrible, que yo no habría de olvidar jamás.

—Eybler —dijo, y por primera y creo que única vez en todos aquellos meses, aquellos años en que compartimos el horror, en que combatimos mano a mano contra el dolor y la muerte, me tuteó—. Eybler, no puedes salvarlos a todos.

Dos soldados pasaron en una camilla a un herido al quirófano adyacente. Schmidt ya estaba allí. Había preparado en una mesita auxiliar, junto a la mesa de operaciones, el material quirúrgico y de sutura que habríamos de emplear. Los camilleros dejaron al herido sobre la mesa quirúrgica.

—¿Hace falta que nos quedemos? —preguntó uno de ellos.

Adler miró al herido mientras sumergía sus manos hasta casi los codos en una batea que contenía alcohol puro. También yo le miré. Era un hombre joven. Casi todos lo eran. Su aspecto era de extrema gravedad. Estaba terriblemente pálido; la pérdida de sangre que había sufrido aquel soldado era tremenda. Su frente estaba perlada de sudor, el sudor frío del colapso. Su nivel de conciencia era bajo. Estaba estuporoso. No tenía fuerzas ni para gritar. Solo gemía y murmuraba palabras incoherentes.

—De momento no —respondió Adler.

Los camilleros abandonaron el quirófano y Schmidt se puso de inmediato manos a la obra. Cortó rápidamente las ropas del herido, dejando al descubierto las lesiones.

El soldado tenía el abdomen destrozado. Restos de metralla se incrustaban en la pared abdominal. Los músculos del abdomen estaban desgarrados y parte de los intestinos quedaban al descubierto. Schmidt limpió lo mejor que pudo la herida con apósitos empapados en suero estéril y desinfectante y colocó paños limpios en torno a las lesiones, delimitando el campo quirúrgico, procurando mantener, dentro de la precariedad en la que nos encontrábamos, la mayor esterilidad posible. Como Adler había hecho antes, también yo desinfecté mis manos en alcohol antes de ponerme los guantes.

—Media ampolla de morfina. Suero Ringer —ordenó Adler a Schmidt—. Queda algo de éter, ¿verdad?

—Sí —respondió el sanitario mientras cargaba la morfina en una jeringa.

Schmidt encontró rápidamente un acceso venoso en el antebrazo del paciente y le administró la medicación indicada. Preparó los equipos de sueros y a través de la vía venosa de grueso calibre que el sanitario había logrado canalizar se le comenzó a pasar volumen, en un intento por compensar la masiva pérdida de sangre de aquel soldado.

Adler comenzó a revisar el equipo quirúrgico sobre la mesa auxiliar, al tiempo que valoraba con la vista el abdomen del herido, buscando, como yo, una manera de abordar aquel desastre.

—¿Pulso radial? —preguntó.

Schmidt tomó el pulso al herido mientras veía pasar diez segundos en su reloj.

—Se palpa, aunque débil —respondió al cabo de ese tiempo—. Va como a ciento veinte pulsaciones por minuto.

—No sé si aguantará —reflexionó para sí Adler, frunciendo el ceño.

La herida sobre su ceja izquierda, a pesar de la sutura, se abrió de nuevo. Una gota de sangre se deslizó lentamente sobre sus párpados. Schmidt acudió a secarla con una gasa.

—No malgastes apósitos en eso —recriminó Adler con acritud—. Cualquier otra cosa servirá.

La respuesta dura, casi cruel, del médico me estremeció. Schmidt, sin embargo, no dijo una palabra.

Adler miró de nuevo al herido.

—Éter —ordenó—. Lo justo para sedarle.

Schmidt obedeció al instante. Con el anestésico los gemidos del soldado se espaciaron. Adler fijó entonces en mí sus ojos azules, cansados, pero llenos de fuerza, de determinación. Yo estaba a un lado de la mesa de quirófano. Él, al otro. Me tendió un bisturí y unas pinzas. Depositó sobre los paños estériles extendidos en el pecho del herido algunas pinzas hemostáticas para que estuvieran al alcance de ambos.

—Vamos a ello —me dijo simplemente.

Comenzamos a retirar los trozos de metralla de la pared abdominal. El destrozo era terrible. Incluso suponiendo que lográsemos reparar los órganos internos dañados, que todavía no habíamos valorado, sería sumamente difícil suturar y cerrar aquel abdomen, de cuya pared trozos enteros de los músculos oblicuos y los rectos abdominales habían sido arrancados de cuajo. Mientras hacía mi trabajo, mis manos se cruzaban ocasionalmente con las de Adler. Sus manos eran fuertes; transmitían fuerza, la misma fuerza que había en su persona, en su mirada, y, sin embargo, al mismo tiempo había en ellas una extrema delicadeza, una cierta espiritualidad, porque eran delgadas, de músculos perfectamente definidos y dedos largos y finos. Me admiró su firmeza, la extraordinaria precisión de cada uno de sus movimientos. Era como si Adler no dudara jamás.

Retiramos toda la metralla que pudimos. Desbridamos los bordes de las heridas contusas. Era sencillo trabajar con Heinrich Adler. Su técnica era limpia, metódica. Era fácil seguir sus pasos y adaptarse a sus necesidades sin que hiciera falta cruzar una palabra. Había tenido ocasión de operar con muchos cirujanos y no tardé ni dos minutos en darme cuenta de que él rayaba en la excelencia. Schmidt secaba la sangre y despejaba el campo quirúrgico. Era un asistente eficaz. Supongo que durante el tiempo que llevaba trabajando junto a Adler ya había aprendido lo que el médico esperaba de él.

Adler dejó a un lado el bisturí y me tendió unos separadores.

—Echaremos un vistazo a los órganos sólidos del abdomen —comentó.

Yo también dejé mi instrumental sobre los paños estériles que delimitaban el campo quirúrgico y cogí los separadores, despejando el campo para que Adler pudiera trabajar. Abrí las heridas del soldado, retrayendo con los separadores la pared abdominal y parte del intestino. Adler revisó uno por uno los órganos internos y las principales estructuras vasculares del soldado. Hígado y bazo estaban íntegros. También la aorta abdominal. Era de esperar; si hubieran estado dañados, la hemorragia que se habría producido hubiera matado a aquel soldado en pocos minutos. De los riñones,

solamente el derecho estaba lacerado. Habría que extraerlo. Adler fijó el pedículo renal derecho con una pinza hemostática.

—Revisaremos el intestino antes de extirpar el riñón —observó—, porque quizá no tengamos que hacerlo. —Imaginé a qué se refería.

Comenzamos a revisar centímetro a centímetro los ocho metros de intestino que tiene de media un ser humano. Pronto descubrimos que era una tarea inútil. La metralla había perforado el tracto digestivo en tantos lugares que aquellas lesiones no podrían ser tratadas de ninguna manera, y menos aún con los recursos de aquel hospital de campaña. Ambos supimos entonces que no podríamos hacer nada por aquel hombre, que aquel soldado moriría.

Adler me miró, y yo le miré a él. No hizo falta que ninguno de los dos dijera nada. El cirujano quitó la pinza hemostática que había dejado en los vasos que irrigaban el riñón derecho; después cogió los separadores que yo tenía entre mis manos y retiró el material quirúrgico que había sobre los paños estériles. Lo dejó todo en una batea.

—Media ampolla de morfina más —ordenó a Schmidt—. Le vendaremos. Después, que lo lleven al ala derecha del sótano.

El sanitario comprendió lo que Adler quería decir. Administró la medicación al herido y cogió un paquete de vendas. En ese breve lapso de tiempo el soldado dejó de respirar. Schmidt intentó tomar su pulso radial. Al no encontrarlo buscó su latido en la carótida.

—Creo que ya no será necesario —afirmó tan solo.

Adler contempló por unos momentos el rostro del herido. Vio, como yo vi, los ojos entreabiertos, fijos, mirando sin ver, las pupilas dilatadas, vidriosas. Esperó, como yo esperé, algún intento por parte del herido para tomar aire. Pero el soldado no lo hizo. Era ya un cadáver.

Adler se acercó a él y le cerró los ojos. Un nudo atenazó mi garganta ante aquel gesto humano en medio de aquella intolerable crueldad. Después cogió la placa identificativa que el soldado llevaba colgada al cuello y la partió por la mitad.

—Que se lo lleven —ordenó de pronto. Había una extraña dureza en su voz—. Quiero dos nuevos pacientes en los quirófanos a

la mayor brevedad posible.

Schmidt, con su extraordinaria eficiencia, no tardó más de unos minutos en localizar a los camilleros para cumplir las órdenes de su superior. Entretanto Adler se lavó las manos. Anotó los datos del soldado muerto en una lista y guardó la placa identificativa en una caja dispuesta para tal fin sobre una mesa, al fondo del quirófano, junto a la medicación y el instrumental médico. Allí había ya decenas de ellas. Schmidt regresó con dos soldados, que trasladaron al que había muerto en la mesa de operaciones a una camilla. Se lo llevaron. No supe adónde. Tampoco pregunté.

De pronto me di cuenta de que temblaba, estremecido por la muerte que acababa de presenciar. Adler me lo había advertido: «No puedes salvarlos a todos...». Era algo que yo siempre había sabido, que estaba ligado a mi profesión, que ya había experimentado antes, especialmente con mi madre, pero nunca, hasta aquel momento, había sido tan consciente, tan dolorosamente consciente de ello. Porque en aquellas circunstancias no se trataba solamente de la muerte, aquello no era la muerte que forma parte la vida, la muerte como evolución natural de las cosas, el principio y el fin, el amanecer y el ocaso. Aquello era la muerte a escala industrial, violenta, salvaje, brutal, de hombres jóvenes, sanos, daba igual de qué bando, de qué facción en lucha, que no hubieran muerto de no ser por la guerra. Aquello era diferente... Era diferente.

Mientras yo lavaba mis manos, Heinrich Adler me dio instrucciones, implacable, como si en un instante hubiera olvidado, apartado de su mente, lo que acababa de ocurrir allí.

—Usted se quedará en este quirófano —indicó—. Schmidt será su asistente. Y usted, Schmidt —añadió dirigiéndose al sanitario—, busque a Kesselbach. Necesitaré que me ayude.

Pasó una mano por sus ojos cansados. No dijo nada más. Schmidt salió en busca del tal Kesselbach. Adler no volvió a cruzar una mirada conmigo. Ni una palabra más salió de sus labios. Apartó la lona que separaba las dos salas de operaciones y desapareció tras ella en el otro quirófano, donde ya se escuchaban los gritos de dolor de otro herido.

Schmidt regresó enseguida. No tuve tiempo para pensar. Tras él entraron otros dos camilleros con un nuevo paciente, el primero que yo atendería aquella tarde, mi primer paciente en aquella guerra. Herido en una pierna, el soldado aullaba de dolor. Sentía la presión sobre mí como un peso enorme que no me dejaba casi respirar.

—¿Comenzamos, doctor? —preguntó Schmidt.

Respiré profundamente mientras sumergía de nuevo mis manos en alcohol.

—Comencemos.

No sé cuantos heridos pude atender en las horas siguientes, que fueron muchas. Con el paciente que hacía el número quince o dieciséis perdí la cuenta, y tras él vinieron muchos más, decenas de ellos. Era un río de sangre y sufrimiento que parecía no detenerse nunca. Una hora, y otra, y otra.

De vez en cuando Schmidt hacía una breve pausa. Ordenaba a los camilleros que no pasaran a ningún herido a quirófano. Entonces desaparecía unos minutos y volvía con una jarra de café cargado. Cuántas horas estuve de pie frente a la mesa de quirófano, trabajando sin parar salvo para las necesidades más básicas, es algo que no recuerdo con claridad. Allí dentro, en aquel sótano sin ventanas, con la única luz de una bombilla que colgaba de su casquillo sobre la cabeza, alimentada por un generador de gasoil, inmutable, invariable, respirando el mismo aire viciado y enfermo, con los gritos de los heridos martilleando constantemente los oídos, se perdía completamente la noción del tiempo.

Sentía el cansancio sobre mí según pasaban las horas, una sensación de arena en los ojos cansados y faltos de sueño. Había hecho un viaje interminable en tren desde la otra punta de Europa y sin ninguna tregua me habían soltado en aquella vorágine, donde me sentía desbordado. No trabajaba con la suficiente rapidez, no tenía manos suficientes, ni medios, ni fuerza para afrontar algo así. Todos mis años de experiencia no bastaban para afrontar aquel flujo

de heridos que no paraba de llegar y por los cuales, en algunas ocasiones, muy poco podía hacer.

No sé qué me pasó. Tal vez fuera el cansancio, o la sensación de que no podía asumir aquello, que no era lo bastante bueno, lo bastante rápido, y que los hombres morían. Al cabo de unas cuantas horas, muchísimas, sentí de pronto que la angustia, el vértigo del frente, lo que había sentido cuando bajé del tren, cuando enfrenté por primera vez la guerra, volvía a mí.

Fue tras atender a un joven soldado herido. Un proyectil le había destrozado media cara. Perdió el ojo derecho. El suelo de la órbita, el maxilar derecho y la mandíbula estaban rotos en mil pedazos. Lo reconstruí como pude, lo mejor que pude, y aunque sabía que aquella lesión no acabaría con su vida, comprendí que su rostro quedaría desfigurado para siempre, cuando apenas había comenzado a vivir.

Tras él me trajeron a otro chico que había caído bajo las orugas de un tanque ruso. Sus piernas estaban literalmente machacadas, sus huesos reducidos a astillas. Sus camaradas habían logrado minimizar la hemorragia haciendo torniquetes a la altura del muslo. Eso le salvó la vida, pero yo tuve que amputarle las dos piernas por encima de la rodilla. Rondaría aquel soldado los veinte años, quizá alguno más, pero ya no volvería a andar.

La angustia me atenazaba cada vez con más intensidad. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué tipo de vida estaba condenando a los que salvaba? ¿Y cuántos morían sobre mi mesa? Dios, ¿qué era aquello?

El último paciente que llegó a mi sala de operaciones hizo que me derrumbara. Era también, cómo no, un soldado joven. Venía con una herida en la cara interna del muslo. La herida en sí no parecía a primera vista anfractuosa, pero el paciente llegó terriblemente pálido y estuporoso, en una situación de completo colapso, más cerca de la muerte que de la vida. Cuando Schmidt cortó el uniforme y dejó al descubierto las lesiones comprendí el porqué de la afectación de su estado general. La herida, producida por algún trozo de metal extremadamente cortante, le había desgarrado la arteria femoral. Había perdido muchísima sangre. Se desangraba ante mis ojos en cuestión de minutos.

Me puse rápidamente a trabajar. Podía salvarle. Tenía que salvarle. Y no quedaría desfigurado ni mutilado. Pincé la arteria, de la que salía sangre roja y brillante a borbotones. Traté de suturarla. El primer intento fue un fracaso. Con cada punto que daba, la arteria, destrozada, se desgarraba más y más. Lo intenté de nuevo. Un punto, dos. Al tercero la arteria femoral volvió a desgarrarse. Sentí las gotas de sudor resbalar por mi frente. «¡Maldita sea!» Si no lograba reconstruir esa arteria, tendría que ligarla, seccionarla y amputar la pierna, o aquel soldado moriría.

Lo intenté una última vez. El campo quirúrgico estaba lleno de sangre. Schmidt la retiró empapando gasas para que yo pudiera ver la arteria desgarrada. Conseguí dar un punto. Dos. Tres...

De pronto Schmidt sujetó mi mano, interrumpiendo mi trabajo. Le miré atónito, furioso.

—Es inútil —advirtió.

No era capaz de dar crédito a sus palabras. ¿Inútil? Me di cuenta entonces de que la sangre que antes salía a borbotones de la arteria desgarrada apenas tenía ya fuerza. No aumentaba su flujo con cada latido cardíaco, porque ese latido ya no existía. Miré el rostro del paciente, extremadamente pálido, inmóvil. Miré su pecho. No respiraba. Estaba muerto.

Sentí tal rabia en mi interior... El cansancio pesó sobre mí como una losa; la falta de sueño bloqueó cualquier control que pudiera ejercer sobre mí mismo. «Maldita sea...», me dije. Y la angustia creció en mí como una marea incontenible.

—¡Maldita sea! —grité, arrojando al suelo el material quirúrgico que tenía a mi lado, que cayó con gran estrépito.

Retrocedí, alejándome de la mesa de operaciones donde yacía el soldado muerto. Me apoyé en la pared. Sentía que las piernas me temblaban. Una presión intensa atenazaba mi garganta, y una sensación de mareo y de náusea profundos se adueñaron de mí. Quería gritar, quería llorar. Quería correr, huir de allí... Pero me quedé quieto, inmóvil como el soldado muerto, apoyado en la pared, paralizado.

La lona que separaba los dos quirófanos se abrió de pronto y Heinrich Adler apareció al otro lado, limpiándose las manos

ensangrentadas con un extremo de su bata de cirujano. No dijo nada. Solamente contempló la escena con sus ojos azules, exhaustos. Después se acercó a mí. Me quitó la bata, teñida de sangre como la suya. Sacó dos cigarrillos del bolsillo superior de su guerrera y los colocó en el bolsillo de la mía. Desapareció un momento para entrar en su quirófano y regresó enseguida con mi abrigo, que colocó sobre mis hombros. Por último hizo un gesto a Schmidt.

—Lléveselo arriba —indicó refiriéndose a mí.

Schmidt se quitó enseguida la bata, se lavó las manos. Partió en dos la placa identificativa del soldado fallecido y anotó su nombre en la lista. Después cogió su abrigo y me empujó suavemente por el hombro.

—Vamos.

Le seguí como un autómatas, completamente desbordado por las circunstancias, incapaz de pensar, temblando como si me abrasara la fiebre. No tuvimos que cruzar de nuevo aquel sótano que servía de hospital, en el que se encontraban los heridos. Yo no hubiera podido soportarlo. Schmidt me guio hasta otras escaleras que conducían al exterior y que estaban detrás de los improvisados quirófanos.

Subir las escaleras se me hizo extremadamente difícil. Las sensaciones de mareo, de inestabilidad, de náusea, que me desbordaban, apenas me permitían mantener el equilibrio. Las piernas me dolían terriblemente. Mis pies hinchados dolían bajo la presión de las altas y rígidas botas militares. Hasta entonces no había sido consciente de ello. Quise enderezar mi espalda, pero un intenso dolor en la zona lumbar casi me dejó clavado en el peldaño en el que me encontraba. Después del tiempo que había pasado inclinado sobre la mesa de quirófano apenas podía ponerme derecho. Subir aquella escalera hizo patente en mí un cansancio tan extremo, un dolor físico tal, que cada peldaño parecía un muro infranqueable.

Me sorprendió la oscuridad del exterior cuando llegué arriba, después de permanecer bajo la invariable luz artificial de aquel sótano. Era de noche y el aire fresco del exterior pareció devolverme

a la vida después del encierro en aquella atmósfera viciada, como si acabara de salir de una tumba.

En el exterior del sótano reinaban la tranquilidad y el silencio. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra pude distinguir entre los muros de aquel granero los bultos de soldados dormidos sobre el suelo, envueltos en sus capotes militares o en sus abrigos. Recordé de repente el estruendo, los disparos, el caos a mi llegada a aquella ciudad. Ahora todo estaba en calma. Los combates habían cesado.

—Espéreme aquí —susurró Schmidt—. Voy a buscar café.

El sanitario se alejó, abriéndose camino entre los soldados que descansaban. Yo me acerqué a un enorme agujero abierto por una explosión en un muro cercano y me asomé al exterior, respirando con avidez la brisa nocturna. Sentía que aquel nudo en mi garganta me ahogaba. Mi cuerpo exhausto seguía temblando. Elevé los ojos al cielo. Estaba completamente despejado y tapizado de estrellas. No había luna. Sin embargo, debía de haber llovido porque la tierra estaba húmeda y había charcos en los cráteres abiertos en el suelo por los proyectiles. A mi alrededor solo había ruinas.

Miré de pronto mis manos, manchadas de sangre. Cerca de mí había una caja de municiones vacía que había retenido en su interior agua de lluvia. Sumergí mis manos en ella y al instante sentí como si cientos de agujas se clavaran en mis dedos. Comprendí que eran los pequeños cortes que los hilos de sutura habían hecho al tensar los puntos de las decenas de heridas que había cerrado, o intentado cerrar, en el quirófano. Cuando saqué las manos del agua y las miré me di cuenta de lo inflamadas que estaban, tanto que era incapaz de cerrar el puño. Todo en mí era cansancio y dolor. Estaba seguro de que si me sentaba, y tenía una necesidad imperiosa de hacerlo, no podría volver a levantarme, así que permanecí de pie. Mi mente fatigada era incapaz de pensar en nada. Incluso la rabia y la impotencia, que me habían hecho perder el control apenas unos minutos antes, habían desaparecido, barridas por el cansancio extremo del que ahora era consciente. Solamente persistía, implacable, ese nudo en la garganta, esa angustia que no conseguía dominar.

Schmidt regresó enseguida con dos tazas metálicas llenas de humeante café. Me entregó una de ellas. Tuve que sujetarla por el asa, porque para mis maltrechas manos quemaba como fuego. Schmidt se sentó entre los restos de muro derruido, dejó la taza junto a él y encendió un cigarrillo, que me entregó a mí. Le di una profunda calada, y después otra, dejando que el humo se desvaneciera en el aire. Schmidt encendió otro para él.

—Siéntese, teniente —me invitó el sanitario—. Así solo logrará ser un blanco fácil para los rusos —añadió con una sonrisa, medio en serio, medio en broma.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para acomodarme sobre algunos cascotes sueltos junto a Schmidt. Las piernas y la espalda me dolían horrores. Bebí un sorbo de café. Tanto Schmidt como yo guardábamos silencio. No se oía nada en torno a nosotros. Ni un insecto, ni un pájaro. Solo el sonido de la brisa que soplaba suavemente entre las ruinas y en ocasiones la respiración ruidosa de alguno de los soldados que dormían dentro del almacén.

Recuerdo que tenía la vista puesta en los edificios destruidos frente a mí, apenas iluminados por la luz de las estrellas. La pregunta surgió espontáneamente de mis labios, casi antes de que fuera consciente de que realmente necesitaba hacerla.

—¿Cómo soportáis esto?

Schmidt bebió un sorbo de café antes de contestar.

—Para los sanitarios es más sencillo —respondió—. Somos más que ustedes, los cirujanos. Si los combates son duros y suponemos que habrá mucho trabajo, procuramos organizarnos de modo que podamos descansar por turnos al menos un par de horas. Pero si ustedes no operan, nadie más puede hacerlo... Aunque supongo que no se refiere usted a eso, ¿verdad? —añadió tras una breve pausa.

Efectivamente; mi pregunta no tenía que ver con ello.

Schmidt dio una calada a su cigarrillo, expulsando lentamente el humo.

—Supongo que uno se acostumbra —dijo finalmente.

Aquella respuesta no me sirvió en absoluto de consuelo. ¿Podía alguien acostumbrarse a algo así? No podía creerlo. Y es que, si era cierto, era algo inhumano.

—¿Cuánto tiempo hemos estado ahí abajo? —pregunté desorientado.

—Déjeme que piense. —Schmidt cerró un momento los ojos—. Usted llegó ayer por la tarde. Estuvimos en quirófano toda la tarde, toda la noche, todo el día de hoy y toda la noche hasta ahora mismo, que son —Schmidt miró su reloj— las cuatro y veinte de la madrugada. Calcule usted: unas treinta, treinta y cinco horas.

Aquello bastaba para justificar el agotamiento que sentía, la inflamación de mis manos, el dolor de mi espalda y de mis piernas, el cansancio de mis ojos, de mi mente y de mi alma ante tanto dolor.

—Adler lleva entonces casi cuatro días así —reflexioné en voz alta.

Schmidt sonrió.

—Adler es un hombre poco común —apostilló como si aquello lo explicara todo.

La respuesta de Schmidt hizo que viniera a mi mente, de pronto, la dura respuesta de Adler al gesto de Schmidt de secar la sangre de la herida de su frente, en quirófano, mientras operábamos. Recordé que Schmidt no replicó.

—Usted le aprecia —observé.

—Es mi superior —respondió el sanitario—. Llevamos juntos en esto muchos meses. Vinimos juntos al frente, en el mismo reemplazo. He visto lo que hace y cómo lo hace, y le respeto.

—¿Vinieron juntos?

Schmidt se echó a reír.

—Es una historia curiosa —comenzó a relatar—. Yo en realidad no soy enfermero. Me quedaban tres meses para graduarme cuando me destinaron aquí. En mis ratos libres trabajaba ocasionalmente de estibador en el puerto de Hamburgo para sacar algo de dinero. El ser aprendiz no le hace a uno rico, al menos en lo económico, y la guerra no contribuye precisamente a la bonanza.

»Una vez me pillaron en el puerto agenciándome unas latas de carne en conserva de uno de los cargamentos con las que esperaba hacer algunos negocios, puesto que en nuestro país los alimentos ya comienzan a escasear para la población civil a causa de la guerra. Aquellos eran víveres destinados al ejército. Ni que decir tiene que la

condena a mi delito, que perjudicaba al esfuerzo bélico de la nación, fue destinarme a Rusia, para que supiera de primera mano lo que era sufrir escasez de alimentos en la línea del frente.

»Sabían que yo era estudiante de Enfermería, y en el frente del este los sanitarios escasean. Es como si Rusia fuera un enorme pozo sin fondo que engulle todos los recursos que se le destinan. Así fue como acabé en un vagón de mercancías de un tren en la estación central de Berlín, con otros muchos en mi situación, a punto de salir para Ucrania como sanitario. El tren debía partir a las cuatro de la tarde. Lo recuerdo porque eran las cuatro y diez y aún no nos habíamos movido de la estación.

»Por lo visto, faltaba alguien. Estábamos sentados en el suelo del vagón, procurando acomodarnos para un viaje que sería largo, cuando uno de los soldados que estaba junto a la puerta aún abierta nos dijo: «¡Mirad! Ahí llega la causa de nuestro retraso». Me asomé para echar un vistazo. Cuatro agentes de la policía secreta traían escoltado a otro sanitario vestido de uniforme. Llevaba las manos esposadas a la espalda y desde luego la Gestapo se había divertido con él. Tenía un profundo corte sobre una ceja, un pómulo amoratado, un labio partido... Y eso era lo que se veía. Supongo que bajo el uniforme llevaría las marcas de muchos golpes más.

»Uno de los agentes, el que parecía estar al mando, iba diciéndole algo. Yo solamente oí el final de la frase cuando ya estaban junto a la puerta abierta de nuestro vagón: «... y nuestro jefe te quiere vivo. Pero si por mí fuera hace ya tiempo que te habría dado el pasaporte». El prisionero esbozó algo parecido a una sonrisa, y sin dignarse siquiera a mirar al policía le respondió: «Te falta valor para matarme». Me quedé atónito, como todos los soldados que pudieron escuchar aquellas palabras. La respuesta del agente no se hizo esperar. Comenzó a insultarle. Golpeó al sanitario en el estómago, un golpe brutal que le obligó a doblarse sobre sí mismo. Siguió golpeándole implacablemente, a pesar de que el prisionero estaba esposado y no podía defenderse, hasta que sus propios compañeros lo detuvieron, sujetándolo y alejándolo del sanitario. «¡Basta! —gritó uno de ellos—. ¿Es que quieres que nos fusilen a todos? Ya conoces nuestras órdenes.»

»Mientras dos policías contenían al agente al mando, el tercero abrió las esposas del prisionero, arrojó su equipo médico al vagón y después empujó dentro de él al sanitario, sin ningún miramiento. Cerró la puerta tras él, hizo una señal al maquinista y el tren se puso en marcha. “¡Ojalá mueras lentamente en Rusia!”, gritó con rabia el agente que había golpeado al sanitario, liberándose al fin de los compañeros que lo retenían. El sanitario lo oyó, por supuesto que lo oyó, como todos nosotros. Rápidamente se puso en pie y asomándose a través de la ventanilla enrejada del vagón de mercancías respondió: “¡Si es así, te estaré esperando en el infierno!”.

»Pensé, y supongo que muchos de los que en aquel momento estaban en el vagón conmigo pensarían lo mismo, que aquel tipo o bien estaba loco o tenía un valor inaudito. El sanitario aún permaneció unos momentos asomado a aquella ventanilla hasta que el tren empezó a ganar velocidad y salimos de la estación. Entonces se dio la vuelta, apoyó la espalda en la puerta del vagón y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Al sentarse hizo un gesto de dolor y se llevó una mano al costado. Creí escuchar, entre el traqueteo del tren, el chasquido de las costillas rotas. El gesto de dolor duró apenas un fugaz instante. Respiró profundamente. Sacó un cigarrillo del bolsillo superior de su guerrera y lo encendió. La sangre del profundo corte que tenía en la frente le caía sobre los ojos. La restañó con el dorso de su mano. “Vaya, capitán —me atreví a decir—. Parece que se han empleado a fondo con usted.” Él ni siquiera me miró. Pensé que, a fin de cuentas, no era un mal comienzo. Al menos no se había encarado conmigo. De alguien capaz de desafiar a la policía secreta como él lo había hecho podía esperarse cualquier cosa. “También soy sanitario —continué—. Quizá algunos puntos de sutura en esa herida que tiene en la frente harían que dejara de sangrar —añadí echando mano del petate donde estaba mi material—. Por cierto, me llamo Schmidt.” El sanitario dio otra calada a su cigarrillo. Entonces se volvió y me miró, y le juro por mi vida, teniente, que en aquellos ojos no había ni un ápice de locura. Me dijo su nombre: Adler.

Lo sabía. Desde que Schmidt comenzó a describir la actitud desafiante del pasajero de su relato imaginé que se trataba de Adler.

—Le di ocho puntos de sutura en la frente —continuó relatando el sanitario— bastante limpios, teniendo en cuenta el vaivén del tren en marcha. Adler no se movió, ni se quejó una sola vez. Se dejó hacer. Así empezamos nuestra andadura en la guerra. Desde entonces he sido su asistente. Nos hemos visto en situaciones de todo tipo, algunas no tan malas, otras terribles. Y de momento seguimos vivos.

No pude evitar la pregunta.

—¿Cómo soporta Adler esto? ¿Cómo puede mantenerse en pie? Lleva casi cuatro días ahí abajo. Está herido...

Schmidt se quedó pensativo. Dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó en un charco cercano, donde chisporroteó unos segundos antes de apagarse. Se tomó su tiempo para responder.

—El capitán no es como nosotros, no al menos como la inmensa mayoría de la gente que conozco. No podría describírselo. Es como si estuviera hecho de otra pasta. No se le puede juzgar o valorar como lo haríamos con cualquier otra persona. Él es diferente. No me pregunte por qué. No es fácil conocerle. Es poco hablador, exactamente lo contrario que yo —Schmidt sonrió—. Arisco, a veces tiene unos arrebatos de ira que a mí, ciertamente, me intimidan. Aunque le conozco desde hace ya tiempo, hay ocasiones en las que me da miedo, porque sé que es un hombre que en determinados momentos sería capaz de cualquier cosa, buena o mala. Es duro, implacable, con los demás, pero sobre todo consigo mismo. Ya ve. Sigue ahí abajo, frente a la mesa de quirófano. Le garantizo que no podríamos apartarlo de allí a menos que cayera inconsciente. Yo lo he intentado muchas veces. A veces puede ser incluso cruel. Pero yo le he visto trabajar. Le he visto organizar el hospital de primera línea, le he visto dirigir evacuaciones de heridos, le he visto combatir, y es un excelente superior, un excelente médico, un hombre de principios y con valor.

Schmidt bebió un sorbo de café antes de continuar hablando.

—Recuerdo que a los pocos meses de llegar al frente, durante la ofensiva sobre el Dniéper, Adler estaba en el hospital de primera

línea junto con otros médicos. Yo era su asistente en quirófano. Acabábamos de operar a un herido. De pronto un soldado de nuestra división entró corriendo en el hospital. “¡Tanques rusos! ¡Tanques rusos!” El soldado buscaba a Adler. Había otros médicos allí. El oficial médico al mando, coronel Schaffenberg, todavía estaba con nosotros en el hospital de retaguardia. Pero el soldado buscaba a Adler, y no a los demás. “Capitán Adler —informó casi sin aliento en cuanto llegó al quirófano—. Tanques rusos se aproximan al hospital.”

»Debían de haber confundido el edificio que utilizábamos como hospital con el cuartel general de nuestra división, puesto que era uno de los pocos que seguía en pie. Tras ubicar al herido al que acabábamos de operar, Adler y yo salimos del hospital, siguiendo al soldado que nos había traído la noticia. Efectivamente, pudimos comprobar que dos T-34 soviéticos se aproximaban desde calles cercanas que confluían en una recta de doscientos metros que llevaba directamente al hospital. Adler no tardó mucho en hacerse cargo de la situación. “No tendremos tiempo de evacuar”, reflexionó en voz alta. Y de pronto le preguntó al soldado: “¿Tienes cargas magnéticas?”. El soldado le respondió que no. Le pregunté al capitán qué pretendía hacer. Pregunta absurda que Adler ni siquiera respondió, pues ambos sabíamos que iba a intentar frenar el avance de los tanques. “No permitiré que destruyan mi hospital”, me dijo. Y después, dirigiéndose al soldado, le ordenó: “Avisa al cuartel general. Necesitamos protección en esta zona”. El soldado saludó reglamentariamente y echó a correr, desapareciendo enseguida entre los edificios destruidos.

»Adler se dirigió hacia los tanques. Lo vi aparecer y desaparecer varias veces, a intervalos, entre los muros derrumbados. Los tanques, entretanto, se aproximaban más y más. El primero de ellos que se acercaba desde una calle lateral a la derecha enfilaba ya la recta que se dirigía a nuestro hospital de campaña. Pude ver como su torreta giraba, apuntando al edificio. Blanco fácil, porque era uno de los pocos que aún no estaba en ruinas en aquella ciudad. Sentí el miedo aferrarse como una garra a mi espalda. Veía ya el proyectil saliendo del cañón, el hospital volando por los aires, y yo con él...

»Entonces vi aparecer a Adler junto a ese T-34. Llevaba una mina magnética en la mano. No sé de dónde demonios la había sacado. Corrió hasta situarse detrás del enorme coloso de acero para poder colocar el explosivo en su parte posterior, jugándose literalmente la vida, porque si el tanque hacía un viraje brusco, sus orugas lo aplastarían, y porque si el segundo tanque que se aproximaba desde la izquierda conseguía girar y enfilar la calle en la que estaba el primer T-34, sus ametralladoras lo barrerían.

»Pero nada de eso ocurrió. Adler consiguió colocar la carga adhesiva y activarla. Después se alejó del tanque tan rápido como pudo, y en pocos segundos el T-34 estalló, abriéndose como una naranja madura, bloqueando la calle e impidiendo el avance de su compañero. Confieso que cuando el tanque explotó cerré los ojos, rezando con la esperanza de que aquel monstruo mecanizado no hubiera tenido tiempo de disparar su cañón antes de volar por los aires. Cuando por fin los abrí, tal vez fueron solo unos segundos, pero para mí fue como si hubieran pasado años, el tanque estaba destruido y el hospital intacto.

»Adler regresó enseguida a mi lado. Entró corriendo de nuevo en el hospital y se dirigió a los quirófanos. Cogió una de las pocas batas de cirujano blancas que aún estaban limpias, y empapando sus manos en la sangre que había en el suelo dibujó en ella una cruz. Utilizó un fusil a modo de mástil y volvió a salir, esta vez para dirigirse al tejado y enarbolar allí su bandera de sangre... Después volvió a quirófano. Ya solo podíamos esperar.

Schmidt hizo una breve pausa. Encendió otro cigarrillo.

—Pasaron las horas. Seguimos atendiendo un paciente tras otro. La ofensiva terminó. Nuestras tropas consiguieron frenar a los soviéticos. Nuestro hospital seguía en pie, y nosotros estábamos vivos... No podría decirle si lo que nos salvó fue la acción desesperada de Adler al destruir aquel T-34 que quedó bloqueando la vía de acceso al hospital e impidió la llegada de nuevos acorazados rusos, o la bandera de sangre que nos defendió, o los batallones de refuerzo que el mando destinó a nuestra zona para protegernos. La cuestión es que seguíamos con vida.

»Cuando el último herido que precisó cirugía fue sacado de quirófano, Adler se quitó la larga bata de cirujano que había tenido puesta y se sentó, cansado, en unas cajas de suministros que había en una esquina, con un gesto de dolor. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba el cinturón del uniforme atado sobre su muslo derecho, a modo de torniquete, algo que no pude ver mientras tuvo puesta la bata. Lo soltó y rasgó el pantalón del uniforme, que estaba empapado en sangre. Mientras colocaba en el tejado su bandera, en un intento de disuadir a los rusos de disparar sobre nuestra posición, había recibido un balazo que le había atravesado la pierna. Y desde entonces, horas y horas, había permanecido en pie, frente a la mesa de quirófano, trabajando sin parar...

»Eché un vistazo rápido a su herida. “Nada serio. La bala ha atravesado limpiamente el vasto externo del cuádriceps. Unos puntos de sutura bastarán”, dijo. Supongo que debió de ver la expresión de mi rostro. Aquel día se ganó sin ninguna duda mi respeto incondicional.

Schmidt guardó silencio. También yo. Bebí un sorbo de café y encendí uno de los cigarrillos que Adler había colocado en el bolsillo de mi guerrera.

—¿Cuántos médicos trabajaban con ustedes? —pregunté a Schmidt al cabo de un rato.

—La división tenía cinco médicos —contestó—. El coronel médico Schaffenberg estaba al mando. Al principio la atención sanitaria se organizaba con dos equipos quirúrgicos de la siguiente forma: se establecía un hospital cerca del frente, el hospital de primera línea o puesto de socorro avanzado, donde habitualmente estaban los capitanes médicos Adler y Mannheim, y con frecuencia también el teniente médico Haessler. Allí se atendía a los heridos potencialmente más graves. Más alejado de la línea de combate estaba el hospital de retaguardia de la división, donde trabajaban el coronel médico Schaffenberg y el capitán von Maier, así como Haessler, cuando el frente estaba tranquilo. Allí los sanitarios derivaban los heridos menos graves, los que podían soportar el traslado a una zona más segura, más alejada del frente, así como los atendidos y estabilizados en el hospital de primera línea. Desde

allí se organizaba la evacuación de los heridos del campo de batalla hacia retaguardia.

—¿Y qué ocurrió para que Adler se quedara solo?

—A los pocos meses de nuestra llegada al frente, el capitán Mannheim tuvo la mala suerte de pisar una mina. Murió en el acto. No fue sustituido. El coronel Schaffenberg fue herido por un obús que estalló cerca de su coche durante una marcha de aproximación al enemigo y fue evacuado a casa, quedando el capitán von Maier al mando. Respecto al teniente Haessler... —Schmidt hizo una pausa—, también murió y tampoco fue sustituido. Hace cuatro días, al inicio de esta contraofensiva rusa, al sur de Kharkov, nuestro hospital de primera línea, el único del que nuestra división podía ya disponer, donde trabajaban juntos mano a mano von Maier y Adler, fue bombardeado. Von Maier murió. Durante cuatro días Adler ha sido el único médico para toda una división que ha sufrido unas bajas brutales en este tiempo, hasta que llegó usted. Y aún sigue trabajando... Debemos volver.

Schmidt apuró su café, arrojó su cigarrillo casi consumido y se puso en pie. Yo lo imité. Después de aquella pausa, de aquella conversación, a pesar del cansancio físico, mi mente estaba más clara y mi corazón más tranquilo. Estaba dispuesto a enfrentar de nuevo el horror, a afrontar aquella tarea titánica. Adler podía con ello. Yo también era médico. Yo también podría. Bajamos a los sótanos.

Había un silencio extraño en el hospital. Pude notarlo cuando bajábamos las escaleras. Se oían gemidos, las voces susurradas de los soldados heridos, pero no se escuchaban gritos angustiosos de dolor. Comprendí por qué cuando llegamos a los quirófanos. Estaban vacíos. Adler y su asistente, el tal Kesselbach, estaban recogiendo el material quirúrgico.

—¿Se acabó? —preguntó Schmidt.

—De momento, sí —respondió Kesselbach.

El sanitario Kesselbach era un hombre de unos treinta años, de cabellos oscuros y complexión delgada. Tenía un aspecto tan fatigado como todos nosotros.

Sin mediar palabra, Schmidt se dirigió a Adler y le quitó el instrumental quirúrgico que llevaba entre las manos.

—Váyase a dormir, capitán —sugirió.

Adler guardó silencio. No protestó por la forma, quizá demasiado familiar, en que su subordinado se había dirigido a él. Se pasó una mano por sus ojos cansados. Después me miró.

—Usted debería hacer lo mismo, Eybler.

Cogió su abrigo y desapareció escaleras arriba.

—Haga caso al capitán, teniente —me aconsejó Schmidt una vez que Adler hubo salido—. Busque un hueco arriba, cerca de la cocina de campaña. Allí no hace demasiado frío y nadie le molestará en un buen rato. Kesselbach y yo nos encargaremos de esto.

Dejé a los dos sanitarios esterilizando el material quirúrgico y salí de nuevo del sótano. El agotamiento era cada vez más perceptible para mí. Busqué, como Schmidt me había dicho, un hueco en el suelo, cerca de la cocina de campaña. Recogido sobre mí mismo, como un niño en su cuna, me tapé hasta la cabeza con mi abrigo militar. Estaba tan cansado que creo que me dormí casi al instante.

Mi despertar tras aquel primer sueño en el frente fue brusco. Oía ruidos alrededor. Entreabrí los ojos. Me quité el abrigo de encima. La luz del sol de un día casi veraniego me deslumbró. Apenas tardé unos instantes en ser consciente de dónde me encontraba. No fue difícil. Soldados que iban y venían a mi alrededor, ruidos de armas que se limpiaban, se montaban y se desmontaban, motores... Estaba en el frente. Estaba en Ucrania.

No había lucha; no se oían los gritos, disparos y explosiones que me recibieron a la llegada. Pero sí había una frenética actividad. El aroma de café recién hecho, el olor a tabaco, a pólvora, a gasolina, inundaron mis sentidos. Me dolía todo el cuerpo, como si me hubieran dado una paliza: el trabajo extenuante de los días previos, el interminable viaje en tren. Sin embargo, después de unas horas de sueño, mi mente estaba completamente despejada. Me senté

unos momentos en el suelo, intentando ubicarme. Apenas si había vislumbrado en la penumbra de la tarde la ciudad, cuyo nombre no sabía, y el edificio que nos servía de hospital. A la luz del día la destrucción era aún más patente. Todo a mi alrededor eran ruinas, incluyendo aquel granero en el que me encontraba, que tenía medio tejado derruido y los muros agujereados por decenas de proyectiles de los más diversos calibres. Ni una ventana ni una puerta estaban intactas.

¿Cuánto tiempo había dormido? Miré mi reloj, eran casi las diez y media de la mañana. No habían sido más de cinco horas. Pero aquello bastó para hacerme recuperar la entereza. Me llevé con un gesto inconsciente una mano a la mejilla y me di cuenta de pronto de que mi aspecto debía de ser lamentable. Llevaba casi una semana sin afeitarse. Mi uniforme estaba hecho un desastre, arrugado y manchado de tierra y sangre por todas partes. Mis manos estaban aún hinchadas y doloridas, pero ya podía cerrarlas. Estaban preparadas para volver a operar.

Me puse en pie con la intención de dirigirme al quirófano, en busca de Adler, para recibir sus órdenes y ponerme a trabajar, pero no me hizo falta bajar al sótano para encontrarle. Adler y Schmidt estaban allí mismo, a unos cincuenta metros de mí, en aquel pabellón que nos servía de refugio. Adler estaba sin camisa, sentado en el suelo. Tenía una herida de feo aspecto sobre el hombro izquierdo. A mi mente vino de pronto la imagen del capitán médico en el quirófano la primera vez que lo vi, con ese vendaje ensangrentado cubriéndole el pecho. Así pues, esa era la causa. Schmidt lavaba la herida con extremo cuidado. Cuando terminó se puso en pie y le vi bajar al sótano, supongo que en busca de vendas. Me acerqué a Adler, que encendía un cigarrillo mientras esperaba al asistente. Se había afeitado y aseado en lo posible, dentro de las precarias circunstancias que nos rodeaban. Sus cabellos rubios mojados parecían más oscuros y las prematuras canas en sus sienes eran más evidentes. Afeitado, la palidez de su rostro y las profundas ojeras, las huellas del cansancio, se acentuaban aún más. Su aspecto seguía siendo el de alguien agotado, más incluso que la primera vez que lo vi, pero sus ojos

estaban llenos de vida, plenos de esa terrible lucidez, de esa consciencia del horror que yo era incapaz de comprender cómo podía soportar.

—Buenos días, teniente —saludó al verme llegar—. ¿Ha podido descansar?

—Lo suficiente. Gracias, capitán.

Me ofreció un cigarrillo del paquete que tenía en la mano. Lo acepté mientras examinaba con la vista la herida de su hombro. Parecía una herida penetrante, que había atravesado el hombro de lado a lado, a la altura de la clavícula, pero sus bordes presentaban signos de quemaduras. Su aspecto no era bueno, quizá porque era reciente.

—Si puedo echarle una mano... —le ofrecí, señalando con la cabeza su hombro herido.

—Curará si no se infecta. No se preocupe —respondió.

Schmidt volvió con los vendajes. Me saludó con una sonrisa y se puso enseguida a trabajar, vendando el hombro de Adler rápidamente y con esmerada pulcritud. En cuanto Schmidt terminó su trabajo, Adler se puso en pie. Acabó de vestirse. Su uniforme no presentaba un aspecto mucho mejor que el mío. Apuró lo que le quedaba de café en una taza metálica y tomó el camino del sótano que hacía las veces de hospital.

—Schmidt —ordenó al sanitario—, acompañe al teniente. Indíquele dónde puede afeitarse y asearse un poco. Y que desayune antes de bajar al hospital. Yo voy a organizar la evacuación de los heridos.

—Bien, señor.

Acto seguido nos volvió la espalda y desapareció en las escaleras que conducían al sótano.

—Bueno, acompáñeme —me invitó Schmidt.

Acabé mi cigarrillo y le seguí. Caminamos entre los soldados en dirección opuesta a la que Adler había tomado al dejarnos, hacia un pequeño edificio casi anexo al granero que servía de hospital y almacén de intendencia y que también mantenía parte de sus muros en pie.

—Me sorprende la habilidad que muestra usted en su trabajo como asistente —confesé a Schmidt mientras caminábamos—. Si no me lo hubiera dicho, nunca habría creído que usted no era enfermero antes de llegar al frente.

Schmidt se echó a reír.

—Me sobreestima, teniente —respondió—. Cuando llegué aquí yo no sabía ni la mitad de lo que sé. Pero tengo un buen maestro.

En el edificio anexo había varios bidones llenos de agua frente a los cuales oficiales y soldados, por turnos, trataban de dignificar su situación. Mi graduación de teniente me permitió un rápido acceso a uno de ellos. Schmidt me consiguió algo de jabón y un trozo de espejo para que pudiera afeitarme.

—Si me lo permite, teniente, iré en busca de nuestro desayuno —solicitó con una sonrisa.

No necesité responder. Dejé a un lado el trozo de espejo y mientras Schmidt iba en busca de café, yo me quité la guerrera y la camisa y dejé que el agua empapara mi rostro, mis cabellos sucios y polvorientos, mi pecho. Después de aquellos días eternos, de aquel viaje interminable, de aquel trabajo brutal, el agua fresca, agua de lluvia recogida en bidones vacíos de combustible, era una bendición. Cogí el espejo que Schmidt había conseguido para mí. Podía afeitarme de manera más o menos decente, procurando, eso sí, no cortarme con el filo de mi bayoneta, que era lo que serviría como navaja de afeitar. Cuando vi mi imagen reflejada en él apenas reconocí mi propio rostro. Demacrado, con las mejillas hundidas; desde que salí de Madrid debía de haber perdido al menos unos ocho o diez kilos. Las mismas ojeras que se dibujaban en los rostros de Adler, de Schmidt, de Kesselbach, comenzaban también a marcar mi rostro. Sin afeitar, con los cabellos desgreñados, tenía más aspecto de vagabundo que de médico o soldado. Y, desde luego, no era ni la sombra de lo que fui. Mis pensamientos volaron en aquel instante hacia Ana, mi Ana. Desde que abandoné mi casa había evocado constantemente su recuerdo. Mi querida Ana, mi hijo Carlos... Mi familia. Sentí un nudo en la garganta y una extraña humedad enturbió mis ojos. Qué agudo se me hizo entonces el dolor de la pérdida, y qué terrible esa incertidumbre, el no saber. ¿Estarían

bien? ¿Habrían recibido alguna noticia sobre mi inesperado cambio de destino, sobre mi situación? ¿Qué iba a ser de ellos en mi ausencia? ¿Qué iba a ser de ellos?

Una sola idea me sirvió de consuelo: al menos no tendrían que verme en el estado en que entonces me encontraba. Creí que no podría estar peor, que las cosas forzosamente mejorarían y cuando regresara a casa volvería a ser el hombre que fui. Entonces no supe lo equivocado que estaba. El regreso a casa no existiría, y me encontraría en situaciones físicas y morales que rozarían el límite de la resistencia humana. Aquello que entonces vivía, y que me parecía tan terrible, era el paraíso en comparación con lo que después tendríamos que afrontar.

Schmidt regresó enseguida con café, pan y dos latas de carne en conserva, desviando totalmente el rumbo que comenzaban a tomar mis pensamientos.

—Espero que no le importe que le haga compañía mientras se afeita, teniente —dijo.

Y enseguida, sin necesidad de mi aprobación, tomó asiento en unas cajas de municiones apiladas cerca de donde yo me encontraba y se puso a abrir una de las latas con su bayoneta.

La verdad es que no me molestaba su presencia. Al contrario, me sentía seguro con él. Tenía muy presente que habían sido su habilidad y su experiencia en el frente las que me habían permitido llegar con vida desde el tren al improvisado hospital militar de aquella ciudad ucraniana, cuyo nombre aún ignoraba, sumida en el fragor de la batalla. Yo solo en aquella vorágine hubiera muerto el mismo día de mi llegada.

Era abierto, espontáneo, cercano, de trato sencillo y sincero, de fiar. Era difícil dejar de sentir simpatía por él. Era lo que allí aprendí a llamar *un camarada*.

—Habría hecho un buen negocio con estas conservas si no me hubieran cazado —comentó medio en broma tras devorar en apenas dos bocados la mitad del contenido de la lata que finalmente había conseguido abrir a fuerza de golpes—. Para ser suministros del ejército no están nada mal.

Sonreí, yo creo que por primera vez desde mi llegada al frente. Me pareció increíble que Schmidt aún tuviera espíritu para bromear en medio del horror en el que estábamos inmersos. Pero supongo que ese tipo de actitudes forman parte del ser humano. Así era cómo Schmidt se defendía, se protegía, de la desesperación, de la locura.

—¿Cómo fue? —pregunté mientras intentaba no cortarme con el filo de la bayoneta deslizándose sobre mi yugular.

—¿El qué? —preguntó Schmidt tras beber un sorbo de café.

—La herida de Adler. ¿Cómo le hirieron?

Schmidt me miró. La sonrisa de su rostro se borró de pronto.

—Cada vez que lo recuerdo se me pone la carne de gallina —respondió tras una breve pausa—. No tengo consciencia de haber pasado tanto miedo nunca.

Dejó a un lado la taza de café y la lata de conservas y encendió un cigarrillo.

—Tres días antes de que usted llegara al frente, después de unas semanas relativamente tranquilas, los rusos lanzaron una ofensiva en nuestra zona con la intención de romper nuestras líneas. Fue un ataque potente y estuvieron a punto de lograr su objetivo. Comenzaron con una cortina de fuego artillero que cayó sobre nosotros como una lluvia de acero, y después lanzaron sus carros de combate y su infantería.

»Por aquel entonces nuestra división ya solo tenía dos médicos: Adler y von Maier, y los dos se pusieron a trabajar mano a mano en primera línea. El hospital de retaguardia había dejado de existir. Habilitamos nuestro hospital de campaña en el edificio que antes era una escuela, en la zona sur en torno a la ciudad de Kharkov, que es donde nos encontramos —explicó señalando las ruinas que se veían a lo lejos—, pero a las pocas horas de iniciarse el ataque ruso, cuando los heridos comenzaban a llenar el hospital, hubo una nueva carga de artillería que fue a impactar exactamente en esa área. Yo había salido del edificio. Adler había advertido a von Maier que aquella zona estaba demasiado cerca de la línea de impacto de la cortina artillera rusa, pero, ciertamente, no teníamos lugares mucho mejores entre los que escoger. Así que me enviaron al cuartel

general de la división, del que aún no habíamos recibido ningún parte, a recabar información sobre la evolución del combate por si fuese necesario evacuar.

»Conseguí hablar con un oficial del Estado Mayor, un coronel de infantería. Según me dijo, aunque los rusos eran superiores en número, habían logrado contener su avance y estaba casi seguro de que en breve podrían obligarlos a retroceder. Con esa información relativamente tranquilizadora emprendí el camino de regreso al hospital.

»Estaría a unos quinientos metros del edificio, no muchos más, cuando la artillería rusa comenzó de nuevo a dejar caer sus proyectiles sobre nuestras cabezas. Busqué protección entre las ruinas como pude. No sé cómo aquel bombardeo no acabó conmigo. El caso es que cuando al fin terminó y pude salir del agujero en el que me había refugiado vi que la escuela que nos servía de hospital había sido alcanzada de pleno. Solo pensé en una cosa: "Nos hemos quedado sin médicos. ¡No tenemos médicos!". Los sanitarios no sabíamos operar. Sin cirujanos los heridos quedarían prácticamente sin asistencia. Muchos hombres morirían si no había quien pudiera ofrecerles una cirugía de urgencia para contener una hemorragia, para amputar una pierna destrozada...

»Corrí como loco hacia las ruinas del hospital de campaña. No podría precisar el número de víctimas en aquel ataque, cuántos heridos y cuántos sanitarios habían muerto. El área quirúrgica, las aulas que servían de quirófanos, estaba parcialmente respetada. De allí vi salir a Adler tambaleándose, magullado, lleno de arañazos, sangre, polvo y cascotes, y con un trozo de acero de unos veinte centímetros de largo y dos o tres de diámetro atravesándole el hombro izquierdo. Yo creo que no me vio; se dejó caer entre los escombros y el polvo a las puertas del edificio destruido.

»No imagina usted la alegría que sentí al verle. ¡Al menos uno de los médicos estaba vivo! Corrí hacia él. Tosía a causa de la polvareda que había alrededor. Su rostro estaba contraído de dolor. "Está vivo. Gracias a Dios. Al menos uno de ustedes está vivo...", dije apenas llegué a su lado. "Estábamos demasiado cerca", se quejó él, y noté que su voz de acero se quebraba. Miré su hombro herido,

atravesado por aquel trozo de hierro. Necesitaba ser atendido por un colega suyo. Un sanitario como yo poco podía hacer con una herida como aquella. Le pregunté por el capitán von Maier. La respuesta fue breve: "Muerto". Le dije que no se preocupara, que buscaría un medio de transporte para llevarle al norte, a la ciudad de Kharkov, donde médicos de otra división podrían atenderle. Adler negó con la cabeza. "El puesto médico más cercano está a veinte kilómetros de aquí", balbuceó. Y era cierto. En un frente tan amplio como el del este las distancias entre las divisiones en combate eran enormes. Incluso suponiendo que encontráramos un vehículo utilizable, atravesar el frente activo en plena lucha podría llevarnos horas, sin contar con que los puestos médicos en las demás divisiones estarían poco más o menos como estábamos nosotros, es decir, sin medios, desbordados, en el caso de que consiguiéramos llegar con vida. De pronto, Adler me miró. "Tendrás que hacerlo tú."

»Le aseguro, teniente, que al escuchar esa orden de labios del capitán el pánico se apoderó de mí. Yo, que ni siquiera soy enfermero. No estaba preparado para tratar una lesión así. No sabía qué arterias, qué nervios, músculos o huesos habría dañado ese trozo de acero al atravesar el hombro. ¿Cómo iba yo a arrancar ese hierro de ahí? "Yo no... Yo no puedo...", recuerdo que dije; más que decir, balbuceé. El rostro de Adler se contrajo súbitamente con un gesto de terrible dolor. Sujetó el brazo izquierdo fuertemente contra su cuerpo. Apretó los dientes. Guardó silencio, cuando yo habría gritado. Su frente se cubrió de gotas de sudor... A medida que el acceso de dolor fue cediendo Adler fue dándome instrucciones, implacable: "Necesito que enciendas un fuego. Uno pequeño bastará. Luego ve al quirófano y rescata lo que puedas. Necesitarás vendas, alcohol, morfina, agua...". Él me hablaba, pero yo apenas era capaz de escuchar sus palabras. Si yo le trataba, podría morir. Yo no era médico. ¿Cómo podía exigirme eso? "Capitán, yo no...", intenté protestar una vez más, atenazado por la angustia. "¡Hazlo, maldita sea!", gritó él fuera de sí por mi reticencia, por el dolor. Y luego, más calmado, con voz firme y templada, con esa mirada suya tan clara añadió: "Si tú no lo haces, nadie lo hará. Yo te ayudaré".

»Me convenció. No me pida que le explique cómo. Tiene una forma de decir las cosas, una forma de mirarle a uno que, pese a sus arrebatos, a su mal carácter... Es que no sabría describírselo. Me temblaban las manos, pero obedecí. Busqué maderas entre los escombros de la escuela, restos de mesas y sillas, de cajas de suministros. Encendí el fuego que me pedía. Fui al quirófano. Cogí todo lo que podía ser utilizable. Regresé y me arrodillé junto a él. Me pidió que le cargara una ampolla de morfina. Así lo hice. Él mismo se administró la medicación. Vacío la jeringa entera clavando la aguja en el brazo herido. "Bien, ahora escucha —comenzó a decirme—. Coloca tu bayoneta sobre el fuego y deja que se caliente, al rojo si es posible. —Comenzaba a imaginar qué es lo que pretendía que hiciera—. El trozo de hierro que me atraviesa el hombro no ha tocado estructuras nerviosas —siguió explicándome—. Me duele horrores, pero conservo la fuerza y la movilidad del brazo izquierdo. Eso significa que probablemente tampoco haya llegado a dañar ninguna arteria ni vena importante del brazo, porque estas se encuentran muy cerca de los nervios. Pero eso solo lo sabremos cuando retires ese trozo de metal."

»Hizo una pausa para tomar aire antes de continuar, apretando los dientes, luchando contra el dolor. La morfina aún no había comenzado a hacer efecto. "Cuando quites el hierro es importante que te fijas en cómo brota la sangre de la herida. Has visto muchas veces cómo sangra una arteria. Es una sangre de un rojo vivo, brillante, que mana a borbotones con cada latido del corazón. Si la herida sangra así, mal asunto. La arteria axilar estará desgarrada. Si la cauterizas, perderé el brazo y seré inútil. No harás nada más." "¡Morirá desangrado, capitán!", interrumpí aterrado. Adler hizo caso omiso de mis palabras y siguió hablando. "Si la sangre es venosa, oscura y fluye lentamente, entonces utilizarás la hoja de tu bayoneta para detener el sangrado, cauterizando la herida tanto en la parte anterior como en la posterior del hombro. Probablemente grite, maldiga, te pida que no sigas... —Adler hizo otra breve pausa—. No me escuches. Intenta contener la hemorragia. Eso probablemente me salve la vida. ¿Entendido?"

»Adler me miró, como lo hizo cuando le conocí en aquel tren de mercancías de la estación central de Berlín, la misma mirada, serena y clara. Le juro, teniente, que no he visto nunca en nadie tanta coherencia, tanta sensatez ni tanta calma como las que vi en Adler en aquel momento. Porque ponía su vida en mis manos, en mis limitados conocimientos, siendo perfectamente consciente de las consecuencias y asumiéndolas con una indiferencia total hacia la muerte. Aún ahora lo recuerdo y me echo a temblar.

Pude comprobar que Schmidt decía la verdad. Sus manos, que sostenían el cigarrillo que antes había encendido, ahora ya casi consumido, temblaban de manera casi imperceptible, haciendo que el humo del tabaco dibujase pequeñas ondas en el aire. Schmidt le dio una última calada y lo arrojó al suelo, apagándolo con el tacón de su bota.

—El capitán cerró los ojos y reclinó la cabeza contra las ruinas del muro en el que estaba apoyado —siguió relatando el sanitario—. Parecía que el dolor se estaba aliviando; la morfina comenzaba a hacer efecto. “Adelante”, dijo simplemente. Respiré hondo. Antes de intentar quitar el trozo de hierro del hombro de Adler descubrí la herida cortando el uniforme del capitán, desinfecté mis manos con alcohol y, diluyendo alcohol y agua a partes iguales, intenté limpiar lo mejor que pude el entorno de la herida. Después agarré con la mano derecha el trozo de acero que sobresalía de la parte anterior mientras que con la mano izquierda sujetaba el hombro de Adler. “Voy a intentarlo”, le advertí.

»Adler no dijo nada, ni siquiera me miró. Lo agradecí, porque mis manos temblaban y mi frente estaba bañada en sudor, el sudor de la angustia y el miedo. Tiré con fuerza. Adler gritó, solamente gritó de dolor, cuando yo seguramente me habría desmayado. El trozo de hierro se movió apenas un par de centímetros. Lo intenté otra vez, con el mismo infructuoso resultado y el consiguiente dolor para el capitán. Agarré de nuevo el hierro con furia. Tenía que sacarlo de un solo golpe. No podía seguir sometiendo a Adler a aquella tortura. Esta vez tiré de él con todas mis fuerzas. El trozo de acero salió al fin, y yo estuve a punto de caer de espaldas. El capitán, con un gesto instintivo, cubrió la herida con su mano

derecha, encogido sobre sí mismo, gimiendo de dolor a pesar de la morfina. La sangre resbalaba entre sus dedos. Arrojé aquel trozo de hierro maldito y me arrodillé de nuevo junto a Adler. Intenté retirar su mano de la herida. "Déjeme ver, capitán", le rogué, aunque no sé si él llegaba a escucharme. El dolor debía de ser terrible. Conseguí que quitara la mano. La herida sangraba abundantemente, pero no era sangre arterial.

»Adler tenía razón: yo sé cómo sangra una arteria y aquella sangre de un color rojo oscuro, de flujo continuo, sin borbotones, no provenía de una de ellas. Me armé de valor y cogí la bayoneta del fuego. La hoja era de acero y no se había puesto al rojo, pero estaba lo bastante caliente como para cauterizar una herida. Apreté la hoja con fuerza contra la parte anterior del hombro. Conté hasta diez. Adler gritó, aulló de dolor. Pero no me dijo nada... En ningún momento me pidió que parara. El olor a carne quemada me hizo sentir náuseas. Los gritos de dolor de Adler creí que me harían enloquecer.

»¿Cómo podía estar infligiendo aquel sufrimiento a un hombre al que apreciaba y respetaba, al que consideraba, además de mi superior, mi amigo? Cuando al fin retiré la hoja de la herida, esta apenas rezumaba ya sangre. Puse la bayoneta otra vez en el fuego. Di a Adler un tiempo para recuperarse. Debía repetir la operación en la zona posterior del hombro. Sequé el sudor de mi frente. Miré a Adler. Roto por el dolor, seguía sin embargo consciente, perfectamente consciente de cuanto pasaba a su alrededor. No fui capaz de afrontar el sufrimiento de su mirada. Le pedí que se volviera e implacable como una máquina cautericé también la herida de la parte posterior del hombro. Después confieso que me derrumbé. Me quedé de rodillas a espaldas de Adler y me eché a llorar como un chiquillo.

Schmidt hizo otra pausa para encender otro cigarrillo. Había un brillo extraño en su mirada, como lágrimas que no llegaría a derramar.

—Al cabo de unos minutos sentí una mano sobre mi hombro. Adler, exhausto, terriblemente pálido, con la frente bañada en sudor como la mía, me dijo: "Lo has hecho bien". —Schmidt esbozó una

sonrisa amarga—. Lo había hecho bien... Ahora lo pienso y no me explico cómo fui capaz de hacerlo. Yo no habría soportado ni la mitad de lo que Adler soportó. Si el capitán me hubiera dicho una sola vez que me detuviese, que no podía más, yo no le hubiera aplicado esa bayoneta ardiente sobre las heridas y él hubiera muerto desangrado... En fin. Vendé sus heridas. Me pidió media ampolla de morfina más, que le cargué en una jeringa y que él mismo se administró. También me pidió un cigarrillo.

»El ruido de los combates, de las explosiones y los disparos seguía a nuestro alrededor, pero me pareció algo más lejano. Pensé que tal vez el comandante de infantería que me había informado sobre la evolución de la lucha tenía razón y los rusos estaban retrocediendo. Después averigüé que efectivamente era así. Adler dio una profunda calada a su cigarrillo y me anunció: "Ahora organizaremos el nuevo hospital de campaña". Yo no podía creer lo que oía. Con la voz aún rota por el dolor, después de lo que había pasado, y el primer pensamiento de Adler no era retirarse del frente, solicitar que le evacuaran a la patria para poder recuperarse y descansar, sino volver al trabajo. "Irás a buscar a Borgmann", ordenó. Borgmann es el oficial de intendencia. Tendrá ocasión de conocerle, teniente. "Él te ayudará a encontrar una nueva ubicación, algún sitio donde podamos atender a los heridos. Busca también a Kesselbach, a Dantzig y a cuantos sanitarios sigan aún en pie y reúnelos en el nuevo hospital. Corre la voz entre los camilleros para que vayan llevando allí a los heridos... En unas pocas horas, lo que tardes en organizar todo esto, yo estaré lo suficientemente bien como para volver a operar." Le pregunté si realmente lo creía así, a lo que me respondió con una sonrisa amarga: "Soy el único médico que queda".

Acabé de afeitarme. Schmidt me hizo un hueco en las cajas de municiones sobre las que estaba sentado para que yo también pudiera tomar asiento. Me tendió una de las dos tazas de café que había traído, que aún estaban calientes.

—Lo que sigue ya lo conoce —concluyó el sanitario acabando su cigarrillo—. Nos ubicamos en el sótano del edificio de intendencia y allí estuvimos tres días con sus noches, hasta que llegó usted.

Bebí un sorbo de café. Schmidt sacudió la cabeza como para alejar de sí los malos recuerdos que aquel relato le había hecho revivir.

—¿Qué, teniente? ¿No piensa probar estas conservas de carne? —preguntó cambiando por completo el tono de la conversación—. Le aconsejo que desayune bien hoy que puede, porque aquí en el frente uno nunca sabe cuándo podrá volver a comer o a dormir. En cuanto haya terminado iremos al hospital. Me temo que allí tenemos aún bastante trabajo que hacer.

Media hora después, tras haber acabado con el frugal desayuno que Schmidt me había facilitado, el sanitario y yo estábamos de nuevo en el sótano que nos servía de hospital. Kesselbach y otros sanitarios que no conocía ya estaban trabajando allí. Revisaban y cambiaban vendajes, administraban medicación y facilitaban agua y alimentos a los heridos que podían tomarlos. Kesselbach se encontraba en el área derecha del sótano. En esa zona, algo apartada del resto, estaban ubicados los heridos con menos probabilidades de sobrevivir. El sanitario estaba ocupado en una tarea poco agradable. Registraba las defunciones. Los cuerpos de más de una docena de soldados estaban a sus pies, cubiertos totalmente por abrigo o capotes militares. Kesselbach estaba inclinado sobre otro cadáver cogiendo su placa de identificación. Tras hacerlo le cubrió también con un capote militar ensangrentado.

—¿Qué tal? —soltó Schmidt a modo de saludo.

Kesselbach se puso en pie. Se encogió de hombros, con gesto cansado.

—Ya ves —respondió mostrando el puñado de placas identificativas que tenía en la mano.

Calculé que habría varias docenas.

—¿Has hablado con Adler? —preguntó Schmidt.

—Las órdenes son preparar a todos los heridos en condiciones de soportar el traslado para su evacuación a posiciones seguras en la retaguardia. Al parecer, el mando ha ordenado a nuestra división

continuar el avance hacia el este. De hecho las tropas acorazadas que nos apoyan y parte de la infantería ya han empezado a marchar. La ciudad se queda en manos de otras divisiones. Se oyen rumores de que los rusos intentarán en las próximas semanas recuperarla. Quizá sea mejor para nosotros estar entonces lejos de aquí. El transporte de los heridos habrá que hacerlo en camiones. Adler ha ido a hablar con el Estado Mayor. El tren en el que llegaron los refuerzos ha sido destruido. Y de todas formas las líneas férreas han sido voladas por partisanos en las proximidades de nuestra posición. Imposible por el momento la evacuación en tren.

—Estupendo...

—Dantzig, Weber, Müller y los demás se están encargando de los heridos que serán evacuados. Sería bueno que fueseis a echar una mano por allí. —Kesselbach señaló el ala izquierda del sótano—. Aquí —añadió señalando con la cabeza los cadáveres a sus pies— hay bien poco que hacer.

Kesselbach volvió a su macabra tarea. Yo fui a los quirófanos, vacíos entonces, para dejar allí mi abrigo militar. El día se anunciaba soleado, primaveral, un día propio de mediados de abril, y en aquel sótano sin apenas ventilación la atmósfera era agobiante. Los uniformes y equipos que teníamos eran los propios de una campaña de verano. Los abrigos y los capotes militares que formaban parte de nuestro equipamiento estaban destinados más a protegernos de la lluvia o del viento que a abrigarnos, pero en aquel lugar, con aquel calor, estorbaban.

Me remangué la guerrera y me puse a trabajar junto a Schmidt y los demás, revisando heridas, cambiando vendajes, preparando a los heridos para la evacuación.

Adler apareció por el hospital hacia mediodía, y, al parecer, de pésimo humor. Antes de su llegada ya habíamos escuchado ruidos de motores en la superficie, cerca de las entradas al sótano-hospital. Eran los camiones de evacuación.

—Teniente Eybler —ordenó apenas verme—, disponemos de varios camiones de transporte de tropas que esperan arriba para iniciar la evacuación. Comience a sacar de aquí a los heridos. ¿Y Kesselbach? —preguntó.

—En el ala derecha —respondí.

Sin decir una palabra más se marchó a buscar al asistente y me dejó a mí encargado de comenzar la evacuación. Supongo que no le faltaría razón para darme dicha orden. A fin de cuentas yo era el oficial de mayor graduación después de él. Pero yo, sinceramente, no tenía ni la más remota idea de cómo hacer aquello... Inmediatamente busqué a Schmidt para transmitirle las instrucciones que Adler me había dado.

—¡Al fin una buena noticia! —exclamó.

El sanitario acabó de cambiar el vendaje a un herido y se puso rápidamente en pie. Sacó del bolsillo de su guerrera unos papeles. Me explicó que se trataba del listado de los hospitales militares de la zona. Los heridos más graves irían a los más cercanos. Los menos graves, los heridos estables, tendrían que ser evacuados más lejos.

—Vayamos a echar un vistazo a los vehículos —propuso después de estudiar las diferentes alternativas.

Le seguí fuera del sótano. Cerca de los muros derruidos del almacén estaban detenidos, en fila y con los motores en marcha, varios camiones de transporte de soldados de infantería y tres vehículos de transporte sanitario con una gran cruz roja pintada en los laterales.

—El capitán es realmente extraordinario —profirió Schmidt al ver el despliegue de medios de transporte que ponían a su disposición—. ¿Cómo habrá conseguido que le dejen utilizar estos camiones cuando parece que la división está de nuevo en marcha con órdenes de avanzar? En fin, imagino que es mejor no saberlo —se respondió a sí mismo—. Pongámonos manos a la obra, teniente. Los heridos que necesiten ir tumbados los transportaremos en las ambulancias. Todos los que puedan ir sentados, a los camiones. Hablaré con Dantzig para empezar los traslados. Esta noche el hospital estará vacío.

La evacuación transcurrió sin incidentes. El ejército alemán avanzaba, los rusos se replegaban y nuestro trabajo no fue interrumpido por ningún ataque. Con la ayuda inestimable de Schmidt, de Kesselbach, de los demás sanitarios, con su experiencia, no me resultó complicado obedecer la orden que Adler me había dado. Apenas estaban llenos, los vehículos de transporte partían, uno tras otro, hacia el oeste, a los diferentes hospitales en zonas seguras. Y tal y como Schmidt había pronosticado, al caer la noche nuestro improvisado hospital estaba vacío.

En toda aquella larga tarde, mientras duró la evacuación, apenas tuvimos un momento de respiro: revisar heridas, cambiar vendajes, subir a los heridos a los transportes, evacuar, registrar las muertes..., en una cadena que parecía no tener fin. Durante todo ese tiempo Adler no apareció por el hospital. La atención sanitaria a los heridos recayó por completo en los sanitarios y en mí. Pude verle, sin embargo, a media tarde, fuera del sótano y no lejos de los vehículos de transporte. Discutía de manera muy tensa con un comandante de infantería.

—¡Es inaudito que haya requisado mis camiones para evacuar heridos! —vociferaba el comandante—. Los blindados han iniciado el avance hace ya tres horas. ¿Desde cuándo se le da este apoyo a los cuerpos auxiliares como el suyo? ¿Qué es lo que pretende, capitán? ¿Que mi batallón sea el último en llegar al Don?

—Si desea manifestar su protesta por el uso que se le da a sus camiones, hable con el Estado Mayor —respondió Adler sin alterarse, pero inmutable en su posición—. Mi trabajo aquí es tratar de salvar vidas. Y eso es lo que intento hacer. Yo no me mezclo en sus intrigas militares ni en sus carreras por la Cruz de Hierro.

El comandante enrojeció de ira.

—Esto no quedará así, capitán —amenazó el comandante.

Adler no respondió. Se encogió de hombros, le volvió la espalda y se alejó.

Una vez que el hospital de transporte fue evacuado, también nosotros recibimos la orden de emprender la marcha para alcanzar la retaguardia de nuestra división. Creí que después de aquel intenso día de trabajo nos dejarían dormir y que seguiríamos a las tropas por la mañana. Pero mis esperanzas eran infundadas.

Cargamos todo el material sanitario utilizable en camiones de intendencia, lo que supuso un esfuerzo sobreañadido para nuestros cuerpos cansados y nuestras mentes que ansiaban dormir. Schmidt se puso al volante de uno de aquellos camiones. Adler y yo nos sentamos junto a él en la cabina. Mientras yo luchaba contra el sueño que me vencía, Adler, junto a la ventanilla abierta que permitía que entrara el aire fresco nocturno, encendió un cigarrillo. Sería ya cerca de medianoche.

—Espero que alcancemos a las tropas antes de tres o cuatro horas —dijo Schmidt—. Necesito urgentemente un par de horas de sueño antes de seguir este eterno camino hacia el este.

Adler no respondió. Su rostro reflejaba cansancio, pero sus ojos tenían la misma mirada clara, irreductible a la fatiga o al horror. Yo asentí con la cabeza. Tampoco yo deseaba otra cosa más que dormir.

—¿Me permite una pregunta, teniente? —soltó Schmidt—. Si no hablo, se me cerrarán los ojos mientras conduzco —añadió con una sonrisa.

—Adelante.

—¿De qué parte de Alemania es usted? Porque su acento me resulta distinto a todos los que conozco. ¿De Renania? ¿De Múnich, quizá? ¿Bávaro?

Esta vez fui yo el que sonreí.

—Soy de Madrid.

Schmidt apartó por un momento la vista del vehículo que circulaba delante de nosotros para mirarme, atónito. Avanzábamos por una llanura sin carreteras, y los vehículos formaban un largo convoy, uno detrás de otro.

—¿Español? —repitió Schmidt tras mirarme de arriba abajo, volviendo a fijar la vista al frente—. Está usted de broma...

—En absoluto. Así figura en mis documentos.

Saqué del bolsillo interior de mi guerrera los documentos que me habían entregado en Hof. Adler, que no había dicho nada hasta entonces, los cogió de entre mis manos.

—¿Me permite?

—Claro.

Les echó un rápido vistazo con su mirada inteligente.

—Es de Madrid... —murmuró casi para sí, leyendo los datos que figuraban en mi cartilla militar.

—Así es —respondí, aunque sabía bien que no esperaba una respuesta.

Adler me devolvió enseguida aquellos papeles, todos excepto uno: la orden en la que figuraba mi destino en Ucrania.

—Así que su destino era el cuerpo médico de la 74.^a División de Infantería a las órdenes del coronel médico Haussmann.

—Eso es lo que figura escrito ahí.

Adler dobló aquel papel con aparente calma y luego, sin previo aviso, lo rompió en mil pedazos y lo arrojó por la ventanilla. Los trozos de papel se dispersaron al viento en mitad de la noche.

—Pero ¿qué...? —protesté asombrado y preocupado por las consecuencias que aquello podría tener.

—Ahora pertenece al cuerpo médico de la 71.^a División de Infantería, bajo el mando provisional del capitán médico Adler —cortó sin esperar a que acabara de formular mi protesta.

Schmidt se echó a reír, viendo mi expresión angustiada.

—Bien hecho, capitán —alentó a Adler—. ¿De verdad el teniente es español?

Adler asintió con la cabeza.

—¿Y cómo diablos ha venido usted a parar aquí? —preguntó Schmidt.

—Es una historia un tanto... extraña...

—Tenemos todo el tiempo del mundo hasta que tengamos que volver a ponernos a trabajar, así que cuéntenosla, teniente Eybler.

Encendí un cigarrillo antes de comenzar a hablar. El proceso que me había llevado hasta allí resultaba tan inverosímil, incluso para mí mismo, que no sabía muy bien cómo describirlo con palabras.

—Yo venía con uno de los reemplazos de la 250.^a División de Voluntarios Españoles, con otros compatriotas, como tropa de apoyo para combatir en Rusia —expliqué finalmente—. Nuestro destino era la zona norte del frente ruso, Leningrado. Pero cuando llegué al campamento militar de Hof, donde debían equiparnos antes de partir al frente, decidieron que yo sería más útil en Ucrania, así que me separaron de mis compatriotas y me mandaron aquí.

—¿A usted solo?

—Sí.

—Imagino que sería por el idioma —supuso Schmidt—. ¿Cómo lo aprendió? Porque lo habla usted como cualquiera de nosotros. ¿Y su apellido? No es español.

—Mi padre era austríaco.

Hubo un momento de silencio.

—Ahora lo entiendo. Vaya una historia curiosa la suya —soltó el sanitario al cabo de unos minutos—. Le juro que nunca hubiera pensado que usted era extranjero. Pasa usted perfectamente por alemán.

—Tal vez por eso me han arrancado de mi familia y de mi vida para enviarme aquí —me lamenté.

Y al pronunciar esas palabras pesó sobre mí de nuevo como una losa el recuerdo de mi familia, el recuerdo de Ana. ¿Sabría ella ya cuál había sido mi destino, dónde me encontraba? ¿La habrían informado de algo? ¿Llegaría yo a tener alguna vez noticias suyas? Qué lejos, qué terriblemente lejos estaban ella y mi hijo. Cómo dolía su ausencia. Y la incertidumbre, siempre esa incertidumbre de no saber... Cuántas veces me vendría a la mente, durante los meses, los años siguientes, aquel concepto, aquella palabra, *incertidumbre*, que hoy, mientras escribo, cuando ya todo para mí son certezas —la muerte, la vida perdida...—, he llegado a maldecir y a odiar.

—¿No es usted voluntario? —preguntó Schmidt, ahogando mis recuerdos con su voz—. Creí que todos los combatientes de esa división lo eran.

Tardé unos momentos en responder.

—No exactamente.

Hubo unos instantes de silencio, breves, hasta que Schmidt volvió a tomar la palabra.

—Debe de ser difícil... —consideró—. Vivir con ello, con esa preocupación. Yo no dejo a nadie atrás. Una esposa, hijos, quiero decir. ¿Y usted, capitán?

Adler, que estaba mirando por la ventanilla la oscuridad de la noche, no volvió siquiera la cabeza. Se encogió de hombros y no respondió.

Alcanzamos la retaguardia de las divisiones acorazadas de nuestro ejército casi de madrugada. Por el camino adelantamos a algunos batallones de infantería que marchaban a pie. Cuando por fin nos detuvimos no nos molestamos siquiera en bajar del camión y montar las tiendas que nos servirían de techo en los largos trayectos a través de las interminables llanuras rusas que habríamos de recorrer aún. Cabeceamos lo mejor que pudimos durante un par de horas entre los suministros y el material sanitario del camión que nos servía de transporte, y a la mañana siguiente reanudamos la marcha.

Viajar de día por aquellas tierras fue una experiencia difícil de olvidar. Avanzábamos con los carros de combate en vanguardia levantando una inmensa polvareda en medio de una llanura inmensa, cuyos límites apenas alcanzaba la vista y cuya uniformidad solamente era rota ocasionalmente por alguna suave ondulación del terreno o una pequeña granja colectiva. Los pocos campesinos rusos que encontramos, pobres, aislados en mitad de la estepa, cuyos vecinos más cercanos estaban a decenas de kilómetros, parecían vivir en la más absoluta indiferencia, al margen de las turbulencias de las grandes urbes donde se forjaban los destinos del mundo. Nos veían pasar y uno tenía la impresión al mirarlos de que contemplaban nuestro avance, nuestra carga de acero y muerte, el polvo que levantábamos, como si fuésemos una tormenta o un fuerte viento que barre la tierra. Tendrían que sufrir sus consecuencias, como se sufren los crueles inviernos o las malas

cosechas, sin que pudieran hacer mucho por evitarlas, indefensos. Quizá sobrevivieran, quizá no. En cualquier caso, el desenlace parecía no tener demasiada importancia para ellos, como si supieran desde el principio, con ese conocimiento intuitivo, profundo, de la gente sencilla que ha vivido duramente, que la tormenta cesaría y que también ellos, como todos nosotros, desaparecerían más tarde o más temprano. Y al final solo permanecería para siempre lo que en realidad siempre estuvo allí: aquella llanura inmutable e infinita, aquel árido mar, aquella tierra a la que pertenecían, la estepa.

Hizo calor durante los días de primavera y verano en los que marchamos hacia el este, hacia el río Don. Durante el día, hasta la guerrera del uniforme estorbaba. Tal vez llegaríamos a los treinta o treinta y cinco grados. El sol brillaba con fuerza. La llanura estaba seca y el polvo que levantaban las orugas de los tanques en vanguardia volvía el aire irrespirable. Se adhería a los cabellos, a nuestras frentes empapadas de sudor, se metía en los ojos impidiéndonos ver. Las reservas de agua eran escasas. A veces uno tenía la impresión de estar en el desierto. Durante las primeras semanas de marcha apenas sufrimos hostigamiento por parte de las tropas rusas. Parecía que estaban replegándose hasta Stalingrado. En su retirada pudimos comprobar que los rusos comenzaban a destruir algunas de las granjas colectivas que encontraban en su camino. Todo lo que podía ser evacuado de ellas era enviado a retaguardia: grano, animales, maquinaria agrícola. El resto lo destruían para que nosotros no pudiéramos utilizarlo. Con frecuencia contaminaban los pozos de agua con carburante, en un intento de dificultar nuestro avance privándonos del líquido vital. Ocasionalmente nos sorprendía algún ataque de la aviación soviética. Las baterías antiaéreas hacían un trabajo eficaz y las bajas no fueron excesivamente numerosas. Aún recuerdo la imagen de los artilleros, con el sol del mediodía cayendo a plomo sobre sus hombros descubiertos, cargando una y otra vez los cañones antiaéreos de 88 milímetros que disparaban con un ruido ensordecedor. Entonces eran hombres jóvenes, de aspecto fuerte y saludable. Recuerdo esa imagen porque tuve que ver a esos mismos hombres meses después, durante el cerco de Stalingrado, sin

uniformes de invierno a treinta grados bajo cero, sufriendo congelaciones que les amputaban los dedos, sin suministros, sin nada que comer, esqueletos cubiertos de piel que apenas podían tenerse en pie, olvidados, abandonados, en unas condiciones que... En fin, todo se contará a su debido tiempo.

Las noches de verano en la estepa eran frescas, como para recordar a los incautos que tras los días de sol vendría el duro invierno. Entonces no estorbaban los capotes militares ni los abrigos con los que cubrirse para poder dormir unas horas.

Lo peor de aquellos cálidos días de verano en Ucrania mientras avanzábamos hacia el Don lo sufrieron los heridos. Las moscas los acribillaban sin tregua y la escasez de agua hacía sumamente difícil la asistencia. Afortunadamente, durante un tiempo contamos con un avión ambulancia, un Junker 52 habilitado para ello, y pudimos ir evacuándolos poco a poco del frente antes de que se iniciaran los duros combates por cruzar el Don.

Durante estos relativamente tranquilos días de verano tuve ocasión de conocer bien a Schmidt. Pasaba mi tiempo libre con él y casi siempre era mi asistente en quirófano en las ocasiones en que fue necesario habilitar uno. El asistente de Adler se había convertido casi en el mío. Me ayudó no solo en la atención a los heridos, sino también, y fundamentalmente, en mi adaptación a aquel medio hostil que era la guerra. Me enseñó a sobrevivir. Con él aprendí a distinguir de qué dirección provenía el fuego solamente con escuchar el ruido de los disparos, aprendí a buscar lugares adecuados para ponerme a cubierto, a distinguir el sonido de un obús que se aproximaba para poder evitarlo, a buscar un refugio seguro durante los ataques aéreos o ante el fuego de artillería, a evitar a los tanques. Sin él estoy seguro de que difícilmente habría conservado la vida, y menos aún en Stalingrado, en aquella guerra de guerrillas, calle por calle, casa por casa. Y, sobre todo, Schmidt me sostuvo moralmente con su humor irreductible al desaliento, con su voluntad de vivir.

Como digo, el sanitario se convirtió casi en mi asistente; y escribo *casi* a propósito, porque a pesar de que siempre estuvo disponible para mí cuando precisé su ayuda, jamás dejó de atender

cada orden, cada necesidad de Heinrich Adler. Schmidt, de quien, por cierto, nunca supe el nombre de pila, sentía por Adler un respeto incondicional, y eso a pesar de que Adler tenía un carácter irascible y un trato sumamente difícil. La presencia, la compañía de otras personas cuando no era para trabajar parecía molestarle, exasperarle. No era precisamente alguien con quien fuera sencillo convivir. Con frecuencia desaparecía durante toda una mañana o una tarde, o todo el día, sin dar ninguna explicación, que por otra parte tampoco tenía obligación de dar. Pero también era cierto que siempre que era necesaria su presencia en alguna parte estaba allí, ubicuo, donde hiciera falta. Apenas intervenía en nuestras conversaciones en los escasos ratos que compartía con nosotros. En las pocas ocasiones en que se sentaba a nuestro lado a comer, a fumar un cigarrillo o a tomar un café, en las raras veces en las que se decidía a conversar, jamás hablaba de temas personales, de la vida que llevaba antes de la guerra, de lo que había dejado atrás. Esos, que eran nuestros principales temas de conversación cuando teníamos una tregua, esa evocación de lo que era nuestra vida antes de aquel horror, esa patria de recuerdos a la que anhelábamos volver, la vida que amábamos, las personas que amábamos, Adler jamás los compartió con nosotros. Sus palabras se limitaban generalmente a trabajo, órdenes, organización, algún que otro estallido de ira, quizá no siempre justificado, aunque su mayor contribución a nuestras conversaciones eran los silencios. Y, sin embargo, a pesar de que Adler no era un hombre cercano ni accesible, Schmidt tenía razón en lo que dijo de él aquella madrugada en Kharkov cuando me sacó de aquel sótano por una orden suya: Adler no era un hombre convencional. En aquellos momentos no le conocía como le conocí después, como le conozco ahora. Pero bastaba con mirarle a los ojos y ver la lucidez de su mirada, la consciencia que tenía del dolor y del horror y cómo lo soportaba, cómo lo combatía, cómo nos sostenía cuando nosotros flaqueábamos, para ser consciente de su valor y de su entereza. El alma de un hombre capaz de soportar esa carga, la suya y la nuestra, debía de ser de acero.

Schmidt era fuerte, con esa fuerza que proporciona la juventud, la alegría, la esperanza. Con el tiempo fui descubriendo que una parte importante de esa fuerza, de ese impulso vital de seguir vivo, ese optimismo, esa esperanza en el futuro que ni el horror de la guerra lograba extinguir, emanaba en parte de Adler. Estaba pendiente de cualquier cosa que el capitán médico precisara; procuraba, en la medida de sus posibilidades, protegerle porque, de manera inconsciente tal vez, sabía que mientras Adler siguiera vivo tendría un resquicio al que asirse en medio de la desesperación, alguien que le sostendría si claudicaba, que evitaría que sucumbiera a la locura, que le ayudaría a volver a levantarse si caía. Porque Heinrich Adler era, de alguna manera, el pilar en el que se fundamentaba la resistencia de todos nosotros. También yo, de alguna manera, lo sentía así. Me bastaba recordar mi primer contacto con él, lo que pensé, lo que sentí cuando me miró: «Comprendo tu angustia. La comprendo. Yo cargaré con ella; puedo hacerlo...»; las primeras palabras que me dirigió: «No puedes salvarlos a todos...».

Lamentablemente ni Schmidt ni yo fuimos plenamente conscientes de ello hasta que fue demasiado tarde para ayudarlo. No fuimos plenamente conscientes de todo lo que él había hecho por nosotros, de cómo su fuerza nos había sostenido, de cómo había evitado que nos derrumbáramos en los momentos más duros hasta que murió, hasta que yo le maté.

Si bien Adler no compartía apenas su tiempo con Schmidt y conmigo, Kesselbach, el sanitario que asistía habitualmente a Adler en quirófano en lugar de Schmidt, sí que solía acompañarnos. Era un hombre aproximadamente de mi edad y, como yo, también estaba casado. Tenía dos hijos de corta edad que estaban con su madre en Coblenza, una pequeña ciudad cercana a Colonia. Hasta la guerra, según él mismo nos contó en esos días tranquilos de julio, había vivido y trabajado allí como enfermero. Con el inicio de las hostilidades contra Rusia fue llamado a filas en 1941. Kesselbach ya había vivido un invierno de guerra en el frente ruso. Había estado en el sitio de Moscú. No fue demasiado explícito al relatar lo que vivió allí, pero tanto a Schmidt como a mí nos quedó claro que no tenía

ninguna intención de volver a pasar otro invierno de guerra en Rusia. La sola idea le hacía palidecer.

Otro de los que solían unirse a nosotros durante los tiempos muertos era Georg Breslau. Breslau era un soldado de infantería de nuestra división que, por lo visto, unas semanas antes de mi llegada había sido herido en una pierna. Su lesión no se consideró lo suficientemente grave como para precisar ser evacuado a retaguardia, así que seguía en el frente. Schmidt le atendió. Era un chico que no llegaba a los veinte años, de ojos intensamente azules. Como Schmidt antes de la guerra, había sido estibador en el puerto de Hamburgo, y el sanitario y él hicieron una buena amistad. Ambos tenían un carácter parecido, extrovertido, abierto, hablador. Breslau conocía un repertorio interminable de juegos de palabras, chistes y frases hechas con los que era imposible no reír. Para él, en plena juventud, la guerra era una aventura, una oportunidad para salir de la vida pobre y miserable que había vivido hasta entonces. Huérfano de padre y madre, había pasado toda su vida en instituciones sociales de diversa índole. Sin estudios, sabiendo apenas leer, escribir y las cuatro reglas, trabajó desde niño, casi desde que podía recordar, en los oficios más duros. Así que cuando tuvo la oportunidad de alistarse no lo dudó.

No es que sintiera un aprecio especial por el führer. De hecho, cuando estaba a solas con Schmidt, Kesselbach y conmigo, hacía bromas sobre él en un tono que bien podría haberle costado la prisión, o un batallón de castigo. Formaba parte de su forma de ser. A pesar de su edad había vivido ya lo suficiente como para no esperar mucha más ayuda que la que pudiera procurarse por sus propios medios. «Esta puede ser mi oportunidad de hacer algo, de llegar a algo que merezca la pena en mi vida», nos dijo en una ocasión cuando le preguntamos por qué se había embarcado en esta guerra. Y miraba hacia el futuro con optimismo, con el optimismo de la juventud. Era imposible dejar de sentir aprecio por él.

Borgmann, el oficial de intendencia, también compartía algunos ratos con nosotros. Él sí era un nacionalsocialista convencido. De hecho ese tema no se trataba jamás en su presencia. Herido de gravedad en el invierno de 1941 durante la ofensiva sobre

Leningrado, su brazo derecho había quedado prácticamente paralizado. Él, sin embargo, había solicitado seguir en el frente. Si bien como combatiente era ya poco útil, en labores de intendencia era el mejor. En sus manos los escasos suministros que nos llegaban a través de líneas de abastecimiento cada vez más largas parecían multiplicarse. Se llevaba bien con Adler porque, cada uno en su área, ambos eran metódicos y exigentes con su trabajo. Las buenas relaciones con intendencia nos sacaron de más de un apuro en Stalingrado, sobre todo al principio. Después, cuando ya no quedó nada, ni siquiera la eficiente gestión de Borgmann nos pudo ayudar. Por lo demás el oficial de intendencia, con sus cabellos oscuros, muy cortos, su rostro de rasgos rudos y su voz gruesa de campesino, era un hombre de trato agradable siempre que no se hablara de política en su presencia.

A los pocos días de salir de Kharkov, mientras avanzábamos por la estepa en la retaguardia del largo convoy que constituía nuestra división, tuvo lugar un incidente que me desconcertó, que me mostró por primera vez ese lado oscuro y terrible del carácter de Heinrich Adler, esa faceta del capitán médico de la que Schmidt ya me había hablado, uno de esos arrebatos violentos capaces de intimidar a hombres mucho más templados que yo. Fue en un cruce de carreteras, a las afueras de un pequeño pueblo ucraniano, donde dos soldados vestidos con un uniforme negro nos ordenaron por señas que aminoráramos la marcha y nos desplazáramos a la derecha de la carretera para dejar paso a varios camiones, que, escoltados por vehículos blindados, se dirigían al oeste, en dirección contraria a nuestro avance. Yo sabía que las tropas de blindados vestían uniformes de ese color, pero los galones de aquellos soldados eran diferentes. La calavera que adornaba su gorra y el cuello de su uniforme tenía un no sé qué de siniestro. Desde luego, no eran soldados de tanques.

—¿Quiénes son? —recuerdo que pregunté a Schmidt, que iba sentado a mi izquierda en la cabina, al volante del camión en el que

transportábamos nuestros equipos quirúrgicos.

—Tropas especiales —contestó secamente.

Me pregunté a qué tipo de tropas especiales se refería, pero no me atreví a insistir en el tema tras escuchar la cortante respuesta del sanitario, que nunca antes había empleado un tono similar conmigo. Mientras los camiones de aquel pequeño convoy pasaban a nuestro lado pude ver entre las lonas entreabiertas movidas por el viento que transportaban civiles. Algunos de ellos llevaban una estrella amarilla de seis puntas cosida a la ropa. Pensé quizá que esas *tropas especiales*, como las había llamado Schmidt, se dedicaban tal vez a combatir a los partisanos que boicoteaban los transportes y las líneas de suministros en nuestra retaguardia. Sin embargo, me estremecí al ver que entre aquellas personas no había solo hombres; también había mujeres y niños... Adler, sentado a mi derecha en la cabina de nuestro camión, contemplaba la escena por la ventanilla. De pronto ordenó a Schmidt que detuviera el vehículo. Tanto Schmidt como yo le miramos desconcertados. Pude ver que el rostro de Adler, de ordinario pálido, había palidecido aún más. Había un brillo extraño en su mirada.

—Pero, capitán —respondió Schmidt—, obligaremos al resto de la columna a detenerse.

—He dicho que pare —insistió Adler con un durísimo tono de voz. La mirada que le dirigió a Schmidt hubiera podido matar—. Es una orden.

Tras un breve momento de duda, Schmidt, finalmente, obedeció aquella orden tajante del capitán. Adler saltó de inmediato del camión y se dirigió hacia los soldados que estaban en el cruce. Kesselbach y Dantzig, que viajaban en la parte trasera con los suministros, se apearon para preguntar por el motivo de aquella detención. No esperaron respuesta al ver al capitán acercarse al cruce. Pudimos oír cómo preguntaba a los soldados por el oficial al mando. Ellos debieron de mostrarse reticentes a responder, porque tras un breve y violento cruce de palabras, Adler preguntando y los soldados negándose a responder, nuestro capitán médico agarró por las solapas del abrigo a uno de aquellos soldados de tropas especiales y hubiera llegado a golpearle si el oficial al mando de

aquellos hombres no se hubiera presentado de inmediato, bajando de un vehículo blindado que iba tras los camiones como escolta y que se acercó al cruce al ver la escena. A continuación todo ocurrió muy deprisa. Adler y el oficial de las tropas especiales intercambiaron unas pocas palabras, que yo no llegué a entender, en un tono que no hacía presagiar nada bueno, y, de pronto, nuestro capitán médico, lleno de ira, se abalanzó sobre el oficial y de un puñetazo le arrojó al suelo. El oficial no era precisamente manco. Reaccionó con violencia al ataque de Adler, como si en realidad lo hubiera estado esperando desde el principio. Se enzarzaron en una pelea brutal y entre los dos hubieran podido perfectamente matarse a golpes. Los soldados que estaban allí desenfundaron de inmediato sus armas para proteger a su oficial. Fue entonces cuando Schmidt, Kesselbach y Dantzig corrieron en ayuda de Adler mientras yo permanecía estupefacto en la cabina sin entender absolutamente nada de aquella escena.

A los sanitarios les costó un gran esfuerzo separar a Adler del oficial de las tropas especiales. Schmidt procuraba por todos los medios que nadie disparara, interponiéndose de manera casi suicida entre los cañones de las armas desenfundadas y nuestro capitán médico, cubriéndole con su propio cuerpo.

—¿Pero quién diablos se cree usted que es? —oí que gritaba el oficial, levantándose del suelo mientras sus soldados le rodeaban, apuntando a Adler, a quien Kesselbach y Dantzig difícilmente podían retener—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Quizá... —respondió el cirujano con un tono de voz que me hizo estremecer—. Porque veo que están haciendo aquí exactamente lo mismo que hacen en nuestro país, lo mismo que la gente como usted ha hecho en mi propia casa. Criminales...

—Debería medir sus palabras —rugió el oficial forzando la voz para contener su ira—. Sabe bien que podría matarle aquí mismo.

Adler sonrió, con una sonrisa terriblemente cínica, cruel.

—Adelante. Está usted acostumbrado a hacerlo.

Hubo un silencio tenso, tan tenso que hasta el aire pareció volverse irrespirable. El oficial de tropas especiales se llevó la mano a la Luger que llevaba al cinto.

Fue en aquel momento cuando Schmidt intervino. Ordenó con un gesto a Kesselbach y a Dantzig que se llevaran a Adler de vuelta al camión mientras él, interponiéndose entre el oficial de negro y nuestro capitán, intentaba con sus palabras evitar lo que parecía inevitable.

—Llevamos mucho tiempo sin dormir. Somos sanitarios. Mi capitán... —Schmidt miró a su alrededor, a los camiones cargados de civiles que se alejaban hacia el oeste—. Haga un esfuerzo por comprenderlo. Ha perdido el dominio de sí. Olvidemos este incidente.

—¿Olvidarlo? —El oficial se sacudió el polvo del uniforme con ira. Se llevó la mano al cuello, dolorido—. Deme una sola razón, una, para que no mande fusilar de inmediato a su capitán. Lo que ha hecho, agresión a un oficial superior, insubordinación, son delitos que le llevarían a un consejo de guerra. Por ellos yo podría fusilarle aquí mismo, ahora.

Schmidt cruzó con él una mirada extrañamente calmada antes de responder con un tono de voz que hizo que me estremeciera.

—Mi capitán es médico. Es posible que algún día, aquí, en Rusia, la supervivencia de usted dependa de que él siga vivo para operarle.

Se hizo de nuevo el silencio un momento durante el cual ni el oficial de tropas especiales ni Schmidt dejaron de mirarse a los ojos. Cruzaron aún unas palabras más, que yo no llegué a escuchar, porque en aquel momento Dantzig y Kesselbach consiguieron llegar hasta el camión con Adler.

—Lo que ha hecho es una completa y absoluta locura, capitán —le recriminaba Kesselbach—. Puede costarle la vida, a usted o a cualquiera de nosotros, y no servirá absolutamente de nada. No cambiará nada.

—Saben ustedes tan bien como yo lo que significa todo esto, esas tropas, la gente de esos camiones... —bramó Adler con una furia tal que daba miedo—. Saben de sobra lo que les espera. ¿Es que no se dan cuenta de que esto no forma parte de la guerra, de que es un crimen?

Kesselbach y Dantzig guardaron silencio.

—Si hubiera matado a ese oficial, pronto habrían encontrado a otro para sustituirle —manifestó finalmente Dantzig—, y usted lo sabe tan bien como nosotros. Pero si usted muere, capitán, si usted muere... —Dantzig hizo una breve pausa; su voz se hizo más profunda— morirán muchos que quizá hubieran podido vivir si usted hubiera estado allí para atenderlos, para ofrecerles una cirugía de urgencia que podría salvar sus vidas. Es en eso en lo que tiene que pensar. En eso, que es lo único que significa algo aquí, ahora, y que podemos hacer nosotros, y solo nosotros...

—Suba al camión, capitán —invitó Kesselbach, abriendo la puerta de la cabina—. Y usted, Eybler —me indicó—, póngase al volante. No vaya a ser que tengamos que salir pitando de aquí.

Obedecí mecánicamente sin comprender absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Tardaría meses, años, en entender lo que ocurrió realmente en aquel cruce de carreteras, la trascendencia de lo que vi, de lo que escuché.

Adler accedió finalmente a subir al camión. Schmidt llegó en aquel momento. Kesselbach y Dantzig subieron de inmediato a la trasera del vehículo. Schmidt me apartó del volante, tomó asiento y arrancó.

—Larguémonos de aquí antes de que ese tipo cambie de opinión —urgió.

Miré por la ventanilla y pude ver al oficial de tropas especiales y a sus hombres subir a su vehículo blindado y emprender el camino hacia el oeste mientras nosotros reanudábamos nuestra marcha en dirección contraria.

Nadie pronunció una palabra mientras duró la marcha. Yo no me atreví a hacer ni una sola pregunta. Había algo en todo aquello que se me escapaba, que no alcanzaba a entender. Algo de lo que los demás nunca hablarían espontáneamente, que descubriría por mí mismo después, mucho tiempo después. Schmidt, que hasta entonces siempre había sido extraordinariamente comunicativo, se concentró en su tarea de conducir, extrañamente silencioso, callado. Adler se encerró en sí mismo con la mirada fija en la carretera fumando mecánicamente un cigarrillo. Me sorprendió y me desconcertó, y también me llenó de inquietud lo que vi aflorar a los

ojos, que no al rostro, inexpresivo, hermético, del capitán. La todavía reciente herida de su ceja izquierda se había vuelto a abrir en el forcejeo con el oficial y la sangre había resbalado en pequeñas gotas por su mejilla como si fueran lágrimas. Y sus ojos oscuros, en los que yo hasta entonces solo había visto esa lucidez abrumadora, reflejaron dolor, un dolor inmenso, que aquella lucidez suya no le permitía obviar. Recordando la escena que había contemplado en el cruce, esperaba encontrar en ellos odio, un odio salvaje, que es lo que yo creía entonces que le había impulsado a golpear de aquella manera a aquel oficial. Si hubiera tenido la oportunidad, le habría matado. Estoy seguro de ello. Pero no había odio en aquella mirada. Al menos entonces ya no. Solamente había en ella dolor, y junto al dolor, siempre, la lucidez, aquella consciencia terrible del horror que no le abandonaba nunca.

Aquella misma noche nos detuvimos para descansar y dormir unas horas en medio de la estepa antes de proseguir la marcha. Yo era incapaz de conciliar el sueño. Pensaba en lo ocurrido aquel día en el cruce. Intentaba dar con aquello que se me escapaba y comprender el porqué de aquella reacción, de aquellas palabras que había escuchado de labios de Adler y de Dantzig. No lo logré, y mi ánimo triste hizo que mis pensamientos derivaran enseguida hacia mi esposa, mi Ana, y hacia mi hijo, de los que aún no tenía ninguna noticia. Me angustiaba la distancia enorme que me separaba de ellos, el no poder estar a su lado para protegerlos. Me angustiaba no poder hacerles llegar noticias mías; con el ejército en marcha el correo militar estaba suspendido. Me preguntaba si mi querida Ana sabría algo de mi nueva situación, si podría comunicarse conmigo, si me escribiría y si yo recibiría algún día sus cartas. La incertidumbre... Dios mío, ¿en qué se estaba convirtiendo mi vida?

Salí de mi tienda para caminar un rato. Dentro de ella sentía que me ahogaba. La noche era excepcionalmente hermosa. Soplaban una leve brisa, suave y fresca. No había luna y el cielo parecía un inmenso manto de terciopelo negro salpicado de miles, de millones

de estrellas, como yo no había visto jamás. Y la llanura infinita de la estepa desierta se extendía hasta confundirse en el horizonte con el cielo. Reinaba el silencio, una calma absoluta, y uno tenía la sensación de estar rodeado por el universo, abrazado, sumergido cálida y acogedoramente en él, formando parte de un todo armonioso y perfecto.

Caminando entre vehículos detenidos y tiendas de campaña fui a topar de frente con otra figura insomne, como yo, que contemplaba el cielo estrellado sentado en el estribo de un camión de suministros mientras fumaba un cigarrillo en silencio. Reconocí al instante el perfil afilado de su rostro, la silueta marcada de su mentón, aquellas manos delgadas, espirituales, que había visto trabajar junto a las mías. Era Adler.

También él me reconoció. A la tenue luz de las estrellas pude ver que su mirada había recuperado la serenidad que yo había visto en ella la primera vez que le vi. El dolor que había podido ver en ella aquel día había desaparecido por completo, se había esfumado, como si no hubiera existido nunca. El azul oscuro de sus ojos parecía un profundo mar en calma.

—Tampoco usted puede dormir, Eybler —su voz sonó serena y firme, como yo la conocía.

—No, capitán.

Adler dio una calada a su cigarrillo.

—Todos tenemos en los rincones más oscuros del alma demonios que nos atormentan.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales él permaneció sentado en el estribo del camión y yo de pie cerca de él, mientras nuestras miradas se perdían contemplando el cielo estrellado de aquella bellísima noche de verano en la estepa. Fueron apenas unos minutos en los que el tiempo pareció detenerse, hasta que Adler terminó su cigarrillo. Lo apagó con el tacón de su bota y se puso en pie.

—No debería haber noches como esta —sentenció mientras se alejaba volviéndome la espalda, mientras su voz y su figura se perdían en la oscuridad—. En noches así uno podría llegar a creer incluso que el mundo es un lugar hermoso.

Después de aquello nuestro eterno peregrinar por tierras ucranianas hacia el este continuó sin tregua. Durante semanas avanzamos por la estepa detrás de las tropas soviéticas que se retiraban hacia Stalingrado, al principio en relativa calma, después hostigados cada vez con más frecuencia por la aviación del Ejército Rojo. Raro era el día en que los sanitarios no teníamos que quedarnos rezagados, habilitando quirófanos de emergencia en tiendas de campaña para atender a heridos víctimas de las incursiones aéreas rusas o de los accidentes propios de aquel avance sin pausa con tropas mecanizadas, lo que nos obligaba, una vez concluido nuestro trabajo, a proseguir nuestro camino hasta bien entrada la noche para poder alcanzar al grueso de nuestra división, que había continuado avanzando hacia el este mientras nosotros nos deteníamos para operar. Esto apenas si nos dejaba tres o cuatro horas de descanso al día, cinco, como mucho, si había suerte. Comencé a comprender durante aquellas marchas el verdadero significado de la palabra *cansancio*, sin sospechar entonces hasta qué punto podría llegar a sentirlo. A finales de julio, inesperadamente, tuvimos algunas jornadas tranquilas. Recuerdo concretamente uno de aquellos días porque fue de los pocos en que no hizo falta habilitar quirófanos y pudimos avanzar con la retaguardia de nuestra división. De tal modo que al caer la tarde, después de que se diera el alto para descansar y revisar los vehículos de la columna, antes de que con las primeras luces del día siguiente prosiguiera la marcha, habíamos levantado ya nuestras tiendas, nuestro pequeño puesto de socorro. Los sanitarios estábamos sentados, en el suelo, en los estribos de los camiones, entre cajas de suministros, descansando, a una hora prudencial por primera vez en semanas. Recuerdo ese día porque fue el único, en todo el tiempo que pasé en la guerra, en que recibimos correo.

Anocheceía, y el cielo de la estepa adquiría entonces unas tonalidades rojo fuego como no había visto nunca antes. Yo estaba sentado sobre una caja de suministros, apoyada la espalda contra el

eje de uno de nuestros camiones de transporte. Kesselbach estaba sentado a mi lado, a mi izquierda, dando de vez en cuando una calada a su pipa y exhalando después lentamente el humo. Adler estaba a mi derecha, algo más alejado, apoyado en el estribo del camión fumando un cigarrillo. Los tres guardábamos silencio, como si temiéramos que una palabra nuestra diera al traste con aquellos momentos de calma. Algo más lejos, Schmidt y Georg Breslau, en cambio, charlaban animadamente sobre su época de estibadores en Hamburgo y reían a carcajadas recordando lugares comunes de la ciudad y garitos de dudosa reputación que ambos conocían. Les parecía sorprendente que, siendo ambos de la misma ciudad, fuera precisamente en la guerra, en Rusia, a tres mil kilómetros de su lugar de origen, donde habían llegado a conocerse. Y, como si aquella circunstancia fuese una señal, hacían planes para el futuro, medio en serio, medio en broma, seguros en cierto modo de que regresarían a Hamburgo juntos. Yo les escuchaba hablar y reír, no sin cierta envidia. Veía su juventud, su alegría y su esperanza, que un día yo también tuve. Y en el fondo de mi corazón deseé fervientemente que fuese así. Que sobrevivieran, que volvieran a Hamburgo y pudiesen abrir allí ese club del que hablaban, sobre cuyo nombre no lograban ponerse de acuerdo, en aquel barrio cercano al puerto. Y que yo también pudiese volver... Volver a lo que era mi vida, recuperar el tiempo perdido, abrazar de nuevo a mi esposa, a mi Ana, y ver crecer a mi hijo...

Algo apartado de todos nosotros estaba Dantzig, otro de nuestros sanitarios. Él parecía ajeno a aquella conversación. Sentado sobre el árido suelo de la estepa, leía fragmentos de una pequeña biblia de bolsillo que había traído consigo. Dantzig tendría unos veinticinco años. Nunca llegué a saberlo con exactitud. Nacido cerca de Núremberg, era un hombre de cabellos y ojos oscuros, de facciones nobles, carácter tranquilo y reservado, lenguaje cuidado y ademanes elegantes. Schmidt decía que había sido seminarista antes que enfermero y que pertenecía a una adinerada familia de industriales de la zona. No sé cómo llegó a enterarse de ello, porque Dantzig era bastante parecido a Adler en una de sus facetas: a ninguno de los dos le gustaba demasiado conversar, y menos sobre

temas personales. Dantzig, sin embargo, a diferencia del cirujano duro e irascible, tenía un trato mucho más sencillo. Era introvertido, yo creo que incluso tímido, pero se podía hablar con él y sus palabras eran siempre amables, aunque evitara cuidadosamente los temas que no le convenía tratar. No creo haberle visto nunca perder los estribos ni tener jamás una palabra dura, un arrebató de ira con nadie, aunque es cierto que no llegué a intimar con él como lo hice con los demás. Dantzig parecía en cierta forma fuera de lugar en aquel ambiente violento y brutal en el que vivíamos, en el que yo también aprendí a vivir, que sacaba a relucir lo peor de nosotros mismos. Nunca supe las razones que le llevaron hasta la guerra, hasta Rusia.

Allí estábamos aquel anochecer de finales de julio seis sanitarios del ejército alemán, en medio de la estepa. Weber y Müller, los otros dos enfermeros que completaban la sección sanitaria de la división, estaban en aquellos momentos en el puesto de socorro atendiendo contusiones y suturando un par de heridas leves. De pronto Schmidt interrumpió su conversación con Breslau y se puso en pie.

—¡Se acerca un vehículo de enlace! —nos gritó señalando a retaguardia.

Ni Adler ni yo hicimos ademán de movernos, porque por un instante creo que nos asaltó a los dos el mismo pensamiento: aquella calma era demasiado buena para que, además, fuese duradera. De manera casi inconsciente, refleja, procuramos apurar al máximo aquellos segundos de reposo, hacer acopio de energía, temiendo que aquel coche oficial trajera la orden de que en breve tendríamos que entrar de nuevo en acción, una vez más en pie frente a la mesa de quirófano, durante Dios sabe cuántas horas, cuántos días. Kesselbach, por el contrario, sujetó su pipa entre las manos y se inclinó para ver el coche que se aproximaba a toda velocidad. Así fue como pudo ver a Borgmann, el oficial de intendencia, que nos saludaba con su brazo sano desde la ventanilla del asiento del copiloto.

—Es intendencia —dijo volviendo a apoyar su espalda en el camión mientras daba otra calada a su pipa.

El automóvil se detuvo con un frenazo cerca de donde nos encontrábamos, levantando una gran polvareda de la seca tierra de la estepa. Borgmann saltó del vehículo.

—Sabía que os encontraría holgazaneando por aquí —saludó con su habitual tono bronco y jovial y una amplia sonrisa en los labios—. ¿Así es como cuidáis de nuestra salud? ¿Tumbados al fresco, pandilla de haraganes?

—Será gracias a la tregua que nos dais vosotros, que os rompéis en mil pedazos como muñecas de porcelana y luego venís buscando que arreglemos los destrozos —respondió Schmidt con una carcajada, empleando el mismo tono irónico que el intendente había utilizado en su pregunta—. ¿Qué te trae por aquí, Borgmann? ¿Debemos hoy el honor de tu visita a algún motivo especial o vienes solo a fumarte nuestro tabaco y beberte nuestro café?

Borgmann se echó a reír.

—Bien sabes que si los tienes es gracias a mí, canalla. Pero no, hoy no vengo solo a disfrutar de vuestra compañía.

El intendente guardó por unos momentos un estudiado silencio, destinado a estimular nuestra curiosidad. Después sonrió mirándonos de uno en uno y finalmente habló.

—He conseguido algo —anunció—. Algo especialmente destinado a vosotros. Algo que sin duda habéis echado de menos, algo que hacía meses que no teníais.

Georg Breslau, que hasta entonces había permanecido sentado, se puso en pie movido por la aureola de misterio que rodeaba las palabras del intendente y se acercó a él.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Borgmann se hizo de rogar.

—¿Tú qué crees?

Breslau se quedó por unos instantes pensativo. Guardó silencio, como todos nosotros, procurando imaginar qué se traía entre manos el oficial de intendencia. Finalmente se encogió de hombros, haciendo un gesto negativo con la cabeza sin saber qué responder.

—Basta ya, Borgmann. No te des más importancia de la que tienes —le espetó finalmente Schmidt, intrigado—. Deja de hacerte

el interesante. Si traes algo para nosotros, dinos de una vez de qué se trata.

El intendente acentuó aún más su sonrisa, seguro por fin de lograr el efecto esperado. Entonces se dirigió a su suboficial, que seguía al volante del vehículo de enlace.

—¡Hochner! —gritó—. ¡Acércame lo que hemos traído!

El soldado obedeció con presteza. Le vimos bajar del coche, abrir la puerta de los asientos traseros del lado del conductor y sacar de allí un bulto, una especie de bolsa. A medida que se acercaba a nosotros pudimos ver que lo que traía entre las manos era realmente una bolsa de lona, como la lona de los toldos de los camiones militares que conocíamos tan bien porque nos servía de biombo en nuestros improvisados quirófanos de campaña. Era una saca con números impresos en su exterior. Me costó reconocerla, porque hasta entonces yo no había visto ninguna, pero no cabía duda alguna: era una saca de correo militar.

Kesselbach y yo saltamos como resortes de las cajas de suministros en las que estábamos sentados y corrimos junto a Borgmann y su ayudante con Breslau y Schmidt, anhelando aquel tesoro que nos traían. Sentí ganas de reír, de llorar, de gritar; mil emociones al mismo tiempo que parecían querer hacer estallar mi pecho. ¡Correo! Eso significaba tener al fin noticias de mi esposa, de mi hijo, de mi hogar, después de meses de incertidumbre, de esa maldita incertidumbre que el soldado Hans Braechel había nombrado en el tren que nos trajo a Ucrania. Finalmente veía la luz al final del túnel y aparecía el vínculo que me uniría a los míos: un trozo de papel, palabras, palabras que dirían tantas cosas, que serían el medio para transmitir tantos sentimientos, palabras que me permitirían elevarme por encima del cansancio, del sufrimiento, de la miseria, del dolor...

Armamos un enorme revuelo en torno a Borgmann y al suboficial, el tal Hochner, que sostenía entre sus brazos aquella saca de lona que albergaba nuestras esperanzas, nuestra razón de vivir. También Dantzig dejó su lectura y se acercó apresuradamente a nosotros. Resultó sorprendente verle por una vez nervioso, emocionado. Los cinco sanitarios armábamos tanto jaleo como si

hubiéramos sido cincuenta. Solo Adler permaneció sentado en el estribo del camión de suministros, sin moverse.

—¿Cuándo ha llegado el correo? ¿Cómo es que nadie nos ha informado?

—¿Es que no pensabas decirnos nada?

—Serás hijo de... ¿Hasta cuándo pensabas guardártelo para ti?

—¡Borgmann, maldito seas! ¡Abre la saca de una vez!

—¡Eso es! ¡Ábrela ya, canalla!

Con un gesto de absoluta seriedad el oficial de intendencia logró por fin imponer silencio entre nosotros.

—Tranquilidad, caballeros —pidió en tono solemne, en el que no faltó cierta ironía—. Antes de hacer entrega de la correspondencia debo informarlos de varias cosas...

—¡Deja los discursos y abre la valija de una vez! —espetó Schmidt.

Borgmann, sin alterarse lo más mínimo, hizo un gesto de calma.

—Todo a su debido tiempo, sanitario —respondió.

Después, volviéndose hacia los demás, nos informó de la situación.

—Escuchad. Aún no hay servicio de correo. Probablemente no dispongamos de él hasta que la división se ubique en una posición estable y detengamos al menos durante un tiempo nuestro avance.

Hubo un murmullo generalizado de descontento entre nosotros que Borgmann intentó contener.

—Con las tropas desplazándose continuamente el correo militar tiene dificultades para organizarse —intentó explicar.

—¡Al diablo con sus dificultades! —replicó Kesselbach—. ¿Y qué pasa con las nuestras? ¿Nosotros no tenemos derecho a saber de nuestras familias?

—Si no hay servicio de correo, ¿cómo ha llegado esta saca hasta aquí? —inquirió Dantzig.

—Si me dejáis hablar, conseguiréis saberlo algún día.

Un respetuoso silencio siguió a las últimas palabras del intendente, que suspiró aparentemente enfadado. Duró poco sin embargo su aparente irritación, porque enseguida una sonrisa iluminó su rostro.

—Me debéis como poco una buena juerga —reclamó—. Tenéis suerte de que vuestro oficial de intendencia conozca en el Estado Mayor de la división a cierta persona que le debe cierto favor, la cual a su vez conoce a alguien en Berlín que, *excepcionalmente* —Borgmann enfatizó especialmente esa palabra— ha dado su autorización para que algunas sacas de correo destinadas a nuestra unidad fueran enviadas aquí fuera de los conductos habituales, es decir, con los suministros, los escasos suministros que nos llegan y con los cuales tengo que daros de comer, llenar vuestra farmacia y cargar vuestras armas, que conste.

Apenas terminó de hablar, Borgmann fue de inmediato jaleado y vitoreado por todos los sanitarios que le rodeábamos como un verdadero héroe: palmadas en los hombros, abrazos, promesas de todo tipo como prueba de gratitud, que incluían tantas cajas de vodka como quisiera apenas llegásemos a Stalingrado, trato preferente en el hospital de campaña, una fiesta que se prolongaría tanto como su cuerpo pudiera aguantar... Schmidt llegó incluso a abrazarse a él y plantarle un sonoro beso en la mejilla, a lo que Borgmann respondió furioso con un violento empujón y, señalando con el dedo al sanitario que se desternillaba de risa, amenazó:

—Si vuelves a hacerlo, eres hombre muerto.

El ayudante de Borgmann, el suboficial Hochner, comenzó a desatar por fin los nudos de la saca de correo.

—Las valijas de correo militar llegaron esta mañana. Me he pasado casi todo el día repartiendo cartas entre los batallones de la división —informó el oficial de intendencia mientras su ayudante comenzaba a sacar paquetes y cartas de la bolsa, objetos que nosotros mirábamos con ansiedad—. A vosotros os he dejado a propósito para el final, porque os aprecio y creo que disfrutaréis de ellas mucho más ahora que hemos detenido nuestro avance y la situación es relativamente calmada. ¡Seguro que no pegáis ojo en toda la noche! Y esta vez no será por trabajo.

Hochner fue pasándole a Borgmann la correspondencia, y él, que nos conocía, nos la entregó. Kesselbach fue el primer afortunado con varias cartas y dos paquetes del tamaño aproximado de una caja de zapatos.

—Tu mujer debe echarte mucho de menos, porque solamente tu correspondencia ocupa casi la mitad de la valija. —Borgmann le guiñó un ojo—. La tratas bien, ¿eh?

Kesselbach comprendió enseguida lo que el intendente quiso transmitir con aquellas palabras y sonrió con ironía.

—Si la conocieras, también tú desearías tratarla muy pero que muy bien —respondió el sanitario—. ¡Por eso no te la presentaré nunca!

Dantzig fue el siguiente. Además de cinco o seis cartas recibió también un paquete que por su forma parecían ser libros.

—Desde luego lectura no te va a faltar. ¡Es posible incluso que la guerra haya acabado antes de que tú termines de leer todo esto!

Risas generalizadas recibieron aquel comentario del intendente. Incluso Dantzig sonrió mientras recogía de manos de Borgmann su correspondencia. Ninguno de nosotros veía cerca el final de aquella guerra, y menos yo, que me había visto inmerso en ella tan recientemente y de la que sabía bien poco.

A continuación le tocó el turno a Schmidt, que recibió un par de cartas y algunos ejemplares de diarios nacionales que se publicaban en Alemania.

—Mi madre quiere que me informe de cómo va la vida en la patria —proclamó socarrón agitando los periódicos en el aire—. ¡Por si regreso!

—Espero que me dejes echar un vistazo luego a la sección de deportes —pidió enseguida Borgmann—. Me gustaría saber cómo le va al Bayern.

Schmidt fingió dudar.

—Tengo que pensármelo.

—¿Pensar?! —El intendente le miró estupefacto—. ¿Qué tienes que pensar, miserable y desagradecido hijo de perra? ¡Me dejarás leerlos!

El sanitario se reía hasta casi las lágrimas. Irritar a Borgmann era una de sus ocupaciones favoritas.

—Claro que sí..., después de que lo haga yo.

Hochner sacó la última carta que quedaba en la valija. Una angustia intensa me invadió. Ansiaba tanto tener noticias de los

míos... Unas líneas, apenas unas breves palabras que me confirmaran que estaban bien, que sabían de mí y de mi nuevo destino. Algo que me uniera a ellos, que estaban tan lejos. Mis esperanzas se vieron pronto truncadas: aquella última carta que quedaba en la saca de correos no llevaba mi nombre.

—Vaya, Breslau. Quién lo hubiera pensado de ti...

Borgmann contempló por unos instantes el sobre que tenía entre las manos.

—¿Es para mí esa carta? —se interesó el joven soldado, sorprendido.

—¿Acaso no la esperabas?

Breslau intentó arrebatársela de las manos, pero el oficial de intendencia fue más rápido.

—¿Quién te espera en Hamburgo, Breslau? —insistió Borgmann con una media sonrisa irónica y no exenta de cierta crueldad típicamente masculina—. No nos has hablado de ella. Porque sin duda es una mujer. Esta letra tan delicada, el perfume... —El intendente acercó el sobre a su nariz.

El soldado Breslau con un gesto brusco consiguió finalmente arrebatar aquel pedazo de papel de las manos de Borgmann.

—¡Dámela! —gritó furioso—. A ninguno de vosotros os importa.

Y con su carta arrugada fuertemente aferrada entre las manos se alejó con paso rápido desapareciendo de nuestra vista.

Schmidt dio un silbido.

—Vaya... Se lo tenía bien guardado —comentó—. Ni siquiera me lo había dicho a mí.

—Has sido muy duro con el pobre chico —le reprochó Dantzig—. No debiste burlarte así de él.

Borgmann se echó a reír.

—No te preocupes tanto por Breslau. Tardará en olvidar todo esto los pocos minutos que se demore en abrir esa carta. ¡Dichosa juventud! —El intendente suspiró—. Ojalá tuviera yo los años de Breslau y una hermosa señorita me escribiera cartas como esa desde la patria...

El ayudante de Borgmann, Hochner, plegó la saca de correo ya vacía. Una tristeza inmensa se apoderó entonces de mí. Mis

esperanzas desaparecieron en aquella bolsa de lona desprovista ya de contenido, y la incertidumbre, la angustia de no saber, se hizo entonces mucho más patente dentro de mí, aferrada a mi alma, devorándola como lo haría un cáncer, causando dolor, dolor moral, un dolor sordo, continuo, intenso e inextinguible, para el cual se me había negado la única cura posible. ¿Qué había sido de los míos, de mi esposa, de mi hijo? ¿Cómo estarían? ¿Qué sabían de mi nuevo destino, de mí?

No quise dejar traslucir esos sentimientos; no quería empañar la alegría de los que sí habían tenido la dicha de recibir noticias de su hogar. No tenía ese derecho. Fui a sentarme en el mismo lugar en que estaba antes de que llegara Borgmann con su valija, sobre las cajas de suministros donde Kesselbach ya había tomado asiento y abría sus paquetes. Adler seguía sentado en el estribo del camión fumando, frío e inalterable, como si fuera incapaz de sentir. Él, como yo, no había recibido correspondencia, pero tampoco parecía esperarla.

El ayudante de Borgmann regresó al vehículo de enlace, pero el oficial de intendencia se quedó con nosotros. Los paquetes postales de Kesselbach atrajeron su atención, como la de todos nosotros. Eran como el maná caído del cielo para un hombre que peregrinara por el desierto de la estepa como nosotros lo hacíamos, carentes de casi todo. Su esposa le enviaba desde Coblenza conservas de pescado ahumado, galletas, chocolate, un tarro de mermelada casera de arándanos, tabaco y una muda limpia, además de cartas, cinco o seis.

—Vaya delicias... —exclamó Borgmann mirando el contenido de los paquetes como si contemplara un tesoro—. Hace siglos que no pruebo nada parecido.

—Adelante, podéis serviros —ofreció Kesselbach, más interesado en las cartas, que colocaba cronológicamente para leerlas después en el orden adecuado, que en el contenido de las cajas—. Os garantizo que mi mujer hace la mejor mermelada de arándanos de toda Coblenza.

—¿De veras no te importa?

—Siempre y cuando me dejéis algo. —Kesselbach levantó por un instante la vista de su correspondencia y sonrió—. Y siempre que no uséis mis calzoncillos nuevos como mantel.

Hubo carcajadas estrepitosas.

—Llevo más de un año en campaña —añadió el sanitario—. Mi mujer sabe lo que necesito.

Borgmann no se hizo de rogar y abrió enseguida el tarro de mermelada mientras Schmidt, a su lado, ojeaba la prensa que había recibido al tiempo que devoraba las galletas de Kesselbach. El intendente dio enseguida su veredicto sobre la confitura después de probarla usando la hoja de su bayoneta como cuchara. Con un suspiro de satisfacción dijo:

—Es la mejor mermelada de arándanos que he probado nunca.

Kesselbach sonrió.

—¿Sabes que el Bayern ha perdido dos a uno contra el Schalke?
—exclamó de pronto Schmidt mirando a Borgmann.

El oficial de intendencia casi se atraganta con su siguiente cucharada de confitura.

—¿Qué dices?

—Como lo oyes. Mira. —Le tendió el periódico.

Borgmann leyó los titulares con gesto de disgusto, pero su expresión cambió de repente cuando vio que el periódico era de dos meses atrás.

—A estas alturas de la temporada ese pequeño tropiezo estará ya superado —dijo con aire condescendiente—. El Bayern es hoy por hoy el mejor equipo del país. Eso no se puede negar. Por cierto, Schmidt, a ver si le dices a tu madre que te envíe la prensa con algo menos de retraso.

—Eso habrá que hablarlo con el servicio de correo militar, ¿no crees?

Ambos se echaron a reír.

Mientras Schmidt y Borgmann se enfrascaban en conversaciones triviales, irreductibles a las angustias y los horrores de la guerra, aferrados intensamente a la vida, yo miraba con dolor las cartas que Kesselbach ordenaba una y otra vez con devoción, casi como si temiera abrirlas. Comprendía perfectamente ese sentimiento que

genera la espera de algo tan deseado. Aquellas cartas que traían las noticias, los sentimientos, las esperanzas, los anhelos del hogar, de las personas que uno ama, de lo que constituye realmente la vida de un hombre... Cuando uno las recibe al fin casi tiene miedo de tocarlas, de abrirlas y romper su magia, miedo de lo que pueda encontrar en ellas. El sanitario se decidió a abrir la primera. En ella encontró una fotografía: dos niñas rubias de largos cabellos rizados, vestidas de domingo, como dos pequeñas princesas. La mano de Kesselbach tembló un instante al verla y sus ojos se nublaron de pronto con el brillo de las lágrimas.

—¿Son tus hijas? —me atreví a preguntar.

El sanitario se mordió los labios por un instante. Cerró los ojos, luchando por controlar aquellos sentimientos que le desbordaban.

—La mayor se llama Christine —susurró al cabo de unos momentos en voz baja, emocionada, casi como si fuera un secreto, al tiempo que señalaba a la niña que estaba a la izquierda en la fotografía—. Ahora tendrá tres años. La pequeña es Lucie. Cumplirá dos años en septiembre. La última vez que las vi fue hace ya casi un año. La pequeña Lucie aún no sabía andar.

Sentí que un nudo atenazaba mi garganta. Pensé en mi hijo, en mi pequeño Carlos. Él era aún más pequeño que la menor de las hijas de Kesselbach cuando yo le dejé. A mi hijo y a su madre, a mi Ana...

Un ruido a mi derecha me sobresaltó. Adler se puso en pie bruscamente desde el lateral del camión donde estaba sentado a mi lado. Imagino que, como yo, él también pudo ver la fotografía que Kesselbach tenía entre las manos. No dijo nada. Ni siquiera nos miró. Arrojó lejos de sí la colilla del cigarrillo que estaba fumando y se alejó sin dar ninguna explicación. Adler solía tener de vez en cuando ese tipo de arrebatos. Sin un motivo claro, de repente se levantaba y se marchaba sin decirnos adónde ni por qué. Simplemente nos dejaba allí plantados como si se sintiera ofendido por algo que hubiéramos dicho o hecho, aunque nosotros no fuéramos conscientes de ello. En aquel momento no supe por qué reaccionó así. Solo más tarde, meses después, lo comprendería.

Adler se fue. Schmidt y Borgmann continuaron con sus conversaciones deportivas. Acostumbrados como estaban a aquellos arrebatos del capitán médico, no le dieron la menor importancia. Kesselbach y yo aún permanecimos un tiempo mirando aquella imagen en blanco y negro que encerraba tantos sentimientos comunes para ambos, tanta angustia, tanto amor, evocando a través de ella tantas cosas... Porque en aquella fotografía de las hijas de Kesselbach yo veía a mi hijo, sus ojos claros, sus oscuros cabellos, y me preguntaba si sería capaz de recordarme cuando regresara, si sabría ya hablar y andar, si yo llegaría a verle crecer... Al cabo de un rato, el sanitario guardó como un tesoro aquella imagen en el bolsillo interior de su guerrera y comenzó a leer las cartas de su esposa.

Borgmann y Schmidt seguían saqueando las provisiones de Kesselbach y leyendo los periódicos que Schmidt había recibido. Mientras, Dantzig leía sus cartas en un rincón. Y sentí que, como había hecho Adler, también yo debía irme. Porque no tenía derecho a enturbiar con la inmensa tristeza, con el dolor y la incertidumbre que me atenazaban, la felicidad de los que habían sido más afortunados que yo, los mismos que me habían acogido, me habían protegido, me habían enseñado a sobrevivir. Tampoco me sentía con derecho a invadir la intimidad de aquellas cartas, de lo que transmitían: algo tan personal, tan profundo, estaba reservado a sus destinatarios. Me levanté con una sonrisa forzada que quiso parecer alegre, saludé a todos con la mano y les dije con tono despreocupado que me iba a estirar un rato las piernas. Pero cuando les volví la espalda y me alejé caminando con aparente despreocupación y con las manos en los bolsillos lo que realmente sentía eran ganas de llorar.

Durante aquellos días tranquilos de julio había tenido oportunidades de escribir a Ana. Pensaba en ella y en nuestro hijo constantemente. El no saber cómo se encontraban, si habían recibido alguna noticia sobre mi destino, esa incertidumbre a la que se refirió el soldado Hans Braechel me consumía, y aquella tarde de finales de julio se hizo especialmente dolorosa y patente hasta

dominarme por completo. Aquellas cartas que escribí, que no llegaron a salir de mis manos, iban aquella tarde de julio en el bolsillo interior de mi guerrera, el mismo en el que Kesselbach había guardado la fotografía de sus hijas, muy cerca del corazón. Las conservé conmigo hasta el fin, hasta caer prisionero de los rusos, a principios de febrero de 1943. Después fueron destruidas. Los rusos las quemaron, al igual que mis documentos, al igual que mi identidad. Yo, como otros que lograron sobrevivir a la derrota para acabar en los campos de prisioneros de Siberia, dejé de existir para convertirme en un número, un ser anónimo más que consumía sus días arrancando carbón de las entrañas de la tierra en una mina siberiana o en una cantera. Así durante años.

Todavía recuerdo pasajes enteros de aquellas cartas que releía una y otra vez, que aquella tarde de julio, mientras caminaba solo lejos de los demás sanitarios, evocaba en mi mente, como las evoco ahora. Palabra por palabra. Lo que escribí y lo que quise transmitir, lo que solo puede decirse entre líneas, porque no hay palabras para expresarlo:

«Querida Ana, queridísima Ana:

Desde que llegué a este infierno que es la guerra esta es la primera vez que tengo ocasión de sentarme un momento para dirigirte unas líneas. No es que no haya pensado en ti. Tu recuerdo ha estado presente en mí cada minuto, cada segundo de estos días terribles. Es más, pensar en ti, en la posibilidad de regresar a tus brazos, de volver junto a nuestro hijo para protegerle, para cuidarle, para verle crecer, es lo que me ha dado fuerzas para seguir con vida y no sucumbir a la desesperación y al horror en los que estoy inmerso. Pero solamente ahora, después de tantos días, tengo la posibilidad de poner por escrito estos pensamientos con la esperanza de que lleguen a tus manos...»

«... Quizás aún creas que estoy con mis compatriotas, camino de Leningrado. No sé si te habrán informado de mi nuevo destino. En Alemania me separaron del resto de los hombres con los que partí de Madrid. Saber alemán, la lengua de mi padre, parece ser que ha marcado mi vida. Ahora formo parte del ejército alemán. Me han destinado a Ucrania, donde sirvo como médico en la 71.^a División de Infantería del VI

Ejército. Si llegas a escribirme, es ahí donde debes dirigir tus cartas. De lo contrario, no creo que llegue a recibirlas nunca...»

«... No voy a describirte lo que estoy viviendo aquí. No creo que merezca la pena que lo sepas, puesto que no puede cambiarse, y, por otra parte, tampoco creo que existan palabras capaces de describir con precisión la marea de dolor y sufrimiento, de cuerpos y vidas destrozados que pasan por nuestras manos a diario, en un flujo continuo que nunca cesa y que ni siquiera los médicos podemos en ocasiones aliviar...»

«... Ucrania, Rusia, es una tierra extrañamente bella, pero también inhóspita. Avanzamos en medio de una llanura interminable cuyos confines apenas alcanza la vista: la estepa. Para unos ojos que no están acostumbrados a esta infinitud, como son los míos y los de muchos de mis camaradas, el espectáculo es sencillamente sobrecogedor. Al avanzar en medio de esta inmensidad prácticamente deshabitada uno se siente infinitamente pequeño e indefenso. Cada kilómetro que recorremos hacia el este aumenta en nosotros la sensación de que estamos entrando en un abismo sin fin en el que no habrá un solo lugar donde refugiarse. Es como si la estepa, como una boca gigantescamente abierta, nos fuera engullendo, devorando. Cuanto más penetramos en Rusia más difícil es que nos lleguen los suministros desde Europa, más difíciles son las comunicaciones. Es como si la tierra nos estuviera envolviendo y aislando, como si nos sepultara y nos alejara del mundo real. Pienso constantemente en nuestro hijo y en ti. Me pregunto cuánto habrá crecido ya el pequeño Carlos, me pregunto qué tal te encuentras tú. Me angustia hasta límites intolerables pensar que puedas estar sufriendo en mi ausencia sin que yo tenga posibilidad alguna de ayudarte. Sin ti yo no podría vivir...»

«... De momento los días son cálidos. En su avance los carros de combate levantan nubes de polvo que pueden verse a kilómetros de distancia. Hay veces en que uno tiene la sensación de estar en un desierto. Las noches de verano son frescas en Rusia. Supongo que es la forma que tiene esta tierra de hacer que sus habitantes no olviden que tras los días de bonanza vendrá el crudo invierno. Kesselbach, uno de los sanitarios que trabaja conmigo, estuvo el invierno pasado en el frente ruso. Si es cierto lo que cuenta, y sinceramente creo que lo es, espero que todo esto acabe antes de que llegue el frío...»

«... Ayer llovió por primera vez desde que estoy en Rusia. La estepa se convirtió en un lodazal. Los tanques se quedaban atascados en el barro. El avance fue extremadamente difícil. No creo que llegáramos a recorrer más de cinco kilómetros en todo el día. Y esto ha sido solo una tormenta de verano. ¿Qué ocurrirá cuando llegue el invierno? Ojalá todo esto haya acabado para entonces. La lluvia al menos ha tenido un efecto beneficioso para nosotros, porque ha aliviado en parte la escasez de agua que veníamos sufriendo...»

«... No olvides nunca, mi querida Ana, cuánto os quiero...»

Caminaba solo, alejándome de mis compañeros, entre los vehículos de transporte que acompañaban nuestra marcha estacionados en largas hileras, algo alejado de las tiendas que constituían nuestro campamento, sumido en mis pensamientos y en mi dolor, recordando cada palabra que había escrito a mi esposa, redactando en mi mente todo lo que querría decirle. El sol se ponía rápidamente en la estepa y la oscuridad comenzaba a rodearlo todo. A lo lejos podía escuchar el murmullo y las risas de mis camaradas y envidié su suerte de manera dolorosa y terrible. Todo por un pedazo de papel que me hubiera vinculado a lo que era mi vida antes de aquello.

De repente me detuve, amparándome en la oscuridad, apoyando mi espalda en la trasera de un camión de suministros cercano, queriéndome fundir con él en la oscuridad, con todos mis sentidos en tensión porque había escuchado voces cerca, sorprendentemente cerca, donde no esperaba encontrar a nadie. «¿Serán los rusos?», recuerdo que pensé con un escalofrío recorriendo mi espalda. Y agucé el oído.

Escuché de nuevo hablar muy cerca de mí, probablemente al otro lado del camión en el que me amparaba. El idioma era alemán. Aquello me tranquilizó. Además yo conocía el tono de aquella voz: era el soldado Georg Breslau.

Asomé discretamente la cabeza para ver lo que ocurría y pude ver a Breslau sentado en el estribo del camión leyendo en voz alta su carta. Para mi sorpresa pude ver también que junto a él estaba Heinrich Adler.

—... espero que no tengas que sufrir muchas... penalidades —leía Breslau con voz titubeante—, y espero también... que no te... expongas más de lo necesario...

El joven soldado levantó la cabeza y miró al capitán médico.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—Que no te juegues el pellejo inútilmente. Que sigas vivo, sencillamente —explicó Adler.

Breslau continuó leyendo.

—... porque me gustaría que regresaras pronto a Hamburgo. Estaré esperándote... para decirte algo que quizá debiera haberte dicho antes... de que te fueras. Cuídate mucho, y recuerda... que pienso en ti. Afectuosamente..., tu amiga Uwe.

Hubo un momento de silencio cuando el joven soldado acabó de leer la carta. Breslau levantó los ojos del papel y pudo ver, conmovido, cómo las lágrimas se deslizaban por las mejillas del muchacho.

—Nunca podré responder a esta carta —dijo entre sollozos—. Nunca. Apenas si puedo leerla... Me cuesta incluso entender todas estas palabras bonitas que ella me escribe... Yo no podría escribir ni la mitad de las cosas bonitas que ella me dice en esta carta... No me lo merezco... Ella es demasiado buena para mí... Se avergonzará de mí... y de mi ignorancia... en cuanto vea cómo escribo, lo poco que soy para ella...

Causaba lástima ver la angustia y el sufrimiento del joven Breslau, verle llorar de aquella forma ante esa carta, a él, que siendo poco más que un adolescente había vivido ya más que muchos hombres, que había mirado de frente a la muerte, que no había tenido una vida precisamente fácil, y aun así había conseguido salir adelante, con una madurez y una fortaleza extraordinarias para alguien que apenas rozaba la mayoría de edad. Resultaba conmovedor el milagro que era capaz de obrar un trozo de papel y un poco de afecto.

—Podrás hacerlo —le animó Adler tras un momento de silencio, y encendió un cigarrillo.

Breslau le miró sorprendido y al mismo tiempo esperanzado.

—Solo es cuestión de práctica —continuó diciendo el capitán médico, fijando sus ojos azules en la oscuridad frente a sí, en la infinitud de la estepa, como si reflexionara consigo mismo en voz alta—. Consigue un libro. Seguro que el páter, el capellán de nuestra división, tiene alguno. Da igual cuál. Pídeselo con cualquier excusa. Dile a Dantzig, el enfermero, que te deje alguno. Pide periódicos a tus camaradas. Lee. Copia algunos párrafos en un papel, como si estuvieras escribiendo una carta. Verás que enseguida lo haces lo suficientemente bien como para escribirle a ella exactamente como ella te escribe a ti.

El joven soldado secó las lágrimas de su rostro con el dorso de la mano.

—¿De veras cree usted que podré hacerlo? —preguntó.

—Claro que sí —respondió. Y tras una breve pausa añadió—: yo te ayudaré.

Breslau se levantó dando saltos de alegría. Plegó cuidadosamente la carta de su amiga y la guardó en el bolsillo interior de su guerrera, como hacíamos todos con aquello que nos era sentimentalmente valioso, manteniéndolo cerca de nuestro corazón.

—¡Gracias, capitán! ¡Muchísimas gracias! —exclamó estrechando con fuerza la mano de Adler—. Iré ahora mismo a buscar al páter. ¡Empezaré hoy mismo! Me esforzaré al máximo. ¡Podré hacerlo! Si usted me ayuda, podré hacerlo...

Cogió su gorra y su fusil, que estaban en el suelo, a su lado, y echó a correr hacia el campamento. Pero antes de dar dos pasos siquiera se detuvo de golpe, como si hubiera olvidado algo importante. Se volvió hacia Adler, con gesto de preocupación, con angustia en la mirada. No dijo nada, pero Adler tampoco necesitó palabras para comprender el motivo de los temores de Breslau. Sonrió.

—Para ciertas cosas soy como el páter —aseguró—. Esto solo nos incumbe a ti y a mí. Vete tranquilo.

El rostro del joven soldado se iluminó.

—Gracias, capitán. —Correspondió cuadrándose y llevándose una mano a la gorra con el saludo reglamentario—. Sé que puedo

confiar en usted.

Y se alejó corriendo, inmensamente feliz.

Yo continué oculto, apoyado en la trasera del camión, conmovido por la escena que acababa de presenciar y estupefacto. Jamás imaginé hasta entonces que Adler podía ser capaz de ese tipo de gestos. Me costaba creer lo que había visto, esa actitud afectuosa, casi paternal, hacia aquel muchacho por parte de aquel hombre extraordinariamente duro, arisco, violento, asocial, en el que apenas había podido apreciar un gesto humano en todas aquellas semanas, que parecía carecer de sentimientos como si fuera de acero. Me resultaba tan fuera de lugar en él, después de haber visto sus arrebatos de ira, que no podía entenderlo. Por esa misma razón aquella escena me estremeció aún más.

Heinrich Adler permaneció un rato sentado en el estribo del camión fumando su cigarrillo solo, en silencio, sin saber que su soledad no era tal, que yo estaba allí. Tal vez fuera un efecto de la luz del anochecer, de la oscuridad creciente. Me pareció que durante unos momentos la expresión de su rostro cambiaba. Sus rasgos duros, su ceño permanentemente fruncido, se relajaron y fue como si de repente toda la tensión desapareciera de sus facciones para dejar paso, por un instante, a un gran cansancio, cansancio espiritual más que físico, y a una gran tristeza.

Pero fue solamente un momento, tan breve que dudé incluso de mis ojos, que bien podían haberme engañado. Dando una última calada a su cigarrillo, Adler se puso en pie. La máscara de hierro de su rostro volvió a tomar forma. Si alguna vez algún sentimiento asomó a sus facciones, fue de inmediato y brutalmente borrado de su faz. Lo que creí haber visto fue solo un espejismo. Heinrich Adler echó a andar camino del campamento y se alejó de allí sin verme, sin saber que había habido un silencioso testigo de aquellos momentos, mientras yo permanecí apoyado en el camión, a cubierto en la oscuridad de la noche, desconcertado.

Al evocar aquellos días de verano en la estepa, ahora que han pasado ya tantos años, después de tantas experiencias terribles, soy consciente con total claridad del vínculo que entonces comenzó a establecerse entre aquellos hombres y yo, unos lazos emocionales que podrían llamarse amistad, pero que en realidad iban mucho más allá. No es algo sencillo de explicar. Cuando convives veinticuatro horas al día con los mismos hombres; cuando sufres bajo el mismo sol implacable cayendo a plomo sobre las espaldas de todos nosotros por igual; cuando soportas las mismas penalidades, la misma sed, el mismo cansancio extremo; cuando trabajas mano a mano con ellos hasta la extenuación, bajo la presión terrible de tener que paliar tanto dolor y salvar el máximo número de vidas posible con tan escasos medios; cuando te dejas caer agotado en cualquier rincón, ya sea el suelo de hormigón de un sótano húmedo y oscuro o la árida tierra de la estepa, anhelando apenas un par de horas de un sueño, por la fatiga más parecido a la muerte que otra cosa, que te ayude después a seguir despierto, y lo haces al lado de aquellos mismos hombres que han trabajado junto a ti, que están igualmente exhaustos, que han luchado contigo; cuando has visto junto a ellos la muerte alrededor silbar en forma de proyectiles de todos los calibres y habéis sentido juntos el miedo, ese miedo cervical que te atenaza; cuando juntos habéis visto sufrir y morir a tantos... Entonces un vínculo emocional que supera la amistad surge espontáneamente, un vínculo forjado con sangre, con la sangre derramada. Es algo que no puede definirse, algo que tampoco puede explicarse fuera de aquellas circunstancias excepcionales y que difícilmente puede comprenderse si no se ha experimentado, si uno no lo ha sentido dentro de sí. Un día te das cuenta de que tu vida depende tanto de aquellos hombres con los que compartes la miseria, el sufrimiento y el miedo, y junto a los que tratas de combatir la muerte, como la suya de ti. Habéis enfrentado juntos el horror. La sangre que habéis visto, que habéis restañado en las heridas, cuyo flujo habéis intentado denodadamente contener, es como un hilo de acero delgado, apenas perceptible, pero imposible de romper, que os une. A partir de entonces procuras cuidar de ellos, protegerlos, porque, después de las circunstancias extremas

vividas juntos, después de haber combatido juntos, al límite, para preservar la vida humana en medio de aquella sistemática aniquilación, si mueren, una parte de ti muere también con ellos, su dolor se convierte también en tu dolor. Su pérdida es irrecuperable.

Esto, que surgió poco a poco entre nosotros durante aquel verano en la estepa, al principio quizá como simple camaradería ante unas circunstancias duras y adversas que todos debíamos afrontar, con el paso del tiempo, a medida que nuestra situación se fue haciendo cada vez más difícil y nuestras condiciones de vida más y más penosas, a medida que el horror fue tomando forma y mostrando su verdadero rostro, adquirió la cualidad de compromiso moral, de deuda de sangre, un vínculo emocional que uno no puede romper sin destruirse por ello a sí mismo. Es algo que no se puede explicar, que no se puede comprender del todo si no se ha vivido. También ellos, porque habían mirado conmigo de frente el horror, porque por sus manos había corrido la misma sangre que por las mías, porque habían luchado a mi lado hasta la extenuación contra el dolor y la muerte, eran, en cierta manera, una parte de mí.

BERLÍN, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1958

A finales de julio de 1942 comenzaron los duros combates por cruzar el río Don, la última barrera natural que frenaba el avance de las tropas alemanas hacia Stalingrado y el Volga. Los días tranquilos de verano sin sufrir apenas ataques por parte de los rusos, avanzando a través de la extensión infinita de la estepa, quedaron pronto atrás, como si hubieran sido apenas un breve sueño.

No soy soldado. Difícilmente podría describir con detalle las operaciones militares que se desarrollaron en aquellos días, entre finales de julio y principios de agosto, en torno al Don. Tampoco es esa la finalidad con la que escribo estas líneas. Otros habrá que puedan hacerlo mucho mejor que yo. Como médico, como hombre, como testigo anónimo que vivió ese tiempo turbulento, solamente soy capaz de dar una visión subjetiva de aquellos combates. No obstante puedo asegurar, por el número de bajas, por la cantidad ingente de heridos que tuvimos que atender, que fueron realmente duros, supongo que para los rusos tanto o más que para los alemanes.

En medio de la llanura, sin ningún lugar en el que resguardarnos, habilitamos los quirófanos de campaña en las tiendas que nos habían servido de cobijo durante las pausas en nuestro avance. Adler requisó todas las que pudo para poner a los heridos a cubierto, pero pronto el volumen de heridos fue tal que gran parte de ellos estaban a la intemperie, sin ningún tipo de protección. El

Junker 52 que nos servía de ambulancia aérea para evacuar heridos a la retaguardia efectuaba contados vuelos y las ambulancias de las que disponíamos no daban abasto. La escasez de agua venía a dificultar aún más nuestra situación. La atención a los heridos era de lo más precaria. Adler y yo, y los sanitarios, trabajábamos en unas condiciones tan penosas que nos desesperaban. Cada vez que salía de la tienda de campaña que me servía de quirófano apenas unos instantes, entre paciente y paciente, para tomar aire y veía las decenas, cientos de heridos tumbados sobre la tierra reseca, expuestos al sol abrasador del día, al frío de la noche, al polvo, a las moscas..., me atenazaba tal sensación de rabia y de impotencia que sentía ganas de llorar. Había ocasiones en que me faltaba valor para mirarlos a los ojos; sus súplicas me herían hasta lo más profundo, porque aunque quisiera no podía hacer más de lo que hacía, más de lo que hacíamos todos por ayudarles. Mis manos hinchadas, mis ojos cansados, todo mi esfuerzo y toda mi ciencia apenas eran una gota de agua en el mar.

A retaguardia de nuestra posición algunos pelotones de zapadores se encargaban de enterrar a los muertos. En pocos días pudieron verse desde nuestro improvisado hospital cientos de cruces.

No fue hasta mediados de agosto cuando finalmente el ejército alemán logró establecer una cabeza de puente sobre el río Don. El día veintidós de agosto, creo recordar, a última hora de la tarde, nos llegó la noticia de que varios batallones de ingenieros habían conseguido tender pontones entre ambas orillas del río. Los rusos se batían en retirada hacia Stalingrado. Se retiraban, sí, puesto que el ejército alemán avanzaba, pero aún peleaban con furia mientras lo hacían porque el flujo de heridos a nuestro hospital no disminuyó de manera significativa.

Por aquellos días nos llegó también el rumor de que Stalin estaba enviando refuerzos desde el este, desde Siberia, para

defender Stalingrado. Tanto soldados como oficiales empezaron a pensar que Stalingrado sería un hueso duro de roer.

Desde nuestra posición en la retaguardia de las tropas en combate nos iban llegando noticias de un frente que cada vez se alejaba más hacia el este. El veintidós de agosto tropas acorazadas del VI Ejército cruzaron el Don. Entre el Don y Stalingrado se extendían aproximadamente sesenta kilómetros de estepa que los vehículos acorazados no tardarían en recorrer si el tiempo se mantenía seco y no llovía. El veintitrés de agosto, hacia mediodía, el cielo pareció oscurecerse de pronto con un rumor como un trueno lejano y prolongado. Decenas, yo creo que cientos de bombarderos alemanes cruzaron el cielo, volando sobre nuestras cabezas en apretados grupos con dirección a Stalingrado. La visión de aquella flota aérea encogía el corazón. Deseé sinceramente que los rusos hubieran tenido tiempo al menos de evacuar a los civiles de la ciudad, porque en poco tiempo caería sobre ellos el fuego del infierno. Más tarde descubriría que no fue así. A las pocas horas, incluso desde nuestra posición, pudieron verse negras columnas de humo elevándose desde Stalingrado. Debían de haber bombardeado no solo la ciudad, sino también refinerías y depósitos de petróleo. Las columnas de humo permanecieron en el horizonte durante días. Esa misma noche llegó a la retaguardia la noticia de que los blindados en vanguardia habían llegado al Volga en el norte de Stalingrado.

Nosotros recibimos orden de avanzar dos días después. Se evacuaron a la retaguardia la mayor parte de los heridos en ambulancias, en camiones o por el aire. La mayoría de las tropas ya habían cruzado el Don y avanzaban sin encontrar apenas resistencia hacia la vanguardia del ejército. En dicho período la ciudad de Stalingrado recibió nuevos y terribles bombardeos. Veíamos los aviones, Stukas y Messerschmidts, sobrevolar una y otra vez el cielo sobre nosotros con su carga mortal de explosivos, bombas de fósforo e incendiarias. No creí que pudiese quedar nada en pie cuando nosotros llegáramos allí. Y, efectivamente, una semana más tarde encontramos la ciudad completamente devastada. Apenas quedaban los cimientos de la mayoría de los edificios. Solo las

construcciones de hormigón armado elevaban sus esqueletos dos o tres pisos sobre las ruinas. Sin embargo, entre esas ruinas también hallamos una resistencia feroz.

No todos llegamos a Stalingrado. En ese trayecto entre el Don y la ciudad del Volga, Breslau quedó atrás. Su regimiento de infantería, que iba a pie, avanzaba apenas un par de kilómetros por delante de las tropas auxiliares, que éramos nosotros, sanitarios e intendencia. En nuestra marcha hacia Stalingrado nos detuvimos una noche en una pequeña aldea para descansar. Las tropas acorazadas en su avance habían pasado por allí un par de días antes que nosotros y habían convertido el pequeño pueblo en un montón de escombros. Hacía frío aquella noche, un frío intenso, teniendo en cuenta que acababa de comenzar septiembre. El día anterior había llovido ligeramente y la tierra estaba húmeda. Los caminos, destrozados por las orugas de los tanques que removían la tierra, eran un barrizal casi intransitable que agotaba a los hombres y reventaba los vehículos. Nos acomodamos entre las ruinas aún humeantes a pesar de la lluvia para procurar dormir un poco antes de continuar nuestro camino. Los rusos atacaron de madrugada. No parecían militares, sino más bien un grupo de partisanos que intentaban dar un golpe de mano entre las tropas más débiles del ejército alemán que avanzaba: los cuerpos auxiliares. Los batallones de infantería más rezagados, que tenían que marchar a pie y por ello estaban con nosotros, salvaron la situación tras horas de combate casi cuerpo a cuerpo hasta el amanecer. Recuerdo que, sorprendido por el repentino ataque que interrumpió nuestro sueño, yo acabé parapetado detrás de un muro con Georg Breslau, que arrastró consigo una caja de munición para su fusil. En mitad de la noche el caos era total. Era difícil saber dónde se encontraba el enemigo. Gritos, explosiones, siluetas humanas mal delimitadas que corrían entre las ruinas, apenas entrevistas entre el fogonazo de dos disparos. Y la oscuridad y la estepa rodeándonos. Me sentí indefenso. Tuve miedo.

Como si yo fuera algo valioso que hay que proteger, Breslau me ordenó que me mantuviera pegado al suelo con la cabeza por debajo de la altura del muro que nos protegía. Él, entretanto, tomaba posición apoyando su fusil sobre el muro para afinar su puntería y disparaba a todo lo que pretendiera acercarse a nosotros y no diera señales de ser amigo. Mientras estaba allí tumbado en el barro, empapado, en un frío helador, con el estruendo del combate retumbando en mis oídos, me sentí de pronto profundamente conmovido por el gesto de Breslau. Comprendí entonces que todo mi trabajo, que todo mi esfuerzo por aliviar el sufrimiento de aquellos hombres, aunque en ocasiones me desbordara y lo considerara del todo inútil, una batalla perdida en aquella marea de dolor, la mayoría de los soldados, como Breslau, lo apreciaban hasta el punto de proteger a los sanitarios como él hizo entonces conmigo.

—Ni se le ocurra asomar la cabeza, doctor —recuerdo que me dijo con una sonrisa que pude intuir en su rostro aniñado a la luz de una bengala—. Nosotros le necesitamos vivo.

Un clic delator en su arma evidenció que su cargador estaba vacío. Fue un momento, apenas un instante, el que Breslau estuvo al descubierto, al volverse hacia la caja de municiones que tenía detrás para coger un cargador nuevo. Eso bastó para que una bala certera le atravesara el cuello. El proyectil le partió la tráquea. Pude distinguir en esa fracción de segundo entre dos disparos, dos explosiones, el sonido de sus cartílagos al romperse. El proyectil reventó también la arteria carótida derecha. La sangre que brotaba con la fuerza de cada latido del corazón me salpicó en el rostro. La noté extrañamente caliente en esa fría noche. Breslau dejó caer el arma. También dejó caer el cargador que había cogido apenas un momento antes de recibir aquel disparo. Vi cómo los proyectiles se desperdigaban por el suelo. Es curioso cómo en situaciones emocionalmente tan duras los detalles más insignificantes quedan grabados a fuego en la mente. Breslau hizo un breve gesto de asfixia llevándose las manos al cuello. Sus ojos azules, ya vacíos, trataron de buscar por un instante los míos. Pero antes de caer al suelo ya estaba muerto.

Me asaltó el pánico. *Pánico* es la palabra que más puede aproximarse a lo que sentí. No era miedo, sino terror, terror y angustia, un pánico irracional. El vértigo del frente. Había visto sufrir hasta la agonía, morir, a muchos hombres en las semanas que llevaba en el frente. Dolor hasta el paroxismo, como nunca creí que pudiera darse. Pero hasta entonces no había visto morir en el frente a nadie con quien tuviera un vínculo emocional, alguien a quien apreciara como apreciaba a Breslau. Era apenas un chiquillo. No tenía ni veinte años. Había crecido demasiado pronto. Y, de repente, ya no existía. Estaba muerto. Dos minutos antes, menos quizá, sonreía, protegiéndome a mí, que casi le doblaba la edad. Y poco después no era más que un cadáver tendido en el barro con la garganta abierta. Era duro soportar aquello. Muy duro. La vida que viene y se va en un instante. La muerte implacable que golpea de pronto, inesperada y cruelmente.

Me arrastré fuera del muro, completamente desorientado, aturdido por el ruido ensordecedor de las explosiones y los disparos. De repente me resultaba insoportable la cercanía de aquel cadáver que había sido Breslau, a mí, que convivía con la muerte a diario. Quería gritar, encontrar alguna forma de aliviar aquel terror, aquella angustia que amenazaba con volverme loco. Me arrastraba sin rumbo fijo por el barro y pensé: «¿Y si me pongo en pie? Quizá un disparo limpio como el que mató a Breslau me libere de este horror que no puedo soportar...». Me quedé quieto un instante, y estaba a punto de levantarme cuando escuché una voz frente a mí.

—¡Teniente! ¡Teniente Eybler!

La oscuridad en torno a mí era casi total. No había bengalas en el cielo en aquel instante. El estruendo del combate me impidió reconocer la voz que me llamaba.

—¡Doctor Eybler! ¡Por el amor de Dios! ¡Póngase a cubierto!

«¿A cubierto? ¿Dónde?» Una mano de hierro aferró el cuello de mi abrigo militar y me arrastró literalmente entre unas ruinas.

—¿Qué diablos estaba usted haciendo ahí?

El fogonazo de los disparos y la proximidad de la voz me permitieron reconocer al oficial de intendencia Borgmann.

—El soldado Breslau está muerto... —fue lo único que logré decir.

—Lo siento por él —respondió Borgmann sin apartar la vista del frente—, pero los que aún estamos con vida tenemos que intentar conservar nuestro pellejo.

Con su mano izquierda, la única que podía utilizar, el intendente cogió un casco alemán abandonado en el suelo no lejos de nosotros y me lo puso.

—Esto protegerá al menos su alocada cabeza —dijo—. Y ahora coja su arma —ordenó— y dispare a todo lo que tenga aspecto de ruso e intente acercarse.

Borgmann, con su Luger en la mano izquierda, a cubierto entre las ruinas, comenzó a disparar. Tragué saliva. Tenía la boca seca. Finalmente también yo cogí la pistola reglamentaria que llevaba al cinto y disparé. Estoy seguro de que, si hubiera sido consciente apenas unos minutos antes de que llevaba un arma encima, hubiera disparado, sin duda, pero no sobre los rusos, sino contra mí mismo... Y, sin embargo, me vi parapetado entre unas ruinas con el oficial de intendencia a mi lado gritándome órdenes como si hubiese sido un general, defendiendo nuestra posición, nuestras vidas, y yo le imité. Creo que llegué a herir o matar a algunos hombres antes de que la oscuridad de la noche fuera desapareciendo, vencida por la luz tenue del amanecer, antes de que los rusos se retiraran. Yo, que como médico debía combatir la muerte...

La impenetrable negrura de la noche iba tomando tonalidades grises en el cielo. Los aún tímidos y débiles rayos del sol comenzaban a filtrarse por el este. El fragor del combate empezó a disminuir. Los disparos se alejaban de nosotros. Borgmann y yo permanecíamos a cubierto entre las ruinas, agazapados, atentos a cualquier ruido, a cualquier sombra que pudiera suponer una amenaza. Me encontraba bajo una terrible presión nerviosa, como si mi cerebro y mi cuerpo estuviesen a punto de estallar. Todos mis músculos estaban tensos como si hubieran sido de acero, tanto que dolían, prestos a saltar a la más mínima señal de peligro. Con los ojos desmesuradamente abiertos intentaba escudriñar las tinieblas a mi alrededor, atento a cualquier movimiento que pudiera amenazar

nuestras vidas. Estaba en ese límite, rayano en la locura, en el que el más mínimo estímulo, cualquier signo de peligro, hubiera bastado para generar en mí una respuesta violenta, instintiva, salvaje, casi animal. Cualquier estímulo hubiera bastado para hacer que me derrumbara. Soplaban una suave brisa, helada, en aquel amanecer. El sudor, fruto del miedo, que empapaba mi espalda y mi guerrera, acentuaba aún más la sensación de frío. Pero mi cuerpo tenso, rígido, como si fuera de metal, era incapaz de temblar. Permanecí a cubierto entre las ruinas junto a Borgmann, inmóvil como una estatua de mármol, esperando.

Entre las explosiones y los disparos, cada vez más espaciados y distantes, tanto el intendente como yo pudimos oír de pronto una voz, alguien que gritaba mi nombre.

—¡Teniente Eybler! ¡¿Alguien ha visto al teniente médico Eybler?!

Instintivamente quise ponerme en pie, pero Borgmann, de un violento empujón, me obligó a permanecer entre las ruinas.

—¿Es que quiere que le mate la última bala perdida que se dispare esta noche? —me recriminó entre dientes.

Después, sin asomar la cabeza, apoyada la espalda en el muro que nos daba cobertura, su voz ruda y potente cruzó la tenue claridad del amanecer.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí!

La voz que me llamaba se dejó oír de nuevo y pude reconocer a Schmidt.

—¿Eres tú, Borgmann?!

—¡Sí, soy yo! ¡El teniente está conmigo! ¿Puedes orientarte...?

La explosión de un mortero, tan cerca de donde nos encontrábamos que arrojó sobre nosotros una ingente cantidad de barro y cascotes, ahogó las últimas palabras del intendente.

—¡Schmidt! —gritó de nuevo Borgmann recuperando el aliento que le había robado la onda expansiva al tiempo que se sacudía la tierra de los cabellos.

Hubo un breve silencio que resultó angustioso, pero el sanitario respondió a la llamada.

—¡Te oigo, Borgmann!

—¿Puedes localizarnos por la voz?

—¡Voy para allá!

El ruido del combate, los disparos y las explosiones se espaciaban cada vez más, aunque algunos proyectiles nos rondaran aún peligrosamente cerca. Schmidt consiguió llegar hasta nosotros en pocos minutos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó dejándose caer a nuestro lado, al resguardo de los muros derruidos de lo que en otro tiempo debió de ser una casa, para tomar aliento—. Pensábamos que había caído usted en combate, teniente.

—¡Le ha faltado poco! —apostilló Borgmann—. Anduvo por ahí al descubierto un buen rato, al principio del ataque, hasta que le recogí. ¡Es un tipo con suerte!

—El capitán Adler ha habilitado ya los quirófanos y un pequeño puesto de socorro a las afueras de este pueblo, algo a retaguardia —informó Schmidt—. Le necesitamos allí.

—Cuanto antes te lo lleves, mejor —celebró el intendente—. Es en su sitio donde debe estar, y no en combate.

Schmidt me agarró del brazo.

—Guarde su pistola y acompañeme.

Le seguí como un autómatas sin ser capaz de razonar mis actos, porque no podría soportar el dilema moral que me planteaban, al borde del colapso psicológico. Como había hecho en Kharkov, Schmidt me guio entre ruinas y explosiones, alejándome de la lucha, protegiéndome de los proyectiles perdidos hasta llegar a las tiendas de campaña que hacían las veces de puesto de socorro, lejos ya del combate. Los heridos se amontonaban en torno a ellas, a la intemperie o entre las ruinas de los edificios cercanos. Gritaban, gemían de dolor, lloraban, imploraban ayuda, la mísera ayuda que nosotros podíamos ofrecer.

Entramos en la tienda que hacía las veces de quirófano. En ella había dos mesas de operaciones improvisadas con tableros. Adler trabajaba en una de ellas con Kesselbach como asistente. Apenas si levantó la vista un instante del herido que atendía cuando nos vio entrar. No dijo una palabra. Schmidt ordenó enseguida pasar un herido a la mesa de quirófano que quedaba libre y preparó el

instrumental necesario para asistirme a mí durante la cirugía. Comenzó una vez más la marea incontenible de sangre y dolor que había vivido ya en Kharkov.

Vi filtrarse a través de las aberturas de la tienda de campaña que nos servía de sala de cirugía todas las tonalidades de la luz del día, desde el amanecer hasta el anochecer, mientras los cuerpos destrozados de hombres en la plenitud de su vida pasaban por mis manos y yo intentaba paliar su sufrimiento, salvar su vida. Oscureció y llegó la noche, y el flujo de heridos no se detuvo hasta que la luz del amanecer comenzó de nuevo a clarear en el cielo, al este, hacia donde nos dirigíamos. Entonces, cuando los camilleros sacaron de mi mesa de operaciones al último herido que había atendido, Schmidt me informó que, por el momento, no había ya más pacientes que precisaran cirugía. Fue entonces cuando, de pronto, un cansancio inmenso se apoderó de mí, un cansancio físico imposible de describir, rayano en la extenuación, y, sobre todo, un cansancio psicológico extremo, como si mi cerebro agotado, sometido a una presión brutal, estuviese a punto de convulsionar. Una sensación de náusea intensa se aferró a la boca de mi estómago y a mi garganta, una sensación de repulsa y de asco, asco hacia mí mismo, imposibles de soportar. Salí tambaleándome del quirófano sintiendo que las piernas a duras penas podían sostenerme y caminé hasta poder apoyarme en un muro alejado del puesto de socorro y de los heridos. Buscaba el silencio lejos de aquellos gritos indescriptibles de dolor que no podía aliviar, fuera de la atmósfera viciada, del olor a sangre y a muerte de los quirófanos. Serían veinticinco metros, no más, el breve camino que recorrí, pero constituyó para mí un esfuerzo casi sobrehumano. La náusea que sentía era insoportable. Apoyé las manos y la frente contra el muro e hice esfuerzos por vomitar. Pero fueron esfuerzos inútiles que destrozaban mi estómago vacío: hacía días que sobrevivía a base de café y cigarrillos. Sentí que los sentidos pugnaban por abandonarme, que estaba a punto de perder el conocimiento, de desmayarme, que podría morir, que moriría de puro agotamiento, de un cansancio extremo... Entonces noté una mano sobre mi hombro.

Me volví como un resorte, con los puños cerrados, con cada uno de los músculos de mi cuerpo exhausto en tensión, con el cerebro bloqueado, como si una nube negra me impidiera pensar. Reaccioné como lo hubiera hecho una bestia salvaje ante algo que amenazara su vida, instintivamente. Pero Adler sujetó mi puño antes de que llegara a golpearle. Exhausto como yo, su rostro tenía una palidez cenicienta. Sus ojos claros estaban marcados por profundas y oscuras ojeras, y, sin embargo, pude ver cuando se clavaron en los míos que seguían conservando aquella lucidez, aquella fuerza, aquella extraña serenidad que nos sostenía a todos.

Empecé a temblar, un temblor incontrolable, como si de repente me hubiera subido la fiebre. Quería llorar, liberar de algún modo aquella angustia que me destrozaba, pero mis ojos estaban secos. Era incapaz de derramar una sola lágrima. Y, sin pensarlo siquiera, sin que mi cerebro fuera realmente consciente de ello, las palabras acudieron a mis labios, simplemente porque necesitaba decirlas:

—Breslau ha muerto.

Pude ver bien la reacción de Adler; estaba muy cerca de él. A pesar de mi estado de confusión, de agotamiento mental, fui plenamente consciente de ella. Ni una sola de las facciones de su rostro se movió, pero Adler palideció más de lo que se hubiera creído posible. Sus rasgos ya demacrados adquirieron en segundos una tonalidad cérea, como la de un cadáver, como si por unos instantes su corazón hubiera dejado de latir y no fluyera la sangre por sus venas. No apartó su mirada de mí ni un momento. Guardó silencio, como si necesitara interiorizar aquella noticia, asumirla, confirmar con su implacable y escrutadora mirada que yo no mentía. Y supo que era así, que mis palabras, pronunciadas sin una clara consciencia de lo que decía, eran ciertas. Y un brillo extraño, oscuro y terrible, iluminó por unos momentos sus ojos azules, un brillo que reflejaba al mismo tiempo ira y dolor, sobre todo dolor, sentimientos que su rostro, como una máscara rígida e inmutable, se negaba a manifestar.

—Muerto... —repitió casi en un susurro.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo fue? —preguntó finalmente con voz sorda.

—Un disparo —respondí con dificultad—. Le atravesó el cuello... Le partió la tráquea... Le reventó la carótida...

No necesitó más explicaciones para saber que la muerte de Breslau fue casi inmediata, que no sufrió. Pero eso no le sirvió de consuelo, no alivió su dolor, ese dolor profundo que nunca mostraría al exterior, que solo muchos años más tarde yo lograría comprender plenamente. Y tampoco alivió mi angustia, ni mi culpa, ni la sensación de repulsa, de desprecio y asco que sentía por mí mismo.

—Murió protegiendo mi vida... —comencé a decir, hilando frases sin ningún sentido, mientras ese temblor incontrolable, como el que produce la fiebre alta, se adueñaba de mí—. Murió por mi culpa... Me dijo que me quedara a cubierto tras el muro... Él disparaba a los rusos que nos rodeaban... Me defendía, defendía nuestras vidas... Y yo no hice nada... Se incorporó para coger un cargador para su fusil... Y la bala le alcanzó... Y yo no hice nada... ¡No hice nada!... Me protegió... ¡Y yo le dejé morir!... ¡No hice nada!... ¡Nada!...

Debí de gritar. La verdad es que no lo recuerdo. Pero sí recuerdo que me callé de pronto al sentir que Adler, agarrándome por los hombros, me zarandeaba violentamente.

—¡Basta ya, Eybler! ¡Basta! —me decía—. Basta...

Mi mirada perdida buscó la lucidez de sus ojos y su fuerza, y al encontrarlas, de pronto, todo lo que sentía, aquel vertiginoso y confuso torbellino de sentimientos de culpa, de miedo, de angustia, de cansancio, de dolor... que amenazaba con llevarme a la locura, todo ello disminuyó su intensidad. Seguía temblando confuso, nauseoso, débil hasta el extremo, agotado física y mentalmente, pero de alguna forma aquellos ojos oscuros, en los que había un gran dolor pero estaban llenos de fuerza, pusieron más alto el listón de lo que yo era capaz de soportar, y supe entonces que, por muy mal que me encontrara en ese momento, aún no había llegado al límite, que, para mi desgracia, podría resistir todavía un poco más.

Entonces, solamente entonces, al verme algo más calmado, Adler me soltó, haciéndome sentar en el suelo junto al muro. Se sentó a mi lado mientras yo intentaba dominar ese temblor que controlaba mi cuerpo. Encendió un cigarrillo, que me entregó. A

duras penas pude llevármelo a la boca para darle una calada. Después encendió otro para él.

No sé exactamente cuánto tiempo permanecimos allí sentados uno junto al otro, fumando, en silencio. No nos dijimos una palabra; tampoco era necesario. La simple presencia del cirujano sentado a mi lado era suficiente para mí; supe que mientras Adler siguiera en pie yo resistiría, resistiría hasta extremos que jamás habría imaginado que pudiera alcanzar, y si flaqueaba, él estaría allí para sostenerme, para cargar con mi angustia, para compartir mi dolor como si fuera suyo. Entonces yo aún no sabía que su dolor y el mío eran tan similares, que para los dos el dolor tenía el mismo nombre. Y de igual manera aquel día, aquella madrugada, al borde del colapso, sentado junto a Adler, fui consciente también de que mientras yo continuara con vida haría cualquier cosa por él, por protegerle, para que su fuerza pudiera seguir sosteniéndome. Entonces no llegué a comprender la importancia que tendría aquel vínculo, aquel pacto silencioso que se estableció entre ambos sin necesidad de palabras, aquel día, al amanecer, y que fue haciéndose más fuerte con el paso del tiempo, con la degradación progresiva de nuestra situación, con el horror que tuvimos que enfrentar. Llegaría incluso a lo que yo nunca hubiera imaginado que sería capaz de hacer por un hombre, por un amigo: morir, matar.

Vimos salir el sol, que incendió con su roja luz la estepa durante las primeras horas del amanecer. El sol salió solo para traernos imágenes desoladoras: los heridos tendidos a la intemperie sobre el duro suelo de la estepa, amputaciones, sangre, dolor y muerte. Hubiera deseado con toda mi alma que no hubiera amanecido. Al menos la oscuridad ocultaba en parte a nuestros ojos y a nuestras almas tanto horror. Con la luz de la mañana nuestra marcha hacia Stalingrado continuó. Los heridos, atendidos en precario por Adler y por mí, fueron evacuados a la retaguardia requisando los pocos camiones de transporte de las tropas que nos acompañaban. Un batallón de zapadores enterró a los soldados alemanes muertos sin demasiadas contemplaciones. Una cruz sin nombre hecha con dos trozos de madera marcó la fosa común. La máquina de guerra avanzaba implacable, arrollándolo todo a su paso: hombres, vidas,

almas. Después de aquello no volví a ser el mismo. Breslau había muerto; yo sobreviví. Breslau murió siendo aún un hombre. Yo perdí humanidad. Me endurecí. Fue un cambio sutil al principio, casi imperceptible; con el paso del tiempo se fue acentuando. Dejé de sentir piedad, compasión, odio... Cualquier sentimiento. Sencillamente dejé de sentir. No era indiferencia. Tampoco crueldad. Seguía percibiendo el dolor, la miseria, el sufrimiento a mi alrededor, pero poco a poco me fui volviendo incapaz de generar una respuesta emocional hacia ellos. Seguí trabajando hasta la extenuación, procurando con mis conocimientos y habilidades aliviar a los hombres, paliar en la medida de mis posibilidades aquella aniquilación sistemática del ser humano. Pero mi corazón, mi alma, fueron muriendo. Dejé de sentir para no sufrir dolor, para evitar el terror, la angustia, el vértigo. Supongo que eso fue lo que le pasó en cierto modo a Adler, lo que le hizo tan poco sociable, de trato difícil, incapaz de compartir tanto las cosas hermosas de su vida como la carga que soportaba, y consciente, sin embargo, con extraordinaria lucidez, del horror. Supongo también que a eso se refería Schmidt cuando respondió «Te acostumbras...» a mi pregunta de cómo eran capaces de soportar aquello. La exposición continua al sufrimiento, a la angustia, al miedo, te anestesia, te vuelve insensible, te deshumaniza. Si no, sería imposible sobrevivir y conservar un mínimo de cordura. Esta deshumanización comenzó en mí aquella noche en la que murió Breslau. A partir de entonces pasé momentos de dolor, de miedo y de angustia, no perdí jamás la consciencia del drama en el que estaba inmerso y que no podía obviar, pero no volví a sentir el vértigo del frente.

Fue a principios de septiembre de 1942 cuando nos informaron de que el cerco alemán sobre la ciudad de Stalingrado se había cerrado. Así pues, parecía solo cuestión de tiempo que la ciudad cayera en manos alemanas. Extendida a lo largo de unos cincuenta kilómetros en la orilla occidental del Volga, Stalingrado estaba prisionera entre el río y los ejércitos alemanes que se cernían sobre

ella como una tenaza. Parecía imposible que pudiera resistir. Para entonces el tiempo ya había comenzado a cambiar. El frío se volvía más intenso, sobre todo por la noche. Llovía con frecuencia. Los soldados estaban empapados y las trincheras y los fosos se llenaban de agua. Los equipos de invierno aún no habían llegado, y a juzgar por la extensión de nuestras líneas de suministros, de más de mil kilómetros, tardarían tiempo en hacerlo. Buscar refugio entre las ruinas era una tarea inútil: las goteras y el frío viento de la noche se colaban por cualquier rendija. Las tropas comenzaron a excavar búnkeres y a acomodarse en sótanos y agujeros. También nosotros acabamos estableciendo nuestro puesto médico en el sótano de una fábrica al sur de la ciudad. El invierno se acercaba, tal y como Kesselbach temía, y la batalla por Stalingrado fue prolongándose día tras día a lo largo de ese mes de septiembre sin que acabara de decidirse para ninguno de los dos bandos.

Las tropas auxiliares, sanitarios e intendencia, llegamos a Stalingrado en la primera quincena de septiembre. La luz del sol durante el día comenzaba ya a reducirse de manera perceptible. Anochecía pronto; los días se acortaban. En la distancia, Stalingrado era una ciudad en ruinas, completamente arrasada. Aún se divisaban en el horizonte a la luz de la tarde columnas de humo de los incendios en diversas partes de la ciudad que habían provocado los bombardeos de la aviación en los días previos. Desde varios kilómetros de distancia se escuchaba el fuego de la artillería. Caía ya la noche cuando llegamos a los barrios periféricos del suroeste de Stalingrado. De cerca la visión de la ciudad era aún más inquietante. El fuego y las explosiones perfilaban en la oscuridad del cielo los esqueletos de los pocos edificios que aún quedaban en pie. Entre las ruinas podían verse, moviéndose como fantasmas, las siluetas de los soldados. Solo la forma de sus cascos nos permitía distinguir el bando al que pertenecían, algo que no siempre era fiable. A medida que penetrábamos en la ciudad pudimos percibir el intenso olor a quemado de las construcciones reducidas a cenizas, las casas, las fábricas, los almacenes, y mezclado con él, el hedor de los cadáveres en descomposición enterrados bajo los escombros. Si el

infierno tuvo alguna vez un lugar al que asomarse en la tierra, no me cabe duda de que ese lugar fue Stalingrado.

Los heridos en aquellos combates de primeros de septiembre estaban refugiados en el sótano de una fábrica en la periferia de la ciudad. Sin sanitarios ni personal ni material médico, los menos graves procuraban aliviar a los que sufrían más que ellos. Rompían sus camisas para improvisar vendas, compartían sus raciones cuando les llegaban y su tabaco. Aquel sótano era un caos, peor aún que el de Kharkov. Mal ventilado y peor iluminado; los generadores apenas eran capaces de mantener encendidas las bombillas que colgaban del techo y que parpadeaban con cada explosión. Los soldados heridos se amontonaban sobre el suelo húmedo de cualquier manera, sin dejar apenas espacio para caminar entre ellos. Nuestra llegada contribuyó aún más a aumentar ese caos. Apenas nos vieron entrar con nuestros brazaletes de la cruz roja, estalló una letanía de gritos, de súplicas, de manos tendidas mendigando un alivio al dolor, que partían el alma.

Adler caminaba entre los heridos delante de mí, cargando, como yo, como el resto de los sanitarios, con cuantos fardos de material médico podíamos llevar a nuestras espaldas sin ser vencidos por su peso. Parecía no oír a los heridos, parecía no verlos, como si fuera de piedra. También yo procuré aislarme de aquella situación. No podía derrumbarme. No podía permitirme el lujo de flaquear si realmente quería ser útil, hacer lo que humanamente fuera posible en aquellas circunstancias. Era cuanto podía ofrecer.

Adler buscó un hueco al fondo del sótano, como hizo en Kharkov, para habilitar el área quirúrgica. Cerca de allí proyectiles de artillería habían abierto un profundo cráter que comunicaba el sótano con el exterior. Adler envió a uno de los sanitarios, Weber, en busca de zapadores que hicieran aquel agujero lo suficientemente transitable como para poder introducir por allí el resto del material sanitario, que venía transportado en camiones tras nosotros, sin tener que cruzar todo aquel sótano en el que se amontonaban los heridos. Mientras montaba con mi ayuda los biombos hechos con lonas de camiones militares, envió a Schmidt, a Kesselbach y a los demás sanitarios a clasificar a los heridos que se encontraban allí.

—Quiero a los muertos fuera de aquí cuanto antes —ordenó—. Hay que despejar el sitio y buscar huecos para los que tienen posibilidades de vivir. Dantzig, usted localice a intendencia. Infórmelos de nuestra posición. Quiero el resto de los suministros y material sanitario aquí tan pronto como lleguen, así como ambulancias de transporte para evacuar heridos en cuanto sea posible. Schmidt, Kesselbach y los demás, valorad a los heridos que ya tenemos aquí. Los más graves, que precisen cirugía, a la derecha; los que podáis atender vosotros, a la izquierda. Reservad un rincón tranquilo para los que no llegarán a quirófano —fue su forma discreta de referirse a los que no tendrían posibilidad de sobrevivir—. Y, por Dios —añadió—, seguid que se vayan calmando y dejen de gritar.

En poco menos de dos horas ya estábamos operando en los dos quirófanos que logramos improvisar. Cajas vacías de suministros y munición cubiertas con lonas empapadas en alcohol diluido nos servían de mesa de quirófano. Tablones colocados sobre listones de madera ensamblados a modo de caballetes hacían las veces de mesas para el material sanitario, las vendas y los medicamentos. Cubos con agua en las esquinas nos servían para lavar nuestras manos ensangrentadas. Kesselbach trabajaba con Adler. Schmidt conmigo. El resto de los sanitarios atendían a los heridos más leves, las suturas sencillas, cambiaban vendajes y administraban medicación. Entre cura y cura clasificaban a los nuevos heridos que iban llegando. Otra vez esa marea incontenible de sufrimiento y dolor.

Los días de septiembre transcurrieron uno tras otro sin solución de continuidad. A medida que los alemanes empujaban al ejército ruso hacia el Volga, estrechando el cerco sobre Stalingrado, el número de bajas, de heridos y muertos aumentaba sin cesar. Los quirófanos no paraban nunca. Siempre había heridos para operar, así que Adler estableció desde el principio turnos de descanso. Aunque ambos estábamos la mayor parte del tiempo trabajando, había ratos

en que uno de los dos estaba en quirófano con un sanitario mientras el otro podía echar una cabezada. Tres, cuatro horas de sueño al día, si había suerte. De lo contrario no hubiéramos podido soportar aquellas semanas. La toma de Stalingrado se demoraba más de lo que nadie había imaginado.

Había ciertamente motivos para esa demora. La guerra en Stalingrado era del todo distinta a la que hasta entonces se había desarrollado en Europa, e incluso a la de la estepa rusa durante el año anterior. Los soldados heridos con los que teníamos ocasión de charlar un poco, los que aún estaban en condiciones de hablar mientras les atendíamos, lo describían muy bien. Era una lucha en un escenario diferente de aquellos en los que hasta entonces habían combatido: una ciudad devastada en la que apenas quedaban calles transitables para la infantería, cuanto menos para los tanques, en la que las ruinas de los edificios eran un escondite perfecto tanto para las propias tropas como para una emboscada del enemigo, en la que con frecuencia el enemigo era irreconocible porque todos los uniformes estaban cubiertos de polvo y barro por igual. En ese escenario no había sitio para las grandes ofensivas de los blindados, para las operaciones de tenaza o de cerco a gran escala. El combate era cuerpo a cuerpo, casa por casa, a veces incluso piso por piso dentro de un mismo edificio. El combate se sostenía con pelotones de asalto, grupos reducidos de hombres armados con bayonetas, fusiles y granadas. Ni que decir tiene que las bajas eran terribles y los progresos muy lentos. La lucha por la principal estación de tren de Stalingrado, a mediados de septiembre, duró cinco días. En ese tiempo cambió de manos quince veces hasta que al final los alemanes consiguieron ocupar aquellas ruinas de manera más o menos definitiva. Los combates por el Mamaev Kurgan, una colina cercana al centro de la ciudad que constituía una excelente posición para el control con artillería de los pasos del Volga, duraron semanas. Apenas eran unos cientos de metros cuadrados elevados unos cien metros sobre el nivel del mar. Tan pronto estaban en manos alemanas como soviéticas. Las noticias que nos traían los soldados heridos sobre la evolución de aquellos combates eran muchas veces contradictorias. Por la mañana los alemanes se habían

hecho con la colina. Por la tarde llegaban nuevos heridos que nos decían que estaba otra vez en poder de los rusos. Era una locura, una locura que costaba sangre, vidas.

En Stalingrado, además, el peligro no estaba solo en el enemigo al frente, ni en la retaguardia al descubierto. La muerte podía surgir de pronto desde el suelo en forma de ráfaga de lanzallamas de un zapador ruso que patrullaba las alcantarillas de la ciudad, o bien desde lo alto, esqueletos de edificios en cuyas azoteas se apostaban francotiradores de certera puntería. Cuando los aviones bombardeaban Stalingrado, fueran rusos o alemanes, todos los soldados de la zona buscaban refugio. En aquellas ruinas, en las que las posiciones rusas y alemanas estaban separadas apenas unas decenas de metros, las bombas no distinguían amigos ni enemigos. La noción del espacio, del tiempo, la percepción del propio ser se difuminaba en aquel escenario de muerte y destrucción. Incluso la luz en Stalingrado tenía algo de irreal, como si no perteneciera a este mundo. En los escasos momentos de descanso en los que salía de la atmósfera enferma y asfixiante de nuestro sótano-hospital al exterior, aunque fuese pleno día, tenía la sensación de que hasta el sol se mostraba reacio a dejar caer sus rayos sobre aquella desolación, se negaba a iluminar aquel horror. El polvo que levantaban los continuos combates, los bombardeos, el humo, la niebla, la lluvia hacían que fuera imposible ver con nitidez. Todo aparecía difuso ante mis ojos cansados como en una escena fantasmal surgida de una pesadilla, como si poco a poco el cansancio y el horror me estuvieran dejando ciego.

En uno de esos días de septiembre, un día relativamente tranquilo, sin demasiados combates y por lo tanto sin demasiados heridos que atender, una tarde, Schmidt y yo dejamos un momento el quirófano para salir al exterior y respirar un poco de aire. Schmidt aprovechaba cualquier situación de calma para visitar los cuarteles de intendencia y facilitarnos café y algo de comer. También aquella tarde lo hizo, mientras yo esperaba sentado junto a la entrada del

sótano habilitada por los zapadores fumando un cigarrillo. Schmidt no tardó en regresar con uno de esos termos militares que se empleaban para distribuir el rancho entre las tropas cargado de café. No se detuvo a mi lado, sino que bajó directamente al quirófano donde Adler aún seguía operando junto a Kesselbach, para ofrecerle a él primero el oscuro y caliente brebaje que en el ejército llamaban *café*. Después regresó al exterior con dos tazas. Me tendió una de ellas mientras bebía un sorbo de la suya y después se sentó a mi lado.

—Schmidt —dije mientras daba una calada a mi cigarrillo—. Su puesto es ser asistente de Adler, ¿verdad?

—Así es —respondió—. Sigo siendo su asistente.

—Sin embargo la mayor parte del tiempo trabaja usted conmigo.

Schmidt sonrió.

—Son órdenes del capitán.

—¿Adler se lo ha ordenado? —pregunté sorprendido.

—Sí.

—¿Y por qué razón?

Schmidt se demoró un poco antes de contestar. Encendió un cigarrillo.

—Supongo que no quiere que ocurra con usted lo mismo que ocurrió con Haessler.

Al nombrar al tal Haessler recordé aquella primera conversación que tuve con Schmidt de madrugada en Kharkov, al poco de mi llegada al frente. El teniente Haessler era uno de los médicos de la división a la que Adler pertenecía. Según Schmidt me había comentado, murió antes de llegar a dicha ciudad, aunque el asistente no me había dicho cómo.

—¿Qué ocurrió? —pregunté movido por la curiosidad.

Schmidt se tomó su tiempo antes de contestar a mi pregunta. Bebió otro sorbo de café. Dio una profunda calada a su cigarrillo.

—El teniente Haessler era uno de los médicos de nuestra división. Creo que le he hablado de él antes. Era el más joven de todos, creo incluso que más joven que usted. Acababa de casarse

cuando le destinaron al frente. Era un buen médico, pero sobre todo era una excelente persona. No estaba hecho para la guerra.

»Varios meses antes de lo de Kharkov, durante el cruce del Dniéper, cerca de la ciudad de Dniepropetrovsk, el avance de nuestras tropas fue detenido por una potente ofensiva rusa dirigida por el general Timoschenko, en cuyas manos estaba entonces dicha posición. Los combates fueron duros. La situación sanitaria, al igual que en Kharkov, como pudo usted comprobar, era caótica. Ya entonces teníamos dos médicos menos. El coronel Schaffenberg fue herido y evacuado a la retaguardia, y el capitán Mannheim había muerto. El capitán von Maier dirigía el puesto de retaguardia y la evacuación de los heridos. Haessler y Adler estaban en primera línea.

»Después de dos días y dos noches trabajando sin descanso, algo le ocurrió al teniente Haessler. No sabría explicarle qué. Los heridos que atendíamos eran lo que usted ya ha podido ver. Algunos morían. No podíamos hacer más de lo que hacíamos. El último herido que atendió Haessler murió en la mesa de quirófano. Tal vez fuera el cansancio... No lo sé. De pronto Haessler se quedó quieto, apoyó sus manos ensangrentadas en la mesa del quirófano, sin apartar sus ojos de los del muerto. Yo miraba a Haessler, preguntándome qué demonios le ocurría. Y entonces vi lágrimas deslizarse por las mejillas del teniente... No lloraba, o tal vez sí... No sé. Las lágrimas se deslizaban silenciosamente por sus mejillas hundidas, sin afeitar, por su rostro cansado, sin que pudieran detenerse, sin que los músculos de su rostro se movieran ni un milímetro. Lloraba, quizá sí, pero era un llanto tan silencioso y extraño que le juro que me hizo sentir angustia, como si una mano de hierro me atenazara la garganta. "Teniente —le dije—, ¿se encuentra usted bien?" Haessler me miró como si volviera de pronto de un oscuro abismo. Sus ojos ya no eran los mismos, claros y alegres, que yo había conocido. Hizo ademán de secarse las mejillas con el dorso de la mano. La sangre y las lágrimas se entremezclaron en su rostro. Tardó un momento en contestar. "Enseguida estaré bien...", aseguró. Y su voz me resultó extrañamente serena. Se acercó a una caja de suministros que había en una esquina y se

sentó encima. “Busque a los camilleros”, me ordenó. Luego hizo un gesto hacia el soldado muerto. “Que lo saquen de aquí.” Dudé un instante. La angustia aún atenazaba mi garganta, pero finalmente salí del quirófano para cumplir aquella orden.

»Tal vez no debí obedecer... Debí quedarme con él... No lo sé. No había dado ni tres pasos fuera del área quirúrgica cuando sonó un disparo. Regresé corriendo al quirófano. Coincidí con Adler, que al oír la detonación había abandonado inmediatamente su quirófano para entrar en el contiguo. Haessler se había volado la cabeza con un tiro en la boca. Sus sesos estaban desparramados sobre la pared a su espalda. Su cuerpo yacía inclinado sobre la caja de suministros en la que se había sentado, como si se hubiera quedado dormido. Aún había lágrimas en su rostro.

Schmidt guardó silencio. Apuró su cigarrillo antes de arrojarlo lejos de sí.

—Le necesitamos, teniente —me dijo el sanitario al fin, mirándome como nadie me había mirado nunca antes.

Vino a mi mente el recuerdo de la muerte de Breslau, lo cerca que estuve aquel día de matarme, de morir, de no haber sido por la providencial intervención de Borgmann, el oficial de intendencia. Recordé mis primeros días en Kharkov. Estaba tan poco acostumbrado a llevar armas encima que, si hubiese sido realmente consciente de la Luger que pendía reglamentariamente de mi cinturón, quizá, quién sabe, era posible que entonces me hubiera pegado un tiro como hizo Haessler.

«Le necesitamos, teniente...» El suicidio, la huida, no era una opción. No podía hacerlo. No tenía derecho a hacerlo. No iba a hacerlo. Entonces ya no. Y Schmidt debió de leer eso en mis ojos, porque de pronto sonrió.

—¿Otro cigarrillo antes de volver al quirófano, teniente?

BERLÍN, 19 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Releo las líneas que escribí ayer para continuar mi relato y me parece sentir aún sobre mí la mirada de Schmidt aquel día: aquella mezcla de necesidad, de aprecio, de súplica, en sus ojos oscuros. Y recuerdo a Georg Breslau, protegiendo mi vida a costa de la suya. Y a Borgmann, tirando de mí con su único brazo útil para ponerme a cubierto. Y los ojos de Adler aquel día en que me dijo que no podía salvarlos a todos... Esos rostros, esas personas, esas miradas pesan sobre mí más que cualquier principio moral, más que la desesperación, el dolor y la soledad. Por eso me siento un día más a escribir, para que, al evocarlos ahora que ya no están, me presten una vez más su apoyo y no me permitan flaquear, ahora que ya soy viejo y estoy tan cansado.

El mes de septiembre de 1942 en Stalingrado, además de los centenares de heridos, del trabajo agotador, de dolor y sufrimiento, nos deparó también una pequeña sorpresa: tal vez el recuerdo más hermoso que tengo de aquellos días, de aquellos años. Cerca ya de finales de mes el avance alemán en Stalingrado había conseguido hacerse con el ochenta por ciento de la ciudad. Los rusos resistían acorralados en una estrecha franja de terreno en la margen occidental del río Volga. Había esperanzas de que la ciudad fuera

tomada antes de las primeras nieves. La intensidad de los combates había cedido un poco y el volumen de heridos que atendíamos también disminuyó. La evacuación de los heridos era todavía relativamente rápida. Desde los hospitales del frente, sótanos de la ciudad, las ambulancias partían con bastante regularidad hacia el aeródromo de Pitomnik para sacar a los heridos de Stalingrado por aire, y aunque los hospitales estaban casi siempre saturados, esta evacuación aliviaba algo nuestra situación ya de por sí precaria. Los suministros eran escasos para lo que realmente hacía falta en un hospital de campaña, pero Borgmann todavía era capaz de ingeniárselas para conseguir vendas y material de sutura. Puede decirse que sobrevivíamos todavía en condiciones relativamente humanas, teniendo en cuenta lo que vendría después.

A finales de septiembre el tiempo ya era bastante frío y llovía con frecuencia. Con los suministros llegaron algunos equipos y uniformes de invierno, aunque no los suficientes para toda la tropa. Borgmann consiguió para nuestro sótano-hospital dos estufas Hindenburg de campaña, lo cual nos permitió humanizar un poco las condiciones en las que se encontraban los heridos. Fue a finales de septiembre también cuando Schmidt vino a buscarnos una tarde a Adler y a mí, una tarde tranquila, en la que los dos pudimos dejar los quirófanos durante unas horas. Los dos médicos estábamos sentados entre las ruinas de un muro cerca de la entrada del hospital, respirando un poco de aire fresco, cuando vimos a Schmidt acompañado de un soldado de infantería de nuestra división aproximarse a nosotros.

—Capitán, teniente —saludó el sanitario, divertido—. El soldado Ludwig desea hacerles una pregunta.

Adler asintió con la cabeza.

—Adelante.

El soldado, un muchacho joven, parecía azorado. Se puso en posición de firmes antes de hablar.

—Con su permiso, capitán, teniente —comenzó a decir—. Los soldados desean saber si alguno de ustedes los oficiales médicos sabe tocar el piano.

La pregunta no nos pudo sorprender más. Esperábamos cualquier otra cosa relacionada con temas médicos, pero preguntarnos si sabíamos tocar el piano... No pude evitar una breve risa. Schmidt también sonrió. El soldado Ludwig carraspeó ligeramente.

—Con el debido respeto, mi teniente, no es una broma —dijo después con aire ofendido—. Nuestro pelotón ha encontrado entre las ruinas, cerca de aquí, un piano en bastante buen estado.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, señor.

—Bueno —me atreví a decir—. De niño mi padre me enseñó algo sobre música. Hace mucho tiempo que no toco, pero...

La mirada del soldado Ludwig se iluminó.

—¡Sígame, teniente!

Schmidt se echó a reír y fue con nosotros. También Adler se puso en pie y nos siguió.

Alrededor del hallazgo, en un edificio semiderruido no muy lejos de nuestro hospital de campaña, había una gran expectación. Veinte o treinta soldados andaban por allí despejando de escombros la zona alrededor del instrumento musical, un piano de media cola hecho polvo al que le faltaba una pata que rápidamente había sido sustituida por los soldados con un montón de ladrillos. La caja y el teclado cubierto con una tapa, sin embargo, parecían intactos. Verlo me emocionó; lo asociaba a gratos recuerdos de mi infancia. Mi padre era un intérprete bastante bueno. He perdido la cuenta de las tardes que pasábamos juntos ante el teclado mientras él, con infinita paciencia, me enseñaba a tocar. Desde entonces dejé de practicar con regularidad. La vida tiene realmente extraños caminos. Jamás hubiera pensado que, después de años de abandono, entre las ruinas de una ciudad devastada por la guerra volvería a tocar ese instrumento.

Nuestra llegada causó gran expectación.

—¡El teniente sabe tocar! —anunció el soldado Ludwig.

Rápidamente se habilitó para mí una banqueta con un par de cajas de municiones.

—Hace mucho tiempo que no me siento ante un piano —dije a modo de excusa mientras abría la tapa del teclado. Me sentía extrañamente nervioso—. Tal vez no suene bien.

—No importa —respondieron algunos soldados—. Inténtelo, teniente. ¡Haremos rabiar a los rusos!

Un coro de carcajadas estalló alrededor. Miré mis manos hinchadas, surcadas por decenas de pequeños cortes de los hilos de sutura. Abrí y cerré varias veces los dedos. Toqué algunos acordes y escalas. Mis dedos acariciaban las teclas casi con miedo. Aquel viejo piano no sonaba mal, a pesar de su estado. Enseguida se fue haciendo un respetuoso silencio en torno al instrumento y a mí. Cerré un instante los ojos. ¿Qué podía tocar? Algo que fuera conocido, algo alegre. Era lo mejor que podía ofrecer en aquel horror. La pieza vino a mi memoria como una luz: el primer movimiento de la *Sonata para piano número 1* de Mozart. Era sencilla. La había tocado cientos de veces con mi padre en la infancia. Era una música alegre, que prácticamente todo el mundo conocía. Era perfecta.

Sin pensarlo, comencé a tocar. De memoria, por supuesto, porque no había partituras. Me resultó extraño, después de tantos años, comprobar cómo mis manos se deslizaban por el teclado mecánicamente sin cometer un error. Supongo que, como montar en bicicleta, aquella habilidad tampoco se olvidaba nunca del todo. Mientras tocaba pude ver a la luz de la tarde los rostros de algunos soldados, hombres jóvenes, cansados, algunos heridos, desgastados por el combate, el sufrimiento y el dolor. Me llamó la atención ver el brillo emocionado de sus ojos al escucharme, sus rostros atentos, la nostalgia en su expresión. Aquella música sencilla era probablemente para ellos, lo mismo que para mí, lo más hermoso, lo más humano que habían podido escuchar en los últimos meses, en los que nuestros atormentados oídos no habían soportado nada más que disparos, explosiones, gritos de dolor, súplicas, órdenes... Durante aquellos momentos todos dejamos de ser soldados para volver a ser hombres, para recuperar parte de nuestra humanidad. Fue algo casi mágico.

Sentí de pronto que alguien se sentaba junto a mí en las cajas de municiones. Vi sus manos, firmes, delgadas, acompañar a las mías sobre el teclado, tocando una escala por debajo de mí. Imposible no reconocer esas manos, que habían salvado tantas vidas. Era Adler. Y no sé por qué no me sorprendió.

No dijo nada. Yo tampoco. Continuamos tocando hasta terminar el primer movimiento de aquella sonata, perfectamente compenetrados, como si hubiéramos estado ensayando meses antes para aquel improvisado concierto, en una armonía que casi no parecía real. Al acabar recibimos como recompensa una estruendosa ovación de los soldados que nos escuchaban, que ya no eran veinte o treinta, sino cincuenta o quizá más. Miré a Adler. Él también me miró, y por primera y única vez en todos los meses que trabajé junto a él, en los años de presidio que compartimos, le vi sonreír. Una sonrisa breve, sincera, franca, casi alegre, completamente distinta del rictus cargado de cinismo y amargura que ocasionalmente solía romper la dureza de su expresión, y que me conmovió hasta casi las lágrimas. Porque intuí entonces, y más tarde tuve ocasión de comprobarlo, que entre él y yo había un vínculo intenso, profundo y firme como el acero. Y no era solo por nuestra profesión; no se trataba solamente del juramento hipocrático, de «curar cuando podíamos curar y aliviar y consolar cuando curar no era posible». Era algo más. Comprendí que mirarle era como mirar mi propia imagen reflejada en un espejo. Quizá por eso trabajábamos tan bien juntos. Quizá por eso fuimos capaces de tocar aquel día como lo hicimos, como si lo hubiéramos hecho siempre.

En otras circunstancias —lejos de la guerra, lejos del horror—, de habernos conocido, nuestra actitud hubiera sido con toda seguridad completamente distinta. Pero en el infierno en el que estábamos inmersos, en aquel caos en el que hombres, almas y conciencias eran implacablemente aniquilados, no había tiempo para la amistad, no al menos en los términos habituales en los que esta suele darse; allí el hombre al que apreciabas, en el que confiabas, podía perfectamente estar muerto al día siguiente. La piedad, la compasión podía arrastrarte fácilmente a la locura. Sentimientos como la amistad nos hacían vulnerables. Y había que sobrevivir. Para

salvar vidas, para paliar el dolor en torno a nosotros, teníamos que permanecer firmes, vivos y cuerdos. Tal vez por eso nos deshumanizamos. Nunca nos tratamos como lo hubieran hecho dos hombres que se hubieran conocido en tiempos de paz. Una coraza invisible procuraba defender nuestras mentes y nuestras almas muertas del horror y nos impedía mostrar signo alguno de debilidad o flaqueza. Éramos como frío metal, como piedras.

Solo una vez, el 31 de diciembre de 1942, durante los días más duros del cerco, Adler me reveló una parte de ese lado humano que aún quedaba en su interior, algo que me hizo comprender por qué él y yo nos parecíamos tanto. Solamente entonces, debilitado y enfermo, flaqueó... Pero todo se contará a su debido tiempo.

—¡Toque otra, teniente! —escuché a nuestras espaldas cuando los aplausos se extinguieron.

—¡Que alguien les ofrezca un trago de *schnapps*! —dijo otro soldado.

Adler me preguntó:

—¿Conoce usted *La canción del cazador*, teniente?

—De Schumann —respondí—. Tal vez suena así.

Y toqué los primeros compases en el piano.

—Eso es —me animó Adler.

Un soldado se acercó a nosotros. Tendió a Adler una petaca.

—Cortesía de los soldados de su división, capitán —dijo tendiéndosela a Adler.

Jamás en aquellos meses había visto a Adler beber alcohol. Pero en aquella ocasión aceptó el licor que le ofrecían. Bebió un largo trago antes de pasarme la petaca. Era un licor suave, ligeramente dulce.

—¿Comenzamos, teniente? —preguntó Adler.

Y acto seguido comenzamos a tocar. La pieza de Schumann era rápida, alegre, y con un cierto aire marcial que entusiasmó a los soldados. Nuevos aplausos estallaron cuando acabamos nuestra interpretación.

—*Das Wolgalied*! —pidieron los soldados a gritos cuando acabamos.

La canción del Volga era el estribillo de una opereta que debía de ser bastante popular. Había oído a los soldados alemanes en Stalingrado cantarla con frecuencia. La letra era sencilla: «En la orilla del Volga hay un soldado velando por su patria...».

—¿La conoce usted? —se interesó Adler.

Yo no la conocía. Me levanté, dejando el sitio a Adler. Encendí un cigarrillo. Adler empezó a tocar. Los soldados, apenas reconocieron los primeros compases, comenzaron a cantar, tímidamente al principio, luego con más intensidad y pasión. Era una escena emocionante escuchar aquellas voces rudas, ver a aquellos hombres endurecidos, cansados, entonar aquella cancioncilla que se había convertido para los soldados alemanes en Stalingrado casi en un himno. A fin de cuentas, aún no habían conseguido convertirnos en máquinas, en autómatas. Aún éramos seres humanos.

Estuvimos tocando aquella tarde, en aquel viejo piano al que le faltaba una pata, unas dos horas. A veces solo Adler, a veces solo yo. A veces los dos juntos, como si hubiésemos sido uno solo. Es difícil de describir el nexo de unión que generó entre nosotros aquel breve concierto en medio del horror. No podría definirlo con palabras. Alguna parte de mí mismo quedó entonces indisolublemente ligada a la de Adler, como si mi vida y la suya fueran realmente una. Aquella tregua duró poco. Imagino que a los rusos no les agradaría en absoluto oírnos cantar. Era un duro golpe para su moral. Comenzaron a bombardearnos con su artillería, incluidos los temibles lanzacohetes Katiusha, desde la orilla oriental del Volga. Todos, soldados y sanitarios, volvimos a nuestros puestos. El ataque artillero, combinado con asaltos de la infantería soviética que aún resistía en la ciudad, continuó durante toda la tarde y toda la noche. Al amanecer del día siguiente el piano ya no existía. La posición había sufrido tal bombardeo que era irreconocible. Solo quedaban en el lugar cráteres abiertos en el suelo por los proyectiles y escombros.

A finales de septiembre el frío era ya intenso. Por la noche la temperatura descendía con frecuencia por debajo de cero incluso diez o quince grados. Las heladas nocturnas endurecían tanto el suelo que los zapadores, para poder enterrar a los muertos, tenían primero que calentar la tierra congelada con hogueras para poder cavar. Después, durante el cerco, incluso esto fue imposible. Comenzaron a darse los primeros casos de congelaciones. El calzado del soldado alemán, unas altas y ajustadas botas de piel, era del todo inapropiado para el invierno. La lluvia penetraba en las botas sin recubrimiento aislante interno, y el frío de la noche hacía lo demás. La tierra endurecida por las heladas disminuía la penetración de los proyectiles de mortero, que estallaban muy superficialmente, y la metralla causaba bajas terribles. Mi primera herida en combate fue producida precisamente en aquellos días, a primeros de octubre, por un fragmento de esa metralla. Fue una fría mañana en la que yo estaba en el exterior de nuestro hospital organizando el traslado de los heridos en ambulancias al aeródromo de Pitomnik para su evacuación. La zona de ambulancias fue alcanzada por varios impactos de mortero. La metralla alcanzó a varios heridos, matándolos. También uno de nuestros sanitarios, Weber, murió en el acto. Apenas unos segundos después de la primera explosión, cuya onda expansiva me arrojó al suelo, sentí un dolor agudo en el rostro, en la mejilla izquierda, como un navajazo. Me llevé una mano a la cara y sentí la sangre caliente deslizarse a chorro entre mis dedos. El dolor era tan agudo que creí que me habían alcanzado en el ojo. Sin embargo, conseguí abrirlo y comprobé que, a pesar de la sangre, aún podía ver. El fragmento de metralla que me había alcanzado me había desgarrado la cara, pero, afortunadamente, no me había dejado ciego. En torno al puesto de ambulancias se sucedían las explosiones y los disparos; había un caos total. Vi a Weber tendido en el suelo a pocos metros de mí, muerto, con la cabeza destrozada. No llevaba casco. Tampoco yo lo llevaba. Schmidt estaba en el quirófano con Adler. Kesselbach, al igual que Weber, estaba organizando el traslado de los heridos conmigo cuando recibimos el ataque.

—¡Kesselbach! —llamé.

El sanitario apareció enseguida, saliendo de detrás de una de las ambulancias donde se había puesto a cubierto de la metralla.

—¡Está usted herido, teniente! —profirió angustiado apenas me vio.

—No es nada grave —respondí mientras trataba de contener la hemorragia con la mano—. Necesitaré algunos puntos. Voy al hospital. Encárguese de proseguir la evacuación hasta que yo regrese.

—¡Sí, teniente!

Entré en el hospital. Crucé el sótano abarrotado de heridos como siempre hasta llegar a los quirófanos. La sangre chorreaba desde mi cara, empapándome la guerrera y el abrigo. Adler me miró en cuanto entré. Él y Schmidt estaban terminando la amputación del brazo izquierdo de un soldado.

—Nada grave —respondí a la pregunta que me hicieron los ojos de Adler al detenerse en los míos—, pero necesitaré que me cosa.

Schmidt se volvió rápidamente al oír mi voz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Un ataque con morteros sobre la base de ambulancias.

Tardaron poco en acabar de suturar el muñón de la extremidad amputada. Yo esperé sentado en una caja de suministros. La sangre seguía corriendo entre mis dedos. Mientras Schmidt vendaba al herido, atontado por los efectos del éter, Adler examinó mi herida.

—Cierre los ojos —ordenó.

Obedecí.

—Muy bien. Ábralos. Apriete los dientes.

Obedecí de nuevo.

—Ha tenido usted suerte, Eybler —anunció Adler mientras se dirigía a la mesa auxiliar en busca de material de sutura—. La herida es importante, pero la metralla no ha tocado el nervio facial. De lo contrario tendría usted media cara paralizada.

Yo ya lo sabía.

Schmidt terminó de vendar al soldado recién intervenido. Los camilleros, que esperaban fuera, le sacaron del quirófano.

—Tumbese sobre la mesa —indicó Adler—. Será más cómodo para usted y para mí.

Con excelente habilidad y rapidez, Adler suturó la herida de mi rostro. Veintitrés puntos de sutura, desde la sien hasta el mentón, que apenas tardó quince minutos en dar y que lograron que el profundo corte de mi cara dejara de sangrar. Apenas sentí dolor. Aquella fue la primera vez que tuve ocasión de comprobar en mi propia carne la habilidad de las manos de mi capitán médico.

Tras cerrar la herida, Adler aplicó sobre ella tintura de yodo.

—Póngase un casco cuando esté fuera, Eybler —sugirió cuando acabó—. Tal vez si lo hubiera llevado antes, ese trozo de metralla que le ha destrozado la cara no le habría alcanzado.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Adler hizo como si no me escuchara, aunque sabía perfectamente que me había oído. «Gracias» era una expresión tan poco habitual en el frente como «por favor» o «lo siento», y tan difícil de responder como ellas.

—Que pasen al próximo herido, Schmidt —ordenó al asistente mientras se lavaba las manos.

Schmidt sonrió y me guiñó un ojo, con ese gesto típico de él. También yo sonreí. Después abandoné el hospital para seguir con mi tarea.

A principios de octubre comenzaron a caer las primeras nieves. El frío era ya tan intenso y nuestros equipos tan malos que los soldados robaban con frecuencia los uniformes, mucho más adecuados para el invierno, a los rusos muertos para ponérselos debajo del uniforme alemán. Los guantes de piel de los soviéticos constituían un codiciado trofeo. En Berlín parecían no darse cuenta de que el invierno estaba encima, de que la batalla por Stalingrado se prolongaba. Los suministros y los equipos eran cada vez más insuficientes.

Para octubre, más del ochenta por ciento de la ciudad estaba en manos alemanas, pero los intentos para tomar las pequeñas zonas a orillas del Volga que aún estaban en poder de los rusos obtenían cada vez menos resultados. Conquistar una decena de metros, una

calle, una casa, conllevaba un número tan elevado de bajas que, no sé si al Alto Mando, pero a nosotros, los sanitarios, nos resultaba intolerable.

En octubre se llevaron a cabo varias ofensivas contra la zona industrial de Stalingrado, en el centro de la ciudad, donde estaban la fábrica de tractores Octubre Rojo y la de armamento Barrikadi. Esos complejos industriales se habían convertido en verdaderas fortalezas soviéticas, letales para las tropas alemanas. Los muros de las fábricas, la maquinaria abandonada en ellas, las líneas de ensamblaje se derrumbaban bajo la lluvia de bombas de la aviación y la artillería alemanas, pero los rusos utilizaban esas ruinas para fortificar sus posiciones defensivas, manteniéndose firmes en los sótanos, en cualquier hueco, entre esqueletos de acero retorcido. Escondían tanques y cañones entre las ruinas y los disparaban a quemarropa sobre la infantería alemana al asalto; desde la orilla oriental del Volga la artillería soviética lanzaba salvas de cohetes Katiusha que causaban estragos entre las tropas alemanas. Los morteros destruían refugios subterráneos, las bombas de fósforo de ambos bandos prendían fuego a todo lo que aún era susceptible de arder en el distrito industrial. El combate se prolongó durante semanas en una batalla terrible, agotadora, en las ruinas, en los sótanos, en las alcantarillas de las fábricas. En octubre nuestro pequeño hospital se desbordó. El número de bajas y de heridos adquiría proporciones monstruosas.

Para agravar aún más nuestra situación sanitaria, ya sumamente precaria, comenzaron a aparecer los primeros brotes de enfermedades infecciosas: tifus, disentería y fiebre paratifoidea. Con la llegada del frío y del invierno el transporte de suministros se vio seriamente afectado no solo en lo referente a material sanitario y equipos de invierno, sino también a municiones y carburante, y sobre todo a provisiones. Las raciones de la tropa comenzaron a ser reducidas. Los filtros potabilizadores de agua dejaron de llegar. Aunque la situación respecto a la alimentación de la tropa comenzaba ya entonces a ser preocupante, el principal problema para nosotros, y el que contribuyó a los brotes de tifus y disentería, era el agua.

Durante septiembre las lluvias y las incursiones en las orillas del Volga nos abastecían parcialmente de agua potable. Con la llegada del frío y de las heladas, el agua de la lluvia se congelaba en los charcos, el agua recogida del Volga en bidones se helaba. Había que calentarla para poder obtener el líquido vital, y el combustible en Stalingrado ya empezaba a ser escaso. Los tanques tenían preferencia sobre los hombres. La falta de uniformes de repuesto y de equipamiento de invierno, unida a la falta de agua, hicieron que las condiciones higiénicas de los soldados empeoraran terriblemente. Los piojos, principales transmisores del tifus, comenzaron a ser una plaga. El agua escasa, conservada en pésimas condiciones y sin filtros potabilizadores, hizo aumentar espectacularmente los casos de disentería. Por si tuviéramos poco con el ingente volumen de heridos en combate, la aparición de brotes de estas enfermedades dificultó enormemente nuestro trabajo porque en las condiciones en las que nos encontrábamos apenas teníamos medios para tratarlas. Difícilmente podíamos hacer otra cosa que aislar a los enfermos e intentar atajar el brote. El tifus y la disentería entre aquellos hombres, agotados por los combates, mal vestidos y peor alimentados, provocaron una altísima mortalidad. Adler ordenó habilitar otro sótano, separado de los heridos en combate, para atender a los infectados. Decenas de ellos aparecían muertos cada mañana cuando pasábamos a verlos.

Fue en octubre cuando me hirieron por segunda vez. Hacía frío, un frío intenso; un viento del norte soplaba implacable. Había nevado. El suelo estaba cubierto de nieve sucia removida por las orugas de los tanques y el trasiego de ambulancias. Aquel día Stalingrado estaba sumida en una extraña calma. Reinaba un silencio parecido al de una tumba. Caía la tarde. Adler y yo estábamos fuera del sótano-hospital. Recuerdo que le dije que iba a acercarme a intendencia en busca de café. Recuerdo haber visto a Adler sentarse en las ruinas de un muro cercano para encender un cigarrillo mientras yo me alejaba. No recuerdo qué fue antes, si

escuchar el sonido del disparo rompiendo el silencio helado de la ciudad en ruinas, donde aquella tarde solo se escuchaba el ulular del viento, o sentir aquella bala, traspasándome el pulmón izquierdo como un hierro candente. El tiempo y el espacio no eran límites precisos y establecidos en aquella ciudad devastada. Todo era difuso, como en un mal sueño. Tras recibir el primer impacto aún permanecí unos instantes en pie, inmóvil, aturdido por el súbito dolor, y, al mismo tiempo, sorprendido, como si me resultara difícil de creer, a pesar del vívido dolor que sentía, que en medio de aquella calma sepulcral hubieran podido dispararme. Una segunda bala me alcanzó cerca de donde había impactado la primera, apenas unos segundos después, antes siquiera de que pudiera saber de dónde provenían los disparos. El impacto me derribó sobre la nieve sucia. El dolor lacerante me obligó a gritar. Con aquel grito expulsé mi último aliento. Quise coger aire, pero las heridas abiertas en mi pecho hicieron que el pulmón izquierdo se colapsara. Me ahogaba.

La sangre, que había empapado ya la camisa y la guerrera, brotaba ahora extendiendo una gran mancha oscura sobre mi abrigo. La sentía fluir entre mis dedos, apoyados inconscientemente, en un acto reflejo, sobre las heridas. El dolor se hizo insoportable. La dificultad para respirar me llenó de angustia. Cuando caí al suelo no sabía si estaba vivo o muerto.

Escuché gritos a mi alrededor, algunos disparos. El silencio como de muerte que había habido hasta hacía unos momentos se rompió con el estruendo de la lucha, pero yo lo percibía lejano, muy lejano. Me ahogaba. Me moría.

De repente sentí una presión sobre mi pecho herido, una mano sobre la mía, una mano que comprimía con fuerza mis heridas, intentando contener la hemorragia, intentando evitar el colapso completo de mi pulmón. La presión exacerbó mi dolor hasta el paroxismo. Pero antes de perder la conciencia pude abrir los ojos, reconocer las manos que me auxiliaban, ver el rostro de Adler, arrodillado junto a mí. Y pude ver en aquellos ojos de un azul oscuro y profundo, de abrumadora lucidez, sentimientos de los que creí que Adler ya no era capaz. Vi angustia, vi miedo.

Schmidt me contó después, durante mi convalecencia, que Adler había tardado casi cinco horas en operarme. Uno de los proyectiles había atravesado limpiamente el hemitórax izquierdo, con un orificio de salida en la espalda, bajo la escápula. La otra bala había quedado alojada cerca de la columna vertebral tras romper varios arcos costales en su trayectoria. Schmidt me confesó que por unos momentos, mientras me operaba, Adler creyó que no podría extraerla. Tras la cirugía permanecí tres días semiinconsciente, delirando a causa de la fiebre. Yo no guardo conciencia de ese período. Schmidt me dijo que la mayoría de las escasas dosis de sulfamidas que llegaron al frente Adler las reservó para mí. Supongo que eso me salvó la vida. Cuando por fin desperté de esa pesadilla lo primero que vi fue el rostro de Adler, sentado a mi lado, demacrado, cansado, sin afeitar, pero sereno, firme, lúcido, como siempre. Sus manos jugueteaban con una bala, el proyectil de un rifle de precisión, que había logrado extraer de mi pecho. Lo primero que me dijo fue que el francotirador ruso que me había disparado estaba muerto.

Me consta que Adler intentó forzar mi evacuación del frente a causa de aquellas heridas. Schmidt me lo dijo durante mi convalecencia, y el propio Adler me lo confirmó posteriormente. Por suerte o por desgracia, mi salud siempre había sido fuerte y me recuperé con rapidez. La petición de Adler al Estado Mayor para que me evacuaran fue de todas formas denegada. No había suficiente personal sanitario en Stalingrado. No podían permitirse el lujo de prescindir de ningún médico, aunque estuviera herido.

Aquella negativa me liberó de un terrible dilema moral. Por una parte estaba mi familia, mi esposa, mi hijo, de los que hacía meses que no sabía nada. Ignoraba si tenían noticias mías, su situación me angustiaba terriblemente. Estaba tan lejos de ellos... Los quería, aún los amo, más que a mi propia vida. Deseaba con toda el alma volver

a verlos, a mi Ana, a mi hijo... Por otro lado, estaban los hombres con los que había convivido durante aquellos meses en Stalingrado: Adler, Schmidt, Kesselbach, Borgmann..., con los que había contraído una deuda moral, una deuda de sangre, algo que no puede explicarse fuera de unas circunstancias tan al límite como las que nosotros estábamos viviendo. Partir hubiera sido abandonarlos, a ellos y a la ingente marea de heridos y enfermos a los que el juramento de mi profesión me ligaba.

No tuve que decidir. Otros lo hicieron por mí: la gente importante. Gente que no tuvo jamás un contacto tan estrecho con el horror como nosotros, como otros muchos hombres como nosotros, tuvimos. Los dueños de nuestras vidas, los que dirigían nuestros destinos sustituyendo a los hombres por banderas sobre un mapa. Fueron ellos.

Con aquella negativa de evacuación lo que había sido mi vida, lo que yo había sido hasta la guerra, quedó definitivamente atrás. Nunca volvería a recuperar lo que una vez tuve, lo que una vez fui. Entonces no tuve una consciencia muy clara de la trascendencia de todo aquello. Solamente años más tarde descubriría que constituyó para mí un punto de no retorno, una oscura línea de sombra a partir de la cual, una vez atravesada, la posibilidad del regreso no existe. Una línea de sombra de las que surcan en ocasiones la vida de un hombre, a partir de la cual no hay vuelta atrás.

Noviembre fue un mes aún peor que octubre. El frío era cada vez más intenso. Nevaba con frecuencia y las temperaturas nocturnas a menudo bajaban hasta veinte grados bajo cero, incluso más. El Volga comenzó a helarse. En las noches en las que no había combates podían oírse los témpanos de hielo deslizarse en el agua y crujir con un sonido siniestro al colisionar entre ellos. Prácticamente toda la ciudad de Stalingrado estaba ya en manos alemanas. Solamente algunos reductos a orillas del Volga y en el distrito fabril continuaban ocupados por los rusos, pero en ellos la resistencia era implacable y feroz. Cuando la situación parecía ya desesperada para

las tropas soviéticas, una noche recibieron refuerzos desde la orilla oriental del Volga en pequeños botes de asalto que desafiaban el fuego de la artillería alemana sobre el río y esquivaban los bloques de hielo que bajaban flotando en la corriente. Por otra parte, las baterías soviéticas de la orilla oriental y sus temibles lanzacohetes hacían estragos entre las tropas alemanas desde el otro lado del río. Los soldados alemanes, exhaustos después de meses de lucha, mal alimentados y peor equipados, aterrorizados por el frío, eran incapaces de proporcionar las fuerzas suficientes para un asalto final que culminara en éxito. La situación se perpetuaba en el tiempo. Stalingrado seguía sin ser tomada por completo.

Ya en octubre los ejércitos rumanos que cubrían los flancos del VI Ejército en la estepa entre el Don y el Volga habían advertido de la concentración de tropas rusas en dicha zona, pero nada hacía prever entonces lo que un mes más tarde se nos vendría encima: el cerco. Supongo que resultaba difícil de creer que fuera posible tal acción desde puntos tan alejados en nuestra retaguardia. Además la lucha por la toma de la ciudad ya era lo suficientemente dura como para pensar siquiera en desviar parte de las mermadas fuerzas del VI Ejército a reforzar los flancos en la estepa. No se prestó demasiada atención a los avisos de los ejércitos en retaguardia. A nosotros esa información nos llegó como un rumor al que no se dio mucha importancia. Bastante teníamos los que estábamos dentro de la ciudad con intentar sobrevivir en Stalingrado.

Fue en noviembre también cuando Adler enfermó, o al menos cuando yo fui consciente de que no estaba bien. Adelgazó mucho, él, que ya estaba de por sí delgado cuando yo le conocí. Sus mejillas hundidas acentuaban aún más las ojeras y el cansancio de su rostro. Todos perdimos peso en aquellas semanas. Las raciones eran cada vez más escasas; los combates, sin tregua; el trabajo, agotador. Pero en Adler aquel desgaste físico era aún más evidente. Los sanitarios apenas veíamos la luz del día. Sobre las cinco de la tarde la oscuridad se cernía ya sobre Stalingrado como un negro sudario. Pasábamos la mayor parte del tiempo en aquel sótano insalubre abarrotado de heridos y enfermos que era nuestro hospital. Nuestra piel tenía una palidez cadavérica. Sin embargo, pude notar en

ocasiones que el rostro de Adler perdía su palidez para encenderse con un rubor enfermizo, como si tuviese fiebre. Tosía con frecuencia, pero, en el duro invierno que estábamos soportando, todos tosíamos alguna vez. Intuía, presentía, que algo no iba bien en Adler, pero entonces no sabía de qué se trataba.

BERLÍN, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Ayer no pude escribir. El dolor, sordo, opresivo, ese dolor que me atraviesa el pecho, que sube hasta la garganta, atenazándola, que no me deja respirar, ese dolor, que hacía ya días que no sentía, ayer vino de nuevo a mí. Me tuvo postrado la mayor parte del tiempo, preguntándome si había llegado ya mi hora. Me desperté de madrugada empapado en sudor, angustiado. Había estado soñando; supongo que el subconsciente me jugó una mala pasada. Debí de soñar con Stalingrado, pero no logré recordar de qué se trataba. No conseguí volver a dormir. Amaneció. Con el sol apareció también el dolor, a veces soportable, a veces casi intolerable. No llegué ni a levantarme de la cama durante todo el día de ayer, salvo para fumar, cuando el dolor me daba un poco de tregua. No tuve fuerzas para escribir. Mi mente, cuando el dolor lo permitía, siguió sin embargo evocando recuerdos, poniendo orden en los sucesos que viví durante las semanas del cerco, aquellos días terribles que necesitaba contar. Hasta el cerco el horror en Stalingrado no llegó al paroxismo.

Hoy me encuentro mejor. De todas formas he decidido finalmente consultar a un médico. Yo consultando a un médico. Qué ironía. Esta mañana he buscado en la guía telefónica una consulta privada, un médico joven, de las afueras de Berlín. Utilizando la identidad de Heinrich Adler no tengo valor para acudir a un hospital. Podría encontrarme con algún antiguo colega de Adler, si es que todavía alguno de ellos está vivo, y eso es lo último que necesito.

Mañana iré a verle. Conseguiré el electrocardiograma y la radiografía que necesito. Tendré mi diagnóstico y sabré a qué atenerme.

El cerco de Stalingrado. Los ejércitos soviéticos prepararon la operación con absoluto secreto. Tanto que, aunque a finales de octubre nos habían llegado noticias desde los flancos en la estepa entre el Don y el Volga, guarnecidos por ejércitos rumanos, de concentraciones rusas en la zona, nunca imaginamos que se preparaba tan lejos, a nuestra espalda, una ofensiva que sentenciaría a todo el VI Ejército alemán.

El diecinueve de noviembre llegó hasta nosotros la noticia de fuertes ataques rusos contra nuestros dos flancos en la retaguardia, simultáneamente a derecha e izquierda, a unos cincuenta kilómetros de Stalingrado. No hizo falta que ninguna nota oficial del cuartel general nos confirmara aquella información. Desde Stalingrado se escuchaba como un trueno distante el estruendo de la artillería. Los rumores de octubre tomaban finalmente cuerpo y se convertían de pronto en una amenaza real.

A lo largo de aquel día fueron llegando a Stalingrado rumores de la más diversa índole. Entre las tropas alemanas reinaba la inquietud. Temían que los rusos pudiesen cortar la línea de ferrocarril, que era la principal vía de transporte de nuestros suministros, ya de por sí escasos. Entonces no sabían, no sabíamos, que el objetivo de los rusos era mucho más ambicioso. Se habló de que los rumanos habían logrado detener en gran parte el ataque soviético, pero esa información fue desmentida a las pocas horas. Por la tarde supimos que los rusos habían conseguido abrir varias brechas importantes en los dos flancos a través de las cuales se abrían paso hacia Stalingrado. Aquella noche del diecinueve de noviembre pocos de nosotros conseguimos dormir. Una sensación de incertidumbre, como un mal presagio, se fue adueñando de los hombres. La lucha en la retaguardia debía de ser terrible porque el fuego de artillería no cesó en toda la noche. En aquellas horas eternas de oscuridad, en una de las ocasiones en que atravesé el

sótano para salir al exterior a fumar un cigarrillo, escuché a uno de los heridos susurrar en la oscuridad a otro que estaba tumbado a su lado: «¿No querrán cercarnos?». Recuerdo que salí del hospital dando vueltas en la cabeza a aquella frase oída al azar. ¿Cercar a un ejército de trescientos mil hombres? ¿Acaso era eso posible? El tiempo demostró que ese soldado anónimo tenía razón.

La tarde del veinte de noviembre nos sorprendió con la movilización de unidades blindadas que habían estado combatiendo en Stalingrado para enviarlas al flanco sur, donde los rusos, aniquilando a las tropas rumanas, habían logrado una rápida y profunda penetración. Todas las ofensivas en la ciudad fueron detenidas. Se intentó reorganizar las tropas para enviarlas al oeste. El ataque ruso parecía mucho más serio de lo que en un principio nos habían hecho creer, puesto que estaban obligando a unidades del VI Ejército a abandonar la lucha por la ciudad en la que tanta sangre habían derramado para ir a combatir a retaguardia. La incertidumbre sobre nuestro destino entre los que permanecíamos en Stalingrado no hizo más que crecer.

Los días siguientes no nos trajeron ninguna esperanza. Nos llegó información que confirmaba que el flanco norte de nuestra retaguardia también había cedido. Las tropas rusas avanzaban imparables desde el norte y desde el sur a nuestras espaldas como una tenaza. Las líneas ferroviarias de suministros en el sur fueron cortadas. El objetivo de ambas ofensivas resultó ser un pequeño pueblo llamado Kalach, donde el ejército alemán en la retaguardia tenía talleres y depósitos de intendencia, y combustible. Kalach fue tomado por los rusos el veinticuatro de noviembre. La ofensiva del flanco norte y la del flanco sur convergieron allí. El veinticuatro de noviembre ya era imposible fugarse de Stalingrado. El cerco se había cerrado.

La noticia del cerco cayó como un mazazo entre los que permanecíamos en la ciudad. Los últimos días de noviembre fueron de desesperación. Los soldados exhaustos, helados de frío, sin

apenas municiones, sin carburante, sin alimento, se preguntaban cómo podrían resistir. Nosotros también. Entre los oficiales los ánimos no eran mejores. A veces, en las ocasiones en las que salía del hospital simplemente para respirar, escuchaba retazos de conversaciones. «No saldremos de esta —comentaba en voz baja un oficial de blindados a otro, creyendo que nadie podía oírlos—. Los rusos no perderán esta oportunidad de aniquilarnos.» «Berlín ha prometido una ofensiva en diciembre para romper el cerco —respondía el otro—. Tenemos que resistir.» Tampoco yo creía que fuera posible que se dejara a todo un ejército, trescientos mil hombres, abandonado para su aniquilación. Nadie podía ser tan terriblemente cruel para condenar a casi un tercio de millón de hombres a la muerte. La más elemental humanidad, la más mínima lógica, se oponían a aquella idea. Pero ¿acaso en la guerra los hombres se guían por lógica o por humanidad? Si hasta los sentimientos habían muerto en mí mismo. Y, sin embargo, también yo me negaba a perder la esperanza.

A principios de diciembre nuestra situación era terrible. Las condiciones de absoluta miseria en las que nos encontrábamos eran indescriptibles. En la ciudad cercada, completamente aislada, apenas llegaban suministros de ningún tipo. Desde Berlín habían prometido establecer un puente aéreo que llevaría hasta nuestro aeródromo de Pitomnik los materiales básicos para cubrir las necesidades más vitales, así como para evacuar a los heridos del cerco, pero pronto pudimos comprobar que dicho puente aéreo era poco más que una quimera. El mal tiempo y las baterías antiaéreas rusas hacían imposible que en Pitomnik pudieran aterrizar aviones con suministros suficientes para todo un ejército, incluyendo combustible y municiones, cuanto menos alimentos y material sanitario, y pocos aviones lograron despegar de nuestro aeródromo llevándose a los heridos. Las raciones se redujeron pronto a doscientos gramos de pan de centeno, prácticamente congelado, que los soldados llamaban irónicamente *eisbrot*, «pan de hielo», por hombre y día. Más tarde se reducirían a cien. Se sacrificaron todos los caballos que quedaban en la ciudad y que se habían empleado en los meses de verano durante el avance hacia Stalingrado para tirar de las piezas

de artillería, cañones y morteros de gran calibre. Cuando se acabaron los caballos, se sacrificaron perros vagabundos y ratas. Había miles de ellas en Stalingrado. A ellas no les faltaba alimento para sobrevivir. El agua era un tesoro. La mayoría de nosotros la obteníamos de los carámbanos de hielo que se formaban en las ruinas. Chupar hielo era con frecuencia la única forma de calmar la sed. El combustible era tan escaso que no se desperdiciaba ni una gota en derretir nieve ni en encender estufas. La mayor parte era para los tanques, vehículos motorizados blindados y ambulancias. El frío era cada vez más intenso y nuestros uniformes, después de meses de campaña, eran poco más que harapos. Los soldados envolvían sus botas en trozos de tela atados con cables, en un intento por aislar sus pies del frío y evitar las congelaciones que aumentaban día tras día y que nos obligaban a amputaciones terribles. Los cascos de acero en aquel infierno helado eran como neveras y los soldados buscaron paliar el frío envolviendo su cabeza con bufandas y jirones de tela. De otra forma era imposible llevar el casco puesto durante mucho tiempo sin que la piel del cráneo se congelase. La miseria en Stalingrado superaba todo lo imaginable. No es algo que pueda describirse con palabras. Las palabras no son suficientes para hacer comprender aquella situación, para transmitir todo aquel sufrimiento. Es algo que no puede comprenderse sin verlo, sin vivirlo.

En nuestro hospital ya no había nada: ni éter, ni alcohol, ni tintura de yodo, ni morfina. No había ni hilos de sutura. En nuestros ratos libres, los escasos ratos de tregua que teníamos, en vez de procurar dormir, Kesselbach, Schmidt, Adler y yo deshilachábamos camisas de soldados muertos y hervíamos los hilos en agua obtenida de la nieve, en una estufa Hinderburg alimentada con trozos de madera de los escombros, para esterilizarlos y poder utilizar después para coser heridas. Agua hervida era el único desinfectante, si es que puede llamarse así, que teníamos. No había vendas. Había que quitárselas a los muertos para intentar con ellas vendar a los heridos que aún vivían. Los escalpelos y las sierras ya casi no tenían filo. Y los muertos... Ya no podíamos enterrarlos en el suelo helado. Se amontonaban fuera de aquel miserable sótano. Decenas, cientos de

ellos. A la intemperie se congelaban en pocas horas. A veces los zapadores venían con sus lanzallamas y reducían unos cuantos a cenizas. Pero el combustible era tan escaso que la mayoría solo recibía un sudario de nieve blanca cuando nevaba.

«Tenemos que resistir.» Durante las semanas que duró el cerco recordé aquella frase oída al azar miles de veces. Resistir. ¿Cómo podíamos resistir en aquellas condiciones? ¿Por qué? ¿Para qué? Algunos no soportaron aquella situación. El suicidio era considerado un delito de traición a la patria. Solo la patria podía disponer de la vida de sus soldados. Pero a veces, en mitad de la noche, de repente, se escuchaba un disparo aislado. A la mañana siguiente uno de los centinelas que estaba de guardia aparecía muerto con la cabeza destrozada de un balazo. Pero fueron los menos. En las primeras semanas de diciembre nunca dejé de admirarme de la fortaleza moral de la mayoría de los hombres con los que compartí aquel infierno helado. Supongo que en aquella primera quincena de diciembre la mayoría de los que estábamos cercados en Stalingrado albergábamos la esperanza de que enviarían refuerzos para liberarnos de aquel horror. Resultaba inconcebible pensar que pudiera abandonarse a su suerte a todo un ejército.

El tan esperado ataque de liberación de Stalingrado comenzó a finales de la primera quincena de diciembre. Rumores emocionantes corrieron entre los soldados. El mariscal von Manstein era quien dirigía el ataque en el que se fundamentaban todas nuestras esperanzas de salvación. Durante los primeros días, tras el inicio de la ofensiva para romper el cerco de Stalingrado, los ánimos de los cercados estaban exultantes. La liberación parecía una posibilidad tangible, real. Los soldados esperaban que tal vez para Navidad nuestra situación cambiase radicalmente. Pero aquel atisbo de esperanza duró poco. El veintitrés de diciembre la ofensiva para romper el cerco fue detenida. Las tropas de liberación no llegaron a acercarse a más de cincuenta kilómetros de Stalingrado. Los rusos

habían resistido tenazmente. El cerco seguía íntegro. Hasta el último soldado supo aquel día que Stalingrado estaba perdida.

Para empeorar aún más la situación, el Volga terminó de helarse a mediados de diciembre. Los témpanos de hielo que hasta entonces se habían deslizado por sus aguas chocando entre sí con sonido siniestro se aglomeraron y la superficie del río se congeló, tan firmemente que las tropas soviéticas podían cruzarla como si fuera una autopista. Desde la orilla oriental comenzaron a llegar fuertes contingentes de tropas a los núcleos de resistencia rusos que aún quedaban en la orilla occidental, incluyendo vehículos blindados y tanques, que cruzaban el río helado sobre caminos habilitados con maderas y tablones. La carencia de municiones de la artillería alemana impedía el bombardeo eficaz de aquellos pasos del Volga. Completamente rodeado por el norte, el sur y el oeste, acosado también desde el este, desde la orilla del río, la aniquilación del VI Ejército era ya solamente cuestión de tiempo.

El mismo día veintitrés de diciembre, apenas tuvimos confirmación por parte del Cuartel General del VI Ejército de que la tentativa de romper el cerco había fracasado, Adler me mandó ir al búnker de intendencia para saber exactamente a qué debíamos atenernos con respecto a los suministros, sobre todo al material sanitario y a la comida para los heridos. El búnker de intendencia estaba varios kilómetros al oeste de nuestra posición, casi fuera de la ciudad, a medio camino entre el aeródromo de Pitomnik y Stalingrado. Llegar hasta allí a pie me llevó casi tres horas, en medio de un frío helador y una intensa nevada. A cada paso me hundía en la nieve hasta las rodillas. El avance era agotador. En el búnker de intendencia, un edificio medio enterrado en la nieve habilitado sobre las ruinas de una antigua granja, encontré a Borgmann. El oficial de intendencia, al que hacía semanas que no veía, intentaba comunicarse por teléfono con el aeródromo de Pitomnik, sentado detrás de una mesa improvisada con tablones, como las nuestras en quirófano. El aspecto del intendente era terrible. Extremadamente pálido, demacrado, con la frente bañada en sudor y el brillo de la fiebre en sus ojos, era como la viva imagen de la muerte. La

conversación con Pitomnik no debió de reportarle buenas noticias, porque gritaba encolerizado al teléfono.

—¡Me importa una mierda su situación! ¡Al infierno con lo que le digan los cuarteles generales establecidos allí! —gritaba Borgmann—. ¡No me creo que en las últimas setenta y dos horas no haya llegado ni un solo avión de suministros! Mis almacenes están vacíos, ¿me entiende? ¡Vacíos! ¡Mis tropas no tienen nada, repito, nada que comer!

Un silencio. Alguien le contestaba al otro lado de la línea.

—¿Bombardeos...? ¿Los rusos...? ¿Baterías antiaéreas...? —repetía Borgmann, cada vez más fuera de sí—. ¡Si quiere saber lo que es un bombardeo, venga a la ciudad! ¡Necesito suministros! ¡Algo que mis soldados puedan llevarse a la boca! ¡Algo con lo que puedan recargar sus armas! ¿Qué pretenden? ¿Que luchemos contra los rusos a pedradas?

Un nuevo silencio. La expresión iracunda del rostro de Borgmann cambió de pronto para mostrar sorpresa. Poco después, incluso yo desde la entrada del búnker pude escuchar la explosión al otro lado de la línea. Borgmann dejó caer el auricular, aturdido, pero enseguida volvió a recogerlo.

—¿Oiga? ¿Me escucha?

Nadie respondió.

—¡Maldita sea! —Borgmann arrojó con ira el teléfono al suelo—. Maldita sea...

Entré en el búnker y cerré la puerta tras de mí.

—Hola, Borgmann.

El intendente, que tenía la vista fija en el teléfono tirado en el suelo, como sumido en los más negros pensamientos, alzó sus ojos para mirarme.

—¡Diablos, Eybler! Sigue usted vivo... —exclamó a modo de saludo.

Era evidente que se alegraba de verme. Echó mano de un trozo de madera que tenía apoyado junto a la mesa y, utilizándolo como bastón, intentó ponerse en pie para recibirme. Pero no pudo. Gritó de dolor, maldijo y cayó nuevamente sentado sobre las cajas vacías de municiones que le servían de silla. Corrí junto a él. Su aspecto era

aún más lamentable al mirarle de cerca. Ardía de fiebre. Estaba terriblemente delgado.

—¿Qué le ocurre, Borgmann? —pregunté en cuanto llegué a su lado.

El intendente maldijo de nuevo antes de responder:

—El invierno ruso —dijo—. Este maldito invierno...

Miré sus botas envueltas en harapos atados con cables, como hacíamos todos para protegernos del frío. Imaginé lo que le ocurría.

—Déjeme que eche un vistazo a sus pies —pedí.

—No hay nada que ver —respondió.

—Déjeme, le digo.

Borgmann arrojó al suelo con ira el trozo de madera que utilizaba como apoyo.

—¡Le digo que no!

—¡Es una orden, Borgmann! No una petición.

Saqué mi bayoneta y corté los cables con los que estaban atados aquellos jirones de uniforme que cubrían sus botas militares. La más mínima presión provocaba en Borgmann gritos de dolor. Cuando le quité una de las botas comprendí que mi suposición era cierta. Sus pies estaban congelados. Llevaban días, quizá semanas, así. Estaban completamente negros y llenos de vesículas. La gangrena había comenzado ya a extenderse por ellos. El olor era inconfundible. Le subí el pantalón. La gangrena llegaba ya hasta las rodillas. La infección probablemente estaba ya extendiéndose por todo el cuerpo. De ahí la fiebre y aquel sudor enfermizo. Incluso amputando y aunque tuviéramos antibióticos para combatir la infección, Borgmann tenía pocas posibilidades de sobrevivir.

—¡Maldito matasanos!

Borgmann me empujó a un lado. Volvió a ponerse la bota con terribles dolores. Después se apoyó sobre la mesa, exhausto.

—Si viene a pedirme algo, me temo que no hay nada que pueda ofrecerle —se quejó—. Ya me ha oído usted antes cuando hablaba por teléfono. Hace tres días que no llegan suministros a Pitomnik. El aeródromo está sometido a constante fuego enemigo. Mis almacenes están vacíos y la mayoría de mis suboficiales de intendencia muertos.

No era eso lo que me preocupaba entonces.

—¿Por qué no ha venido usted al hospital? —pregunté.

Borgmann se echó a reír con una risa cargada de cinismo.

—Porque no pienso permitir que me amputen —espetó.

Después, la sonrisa sarcástica se borró de su rostro y Borgmann me miró, serio, aunque tranquilo, con esa serenidad de quien es capaz de mirar cara a cara a la muerte.

—Mire, teniente. Voy a morir de todas formas —soltó—. Y no pienso hacerlo como un perro, arrastrándome sin piernas sobre la nieve para que el enemigo me remate con un tiro en la nuca. Quiero morir con un poco de dignidad, quiero morir como un hombre, entero. Quizá eso signifique sufrir un poco. Pero esa dignidad es lo único que me queda. Me comprende, ¿verdad, teniente?

Le comprendía. Claro que le comprendía...

—¿Adler también sigue vivo? —preguntó el intendente cambiando de conversación.

—Sí.

—Me alegro. —Borgmann sonrió a pesar del dolor. Una sonrisa sincera—. Ojalá sea capaz de sobrevivir a esto. Es uno de los pocos oficiales dignos de respeto que he conocido en esta guerra. Es un hombre de principios, un hombre valioso, íntegro, como hay pocos. Se merece algo mejor que Stalingrado. Por cierto, ¿no tendrá usted cigarrillos?

Aún tenía medio paquete. Se lo entregué.

—Gracias, teniente —dijo encendiendo uno—. Yo hace tiempo que terminé los míos.

Expulsó lentamente el humo de la primera calada antes de dar una segunda.

—Lamento no poder serle de ayuda —añadió.

—Estoy seguro de que ha hecho usted todo lo posible, Borgmann —reconocí.

Borgmann asintió. No necesitaba que yo se lo dijera. Él sabía cumplir con su deber y lo había demostrado en múltiples ocasiones. Sin ninguna queja, sin preguntar. Había sido un firme entusiasta del régimen, pero aquel día vi en sus ojos la misma decepción, el mismo desengaño que había visto en tantos otros que, como él, habían

dado lo mejor de sí mismos, habían entregado su vida en una tarea inútil que sería pagada con el abandono más absoluto. Borgmann no se esperaba aquello.

No podíamos decirnos mucho más.

—¿Nos veremos en Navidad? —quise saber mientras me dirigía a la puerta del búnker.

—Quizá —fue su respuesta.

—Felices Pascuas, Borgmann.

—Felices Pascuas, teniente.

Al día siguiente, veinticuatro de diciembre, por la tarde, intenté comunicarme mediante el teléfono portátil de un oficial de comunicaciones con el búnker de intendencia. Pregunté por Borgmann.

—Ha muerto de madrugada —respondió una voz desconocida.

Aquella noche del veinticuatro de diciembre en Stalingrado celebramos la Navidad más miserable, más dolorosa, más triste, más terrible que pueda imaginarse, pero también, al mismo tiempo, la más humana, la más conmovedora. En las posiciones que no eran atacadas, la mayoría de los hombres, en cuanto tenían oportunidad, escribían a sus familias. Hacía semanas que el correo no entraba ni salía de Stalingrado. Yo ni siquiera tuve tiempo de escribir otra de esas cartas que se quedarían en el bolsillo interior de mi guerrera junto a mi corazón. La temperatura aquella noche cayó hasta veinticinco grados bajo cero.

Entre los escasísimos suministros que habían llegado al aeródromo de Pitomnik en el puente aéreo las semanas previas, había varias tabletas de chocolate, que fueron entregadas a los oficiales como regalo de Navidad junto a algunas raciones extra de cigarrillos. Adler cogió la suya y la mía y ordenó deshacerlas en agua y distribuir aquel brebaje caliente y dulce entre los heridos que aún podían beber. Ya casi de madrugada los sanitarios hicimos una pausa en nuestro trabajo para sentarnos juntos en uno de los quirófanos, en torno a una cafetera de café filtrado ya decenas de veces. Entonces fui consciente, de pronto, de la ausencia de los que habían muerto. Solo Adler, Schmidt, Dantzig y yo nos reunimos aquella madrugada para celebrar la Navidad. El soldado Georg Breslau murió

antes de llegar a Stalingrado por una certera bala que le atravesó el cuello. Weber, uno de nuestros sanitarios, murió durante el ataque con morteros a la base de ambulancias en octubre, el mismo día en que la metralla de un obús me rajó la cara. Kesselbach había muerto hacía un par de semanas a causa de la disentería, y Müller, otro de los sanitarios, falleció pocos días después de Kesselbach por el tifus. Borgmann había muerto ese mismo día, veinticuatro de diciembre, de madrugada. Aquella noche solo Adler, Schmidt, Dantzig y yo nos sentamos juntos, cerca de la estufa Hinderburg donde derretíamos nieve para conseguir agua con la que lavar heridas y esterilizar hilos de sutura sacados de uniformes de soldados muertos, compartiendo unos cigarrillos y una taza de café aguado.

Había un silencio extraño, como si en aquella noche relativamente en calma en nuestra zona gravitara sobre nosotros el recuerdo de los camaradas muertos, como si el peso de las terribles experiencias que habíamos soportado nos impidiera hablar. Un silencio que no era incómodo, pero sí extraño. Nos mirábamos como sintiéndonos culpables por seguir vivos, cuando tantos habían muerto, y al mismo tiempo comprendiendo que, como sanitarios, no teníamos derecho a morir, a huir, o a escapar de aquel infierno, donde los hombres esperaban nuestra ayuda, confiaban en ella, aunque fuera en muchos casos inútil.

Fue Adler quien rompió aquel silencio. Nos miró a todos de uno en uno. Recuerdo su rostro, su expresión serena, el cansancio extremo, las mejillas hundidas, el cerco oscuro de las ojeras en torno a sus ojos, sus cabellos tan prematuramente encanecidos... No me había dado cuenta hasta entonces, pero ya eran grises. En pocos meses se habían vuelto completamente grises. Estaba cansado y enfermo, pero sus ojos azules seguían exactamente iguales que la primera vez que le vi: extraordinariamente vivos y conscientes del horror, y abrumadoramente lúcidos.

—Gracias —nos dijo tan solo.

Y con aquella palabra, de pronto, todo el esfuerzo, el trabajo agotador, el sufrimiento y los sacrificios que estábamos soportando, todo ello cobró sentido. Tal vez fuera inútil, pero los heridos, los soldados enfermos confiaban en nosotros. Nos necesitaban. Era

nuestro deber y lo estábamos cumpliendo en las circunstancias más terribles. De repente, el hecho de seguir vivos resultaba importante, independientemente de la culpa y del dolor, puesto que éramos necesarios.

Adler levantó su taza.

—Feliz Navidad.

Brindamos con aquel brebaje que pretendía ser café. Dantzig, habitualmente tímido y callado, comenzó a cantar una canción navideña alemana que yo también conocía por haberla cantado de niño con mi padre. Dantzig tenía una hermosa voz de barítono.

—*Oh, Tannebaum! Oh, Tannenbaum! Wie grün sind deine Blätter...*

Schmidt le siguió. También yo lo hice. Incluso Adler empezó a cantar. Recuerdo que yo cantaba con un nudo en la garganta. De pronto se hizo consciente el vínculo profundo que el horror había creado entre nosotros, y que ni todo el horror del mundo conseguiría arrancarnos ese retazo de humanidad que aún quedaba en nuestras almas.

—*Du grünnst nicht nur zur Sommerzeit, nein, auch im Winter wenn schneidt. Oh, Tannebaum!...*

Dantzig comenzó a llorar.

El veinticinco de diciembre, después de una noche de relativa tregua, la guerra siguió su curso. Los ataques soviéticos se reanudaron con mayor fuerza si cabe. El frío seguía siendo intenso. Nuestro sótano-hospital hacía tiempo que estaba desbordado. La evacuación de los heridos era cada vez más difícil por falta de ambulancias y de combustible. De todas formas, trasladar a los heridos al aeródromo de Pitomnik tampoco servía de mucho, porque pocos aviones conseguían despegar de allí y salvar el cerco ruso para llegar a posiciones seguras en la retaguardia. La confirmación de la situación en Pitomnik la tuve aquel día de Navidad. Al atardecer, mientras Adler operaba en quirófano asistido por Schmidt, y Dantzig y yo atendíamos a los heridos en el sótano, entró allí un

soldado herido. Venía en unas condiciones lamentables, cubierto de nieve, como si hubiera hecho un largo viaje a pie. Llevaba un aparatoso vendaje que le cubría media cara, empapado de sangre ya reseca, y el brazo izquierdo inmovilizado debajo de su abrigo militar. Llegó a la puerta de nuestro sótano exhausto, dando tumbos, como si estuviera borracho, pero era puro cansancio. No quedaba alcohol de ningún tipo en Stalingrado. Dejé lo que estaba haciendo para sujetarle antes de que cayera al suelo.

—¿De dónde vienes? —pregunté.

El soldado, tiritando de frío, me respondió con un hilo de voz:

—De Pitomnik.

Le ayudé a sentarse. Intenté quitarle la nieve de encima.

—¿Y por qué has regresado aquí? —inquirí—. ¿No van a evacuarte al oeste?

El soldado tardó en responderme. Estaba aturdido por el frío y el agotamiento.

—Pitomnik es un infierno —balbuceó enlazando lentamente las palabras, como si me hablara desde lo profundo de una pesadilla de la que no podía despertar—. Las bombas no paran de caer. Los aviones rusos atacan constantemente. El hospital de campaña del aeródromo está desbordado. Los heridos que esperamos la evacuación no tenemos sitio en las tiendas. Esperamos durante días a la intemperie, sin agua, sin comida. Cientos de nosotros. Yo he estado allí cinco días. Cuando llega algún avión con suministros, los heridos apenas dejan que los pilotos los descarguen. Tienen que dejar las cajas en la pista de aterrizaje. Y en cuanto se vacían las bodegas, todos los que aún podemos movernos luchamos por entrar en ellas para salir del cerco. Los heridos graves, los que no pueden moverse, no tienen ninguna posibilidad. La policía militar es incapaz de poner orden. Simplemente disparan cuando intentamos subir a los aviones. Cuando los pilotos cierran las puertas de las bodegas algunos de mis camaradas incluso han intentado agarrarse a las alas de los aviones para escapar, pero tan pronto como el avión se eleva caen al suelo y mueren. He visto con mis propios ojos cómo las baterías antiaéreas soviéticas han derribado dos de nuestros aviones cargados de heridos. Apenas se elevaban unos cientos de metros

sobre el suelo se convertían en una bola de fuego cuando les alcanzaba un proyectil... No puedo soportarlo más. Nunca saldré de Stalingrado. *Herr Doktor*, solo quiero morir tranquilo. Deje que me quede aquí...

Sentía que las lágrimas enturbiaban mis ojos mientras escuchaba el relato inconexo de aquel soldado moribundo. Pero la rabia y la angustia que me atenazaban no me permitían llorar. Todo el esfuerzo, todo el trabajo que nosotros hacíamos en Stalingrado, en condiciones tan miserables que no pueden siquiera describirse, era un esfuerzo vano, inútil, del todo inútil.

—¡Dantzig! —grité—. ¡Trae una manta, un abrigo, algo, maldita sea!

Sabía que pedía algo casi imposible, pero Dantzig encontró un abrigo que le quitó a un soldado muerto. Cubrí con él al soldado anónimo que venía de Pitomnik y que seguía temblando de manera incontrolable.

—Gracias, *herr Doktor*... —dijo tan solo.

Y enseguida, a pesar del frío, quedó sumido en un sopor enfermizo del que no volvió a despertar. Aquella misma noche el soldado de Pitomnik murió.

Hablé con Adler de la situación en el aeródromo, le conté lo que aquel soldado me había relatado. Adler no dijo nada. ¿Qué podía decir? ¿Qué podíamos hacer? Seguimos trabajando al límite, como habíamos hecho hasta entonces, quizá más, aunque sabíamos de sobra que era una tarea desesperada. Tal vez precisamente porque sabíamos que nuestra labor era fútil. Pero no podíamos hacer otra cosa.

El día siguiente nos trajo un amargo despertar. Al ruido incesante de los disparos y explosiones, a los lamentos y gritos de los heridos, los enfermos y los moribundos, se sumó una nueva tortura para nuestros oídos, para nuestras mentes, para nuestras almas. Durante la noche los rusos colocaron cerca de nuestro hospital unos altavoces a través de los cuales se dedicaron durante horas a repetir una grabación con una única frase en alemán: «Stalingrado: fosa común. Cada minuto muere un soldado alemán». Como trasfondo de aquella letanía los soviéticos habían puesto el

tictac de un reloj. Aquel sonido era desesperante en grado sumo, tanto que algunos soldados se ofrecieron voluntarios para localizar y destruir los altavoces. A última hora de la tarde aquel sonido enloquecedor se extinguió finalmente. Los altavoces fueron destruidos. Cuántas vidas costó aquella misión del todo inútil desde el punto de vista militar no llegué a saberlo. La estrategia de los rusos tuvo no obstante un éxito relativo porque minó nuestra ya maltrecha resistencia moral y destrozó nuestros nervios. Y es que sabíamos, aunque nos negáramos a reconocerlo, que, en esencia, aquella frase con la que los rusos nos habían torturado era cierta. Estábamos condenados.

A lo largo del mes de diciembre la salud de Adler también empeoró. Tosía cada vez con más frecuencia. A veces esos accesos de tos eran tan intensos que le obligaban a interrumpir la cirugía que estaba realizando hasta poder controlarlos. Cada vez con más frecuencia el rubor enfermizo de la fiebre cubría su rostro. Y estaba tan cansado que entre herido y herido que operaba tenía que sentarse unos minutos para poder después continuar con su trabajo. Hacía meses que ya no quedaba benzedrina, la droga con la que ocasionalmente Adler forzaba a su maltrecho cuerpo a seguir, y el café hacía tiempo que no era más que agua teñida, de tantas veces como se había filtrado. Había días en que no comíamos nada, nada en absoluto, porque no había nada, ni siquiera ratas. Dantzig y Schmidt en ocasiones hacían incursiones en tierra de nadie para quitarles a los rusos muertos la poca comida o el tabaco que podían llevar encima. También los cigarrillos se acababan en Stalingrado. Yo temía por Adler. Él, que era el más fuerte de todos nosotros. Si él caía, ¿qué sería de nosotros? ¿Qué sería de mí?

Dos días antes del nuevo año sufrimos aún un nuevo golpe para nuestra resistencia moral, sobre todo para la mía. Varios soldados alemanes de tanques irrumpieron una tarde en los quirófanos a punta de pistola. Adler y yo estábamos aquella tarde juntos operando en quirófano, mientras Dantzig y Schmidt atendían a los

heridos del sótano. Con gritos y amenazas nos ordenaron acompañarlos. Adler, inmovible, continuó suturando el muñón de la pierna que acababa de amputar al herido que yacía sobre nuestra mesa de operaciones, sin responder.

—¡Tienen que venir con nosotros! —bramaba un teniente de blindados apuntándonos con su ametralladora—. ¡Nuestro comandante está herido, y no podemos trasladarle!

—Su comandante no es el único herido —alegó Adler imperturbable—. Mire a su alrededor.

—Para mí sí lo es —amenazó el oficial apuntando a Adler en la sien.

Adler no se alteró. Siguió con su trabajo mientras yo palidecía.

—Si me mata, le seré aún menos útil —se atrevió a decir.

El teniente de blindados pareció quedarse pensativo unos instantes, pero enseguida hizo un gesto a los soldados que le acompañaban, que inmediatamente se abalanzaron sobre mí, inmovilizándome, mientras uno de ellos apoyaba el frío cañón de su arma en mi cabeza.

—Si no viene usted, será su camarada quien pague las consecuencias.

Hubo un tenso silencio, durante el cual Adler detuvo un instante su trabajo para mirarme.

—Iremos —cedió finalmente—, pero cuando termine lo que estoy haciendo.

El teniente de tanques pareció mostrarse de acuerdo. Nos dejó acabar aquella sutura. Vendamos al herido, estuporoso, lo mejor que pudimos. Adler introdujo en los bolsillos de su abrigo material de sutura, tijeras, un bisturí, algunas vendas sucias, lo poco que teníamos, y salimos de los quirófanos escoltados por aquellos soldados que reclamaban a punta de pistola atención sanitaria para su comandante.

Caminamos durante casi una hora hacia el centro de la ciudad, en un escenario desolador. En torno a nosotros todo eran ruinas; apenas podían distinguirse las calles. Nieve y hielo por todas partes. Tanques destrozados, vehículos abandonados por falta de combustible, cadáveres congelados a la intemperie, rusos y

alemanes. A algunos les habían quitado los abrigos y las botas. Habrían sido saqueados al poco de morir, o quizá incluso cuando aún estaban vivos. De lo contrario, cuando se congelaban era imposible desvestirlos. El infierno helado.

Llegamos hasta las ruinas del distrito industrial de Stalingrado, cerca de las fábricas Octubre Rojo y Barrikadi. Allí, acurrucado en uno de los cráteres abiertos en el suelo por un proyectil, temblando de frío, estaba el comandante. Dos tanques alemanes recientemente destruidos aún humeaban en las cercanías, entre las ruinas. Apenas nos acercamos pudimos comprobar que poco podríamos hacer por ayudar a aquel hombre. Tenía quemaduras de segundo y tercer grado en la mitad de su cuerpo, y un trozo de acero de unos veinte centímetros le atravesaba el abdomen. Hacía esfuerzos titánicos por no gritar de dolor. En torno a nosotros no había ningún vehículo en el que poder trasladar a un herido tan grave. Comprendí la desesperación de los soldados que habían reclamado nuestra ayuda con la fuerza de las armas.

—Comandante —le avisó el teniente arrodillándose a su lado—. Comandante, le he traído a los médicos, como le prometí.

El oficial abrió los ojos. El terrible desgaste físico, la delgadez, las espantosas quemaduras, no ocultaban que se trataba de un hombre joven de poco más de treinta años. El teniente, aún más joven, le hablaba con el mismo sentimiento que hubiera podido mostrar hacia un padre.

—Hoffmann —logró decir al teniente con la voz quebrada por el dolor—. No debió hacerlo...

Adler nos echó a todos de allí. Se quedó a solas con el herido. Yo me alejé, pero no lo suficiente como para no poder escuchar retazos sueltos de la conversación que el comandante de tanques y el capitán médico mantuvieron.

—Hoffmann es un excelente subordinado —reconoció el comandante—. Qué lástima que la patria abandone así a hombres como él.

Se quejó un instante. Tomó aliento antes de continuar:

—¿Cómo lo ve, doctor? —preguntó a Adler.

Adler hizo un gesto negativo y miró con franqueza al comandante a los ojos.

—No puedo hacer mucho por usted. No tenemos nada.

El comandante quiso sonreír, una sonrisa cínica, desengañada.

—Como nosotros —dijo—. Ni combustible ni munición... ¿Tampoco le queda morfina?

Adler negó con la cabeza.

—Pues sí que tengo mala suerte...

El comandante hizo una nueva pausa. Gimió débilmente de dolor.

—Espero, doctor, que aún le quede alguna bala en el cargador de su Luger. Yo las he gastado todas.

Al escuchar aquellas palabras se me encogió el alma. Me quedé paralizado.

Adler no dudó. Sacó su arma reglamentaria de la funda, desmontó el cargador y le dio al comandante el proyectil que le pedía.

—Gracias —respondió—. Me ha ayudado mucho más de lo que cree. Hablaré con mis hombres. Los llevarán sanos y salvos de vuelta a su hospital.

El comandante tendió a Adler su mano maltrecha y el médico la estrechó firmemente durante unos momentos.

—¡Hoffmann! —gritó el comandante.

El teniente acudió a su lado mientras Adler se alejaba caminando hacia mí. Quise hablar, quise decirle tantas cosas... Pero Adler me silenció con un gesto.

—Vamos. —Agarrándome de un brazo me obligó a alejarme de aquel lugar.

No supe lo que el comandante le dijo a Hoffmann. Poco después los soldados de blindados que nos habían sacado de nuestro sótano, todos excepto el teniente, se unieron a nosotros.

—Los llevaremos de vuelta a su hospital —anunció uno de ellos.

Apenas había acabado esa frase cuando todos pudimos escuchar un disparo a nuestra espalda.

Lo que ocurrió a continuación fue confuso. Los rusos comenzaron a atacar de pronto nuestra posición. Fuego de artillería

caía por todas partes. Perdí de vista a Adler y a varios de los soldados de tanques. Dos se quedaron conmigo, buscando protección. Corrimos, refugiándonos entre las ruinas de la lluvia de fuego que caía sobre nuestras cabezas. Cuánto duró aquel ataque no puedo precisarlo. Pudieron ser minutos u horas. Cuando el fuego cedió nos habíamos alejado bastante de nuestra posición inicial en el distrito fabril; estábamos en una zona completamente desconocida para mí, que apenas había abandonado en aquellas semanas el entorno del hospital. Los soldados de tanques me dijeron que estábamos cerca del Mamaev Kurgan, la famosa colina por la que tantas batallas se habían librado al principio del invierno, un lugar que nunca había visto hasta entonces, pero cuyo nombre me resultaba familiar por la cantidad ingente de heridos que atendí durante las ofensivas contra aquella pequeña elevación de terreno que apenas llegaba a los cien metros sobre el nivel del mar.

Allí descubrí una parte del horror de la guerra que aún no había conocido. Cuando el ataque ruso cesó, y mientras caminábamos entre las ruinas de regreso al hospital, pude ver que en medio de aquella desolación donde la vida parecía imposible, las laderas arrasadas del Mamaev Kurgan en realidad estaban llenas de ella, que se negaba a desaparecer. Aparecieron de pronto ante mis ojos decenas de agujeros y cuevas excavadas en la colina, cuyas entradas estaban cubiertas con maderas carbonizadas y trozos de tela deshechos, de tal modo que parecían fundirse con la devastación de alrededor como un hormiguero. De repente una de aquellas improvisadas puertas se abrió y por allí asomaba el rostro asustado de una anciana, la manita de un niño pequeño, el torso de un anciano famélico cubierto de harapos... Aquellas personas no eran soldados. No podían ser soldados. La realidad golpeó mi mente como si hubiese sido un rayo. Eran los habitantes de la ciudad. Eran los civiles de Stalingrado, sobreviviendo increíblemente en aquellos agujeros. Eran civiles... Ancianos, mujeres, niños... Sin protección contra el frío, sin alimentos, completamente indefensos... Eran civiles...

—Pero esto... —comencé a decir a los soldados de tanques que me escoltaban, buscando una explicación al hecho, para mí

incomprensible, de que aquellas personas del todo ajenas al conflicto, aquellos ancianos, aquellos niños, estuvieran allí.

—Los rusos no evacuaron Stalingrado —fue la breve respuesta que uno de ellos me dio.

Terriblemente impresionado, no volví a pronunciar palabra hasta que los soldados me dejaron en mi sótano-hospital. Hasta entonces había creído que el mayor horror de la guerra lo estábamos viviendo allí, en aquel cubículo insalubre que constituía nuestro hospital de primera línea. Había visto tanto sufrimiento, tanto dolor pasar día tras día por mis manos que me resultaba imposible concebir que aún pudieran existir más horrores. Pero aquel día fui consciente de que el horror que yo vivía era solo una parte del que podía generar el terrible monstruo de la guerra, solo una parte de un monstruo que tenía innumerables brazos, innumerables formas de destrozar vidas y almas, culpables e inocentes, que era ciego y sordo, que no distinguía entre el soldado, el anciano o el niño. Civiles. Había civiles en Stalingrado...

Cuando llegué al hospital, aún aturdido por aquella revelación, entré directamente a los quirófanos. Adler ya estaba allí operando con Schmidt como asistente. Me envió fuera con Dantzig sin darme tiempo a pronunciar palabra. En las horas siguientes no pude hablar con él, aunque lo deseaba fervientemente. Necesitaba contarle mi terrible revelación para descargar de mí el peso de aquella espantosa verdad: la existencia de civiles en Stalingrado. Pero sobre todo, más que eso, necesitaba que me diera una explicación. Otra verdad terrible me atormentaba. Necesitaba saber por qué había hecho lo que hizo aquel día con el comandante de tanques, por qué le había entregado esa bala, sabiendo exactamente en qué la usaría. «Curar cuando se puede curar, aliviar y consolar cuando curar no es posible.» Adler había quebrantado nuestro juramento. Y yo necesitaba escuchar de sus labios los motivos que le habían llevado a tomar aquella decisión. Porque mi resistencia moral se estaba quebrando y no me sentía capaz de soportar aquello mucho tiempo más.

Solo pude ver a Adler ya entrada la noche. Hice una pausa en mi trabajo en el sótano y regresé a los quirófanos, pero Adler ya no estaba allí. Solo encontré a Schmidt procurando limpiar nuestro escaso material quirúrgico.

—¿Y Adler? —pregunté.

—Ha salido fuera —contestó el sanitario sin dejar lo que estaba haciendo, con una voz que reflejaba el agotamiento extremo que todos sentíamos.

También yo dejé el quirófano y salí al exterior. Stalingrado ya estaba envuelta en tinieblas. Soplaban un viento helador, aunque no nevaba. La luna iluminaba tímidamente, con una luz espectral, las ruinas en torno al hospital. La nieve blanca adquiría bajo aquella luz un tono a veces azulado, a veces grisáceo, como imagino que debe tener el hielo de un iceberg. Reinaba aquella noche un profundo silencio. No había combates en las proximidades. La sensación de aislamiento, soledad y muerte era tan intensa que pesaba como la losa de una tumba. Asfixiaba. Miré a mi alrededor, pero no vi a Adler.

Caminé sin rumbo un buen rato, sintiendo el viento helado clavarse en mi piel como si fuera un cuchillo, buscando a mi capitán médico entre las ruinas cercanas. Necesitaba una respuesta. ¿Por qué? Cuando, incapaz de soportar durante más tiempo aquel frío tan intenso, estaba ya a punto de regresar al hospital y desistir de mi propósito, vi una sombra sentada a resguardo del viento entre los restos del muro de una casa. Me acerqué a ella sin saber muy bien si era realmente un hombre o solamente un cadáver congelado en una postura poco habitual. Pero pronto salí de dudas: la figura se movió. A pesar de la oscuridad que nos rodeaba no tuve ninguna dificultad en reconocer el perfil de aquella sombra: era Adler. Caminé hacia él más deprisa.

—¡Adler! —le llamé.

Él se volvió al oír mi voz, sorprendido. Desde el incidente del comandante de blindados parecía evitarme. No habíamos cruzado palabra desde entonces. Imagino que no deseaba responder a la pregunta que yo quería formularle. Pero yo no podría seguir soportando aquello sin una respuesta.

Llegué a su lado.

—Adler, tengo que hablar con usted.

—Ahora no, Eybler —rechazó implacable, como si de algún modo intuyera lo que venía a decirle, lo que le iba a preguntar, lo que había tratado durante todo aquel día de evitar—. Quiero estar solo.

Yo no desistí.

—Tengo que hablar con usted. Necesito saber...

—He dicho que no, Eybler —cortó Adler antes de que pudiera concluir la frase—. No quiero hablar. No tengo nada que decir.

No me di por vencido. No podía entenderlo. Necesitaba escuchar sus razones para hacer lo que hizo aquella tarde. Lo necesitaba como se necesita el aire para respirar. Mi capacidad de resistir se estaba viniendo abajo por momentos.

—Adler —insistí—. Por favor, Adler. ¿Por qué...?

Adler se puso en pie tan súbitamente que me hizo dar un paso hacia atrás. No pude acabar mi pregunta. Metió la mano debajo de su abrigo y sacó la pistola reglamentaria que llevaba en su funda, la misma de cuyo cargador había entregado aquella bala al comandante de blindados. Le quitó el seguro y me apuntó con ella directamente al corazón. Sentí que un escalofrío recorría mi espalda. Vi el reflejo de la pálida luz de la luna en el azul de sus ojos, lúcidos, terriblemente cansados, atormentados y llenos al mismo tiempo de firme determinación, y su voz de acero rompió de nuevo el silencio.

—¡Váyase, Eybler! —me ordenó con tanta dureza, con tanta crueldad que sentí que mi vista se nublaba a causa de las lágrimas que se helaban en mis párpados—. Váyase o le juro por lo más sagrado que no dudaré en meterle en el pecho una bala mucho más certera que la que yo mismo le saqué de ahí.

Nuestros ojos se cruzaron durante unos momentos. Adler, completamente inmóvil como una estatua de hielo, mantenía su pistola firme, sin que su pulso temblara un instante, apuntando a mi pecho. Su mirada clara era tan fría como la fría noche que nos rodeaba. El silencio asfixiante de la ciudad devastada se hizo de pronto tan patente como si fuera algo sólido que se pudiera cortar con un cuchillo. Comprendí que en aquel momento Adler sería capaz

de dispararme y lo haría sin dudar. Retrocedí un paso. Luego otro más. Adler bajó lentamente su arma, sin apartar sus ojos implacables de los míos. Di otro paso atrás.

Adler me volvió la espalda y regresó al rincón donde le había encontrado, sentándose de nuevo entre las ruinas, oculto en las sombras. Yo aún permanecí unos instantes de pie, mirándole, antes de volver sobre mis pasos y regresar al hospital, procurando retirar, cada poco, las lágrimas heladas que me impedían ver con claridad. «No puedo soportar más esto. No puedo...»

Comenzó a nevar antes de que lograra llegar a nuestro sótano. Entré en los quirófanos. Schmidt aún seguía allí. Dejó el instrumental quirúrgico que había limpiado y se acercó a mí para sacudirme la nieve del abrigo.

—¿Encontró a Adler, teniente? —preguntó.

—Sí —respondí quitándome la nieve y el hielo de la cara.

Schmidt me miró. No preguntó nada más.

—Acérquese a la estufa, teniente. Está usted temblando. Apenas tiene algunas brasas, pero estará mejor ahí que junto a la entrada.

Me senté con Schmidt junto a la estufa, en cajas de suministros vacías que hacían las veces de sillas. El sanitario encendió un cigarrillo, uno de los pocos que quedaban ya en Stalingrado, y me lo pasó. Di una profunda calada, viendo como las volutas de humo se perdían en el techo.

—No le juzgue, teniente —dijo entonces Schmidt—. No creo que ni usted, ni yo, ni nadie tenga derecho a juzgarle. Bastante carga soporta ya sin necesidad de que le juzguemos.

Le miré. El sanitario tomó el cigarrillo de entre mis dedos para darle otra calada. Schmidt habló como si hubiera hecho un comentario casual, pero sus palabras no eran en absoluto casuales. Cómo percibió el dolor en mi interior, cómo fue consciente de que mi resistencia se quebraba, cómo encontró las palabras adecuadas para paliarlo, para apuntalar mi fortaleza cada vez más mermada es algo que nunca llegué a descubrir.

«No le juzgue, teniente...» Schmidt estaba en lo cierto. ¿Quién era yo para juzgarle? Su entereza me había liberado de mi angustia.

Su fuerza me había sostenido cuando flaqueaba. Me había salvado la vida. Yo no era nadie para preguntarle, para exigirle razones a hechos que fuera de aquel infierno no serían comprensibles. Fuera de Stalingrado, ¿quién podía juzgarnos?

—Duerma un rato, teniente —propuso Schmidt, poniéndose en pie cuando acabamos el cigarrillo—. Le hará bien.

Schmidt salió del quirófano. Yo me acurruqué junto a la estufa casi apagada con el abrigo puesto, mojado por la nieve que me había caído encima, con un trozo de tela rodeando mi cabeza para evitar que el casco de acero me congelase la piel, con jirones de los uniformes de los muertos envolviendo mis botas militares en un intento de aislar mis pies del frío, sin afeitar, sin haber podido lavarme en condiciones durante semanas, agotado, desnutrido, con el mismo aspecto miserable que el resto de los hombres que a finales de aquel año de 1942 esperábamos nuestro final en aquella ciudad a orillas del Volga, y cerré los ojos. Junto a la estufa mis lágrimas no se congelaban. Las sentí deslizarse suavemente por mis mejillas antes de que el sueño me aislara del horror durante unas pocas horas.

En los días que quedaban hasta fin de año la salud de Adler empeoró rápidamente. La tos le asaltaba continuamente. Le faltaba aire para respirar. En la mañana del 31 de diciembre Schmidt no le dejó operar porque apenas podía mantenerse en pie a causa de la fiebre. No teníamos ningún medicamento, ni siquiera aspirinas. Adler estuvo casi dos horas sentado a la entrada del hospital con temperaturas por debajo de los veinte grados bajo cero. No sé cómo no murió congelado. Intenté decenas de veces que me dejara examinarle, pero me fue imposible convencerle.

—¡Soy médico! —gritó en una ocasión, cansado ya sin duda de mi insistencia—. Sé perfectamente lo que me pasa.

Pero yo estaba preocupado por él. Sufría por él. Me angustiaba la sola idea de que Adler, la roca firme en la que todos nos habíamos apoyado en aquel infierno, pudiera morir.

Por la tarde, Adler estaba de nuevo frente a la mesa de quirófano. La fiebre había bajado.

En aquellos días el incidente con el comandante de tanques quedó atrás. Yo no volví a preguntar nada al respecto. Y Adler no habló de ello. Lo que sentía, lo que le llevó a tomar aquella decisión, nunca lo supe. «Bastante carga soporta ya sin que le juzguemos.» Schmidt tenía razón.

Aquel último día del año 1942 los combates no fueron especialmente duros. Supongo que, como nosotros, los rusos también querían acabar el año en una relativa tregua. La fiebre que había atormentado a Adler durante la mañana por la noche volvió a subir. Dejó el último herido que había llegado al hospital en mis manos y salió. Esta vez ni siquiera cogió su abrigo. Yo no tardé mucho tiempo en atender al soldado: una herida profunda, aunque limpia, causada por una esquirla de metralla en la cara interna del muslo izquierdo, que no llegó a afectar a estructuras vitales. Cincuenta puntos de sutura bastaron. Apenas terminé mi trabajo dejé que Schmidt vendara al herido, me puse el abrigo, cogí el que Adler había dejado allí y salí en su busca.

Fuera del sótano el frío de la noche era más intenso, glacial, pero afortunadamente no hacía viento y tampoco nevaba. El cielo estaba extrañamente despejado, lleno de estrellas, y la luna bañaba las ruinas de Stalingrado en una luz blanca espectral. Apenas me alejé unos metros de nuestro sótano, pude ver a Adler de pie entre las ruinas, como a unos cien metros de la entrada del hospital. Su silueta cansada se recortaba claramente en la oscuridad de la noche. Me resulta difícil explicar los sentimientos ambiguos que albergaba mi corazón aquella noche. Adler era un superior inflexible, tenía un carácter difícil de comprender y de llevar. Sus arrebatos de ira hacia mí me dolían terriblemente. Aún era incapaz de olvidar su mirada implacable aquella noche cuando me apuntó con su arma. Habría disparado. Sé que lo habría hecho sin dudar si yo no hubiera cedido. Pero al mismo tiempo era consciente de que sin su silencioso apoyo

moral, sin su fortaleza, yo habría sucumbido a la desesperación y al horror. La misma mano que no hubiera dudado en dispararme aquella noche había salvado mi vida meses antes, cuando fui alcanzado por aquel francotirador ruso. A veces me hacía daño, a veces me daba miedo, pero cuando le necesité Adler siempre estuvo allí, siempre disponible para asumir el peso de la angustia, del agotamiento, del terror y de la desesperación que yo no podía sobrellevar. Y comprendí aquel día, mientras contemplaba su perfil demacrado en la helada noche de Stalingrado, que le apreciaba como apreciaría a un hermano de sangre. Y vino a mi mente aquella tarde de finales de septiembre en que tocamos juntos aquel piano que habían encontrado los soldados de nuestra división entre las ruinas, y recordé la mirada con la que me recibió el día en que llegué al frente. Y recordé también aquella frase: «No puedes salvarlos a todos...».

Comprendí en aquel instante que no podía dejarle morir, que mi vida estaba tan íntimamente ligada a su fortaleza, a su lucidez, a su capacidad para ser consciente del horror y soportarlo e intentar paliarlo, que si él moría, yo no tendría fuerzas para continuar solo.

Súbitamente, la figura erguida de Adler a lo lejos con el rostro elevado hacia el cielo estrellado se dobló sobre sí misma. La tos le asaltó de nuevo. Le vi flaquear y caer de rodillas sobre la nieve. La angustia se apoderó de mí. Corrí hacia él, me arrodillé a su lado, le eché el abrigo sobre los hombros. Aquella tos parecía arrancarle los pulmones. Toqué su frente; ardía de fiebre. Busqué el pulso en su muñeca; era tan rápido y débil como si fuera un hilo. La tos finalmente cedió. Adler, agotado, recuperó poco a poco el aliento.

—Adler, Dios mío, ¿qué te pasa?

Adler debió de percibir la angustia de mi voz, que en aquellas circunstancias había olvidado toda disciplina para tutearle, para hablarle como hombre, como amigo, y no como militar. Me miró con esos ojos suyos, brillantes a causa de la fiebre, que su abrumadora lucidez nunca abandonaba, a cuya mirada era imposible resistirse.

—Eybler —dijo—. Eybler, me estoy muriendo.

Mi corazón dejó de latir unos segundos al escuchar aquella revelación de sus labios. El tiempo pareció detenerse. Fue como si

un abismo infinito se abriera de repente ante mí. Fui incapaz de soportar aquella mirada tan clara, tan consciente de la realidad. Sentí que mis propios ojos se llenaban de lágrimas. Bajé la vista al suelo y entonces vi la nieve salpicada de sangre roja, brillante.

—¿Tuberculosis?

Adler asintió. Comprendí entonces que lo que me había dicho, aquella confesión de que se moría, era del todo cierta. Sin medicamentos, en aquel clima infernal, tan debilitado como estaba, no tenía muchas posibilidades de sobrevivir a una enfermedad como aquella. Le esperaba una lenta agonía.

Adler estaba temblando. La fiebre, el frío, el cansancio y, sobre todo, la barrera que acababa de romper pronunciando aquellas palabras... Fue como si la coraza en la que había encerrado su alma, como yo había encerrado la mía, se rompiera en mil pedazos y dejara la parte más vulnerable del ser humano al descubierto. Le llevé junto a un muro para que pudiera apoyarse en él y yo me senté a su lado.

—No sabe, Eybler, cuánto le envidio —comenzó a decirme.

Aquella frase en sus labios me sorprendió; no la esperaba. ¿Qué podría envidiar alguien con la entereza de Adler de un hombre como yo, tan débil, tan frágil, tan vulnerable? No tuve necesidad de preguntar. El propio Adler me lo explicó.

—Cuántas veces le he visto escribir cartas a su esposa —continuó diciendo—, aunque supiera que no las podría enviar. ¿Sabe, Eybler? Antes de la guerra yo también tenía una vida. Tenía una esposa. Su nombre, como el de la suya, era Anna. Tenía hijos: dos niñas pequeñas, Hilde y María. Y tocaba el piano en mis ratos libres, como usted. Ahora todo eso ya no existe. Todos están muertos. Una tarde, al principio de la guerra, en 1941, cuando regresaba de mi trabajo en el hospital de Berlín, encontré la puerta de mi casa abierta. Tuve un mal presentimiento. «Quizá Anna se olvidó de cerrarla», quise pensar, engañándome a mí mismo. Pero Anna nunca salía de casa a aquellas horas y ella no se habría olvidado de cerrar. El silencio de la casa era total. Profundo, angustioso, como el que reina ahora en Stalingrado. Un silencio de muerte. Los cadáveres de mi esposa y de mis hijas estaban en el salón. Las habían matado de

un disparo en la cabeza. Imagino que primero a las niñas, que tenían heridas de bala en la sien, y después a la madre de un tiro en la nuca, cuyo orificio de salida destrozó su rostro, extraordinariamente hermoso cuando vivía, de rasgos tan delicados como si fuese de porcelana. Tengo aquella imagen tan clavada en mi mente que no podré olvidarla jamás. Las piernas me temblaban tanto que caí de rodillas junto a los cadáveres y mis manos se tiñeron con la sangre que empapaba la alfombra. El dolor era tan intenso, el dolor moral de aquella pérdida, espantosamente violenta, repentina e irre recuperable, que no fui capaz de nada, ni de gritar, ni de llorar, ni de moverme siquiera. Me quedé allí quieto, vacío, como muerto. Vinieron a detenerme. En realidad me estaban esperando en mi propia casa. No aparecieron hasta que yo hube visto a mi familia muerta. Me golpearon de manera tan brutal que a duras penas logré mantenerme consciente. Me llevaron a las oficinas, al centro de detención en Berlín. ¿De qué me acusaban? De haberme casado con una mujer de ascendencia judía. El jefe de la policía secreta del distrito resultó ser un viejo conocido mío, a cuyo hijo yo había operado meses antes de una complicada fractura en una pierna, consecuencia de la caída de un caballo. Quizá eso fue lo que me salvó de acabar en un campo de concentración. En lugar de eso me destinaron al frente.

Adler hizo una breve pausa. Se frotó las manos ateridas por el frío y buscó en los bolsillos de su abrigo un cigarrillo, que encendió.

—Aquella tarde en Berlín lo perdí todo —continuó diciendo mientras veía como el humo del tabaco iba desapareciendo en el aire helado de la noche—. Perdí todo lo que me quedaba. Mi padre, militar, cayó en la Primera Guerra Mundial. Mi madre se suicidó poco tiempo después de conocer la noticia. Yo, poco más que un adolescente, asumí entonces todas las responsabilidades de un adulto y me hice cargo de mi hermano, doce años menor que yo. Militar como nuestro padre, murió en 1940, durante la invasión de Francia. ¿Sabe usted lo que es la soledad, Eybler? —preguntó sin mirarme, sin esperar una respuesta—. ¿Puede ser usted consciente de lo que hay realmente detrás de esa palabra? ¿Su espantosa realidad? Yo lo sé.

Adler dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Sabe usted lo que es el dolor, Eybler? El dolor de la pérdida, el dolor de la ausencia, el saber que no hay posibilidad de volver atrás porque atrás ya no queda nada... Yo conozco todas esas clases de dolor. Y le envidio, Eybler —dijo clavando en los míos sus ojos azules, en los que pude ver entonces, sintiendo el corazón en un puño, lágrimas heladas en sus párpados—, porque cuando acabe todo esto, si sobrevive, y espero, deseo sinceramente que así sea, usted tendrá un lugar, una patria de afectos a la que regresar. Todo eso que yo he perdido.

Nuestras miradas se cruzaron aún unos instantes después de que Adler guardara silencio. Luego él apartó la vista, fijándola en las ruinas y la desolación que tenía frente a sí. Apuró su cigarrillo de una calada y lo arrojó sobre la nieve. Aún permanecimos los dos un rato en silencio, sentados el uno junto al otro, un silencio que se había vuelto de pronto acogedor, humano. El silencio del dolor compartido, de la compasión, de la amistad. Durante ese silencio Adler se rehízo de una manera extraordinaria. Levantándose desde las cenizas de su alma torturada y de su cuerpo enfermo, recuperó su entereza, recuperó su fuerza, reconstruyó la coraza bajo la cual había escondido su alma. Un gesto rápido de sus manos delgadas, ágiles, firmes, retiró los cristales de hielo de sus párpados. Se puso en pie. Me tendió su mano.

—Feliz Año Nuevo, Eybler.

Yo la estreché con fuerza.

—Feliz Año Nuevo, Adler.

Después emprendimos lentamente el camino de regreso al hospital.

Aquella fue la única vez, la única en todos los meses de guerra en que trabajamos juntos, en todos los años de presidio que compartimos después, la única vez que vi a Adler llorar, la única vez que mostró su debilidad, que dejó al descubierto esa humanidad que el horror nos estaba arrancando a tiras, la única vez que habló de sí

mismo, de su vida, de su dolor. La única. No volvimos a tener nunca una conversación como aquella. Después de aquello Adler no volvió a flaquear jamás. Su coraza no volvió a quebrarse. Aunque su cuerpo enfermo sufriera lo indecible en las eternas jornadas de trabajos forzados a las que nos vimos sometidos al caer prisioneros tras la derrota, a pesar de la debilidad, de la fiebre, de la dificultad para respirar, a pesar de las torturas, las vejaciones y los golpes, Adler se mantuvo firme, siempre, hasta el final. Hasta su muerte. Hasta que yo le maté.

BERLÍN, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Esta mañana he acudido a la consulta del doctor Schemberg, en las afueras de Berlín. Mientras esperaba a que me recibiera me dediqué a caminar de un lado a otro en la sala de espera, donde, afortunadamente para mí, a aquella temprana hora de la mañana solo había una señora de mediana edad hojeando un periódico mientras esperaba su turno. Me sentía incapaz de permanecer sentado. Me sentía incómodo, indefenso, tímido y débil en aquella situación, al otro lado de la mesa. Nunca había consultado a un médico, nunca había sido paciente, no al menos de la forma habitual. Aquella perspectiva de la medicina era nueva para mí y he de confesar que no me agradaba en absoluto. No tuve que esperar mucho. No sé si fueron cinco minutos, quizá diez, pero en aquel breve lapso de tiempo estuve tentado cien veces de marcharme. De hecho, estaba a punto de hacerlo cuando la puerta de la consulta se abrió y apareció el doctor Schemberg. Me miró. Yo era el único hombre en la sala. Y sonrió.

—El señor Adler, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Ya no tenía posibilidades de echarme atrás.

—Entre, por favor —me invitó franqueándome el paso.

El doctor Schemberg era un médico joven, lo suficientemente joven como para no haber perdido aún el entusiasmo por su profesión, y al mismo tiempo lo suficientemente maduro como para

poseer ya cierta experiencia. De cabellos oscuros, estatura mediana y complexión delgada, usaba unas finas gafas de montura metálica que le hacían parecer más joven de lo que en realidad era y aportaban un cierto aire de dulzura a su rostro. Me causaron buena impresión sus gestos, seguros, calmados, el timbre de su voz, sin grandes oscilaciones, su seguridad. Alguien que duda, que no posee los conocimientos necesarios sobre la materia en la que trabaja, alguien mediocre, no se comporta así.

—Tome asiento, por favor —dijo indicándome con la mano uno de los sillones frente a su mesa.

Él se sentó frente a mí. Cogió una de sus carpetas de historial clínico en blanco. La abrió, escribió mi nombre en ella y después volvió a dirigir hacia mí su mirada.

—Es la primera vez que viene usted a mi consulta —observó—, así que, con su permiso, comenzaré haciéndole algunas preguntas sobre su salud.

Recoger mi historial médico nos llevó poco tiempo. Yo no tenía, ni había tenido, ninguna enfermedad importante ni ningún problema de salud que mereciera la pena reseñar. Ningún problema cardíaco, ni pulmonar, ni diabetes o dolencias de cualquier otro tipo. Las heridas de guerra no tenían trascendencia en el motivo que me había traído allí, así que ni siquiera las mencioné. El doctor Schemberg me preguntó entonces cuál era el motivo de mi consulta. Yo procuré describirle la sintomatología lo mejor que pude: el dolor en el pecho que me atormentaba desde hacía ya unos meses. El doctor Schemberg escuchó con atención, sin interrumpirme. Cuando terminé de hablar, de describir los síntomas, me miró unos instantes en silencio y después me dijo:

—Usted es médico.

Supongo que hay cosas que son difíciles de ocultar. Han sido tantos años, tantos años ejerciendo esa profesión, ocupando el lugar que Schemberg ocupaba entonces, al otro lado de la mesa, quizá no en una consulta, pero sí atendiendo pacientes, tantos años conviviendo casi exclusivamente con médicos y sanitarios, que es imposible evitar que determinadas expresiones, ciertas formas de hablar propias de la jerga profesional, surjan espontáneamente

cuando uno habla, sobre todo de enfermedades. Y Schemberg lo notó enseguida. No pude negar la evidencia.

El doctor Schemberg sonrió.

—Eso facilitará nuestra comunicación —se felicitó—: puedo hablarle de igual a igual. ¿Qué es lo que sospecha que le ocurre? ¿Qué quiere descartar?

—Dos diagnósticos principalmente —respondí—: una angina de pecho o un aneurisma.

—Ambos encajan con los síntomas que usted describe. Intentaremos averiguar de cuál de los dos se trata. Acompañeme, por favor —dijo, poniéndose en pie.

Le seguí hasta un pequeño gabinete anexo a su consulta, donde me pidió que me quitara la chaqueta y la camisa para poder auscultarme. Me dejé hacer, muy a mi pesar, porque al quitarme la camisa tuve que dejar al descubierto las cicatrices de mi pecho, las huellas indelebles de aquellos dos balazos que habían atravesado mi pulmón, las secuelas de la cirugía con la que Adler, el verdadero Adler, me había salvado la vida. Las cicatrices que me recordarían siempre que el pasado no fue un mal sueño, que fue real: Stalingrado.

El doctor Schemberg las vio, obviamente. Sus ojos se detuvieron por un instante también en la cicatriz que me marcaba la cara, pero no dijo nada. Me auscultó. Escuchó latir mi corazón, escuchó el aire entrar en mis pulmones. A continuación midió mi tensión arterial, primero en un brazo, luego en el otro. Todo era normal.

—Estuvo usted en la guerra, ¿verdad? —manifestó al cabo de un momento, vuelto de espaldas a mí mientras recogía el fonendoscopio y el esfigmomanómetro y yo me vestía.

Lo dijo con un tono de voz completamente neutro, como quien hace un comentario casual. En ningún momento quiso herirme ni indagar más allá de lo que yo quisiera contarle al respecto. Pero yo no estaba preparado para hablar de ello. No lo estaba, no lo estoy, ni creo que lo estaré nunca. Una cosa es escribir sobre Stalingrado, a solas, en silencio, palabras que nadie llegará a leer. Es un modo de mantener la cordura, de vaciar el alma de su pesada carga. Y otra

cosa muy distinta es hablar de ello, sobre todo con alguien que no estuvo allí. El horror no puede verbalizarse; es imposible transmitir toda su intensidad, toda su crudeza, con palabras. Yo, al menos, no puedo. Ni creo que alguien que no lo ha vivido pueda comprenderlo, comprender la magnitud de nuestro sufrimiento, de la miseria, del dolor, del miedo.

No respondí.

Volvimos a la consulta. El doctor Schemberg se sentó ante su mesa, y yo frente a él.

—Habrà que hacer un electrocardiograma y una radiografía de tórax —pronosticó después de hacer varias anotaciones en mi historia clínica—. Para ello solicitaré una cita en el hospital general. Lo conoce, ¿verdad?

Le respondí que, efectivamente, sabía dónde estaba.

El doctor Schemberg cogió el teléfono. Habló con el hospital. Me citaron para principios de la semana próxima.

—A finales de semana tendré los resultados en mi consulta —calculó Schemberg cuando colgó—. Espero verle entonces. Si en este tiempo vuelve a sentir ese dolor, por favor, acuda al hospital. No hace falta que le diga que puede ser algo serio.

—Lo sé.

Cuando por fin salí a la calle respiré aliviado. El sentimiento de indefensión que me invadía en la consulta desapareció en cuanto vi la luz del sol. Volvía a ser libre. Ya no era un paciente. Mi vida y mi dolor ya no estaban en manos de otro. Tendría las pruebas que necesitaba, tendría mi diagnóstico y con ello podría tomar una decisión.

Salir de casa es algo que me cuesta muchísimo. Relacionarme con la gente que no ha vivido lo que yo viví me resulta terriblemente doloroso. La vida, aparentemente, sigue: los niños juegan en los parques, la gente habla y ríe, las parejas se besan. Y yo me pregunto cómo es posible que no puedan ver el lado más oscuro de la vida, que no sean conscientes de que están ahí, acechando, el

dolor, el miedo, la muerte, dispuestos a saltar, a campar por sus respetos y a imponer su ley a la menor oportunidad. Y, de pronto, todo a mi alrededor me parece tan superficial, tan fútil, tan carente de contenido y sin sentido, que me resulta insoportable: esa felicidad fruto de la ignorancia, del desconocimiento del horror.

A veces, en mis raras salidas, escucho fragmentos casuales de alguna conversación de la gente que pasa a mi lado por la calle. Cuando hablan de algo que les inquieta, de las cosas que les preocupan o que temen, no puedo evitar una mirada a sus trajes impecables, a sus rostros saludables. Yo era como ellos, con sus mismas preocupaciones y temores... Ahora me pregunto cuántos de ellos saben lo que es realmente el miedo: un sentimiento que atenaza la garganta y te oprime el pecho hasta impedirte respirar, un sentimiento que te bloquea, que paraliza incluso los latidos de tu corazón. Ese miedo que te invade cuando estás aislado, solo, acurrucado en el fondo del cráter de un obús con el rostro hundido en el barro, sin atreverte siquiera a abrir los ojos, mientras cae sobre ti una cortina artillera, como si el infierno derramara de pronto todo su fuego sobre ti, ensordecido por las explosiones, aplastado literalmente por cada onda expansiva de los proyectiles que estallan demasiado cerca, sintiendo la metralla ardiente volar por encima de tu cuerpo mientras intentas hundirte más y más en la tierra como queriendo fundirte con ella, mientras rezas para que ese acero al rojo vivo no te alcance. Ese miedo que te hace querer creer que es cierto que las bombas no caen dos veces en el mismo sitio. Ese miedo que hace que se te ericen los cabellos de la nuca cuando entre la vorágine de explosiones escuchas un zumbido algo diferente de los demás y deseas con toda tu alma que no sea una bomba de fósforo. Puedes presentir ya la explosión de ese proyectil infernal a tu lado y te imaginas impregnado de esa sustancia viscosa y gris que se adhiere como cemento a la piel, a la ropa, que prende al contacto con el aire y de la que no es posible deshacerse, y casi puedes sentir cómo ese fuego aplicado directamente sobre tu cuerpo, como un hierro candente, va quemando, carbonizando lentamente cada centímetro de tu piel, estimulando cada una de los millones de terminaciones nerviosas que transmiten el dolor, e imaginas ya que

ardes vivo sintiendo el olor de tu propia carne quemada. Y entonces dejas de pensar en sobrevivir, y solo deseas que, si tienes que morir, la muerte sea rápida. Que no sea el fósforo, que una esquirla de metralla no te desgarre el abdomen y permanezcas horas agonizando en el barro de tu miserable agujero con los intestinos fuera de su sitio, retorciéndote de dolor. Porque ya no temes tanto a la muerte como al dolor que puede precederla.

El dolor. Con cuánta frecuencia se escucha a la gente hablar de él: el dolor que les produce su gota, su artritis o sus migrañas... Me pregunto cuántos de los que hablan son realmente conscientes de la intensidad que puede alcanzar el dolor, de la capacidad que tiene el ser humano de sentir dolor. Entonces vienen a mi mente las imágenes de hombres jóvenes, sanos, fuertes, con las piernas aplastadas por las orugas de un tanque, con los miembros destrozados por proyectiles de calibres brutales que revientan los huesos hasta hacerlos atravesar la piel, con el pecho atravesado por metralla y los pulmones lacerados asomando entre las costillas rotas, luchando por respirar, porque se ahogan en su propia sangre. Y veo su dolor, su terrible dolor. Por no hablar del dolor moral, del dolor interior, del dolor del alma, del dolor de ver morir, de matar, del dolor de la culpa, la incertidumbre, la soledad... ¿Cuánta gente conoce realmente el dolor? No creo que ni siquiera yo lo conozca del todo.

Y cuando a veces, al caer la tarde, escucho a la gente que sale de sus despachos, de sus almacenes, de sus talleres de costura, hablar de lo fatigosa que ha sido su jornada laboral, pienso en los días y las noches que hemos pasado Adler y yo en los quirófanos. Treinta y cinco horas, cuarenta, cincuenta, de pie, inclinados sobre la mesa de operaciones, hasta el punto en que nuestras piernas hinchadas eran como maderos enraizados en el suelo cubierto de sangre que era imposible mover sin un dolor intenso y un esfuerzo brutal; hasta el punto de que temíamos soltar el bisturí de nuestras manos entumecidas, rígidas, aferradas al instrumental como si fuera una parte más de nuestros brazos, porque si lo hacíamos, aunque fuera para una breve pausa, sentíamos que nuestra mano no podría volver a sujetarlo con la firmeza necesaria; hasta el punto de que, después de treinta, cuarenta, cincuenta horas sin dormir,

manteniéndonos despiertos a base de café, no nos atrevíamos a cerrar nuestros ojos enrojecidos porque podríamos sucumbir al sueño y aún había hombres que nos necesitaban. Y cuando al fin la marea incontenible de heridos nos daba algo de tregua, el simple gesto de erguir la espalda, después de tantas horas inclinados sobre la mesa de quirófano, producía un dolor tan lancinante que nos obligaba a mordernos los labios para no gritar. Cada movimiento era una tortura y el cansancio llegaba a veces a tal extremo que uno tenía miedo de dar un paso para salir del quirófano porque no sabía si tendría fuerzas para dar el paso siguiente. Pero peor que el cansancio físico, relativamente soportable, era el cansancio mental, la sensación de que, después de tantísimas horas despierto, activo, tomando decisiones trascendentes que podían determinar el hecho de que un paciente viviera o muriera, nuestra cabeza parecía a punto de estallar.

Cuando la situación se calmaba y podíamos hacer un pequeño descanso de algunas horas, se hacía patente ese agotamiento mental que durante aquellas horas previas de tensión, de un trabajo a vida o muerte en el que lo que estaba en juego era la vida de hombres, apenas habíamos notado. De repente, no había más pacientes que operar, y todo lo demás se volvía borroso para nosotros, todo se nublaba. Nuestra cabeza embotada era incapaz de procesar más información. Uno sentía que si alguien le hablaba, si alguien le preguntaba cualquier cosa, si uno recibía un solo estímulo más que le obligase a pensar o a tomar decisiones fuera del ámbito de la medicina, se volvería loco. En aquellos momentos, sin haber comido en días, casi sin quitarnos las batas de quirófano salpicadas de sangre, buscábamos cualquier rincón donde dejarnos caer como muertos y dormir un par de horas, solamente para que nuestro cerebro pudiera seguir funcionando y volver a ser personas normales, mínimamente lúcidas y coherentes. Nuestro objetivo no era descansar y recuperarnos. En la guerra no había tiempo para ello. Se trataba solamente de evitar que el agotamiento acabara por derrumbarnos, de sobrevivir en el límite de la resistencia física y mental.

Cuando pienso en esto me pregunto cuántas de las personas que hablan de cansancio han experimentado realmente ese agotamiento rayano en la extenuación, esa sensación de que uno puede realmente morir de puro cansancio.

Que no lo sientan nunca, que no sientan nunca el miedo que yo tuve, que no vean el dolor que yo vi, porque lo que nos hace humanos no es el horror, sino las cosas buenas: la belleza, la ternura, la bondad. El horror ha eclipsado en mí todo eso, todo lo hermoso y noble que puede haber en el hombre, y ahora mi alma está muerta mientras mi cuerpo se aferra obstinado a la vida. Y yo camino entre los hombres como un extraño, como si perteneciera a otro mundo, sin ser capaz de disfrutar de lo que ellos disfrutan, de aquello que constituye la felicidad, porque no puedo ver a un niño jugando en el parque sin ver al mismo tiempo el cadáver que será, porque soy incapaz de ver un jardín o un frondoso bosque sin ver también el páramo seco y estéril en el que puede convertirse. Mis ojos han visto cosas que ellos no han visto nunca, mi alma ha experimentado sentimientos hasta un extremo que ellos no pueden siquiera imaginar: eso ya no tiene vuelta atrás. Yo ya no puedo mirar el mundo, ver la vida con los mismos ojos, los míos, que eran como los suyos antes de todo esto. Y así ellos están vivos y yo estoy interiormente muerto. Ellos no son conscientes del horror. Y ojalá no lo sean nunca. Porque entonces el mundo estaría lleno de cadáveres cuyo corazón aún late y que aún respiran. No se gana nada con la consciencia del horror. Nada, salvo dolor.

Salir de casa me cuesta muchísimo. Me genera una angustia difícil de controlar, intensifica mi dolor moral y acentúa terriblemente esa sensación de absoluta soledad que me acompaña siempre. Pero esta mañana, puesto que ya estaba en la calle, he aprovechado para llevar a cabo algunas gestiones que tenía pendientes, de las cuales quizá hable al final de mi relato. Ahora que la noche envuelve en el silencio la ciudad, invitando al descanso, es cuando me siento de

nuevo a escribir, a descargar mi alma y mi memoria de su pesada carga para poder así yo también descansar.

El comienzo del año 1943 no cambió nada nuestra situación en Stalingrado. En todo caso, si lo hizo, fue para peor: menos comida, menos municiones, más enfermos y heridos, más miseria. Los hombres ya no morían solamente a causa de las heridas de guerra, las congelaciones y la gangrena, no morían solo por el tifus, la disentería o la hepatitis. Morían también de hambre. En aquella ciudad destruida, helada, cercada, ya no quedaba nada para comer. Hasta las ratas huían de nosotros. La debilidad de los soldados y la nuestra era tal que cuando había un momento de relativa calma lo único que hacíamos era cobijarnos del frío en los quirófanos, hacinados en los búnkeres, donde fuera, y permanecer allí quietos, sin hacer nada, procurando no pensar en nada, reservando nuestras pocas energías para que nuestro corazón pudiera seguir latiendo y nuestros pulmones respirando.

La evacuación de los heridos de nuestro hospital de campaña hacia el aeródromo de Pitomnik a principios de enero de 1943 era ya prácticamente imposible. Apenas quedaban vehículos de transporte. No había combustible. Algunos de los heridos que aún podían andar emprendían su propio camino a pie hacia el aeródromo, casi veinte kilómetros por caminos intransitables donde la nieve llegaba hasta las rodillas, flanqueados por vehículos abandonados, cráteres de bombas y cadáveres de otros camaradas que lo intentaron antes y cayeron para no levantarse más. No sé cuántos de ellos lograron llegar, cuántos quedaron en el camino. Algunos, muy pocos, regresaron días después a nuestro sótano peor aún de lo que salieron. Pitomnik no garantizaba la salvación. La situación en el aeródromo, sometido a constante fuego artillero ruso, con heladas y nevadas que inutilizaban las pistas durante breves períodos un día sí y otro también, era aún peor que la que me había descrito aquel soldado anónimo que llegó desde Pitomnik a nuestro hospital el día de Navidad para morir. Los heridos morían esperando hacinados a la

intemperie junto a las pistas de aterrizaje un avión que los sacara de aquel infierno. Los que no podían moverse para luchar por un hueco en los escasos aviones que lograban despegar no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir.

El ocho de enero hubo una tregua formal; los rusos llevaron al cuartel general del VI Ejército una propuesta de rendición. Fue rechazada de plano. Por lo visto había órdenes directas de Berlín de resistir hasta el último hombre, y el general Paulus, al mando del VI Ejército, no tuvo alternativa. Qué fácil es disponer de la vida de los hombres cuando no hay que mirarlos a los ojos, cuando no hay que decirles cara a cara que van a morir, cuando no son más que banderas en un mapa, en un cómodo despacho, a miles de kilómetros del horror. El Alto Mando no conocía el inmundo sótano que hacía las veces de hospital. Si hubieran estado allí, con Adler y conmigo, solo unas horas, viendo el sufrimiento y la agonía en aquellos hombres aislados, acosados, abandonados en Stalingrado... Dos días después de que la rendición fuera rechazada comenzó la ofensiva final del ejército ruso sobre la ciudad. El final estaba próximo.

El quince de enero las tropas soviéticas tomaron Pitomnik. El aeródromo tuvo que ser abandonado. Desconozco qué fue de los heridos que aguardaban allí la ansiada evacuación. Más tarde supe, por algunos de los que consiguieron sobrevivir a aquella tragedia y regresaron desesperados a Stalingrado para morir, que se intentó trasladarlos a otro aeródromo habilitado a toda prisa a unos quince o veinte kilómetros al norte de Pitomnik, en Gumrak. Apenas había transportes. Solo los heridos que aún podían andar tuvieron alguna posibilidad de llegar a Gumrak. Una herida grave, una amputación, cualquier lesión que imposibilitara caminar era en Stalingrado una condena a muerte. Los heridos que no pudieron ser trasladados tuvieron que quedarse en Pitomnik. El hospital de campaña habilitado allí fue abandonado con gran sufrimiento. No sé qué fue de los heridos, de los médicos, de los sanitarios que se quedaron en Pitomnik cuando el aeródromo fue tomado por los rusos. Imagino que sufrirían el mismo destino que posteriormente sufrimos nosotros. Gumrak también cayó pocos días después. Con ello

desapareció definitivamente cualquier posibilidad, por remota que fuera, de escapar. Tras la caída de Gumrak comenzó a llegar a Stalingrado un goteo constante de soldados heridos, enfermos, desfallecidos, desesperados, que huían de Gumrak y no tenían otro lugar donde refugiarse.

Las condiciones de nuestro hospital se volvieron indescriptibles. No pueden compararse con nada. Cientos de hombres hacinados en el suelo húmedo, frío, lleno de sangre, cubiertos de harapos, vendas ensangrentadas que hacía días que no se cambiaban, jirones de mantas. Quejidos, gritos lastimosos, sollozos contenidos. El olor de la sangre, el hedor de las heridas. Ratas, piojos. Ya no teníamos luz eléctrica; no había combustible para los generadores. Nuestro sótano desbordado estaba sumido en la penumbra, iluminado tan solo por pequeñas lámparas de aceite improvisadas por los soldados. Pero fuera la visión era igualmente aterradora. Montones de cadáveres congelados no lejos de las entradas del hospital, y, alrededor, las ruinas de una ciudad devastada, vehículos abandonados por falta de combustible, cañones, morteros, equipos militares destrozados, y más cadáveres: soldados aplastados por tanques, soldados muertos por disparos o metralla, soldados muertos simplemente de frío e inanición. Todo era muerte alrededor.

Los soldados que llegaban de Gumrak venían en unas condiciones lamentables. Muchos de ellos ya habían tenido que huir de Pitomnik a Gumrak, una marcha de quince kilómetros. La caída de Gumrak supuso para ellos otra crudelísima etapa de más de veinte kilómetros recorrida también a pie en unas condiciones físicas y climatológicas durísimas para regresar a las ruinas de Stalingrado. Llegaban con los pies congelados, los labios cuarteados por el frío, las heridas gangrenadas, famélicos, exhaustos, con los ojos apagados y la mirada vacía, como muertos. Y es que muchos llegaban para morir. Decenas de hombres morían cada día. Y nosotros, igualmente exhaustos, enfermos, demacrados, y sin nada, sin ningún medio material para auxiliarlos, poco podíamos hacer. «Curar cuando se puede curar, aliviar y consolar cuando curar no es posible.» Pero nosotros ni siquiera podíamos ya aliviar ni consolar, porque ya no quedaba ningún consuelo en Stalingrado.

El cerco se estrechaba cada día más en torno a Stalingrado. A finales de enero las tropas rusas penetraron en las ruinas de la ciudad. Lo que quedaba del VI Ejército fue acorralado en una estrecha franja de terreno junto a la orilla occidental del Volga. En dicha franja estaba nuestro hospital. No creo que quedara entonces un solo soldado sano en todo el VI Ejército. Los que no estaban enfermos o heridos sufrían congelaciones en diversos grados y todos estaban exhaustos, agotados hasta la extenuación. Aun así la mayoría de los soldados alemanes que aún podían sostener un arma continuaron resistiendo de manera tenaz. Sus dedos hinchados y agarrotados por el frío apenas podían apretar el gatillo; no tenían fuerzas siquiera para cavar trincheras en la nieve en las que protegerse. Pero siguieron luchando. Supongo que, cuando ya no les quedaba nada, su juramento como soldados era, en cierto modo, en aquellas circunstancias espantosas, un compromiso moral al que se aferraban con la fuerza de la desesperación como yo me aferraba a mi juramento hipocrático. Todos sabíamos que nuestro sacrificio, nuestro esfuerzo, eran inútiles, y, sin embargo, seguíamos allí.

El 31 de enero de 1943, finalmente, tropas rusas entraron en nuestro hospital. Con el VI Ejército prácticamente aniquilado, el general Paulus se había rendido.

BERLÍN, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Durante los últimos días de enero de 1943 se había producido un cambio extraño en nuestro hospital. Nuestro sótano desbordado de heridos y enfermos que se amontonaban unos junto a otros sobre el suelo en un intento por darse calor, ya que hacía tiempo que no teníamos combustible siquiera para las estufas Hinderburg, estaba sobrecogedoramente tranquilo. La letanía de lamentos, gritos y llantos que habían atormentado nuestros oídos y nuestras almas en las semanas, en los meses previos, había dado paso a una extraña quietud, como si los hombres allí hacinados en las condiciones más terribles, más miserables que puedan imaginarse, hubieran tomado consciencia de pronto de que todo estaba ya perdido, de que no quedaba esperanza. La mayoría de ellos permanecían silenciosos y tranquilos, como si aguardaran, sin fuerzas ya siquiera para la desesperación, sencillamente la muerte. El silencio era a veces tan profundo, tan intenso, que encogía el alma.

La tarde del 31 de enero Adler y yo estábamos juntos en quirófano tan exhaustos que no teníamos fuerzas ni para hablar. Tampoco hacía falta; nos conocíamos tan bien en lo profesional, habíamos operado tantas veces juntos, que bastaba un gesto, una mirada, para saber qué necesitaba uno del otro y hacerlo. Como aquella tarde de septiembre en que tocamos juntos el piano también agotados, inclinados sobre la mesa de operaciones nuestra

compenetración en el trabajo era perfecta, como si estuviésemos predestinados para ello.

La tranquilidad y el silencio de nuestro hospital se rompieron de pronto. Escuchamos fuera del quirófano, en el sótano, gritos, disparos, órdenes en un idioma que no entendíamos. Adler y yo nos miramos.

—Los rusos están aquí —expuse en voz alta la idea que pasaba por la mente de ambos.

Adler guardó silencio unos momentos. Cuando habló fue solamente para dar una orden.

—Sigamos.

Continuamos suturando el abdomen del soldado herido que yacía sobre nuestra mesa de quirófano. Ni Adler ni yo teníamos muchas esperanzas de que lograra sobrevivir, a pesar de que habíamos hecho todo cuanto humanamente era posible en nuestras circunstancias.

Los gritos, las voces en ruso, se acercaban cada vez más a través del sótano a nuestros quirófanos. De repente una de las lonas que separaban nuestra área quirúrgica del resto del hospital fue arrancada de cuajo y soldados rusos nos rodearon, apuntándonos con sus armas.

—¡Fuera! —nos gritó uno de ellos en alemán con un fuerte acento.

Adler, inmovible, continuó con la sutura.

—¡He dicho que fuera! —repitió el soldado ruso.

—Acabaré lo que estoy haciendo —respondió Adler con voz firme y extrañamente calmada, sin ni siquiera mirar al soldado que nos había dado la orden.

No esperamos mucho tiempo para ver la reacción de los soldados rusos ante la velada negativa de Adler. Nos apartaron a los dos a la fuerza de la mesa de quirófano, nos quitaron los escalpelos de las manos ensangrentadas, nos quitaron los correaes del uniforme y el arma reglamentaria que llevábamos al cinto, y, por último, nos arrancaron los brazaletes con la cruz roja que nos identificaban como médicos. El soldado que nos había ordenado salir apuntó después con su pistola, sin previo aviso, al herido que estaba

sobre la mesa de operaciones y antes de que ninguno de nosotros, ni Adler ni yo, pudiéramos reaccionar, le descerrajó un tiro en la cabeza.

—Ya han terminado su trabajo aquí. Ahora, ¡fuera!

Nos sacaron del quirófano a empujones. Cruzamos el sótano. Los soldados rusos estaban obligando a salir de allí a todos los heridos y enfermos que aún podían caminar.

Fuera del hospital la imagen de la derrota helaba el alma. Una hilera interminable de prisioneros avanzaba lentamente entre las ruinas hacia la periferia de la ciudad. Hombres consumidos, de mejillas hundidas, verdaderos esqueletos; piel y huesos. Sus rostros tenían una palidez cerúlea, enfermiza. Sus ojos estaban vacíos. Los uniformes eran poco más que harapos: los abrigo raídos, las botas envueltas en jirones de tela, las cabezas cubiertas con trozos de mantas, procurando desesperadamente defenderse del frío. Encorvados sobre sí mismos, agotados, extremadamente débiles, cojeando a causa de las congelaciones, los prisioneros parecían una legión de mendigos caminando por pura inercia hacia un futuro incierto. A una de esas columnas, en la misma situación en la que se encontraban los demás prisioneros, nos hicieron unirnos a Adler y a mí. Nuestro aspecto, nuestras condiciones físicas y mentales, no diferían mucho de las de aquellos hombres con los que nos fundimos en aquella interminable hilera de miseria y desesperación. Y así nos fuimos alejando lentamente del hospital. Adler y yo caminábamos uno al lado del otro sin decir una palabra. No había palabras para describir aquello, aquel sufrimiento, el dolor de abandonar aquel sótano insalubre en el que habíamos pasado tantos meses, en el que aún quedaban tantos heridos, tantos enfermos sin posibilidad de moverse, y que quedarían sin ningún tipo de asistencia. Cada paso sobre la nieve era agotador. Cada paso minaba nuestras resistencias físicas ya al límite. Cada paso aumentaba mi dolor moral por el juramento roto.

Cuando estábamos a unos cincuenta metros del hospital comenzamos a escuchar ráfagas de ametralladora a nuestra espalda, ráfagas cortas, discontinuas, una tras otra, y gritos de dolor y agonía. Me detuve, paralizado, en cuanto mi mente fue consciente

de lo que aquello significaba. Abrí mucho los ojos, que se enturbiaron con las lágrimas que se helaban en mis párpados en el frío de aquella tarde de enero. Adler me agarró con fuerza de la manga del abrigo y tiró desesperadamente de mí.

—Por Dios, siga andando —murmuró, casi me suplicó, con una ira que difícilmente podía contener.

Conseguí dar un paso hundiéndome en la nieve hasta las rodillas. El hielo en mis pestañas me impedía ver con claridad. Di otro paso más. A nuestras espaldas el ruido de los disparos seguía y aquellos gritos también, gritos que ya no parecían humanos, sino como de animales salvajes.

—Los están matando —conseguí decirle a Adler, y la voz se me quebró.

Adler no me contestó.

La columna de prisioneros de la que Adler y yo formábamos parte solo se detuvo ya entrada la noche, cuando ya casi habíamos dejado atrás la periferia de Stalingrado. Durante nuestro peregrinar por las ruinas de la ciudad devastada pude ver a los civiles. Ancianos tan cubiertos de harapos como nosotros, niños con el vientre hinchado por el hambre que salían de los agujeros en los que habían permanecido ocultos durante la ofensiva sobre la ciudad. Nos miraban pasar en silencio, sin mostrar ningún sentimiento, ni odio, ni alegría por nuestra derrota, ni compasión. Tampoco creo que pudiéramos esperarla. Su miseria era tan grande como la nuestra y aún más dolorosa e injusta, puesto que ellos eran víctimas inocentes de aquella locura.

Los soldados rusos que nos escoltaban levantaron aquella noche tiendas para guarecerse del frío y encendieron fuegos. Los prisioneros pasamos aquella primera noche de marcha como pasaríamos todas las demás, a la intemperie, sin agua y sin comida. Los prisioneros buscamos acomodo sobre la nieve, muy cerca unos de otros, para intentar dormir un poco sin morir congelados. Aquella noche no nevó. Con las primeras luces del alba comenzó de nuevo la tortura. Caminando siempre hacia el oeste dejamos atrás las ruinas de la ciudad que había sido nuestro infierno personal y avanzamos con enorme sufrimiento sobre la estepa helada. La interminable

columna de prisioneros asemejaba a un gusano miserable y harapiento, exhausto, que zigzagueaba dando tumbos en aquel desierto helado hacia el oeste. Los hombres comenzaron a morir. Aquellos que caían durante la marcha porque no podían continuar andando eran ametrallados. Una hilera de cadáveres que se congelaban a ambos lados del camino iba marcando nuestra ruta. Durante la segunda noche de marcha, de nuevo sin agua y sin comida, muchos prisioneros murieron silenciosamente mientras dormían, de frío y de inanición. Precisamente aquella noche, mientras yo dormitaba dando cabezadas, agotado, intentando despertarme cada poco tiempo para moverme y evitar las congelaciones, Adler desapareció de la columna de prisioneros durante unas horas. Cuando regresó traía un cuenco de leche y un trozo de pan negro. Se había jugado la vida para llegar hasta una granja cercana, pobre y miserable, donde había cambiado a la anciana rusa que la habitaba la chaqueta acolchada de algún soldado ruso muerto, que llevaba bajo el uniforme alemán para protegerse del frío, por aquella comida.

—Beba —me ordenó casi con un susurro para evitar que nos oyeran el resto de los prisioneros mientras me tendía el cuenco con la leche—. No podemos morir aquí.

Gracias a aquel alimento que Adler compartió conmigo conseguimos soportar aquella marcha infernal hasta el campo de prisioneros, que en cuatro días redujo el número de soldados que la formaban de una manera espantosa.

Nunca conseguí entender, y al mismo tiempo nunca dejó de admirarme, aquella actitud de Adler. La consciencia del horror, que su mente clara, su lucidez no le permitían obviar, su dolor, su sufrimiento, su pérdida, su soledad, la certeza de la muerte que se cernía sobre él, la enfermedad. Y aun así luchaba por la vida, por la suya y por la mía, con una fuerza, con una entereza casi inalterables y manteniendo una dignidad que ni el sufrimiento, ni los golpes ni las vejaciones consiguieron arrancarle jamás. Qué principio moral, qué inquebrantable convicción anclada en su alma le mantenía en aquella actitud, eso nunca lo supe. Pero sí recuerdo haberle oído decir en una ocasión, durante los largos años de presidio en Rusia,

algo que, en cierto modo, resumía esa particular forma suya de ser: «La dignidad es lo único que nunca podrán arrebatarme si yo no la entrego».

El campo de prisioneros en el que pasamos lo que quedaba de aquel invierno de 1943 se encontraba en las cercanías de Kharkov, a más de cincuenta kilómetros al oeste de Stalingrado. La misma Kharkov que el verano pasado habían conquistado los alemanes y que ahora estaba de nuevo en manos rusas. El campo estaba en las cercanías de una pequeña aldea cuyo nombre creo recordar que era Beketovka. El campo en sí era un conjunto de barracones de madera aislados en medio de la estepa. Su perímetro estaba rodeado por diez filas de alambre de espino. Tuve ocasión de contarlas. Menos de la mitad de los prisioneros que salimos el 31 de enero de la devastada Stalingrado llegamos allí. Menos de la mitad quizá sea una aproximación inexacta. Es probable que solo sobrevivieramos una cuarta parte de los que partimos de Stalingrado. Pero yo no estaba entonces en condiciones de hacer cálculos, ni creo que mi mente y mi alma, tan torturados como estaba mi cuerpo, hubieran podido soportar aquella realidad. La cuestión es que en los primeros días de febrero Adler y yo conseguimos llegar allí.

A la entrada del campo de prisioneros de Beketovka nos hicieron formar en fila de a uno para lo que nuestros carceleros denominaron *inscripción*. Nos preguntaban nuestro nombre y graduación para anotarlo en una lista y después nos registraban por si llevábamos algún arma oculta o algún objeto de valor. Si hubiésemos tenido algún arma muchos de nosotros, entre los que me incluyo, ya la habríamos utilizado para pegarnos un tiro. Respecto a los objetos de valor, allí, en la entrada del campo de prisioneros fue donde me arrebataron lo único que me quedaba de mi antigua vida: mi alianza de matrimonio, de muchísimo más valor sentimental para mí que valor real podía tener aquel delgado y sencillo aro de oro. Otra línea de sombra que se cruzaba en mi vida, otro gesto que me alejaba aún más de mi pasado. Con respecto a mi

nacionalidad, los rusos simplemente no me creyeron. No miraron siquiera mi documentación, ni aquellas cartas que nunca envié y que aún conservaba conmigo. Simplemente me las quitaron y las arrojaron al fuego, a una pequeña hoguera que habían encendido junto a la entrada para dicho fin. Escribieron mi nombre en su lista y anotaron junto a él mi nacionalidad. Para ellos yo era alemán.

Tras la inscripción nos distribuyeron por los barracones, donde nos acomodamos lo mejor que pudimos, hacinados, como lo habían estado los heridos en nuestro sótano-hospital. No había ningún tipo de atención sanitaria en el campo. Los enfermos y los heridos ocupaban los mismos barracones que los que aún mantenían una precaria salud. Durante dos días, hasta que terminó de llegar el flujo de prisioneros procedentes de Stalingrado, no se nos facilitó apenas agua ni alimentos. En los barracones no había ni una miserable estufa. El frío era atroz. Otra vez nos vimos chupando carámbanos de hielo para mitigar la sed que nos torturaba. En aquellos dos días murieron cientos de hombres.

En la segunda quincena de febrero nuestra situación mejoró un poco, puesto que empezaron a llegar suministros y agua potable al campo y se nos daba al menos una comida al día.

Los hombres siguieron muriendo por decenas. Cada día sacábamos de nuestro barracón cinco, siete, diez cadáveres de camaradas que habían muerto durante la noche. La disentería, la gangrena, el hambre hacían estragos. Los rusos organizaron entre los prisioneros cuadrillas de trabajo que se encargaban de depositar los cadáveres en uno de los extremos del campo, junto a las alambradas. La hilera de cuerpos congelados amontonados a la intemperie fue creciendo día a día, semana a semana. A principios de marzo calculé que aquel macabro muro tendría unos cincuenta metros de largo y unos dos de alto. Creo que eso da una idea aproximada de la mortalidad que había en el campo de prisioneros de Beketovka.

Adler y yo seguíamos ejerciendo como médicos en los barracones de aquel campo sin enfermería con lo que teníamos a nuestro alcance: hilos de las costuras de nuestros maltrechos

uniformes, alambres utilizados como agujas, tapas de latas afiladas que servían como escalpelos.

El frío. Recuerdo que uno de los prisioneros a los que atendimos por unas congelaciones gangrenadas en los dedos de las manos nos dijo una vez: «Es el frío lo que nos vuelve inhumanos. Este frío, tan intenso que no te deja sentir nada más. Todo está helado. Incluso dentro de uno mismo, el alma, todo está helado...». Tal vez delirara a causa de la fiebre que le causaba la gangrena extendiéndose por su cuerpo. O quizá precisamente en su estado, tan cercano a la muerte, sus palabras no fueran un delirio, sino una visión meridianamente clara de la realidad que estábamos viviendo. El soldado murió dos días después. Su cuerpo acabó, como el de otros muchos, en el extremo del campo, contribuyendo a que aquel muro de cadáveres, de muerte, aquel muro macabro, aumentase su longitud un poco más.

El final de febrero nos deparó a Adler y a mí una grata sorpresa. Con una nueva remesa de prisioneros llegó a Beketovka Schmidt, del que no sabíamos nada desde que fuimos hechos prisioneros. Para ser él también un prisionero de guerra llegó al campo en unas condiciones físicas relativamente aceptables. Nos contó su odisea, cómo había logrado escapar de la columna de prisioneros que se dirigía a los campos y cómo se había refugiado en una granja abandonada durante casi dos semanas, hasta que los rusos le descubrieron.

—Encontré algo de grano y pan negro escondidos en un agujero en el suelo de la casa, así que no me morí de hambre —relató—. Fue una lástima que los rusos dieran conmigo antes de que pudiera encontrar la forma de cruzar el cerco y llegar hasta las líneas alemanas.

Con respecto a Dantzig, Schmidt nos contó que los rusos le habían matado apenas entraron en nuestro hospital aquel 31 de enero. Se había negado a abandonar a su suerte a los heridos.

En abril los rusos comenzaron a reorganizar a los prisioneros de guerra de los campos en torno a Stalingrado enviándolos a campos de trabajos forzados. Supongo que tenernos encerrados en aquellas condiciones infrahumanas, dándonos de comer, si es que puede llamarse comida a la miserable ración diaria de sopa de mijo, pan negro y ocasionalmente pescado salado, sin que hiciéramos nada productivo para la madre patria rusa después de haber contribuido a su destrucción, resultaba poco tolerable. Comenzaron a evacuar a grupos de prisioneros de Beketovka con distintos destinos. Adler, Schmidt y yo fuimos destinados en la misma remesa de prisioneros a las minas de carbón del sur de los Urales, cerca de la frontera con Kazajistán. Estuvimos tan solo un par de meses allí. El trabajo en las minas de carbón era extraordinariamente duro para nuestros cuerpos desnutridos, agotados, enfermos, pero fue especialmente duro para Adler. La tuberculosis progresaba en él, en aquel clima extremo, de manera rápida e inexorable. La fiebre le debilitaba enormemente y en el interior de las galerías, con el polvo de carbón y el grisú, respirar constituía para él un esfuerzo sobrehumano. Durante una de esas jornadas de trabajo que se prolongaban de sol a sol, hubo más de una ocasión en la que le vi detenerse, apoyarse sobre el pico con el que arrancábamos el mineral de las paredes de la galería, inclinarse sobre sí mismo y llevarse las manos al pecho. Verle sufrir de aquella manera me angustiaba terriblemente, porque no podía hacer nada, absolutamente nada para ayudarlo. Evitando la mirada vigilante de los soldados que nos custodiaban abajo en la mina, una vez me acerqué rápidamente a él. Pude notar en la penumbra que nos envolvía su respiración agitada y ver a la luz de las lámparas de aceite el brillo de la fiebre en sus ojos.

—¿Qué tal? —le pregunté, aunque conocía de sobra la respuesta.

—Me ahogo aquí abajo —consiguió responderme, hablando con dificultad.

Guardé silencio un instante, pero no tardé ni eso en tomar una decisión.

—Pediré a los soldados que le dejen salir, capitán.

Sabía que una petición como esa podía costarme la vida, interpretada como un intento de escapar del durísimo trabajo al que estábamos sometidos. Cosas como aquella ocurrían con frecuencia en aquel lugar. Pero mi vida no valía mucho si Adler no lograba sobrevivir. Adler, no obstante, me sujetó por el brazo, me retuvo.

—Tranquilo. Se me pasará. Vuelva a su lugar.

Le miré a los ojos, esa mirada suya, siempre tan lúcida, incluso en la enfermedad, implacable en su determinación. Y supe que debía obedecer.

Adler continuó trabajando, arrancando el carbón de las entrañas de la tierra. Aguantó ese día y otros muchos días que siguieron, siempre firme, tal vez no todo lo firme que él hubiera deseado, pero con una voluntad inquebrantable, como si algún desconocido impulso vital inextinguible no le permitiera flaquear ni morir.

Con la llegada del verano nos sacaron de la mina. El gobierno ruso consideró que nuestros servicios a la patria como esclavos serían más útiles en otra parte, más allá de los Urales, y nos trasladaron a Oranki, un campo de trabajo aislado a medio camino entre la estepa y la tundra rusa, el bosque de coníferas, a quinientos kilómetros al este de Moscú, donde pasaríamos años.

El viaje en tren desde el sur de los Urales donde nos encontrábamos hasta Oranki, situado en las proximidades de la ciudad de Nizhniy Novgorod, a unos veinte kilómetros, fue una nueva agonía. Las distancias en Rusia parecían infinitas. Amontonados en vagones de ganado, sin comida y sin apenas agua durante seis días, aquel viaje en tren resultó eterno. Una vez más vivimos la experiencia de ver morir a los hombres uno tras otro, de sed, de enfermedades, de puro cansancio. Cuando el tren se detenía en alguna vía muerta para repartir agua a los prisioneros los soldados soviéticos abrían las puertas de los vagones y sacaban los cadáveres del vagón sin contemplaciones para después continuar el trayecto. En nuestro vagón viajaríamos unos ochenta prisioneros. De ellos solo cuarenta y cinco hombres llegamos con vida a Oranki.

El campo de trabajo de Oranki, aun siendo tan miserable como el resto de los campos que habíamos conocido, era mejor que Beketovka y que las minas de los Urales. Al llegar al campo nos sometieron, como habían hecho en los otros campos de prisioneros, a la correspondiente *inscripción* y al registro, aunque ya no nos quedara nada que pudiera ser valioso para ellos, ni siquiera humanidad. Yo no me molesté siquiera en defender de nuevo mi nacionalidad con la esperanza de que pudiera serme útil para ganar la libertad. En medio de la estepa rusa, en medio de la nada, me servía de bien poco.

Tras la inscripción y el registro no nos llevaron de inmediato a los barracones. Se nos ordenó pasar primero por el área de «desinfección». Reconozco que aquello nos hizo concebir esperanzas. Después de meses tratados casi como ganado, con los mismos uniformes destrozados que llevábamos el día de nuestra derrota, con las barbas enmarañadas y llenos de piojos, la posibilidad de agua, jabón y ropa limpia era como una promesa del paraíso. Nada resultó más lejos de la realidad. Nos llevaron a un edificio algo apartado dentro del campo. Nos raparon la cabeza al cero. Nos permitieron lavarnos con agua fría y, tras afeitarnos, nos rociaron con unos polvos químicos que nos dejaron la piel en carne viva. Fue después de aquello cuando por fin nos ubicaron en los barracones que serían nuestro alojamiento durante los años siguientes. Nos dieron uniformes de prisioneros marcados con un número. En Oranki dejamos de tener identidad. Yo pasé a ser el prisionero número 3195. De esta manera comenzó la rutina que nos mantendría encadenados durante casi trece años.

BERLÍN, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Ayer, una vez más, no pude escribir. La causa fue la misma de siempre: el dolor. A medida que me aproximo en mi relato a la muerte de Adler, las crisis son cada vez más frecuentes. Esta vez no fue tan intenso como lo había sido la vez anterior, pero sí lo suficientemente invalidante como para mantenerme postrado la mayor parte del día.

Pensé en algún momento acudir al hospital, como me había indicado el doctor Schemberg cuando fui a su consulta. Un electrocardiograma durante el episodio de dolor mostraría alteraciones que podrían orientar al diagnóstico de angina de pecho. Pero reconozco que no tuve fuerzas para salir de casa, ni tampoco valor. La idea de encontrarme con algún conocido del verdadero Heinrich Adler me inquietaba; el trato con la gente era y es para mí terriblemente difícil, y el hecho de volver a ser paciente, de poner mi vida y mi sufrimiento en manos de otro me resultaba intolerable. Permanecí tumbado en la cama la mayor parte del día sin hacer nada, negándome incluso a pensar. Al anochecer, a pesar de que el dolor persistía, sordo, acechante, conseguí quedarme dormido. Cuando desperté esta mañana, el dolor había desaparecido.

La rutina en el campo de prisioneros de Oranki era sencilla. Durante el verano de 1943 trabajamos de sol a sol en una cantera situada a diez kilómetros del campo, camino que recorriamos a pie por la mañana y al atardecer cargados con picos y palas. Nos permitían dos comidas al día, antes de salir a la cantera y por la noche, cuando regresábamos. Durante el trabajo solo disponíamos de agua sucia de polvo almacenada en bidones sin cubrir. El campo era aceptable, comparado con la situación inhumana que habíamos vivido primero en Beketovka y después en las minas del sur de los Urales. Aunque convivíamos hacinados en los barracones, disponíamos de letrinas, nos permitían afeitarnos y la rudimentaria enfermería del campo estaba atendida por sanitarios rusos, aunque no había ningún médico. El trabajo era agotador, la alimentación mala e insuficiente, pero el clima aquel verano fue benigno. Comparado con el espantoso frío que habíamos soportado en Stalingrado y en Beketovka, aquella temperatura agradable y la luz del sol nos beneficiaron enormemente, sobre todo a Adler, cuya enfermedad se estabilizó.

Cuando el verano dejó paso al otoño y este al invierno, la crueldad del clima ruso regresó con toda su dureza. Nieve hasta donde alcanzaba la vista, hielo, frío, congelaciones. El monstruo de Stalingrado parecía tomar vida de nuevo. Con el mal tiempo el trabajo en las canteras era imposible. La roca se volvía dura como el acero. Durante los meses de invierno nuestra tarea consistía en talar las enormes coníferas de la tundra para la industria maderera. Cinco kilómetros a pie desde nuestro campo con un frío glacial, con la nieve que en ocasiones nos llegaba hasta la cintura, con lo cual había que despejar un camino a golpe de pala hasta llegar al bosque de abetos, donde derribar cada uno de aquellos gigantes con un hacha constituía un esfuerzo para nosotros casi al límite de la resistencia humana. Y después, podar las ramas, dejar el tronco limpio, atarlo con cuerdas y arrastrarlo durante tres largos kilómetros hasta los camiones que lo llevarían a la serrería. Por supuesto no había caballos para aquella tarea. Nosotros éramos los animales de tiro, mucho menos valiosos y más prescindibles que un caballo. La cuerda nos desollaba las manos y los hombros. El desgaste físico era

terrible. Pero eso no era lo peor. Lo peor eran los golpes, los insultos, la dureza implacable de quienes nos custodiaban. Si nos veían detenernos un momento a tomar aire, el culatazo de un fusil nos obligaba a volver al trabajo. Cualquier protesta, la menor queja, era acallada al instante con brutales palizas. Muchos hombres murieron así. Habíamos perdido a ojos de nuestros captores la condición de seres humanos. La situación fue especialmente dura al principio, los primeros años, cuando aún estaban recientes en la memoria de los rusos la guerra sin sentido que tanta sangre y tantas vidas soviéticas había costado. Con el tiempo la situación se volvió más tolerable.

Los prisioneros del campo estábamos completamente incomunicados del exterior, por supuesto. El correo no existía para nosotros, y las únicas noticias que nos llegaban del mundo eran las que traían las nuevas remesas de prisioneros que llegaban a Oranki o las que nuestros guardianes nos transmitían, es decir, casi ninguna. Solamente en una ocasión, en 1945, los rusos reunieron a todos los presos en la explanada que había en el centro del campo, el mismo lugar en el que estábamos obligados a contemplar los castigos y las ejecuciones sumarias, para informarnos de lo que estaba pasando en el mundo. Fue para comunicarnos que los rusos habían entrado en Berlín. La guerra había terminado.

Los días, los meses, las estaciones y los años se sucedían en una monótona procesión, rota solo por los incidentes habituales en un campo de prisioneros: un camarada muerto por una brutal paliza, una ejecución, algún prisionero que murió por agotamiento en las canteras o en el bosque... Nuestro número fue menguando con el tiempo. Éramos varios miles los prisioneros en Oranki cuando Adler, Schmidt y yo llegamos allí. Al final no llegábamos a doscientos.

Si bien el campo de prisioneros de Oranki contaba con una enfermería, el personal sanitario que cubría nuestra asistencia allí eran tres enfermeros rusos con escasa habilidad y nulo interés en ayudarnos. Y ningún médico. A los pocos meses de llegar al campo, Adler ya había organizado su propio dispensario. Por las noches, después de las agotadoras jornadas de trabajo, muchos prisioneros acudían a nuestro barracón buscando un alivio a sus dolencias.

Nuestro trabajo como médicos en Oranki era radicalmente distinto al que habíamos desempeñado en Stalingrado, que había sido eminentemente quirúrgico. En el campo de prisioneros el principal sufrimiento era causado por la desnutrición y el trabajo brutal. La falta de alimentos frescos y de fruta pronto dio lugar a casos de escorbuto y pelagra. La tuberculosis también aumentó espectacularmente debido a las escasas defensas y la disentería siguió haciendo estragos en aquellos hombres mal alimentados y sometidos a unas condiciones de vida similares a la esclavitud. También atendíamos ocasionalmente heridas y algunas fracturas leves producidas durante las interminables jornadas laborales. La necesidad hizo de la improvisación una virtud. Como en Stalingrado, volvimos a deshilar camisas para hacer suturas. Como en Beketovka, utilizamos alambres como agujas y tapas de latas afiladas en lugar de bisturíes. Pero Adler no se conformó con eso. Encontró la forma, jugándose la vida si le descubrían, de entrar por la noche, de vez en cuando, en la enfermería del campo para coger material sanitario que estaba allí sin utilizarse apenas. Los rusos no ponían demasiado énfasis en cuidar nuestra salud. Siempre había al menos entre veinte y treinta pacientes en la enfermería del campo: heridos graves en accidentes de trabajo, casos de desnutrición severa o debilidad extrema, ictericia y disentería grave, con lo cual la falta ocasional de algunas vendas, tintura de yodo, aspirinas o suplementos vitamínicos no llamaba demasiado la atención. Adler ponía especial cuidado en que sus incursiones nocturnas, mientras los enfermeros dormían, no dejaran más huella que la que el consumo de aquellos suministros por parte de los ingresados en la enfermería podría causar. Su vida y, con ello, la continuación de su labor estaban en juego. En poco tiempo tuvo, oculto bajo su litera en un agujero en el suelo cubierto con tablas, un pequeño botiquín. Tanto Schmidt como yo insistimos constantemente en compartir con él aquella responsabilidad, pero Adler siempre se negó. Su argumento era irrefutable. No quería que si nuestra tarea llegase a descubrirse, los tres fuéramos condenados por ello.

Continuar ejerciendo nuestra profesión en aquellas condiciones embrutecedoras se convirtió en el pilar de nuestra resistencia.

Éramos útiles, podíamos ayudar al resto de los prisioneros, aún conservábamos rasgos de humanidad en nuestras almas. La esclavitud, los golpes no habían logrado transformarnos del todo en bestias. Nuestra labor como médicos nos ayudó a seguir viviendo, nos dio esperanza, y, sobre todo, nos permitió mantener nuestra dignidad como seres humanos, esa dignidad que, como Adler dijo uno de esos días que se sucedían con una monotonía sin tregua uno tras otro en Oranki, nadie podría arrebatarnos si nosotros no la entregábamos. Esa dignidad, esa humanidad que estuvieron a punto de desaparecer en Stalingrado.

Los días, los meses, los años pasaron. A veces mejor, a veces peor. A veces tan cansados y enfermos que creíamos morir. A veces felices pese al agotamiento y la enfermedad, vislumbrando con el transcurrir del tiempo una esperanza de libertad. A veces desesperados. Es suficiente una frase para describir aquellos trece años de presidio: «pasó el tiempo». Los días, en su rutina, eran todos iguales en esencia. Iguales para mí, todos menos uno.

Fue en el invierno de 1951, no lejos de Navidad. Lo recuerdo perfectamente porque casi desde el principio habíamos grabado en las paredes de madera de nuestro barracón un calendario en el que marcábamos cada día nuestra condena. Eran ya años, los mismos que Adler y yo llevábamos ejerciendo la medicina de manera clandestina en el campo. Ocurrió una noche, cuando nos encontrábamos ya en los barracones dispuestos a dormir para enfrentar al día siguiente una nueva jornada de trabajo brutal. Ese tiempo, un par de horas antes de acostarnos, era el momento que Adler y yo empleábamos en atender a los prisioneros. Siempre había un par de ellos junto a la puerta para avisarnos si los rusos venían a hacer alguna inspección por sorpresa. Así ocurrió aquella noche: uno de los prisioneros que vigilaban para que nuestra actividad permaneciese en secreto entró corriendo en el barracón.

—¡Una inspección! —quiso gritar, pero su voz fue casi un susurro.

En menos de un minuto todo nuestro material médico y las medicinas estaban en su escondite en el suelo, nuestras literas en su sitio. La apariencia del interior del barracón era por completo normal

cuando los rusos entraron. Nada estaba fuera de lugar. Pero ellos sabían lo que venían buscando. De alguna manera lo sabían. No se detuvieron en la entrada. No preguntaron nada. Directamente se dirigieron al fondo del barracón, a las literas que ocupábamos Adler y yo. Empujaron nuestras literas, golpearon el suelo con sus botas militares. Las tablas cedieron, los frascos de tintura de yodo se hicieron añicos y el oscuro líquido manchó las vendas limpias, protegidas entre jirones de nuestros uniformes de prisioneros en aquel agujero. Recuerdo que se hizo el silencio en el barracón mientras los rusos amartillaban sus fusiles, un silencio tenso, como una amenaza de muerte.

—¿Quién ha robado esto? —preguntó uno de los rusos en mal alemán.

Por unos momentos nadie contestó. Me fijé en que los rusos estaban mirando nuestros números de prisioneros impresos en los uniformes que vestíamos. Dichos números coincidían con el número que estaba grabado en la litera que teníamos asignada. El botiquín clandestino estaba bajo las literas con los números 3195 y 3196. Entonces Adler dio un paso al frente.

—Fui yo —dijo con la mirada desafiante al frente, exactamente como le imaginé cuando Schmidt me lo describió llegando a la estación de Berlín escoltado por la Gestapo.

Los soldados miraron el número de su uniforme. Era el 3196.

Lo que ocurrió a continuación fue un caos. También yo quise dar un paso al frente. No podía permitir que Adler asumiera aquello solo. Yo había ejercido de médico tanto como él. Si él era culpable, yo lo era tanto como él y era justo que sufriera la misma condena. Pero en ese momento Adler se abalanzó sobre un soldado ruso derribándole de un puñetazo. Casi al mismo tiempo Schmidt se echó sobre mí arrojándome al suelo. Dentro del barracón se inició una verdadera batalla campal porque el resto de los prisioneros también agredieron a los soldados rusos. Pero los soldados soviéticos, armados, fuertes, no tardaron mucho en sofocar aquel motín de prisioneros desarmados, hambrientos y débiles. Se escucharon disparos; varios presos cayeron. Schmidt me inmovilizó clavando sus

rodillas sobre mi espalda. Yo quería gritar que también era médico, que también era culpable, pero Schmidt me tapó la boca.

—¡Cállese, Eybler! —me murmuró casi al oído en medio del tumulto, con enorme tensión contenida en su voz—. Por Dios, icállese!

Pocos minutos después los soldados rusos habían controlado la situación. Varios de ellos se llevaron los cadáveres de los prisioneros muertos tras el tumulto mientras otros dos escoltaban a Adler, magullado, con un labio partido y las manos atadas a la espalda. Mis ojos aún se cruzaron con los suyos durante un instante antes de que le sacaran del barracón. Me pareció que sonreía.

Solamente cuando los rusos se fueron, Schmidt me soltó. Yo le empujé temblando de ira y me puse en pie.

—¿Por qué?! —grité—. ¿Por qué lo has hecho?

Schmidt me miró con expresión grave. Tardó unos momentos en contestar.

—Adler lo quiso así.

Aquella noche lloré. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas. Lloré, y dentro del barracón las lágrimas no se me helaban en las pestañas como en Stalingrado. Lloraba porque no podía contener el torrente de lágrimas que afloraban a mis ojos. Adler iba a morir, si es que no estaba muerto ya, si es que no le habían matado apenas le sacaron del barracón. Adler, muerto. Muerto por algo que habíamos hecho los dos, de lo que los dos éramos igualmente responsables. Era una idea que no podía soportar. Un hombre como él, con esa fuerza vital, con ese impulso inquebrantable de vivir, con esa entereza, con esa lucidez, que me había sostenido en mi debilidad, que había cargado con mi angustia, que me había salvado la vida, a mí como a tantos otros. Él no podía morir. Nadie era más necesario allí que él.

Aquella noche no pude dormir. Los recuerdos acudían a mi mente sin cesar y sin que pudiera evitarlo: a veces tan enfermo que la fiebre casi no le permitía mantenerse en pie; a veces casi sin aliento, sus pulmones maltrechos tenían que hacer un supremo esfuerzo para coger aire durante las eternas marchas sobre la nieve hasta los bosques en los últimos meses; durante los eternos días de

trabajo en los últimos años. Pero fuera como fuese, Adler siempre había estado allí, firme, entero, con su voluntad inquebrantable de vivir, con su esperanza como una roca que uno sabía que nunca le fallaría, con la fortaleza que a mí me faltaba. Compartíamos muchas cosas. No solo nuestra profesión, no solo el horror que habíamos enfrentado juntos, el sufrimiento, la miseria. Era más que eso. Compartíamos un mismo dolor, algo que en todos aquellos años Adler solo nombró una vez, aquel fin de año de 1942, algo que todos ignoraban de él menos yo, un dolor que tenía para los dos el mismo nombre: Ana, Anna...

Jamás me he sentido vinculado a nadie como lo estuve con Adler, hasta el punto de sentir que, si él moría, también yo lo haría. Más tarde o más temprano. Yo no sobreviviría sin él. No era lo bastante fuerte. Al menos entonces lo creía así.

Llegó el amanecer, llegó la rutina, el trabajo extenuante. Pero aquel día ya fue diferente de los que hasta entonces yo había vivido, porque Adler ya no estaba. Pasó ese día, y otro más. Guardo un recuerdo confuso de aquel período. El dolor que sentía, el dolor moral era tan intenso que lo impregnaba todo de una sensación de irrealidad, de pesadilla. Schmidt intentó hablar conmigo en varias ocasiones, pero yo, encerrado en mí mismo, le evitaba. Solo existía el dolor.

En la mañana del tercer día tras la detención de Adler, antes de que saliéramos a trabajar, las sirenas del campo sonaron, convocándonos a la explanada central, como ocurría siempre que teníamos que presenciar alguna ejecución. Corrí, creo que como nunca lo había hecho. El corazón amenazaba con salirse de mi pecho. Lo sabía, lo presentía. Luché por ocupar las primeras filas, justo frente al cordón de soldados rusos que custodiaban el acceso al patíbulo levantado aquella misma noche. Poco después trajeron al reo. Era Adler. Lo había sabido desde el primer momento. Por eso sonaban aquel día las sirenas. Estaba terriblemente magullado: el pómulos derecho amoratado, sangre seca sobre su labio inferior partido, una profunda herida en la frente, cerca de la cicatriz que había dejado allí otra herida, la de Kharkov. Eso era lo que se veía. Su cuerpo, cubierto con el miserable uniforme de prisionero, idéntico

al de todos nosotros, llevaría también las huellas de innumerables golpes. Lo que habían hecho con él durante aquellos dos días solamente él y sus captores lo sabían. Le traían al patíbulo escoltado por cuatro soldados. Llevaba las manos atadas a la espalda y una cuerda con un nudo corredizo alrededor del cuello, firmemente sujeta por un soldado ruso para abortar cualquier última tentativa de evasión. Incluso en aquella situación infame y degradante para cualquier hombre, incluso entonces, machacado por brutales palizas, incluso entonces, había dignidad en él. La mirada al frente, la cabeza erguida a pesar del dolor. Su manera de caminar hacia la muerte: cada uno de sus gestos estaba impregnado de esa dignidad que se negaba a entregar. No llegó a verme, o, si lo hizo, en aquel momento no me miró. Subió pausadamente los peldaños del patíbulo y los soldados que le escoltaban le colocaron cerca de un poste erigido en medio de la tarima. En aquel momento el comandante del campo, que esperaba allí la llegada del reo, se dirigió a los prisioneros congregados en la explanada para explicar el motivo de aquella ejecución. Su justificación fue breve.

—El prisionero 3196 ha sido condenado a muerte por robar medicamentos y material médico de la enfermería del campo.

Un murmullo sordo corrió entre los prisioneros. Cómo no iba a robarlo si los cuidados sanitarios apenas existían en el campo, si a los hombres se les dejaba morir como animales. Cómo no iba a hacerlo si era médico como yo y existía un compromiso moral, un juramento, que nos ligaba a los que sufren. Tenía los conocimientos; solo tenía que procurarse los medios para hacer lo que debía hacer, lo que ambos hicimos.

Por un momento pensé que el grueso de los prisioneros se levantaría contra aquella ejecución, que podríamos salvar a Adler de la muerte. Pero el movimiento nervioso de los soldados que nos custodiaban y el chasquido de los seguros de los fusiles al ser retirados hicieron que finalmente el miedo venciese a aquella ira contenida y de nuevo reinara el silencio.

Adler fue conducido hasta el poste por los soldados rusos que le custodiaban. Allí liberaron sus manos de la cuerda que las sujetaba. Uno de los soldados le agarró por el cuello y le empujó brutalmente

contra el poste, al mismo tiempo que el que sujetaba la cuerda con el nudo corredizo la tensaba hasta casi asfixiarle. Otro soldado, poniéndose unos guantes de cota de malla, cortó un trozo de alambre de espino de un rollo situado sobre la tarima y ató con él las manos de Adler tras el poste. El alambre penetró bajo la piel de las muñecas, desgarrando tendones, nervios, músculos. En unos momentos aquellas manos delgadas, espirituales, extremadamente hábiles, aquellas manos que habían salvado tantas vidas, incluyendo la mía, aquellas manos que habían sabido «aliviar y consolar cuando curar no era posible» quedaron retorcidas en un gesto grotesco al destrozar el alambre los tendones, las estructuras nerviosas que controlaban su movilidad. Se cubrieron de sangre. Ya no podrían volver a operar.

Pude ver cómo el rostro de Adler se contrajo en un gesto de terrible dolor, cómo los músculos de su cuello se tensaban en un esfuerzo sobrehumano por no gritar. Y vi en sus ojos, en esos ojos suyos, perfectamente conscientes del horror, un brillo distinto, algo que solo había visto en ellos en una ocasión, algo que me partió el alma. Eran lágrimas.

—¡No le matéis! —grité sin poder contenerme, intentando atravesar la barrera de soldados que me separaba del patíbulo.

Fue imposible. Tres o cuatro de ellos se me echaron encima en cuanto intenté avanzar, uno de ellos me apuntó con su fusil a la cabeza, pero obedeciendo un gesto del comandante del campo no disparó. No sé si el comandante lo hizo por piedad al ver mi desesperación o por simple crueldad. Yo miré a Adler. Sus ojos azules se cruzaron con los míos. No podría definir lo que vi en ellos, una mezcla extraña de sentimientos diversos: dolor, afecto, gratitud, una súplica, sin palabras, de que continuase viviendo. ¿Pero cómo podría yo vivir si él moría?

Mientras los soldados rusos me retenían abajo, dos verdugos armados con garrotes subieron al patíbulo. Se colocaron uno a cada lado de Adler y a una orden del comandante del campo comenzaron a golpearle. Yo me derrumbé física y moralmente. No podía soportar ver morir de aquella manera espantosa a un hombre al que apreciaba, al que respetaba, al que debía la vida. Caí de rodillas

llorando, al borde del colapso emocional. Me cubrí el rostro con las manos. No podía mirar. Sin embargo no pude evitar escuchar el sonido sordo de los golpes descargados sobre Adler, sus gritos ahogados de dolor. Pude escuchar incluso el sonido de las costillas cuando se rompieron y cómo la voz de mi capitán médico, aquella voz de acero, se quebraba al faltarle el aire cuando aquellos huesos se clavaron en sus pulmones ya enfermos.

Nunca he sido un hombre religioso, y Stalingrado me había arrebatado la poca fe que algún día tuve. Pero recuerdo que en aquellos momentos recé: «Dios, mátales. Si realmente eres misericordioso, mátales. No le tortures más. Déjale morir». Mi oración no fue escuchada y Adler siguió con vida, demasiado consciente, demasiado lúcido como para rendirse.

De pronto los golpes cesaron. Se hizo el silencio. Solo los gemidos de dolor ahogados de Adler, su voz de acero rota, luchando por respirar, rompían aquella quietud. Conseguí reunir el valor suficiente como para apartar las manos de mi rostro, secar las lágrimas que enturbiaban mis ojos y mirar a Adler. Los verdugos habían respetado su cara, pero dudo que alguna vez el rostro de un ser humano hubiera reflejado un dolor tan extremo como el que Adler sufría entonces. Se mantenía en pie porque estaba atado al poste, de lo contrario no habría podido sostenerse. Tenía los ojos fuertemente cerrados, la cabeza inclinada sobre el pecho. Un fino hilo de sangre brotaba de la comisura de sus labios. Sus órganos internos estaban destrozados. Se moría. Se moría con un dolor espantoso.

El comandante del campo caminó hacia él. Se detuvo a menos de un metro de Adler. Le obligó a levantar la cabeza para mirarle a la cara. Adler abrió entonces los ojos, todavía abrumadoramente lúcidos, desafiantes a pesar del dolor, y no sé cómo consiguió reunir fuerzas suficientes para escupir en la cara del comandante ruso la sangre que llegaba a sus labios. El comandante retrocedió sorprendido, secando de su rostro la sangre con el dorso de la mano. En un instante pasó de la sorpresa a la ira más profunda. Hizo un gesto a los verdugos. La tortura iba a comenzar otra vez.

No sé qué me ocurrió. De repente recuperé la calma, el dominio de mí mismo. Lo vi todo claro, meridianamente claro. Lo que tenía que hacer. Fue algo visceral. Simplemente no podía soportar aquella tortura, no sobre aquel hombre. No sobre Adler. Todo ocurrió en segundos. Reaccioné salvajemente. Aún no me explico cómo encontré fuerzas suficientes en mi cuerpo debilitado y desnutrido para hacer lo que hice. Arranqué el fusil de las manos de uno de los soldados que me custodiaban y le golpeé con la culata en pleno rostro con tanta fuerza que le hundí el pómulos izquierdo y el tabique nasal. Pude escuchar el crujido de los huesos al romperse. Pude oír al soldado gritar de dolor. Pero, sinceramente, no me importó. Antes de que nadie pudiera detenerme, me eché el fusil al hombro, lo amartillé y apunté. Apunté a la cabeza de Adler.

Solo tendría un disparo, una oportunidad. No había tiempo para la duda, y no podía fallar. Los rusos se me echarían encima en segundos. Aún hubo tiempo, sin embargo, para que durante unos instantes los ojos de Adler pudieran cruzarse una última vez con los míos. Había gratitud en aquellos ojos azules, que percibían con infinita claridad el sufrimiento, que yo ya no volvería a ver. Duró solo un instante, porque Adler cerró enseguida los ojos e inclinó la cabeza, como si hiciera un gesto de despedida, como si quisiera facilitarme lo que iba a hacer. Y disparé.

No erré aquel disparo, el más importante, el más doloroso de toda mi vida. Antes de que los soldados soviéticos se echaran sobre mí pude ver cómo la bala penetraba en la cabeza de Adler a la altura del hueso parietal izquierdo y le atravesaba el cráneo. El impacto le hizo echar la cabeza hacia atrás, contra el poste. Después volvió a reclinarse sobre su pecho. Sus rasgos se habían relajado. Su rostro ya no estaba contraído por el dolor. Supe que estaba muerto.

BERLÍN, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Los días que siguieron a la muerte de Adler fueron para mí como un pozo sin fondo. Un abismo. No puedo recordar lo que sucedió con claridad. Inmediatamente después de que disparara, de que segara la vida del hombre que había salvado la mía, los soldados rusos se echaron sobre mí. Me arrancaron el fusil de las manos, me derribaron. Una lluvia de golpes, culatazos y patadas cayó sobre mí. Yo, tendido en el suelo, tampoco hice mucho por defenderme. Nada me importaba ya. Había liberado a Adler de su agonía, le había matado. Después de eso me derrumbé. Me golpearon con tanta saña que me partieron varios huesos de la mano izquierda y algunas costillas. Los golpes dolían, sí, pero el dolor de mi alma, el dolor moral, era tan intenso que el dolor físico de aquella paliza era nada comparado con él. Cuando se cansaron de golpearme me arrastraron por la nieve sucia y me arrojaron a una celda de aislamiento. Allí me quedé, tumbado sobre el frío suelo de hormigón, encogido sobre mí mismo. Con el cuerpo machacado cualquier movimiento era una tortura, pero lo peor era el dolor de mi alma hecha pedazos. Las lágrimas se deslizaron lentamente durante horas por mis mejillas sin que pudiera contenerlas. Psicológicamente estaba destrozado. Podría haber estado allí dos días o dos años. Me hubiera dado igual. Perdí por completo la noción del tiempo, aunque recuerdo haber oído, mientras permanecía allí, la ventanilla de mi celda abrirse dos o tres veces para depositar mi ración diaria de

agua y pan que ni siquiera llegué a tocar. Ya no tenía fuerzas para seguir viviendo. Había matado a Adler.

Los dos o tres días que estuve en aquella celda de aislamiento rocé la locura. En aquel cubículo sin ventanas era imposible saber cuándo era de día y cuándo de noche. Era imposible mantener una conexión con la realidad. Viví una pesadilla. Imágenes de Stalingrado torturaban continuamente mi mente. Los heridos, nuestro miserable hospital, Borgmann muriendo de gangrena, Breslau con el cuello destrozado, la imagen de Adler apuntándome con su pistola aquella noche, dispuesto a matarme, el comandante de tanques al que Adler había facilitado la bala para su suicidio. Quebrantó nuestro juramento, como yo lo había hecho al matarle a él... Los recuerdos de Stalingrado me asaltaban sin tregua, obligándome a revivir aquel infierno, el frío, el hambre, la enfermedad, y acentuando aún más el dolor de mi culpa: Adler, suturando la herida de mi cara; Adler, con aquella bala de un fusil de precisión que había conseguido sacar de mi pecho entre las manos; Adler, tocando el piano a mi lado... Y yo le había matado...

Un día la puerta de mi celda se abrió. Dos soldados intentaron que me pusiera en pie a patadas, pero yo no tenía fuerzas, ni físicas ni mentales, para levantarme. Me sujetaron entre los dos y me llevaron a los barracones de desinfección. Me decían cosas en ruso intercaladas con algunas palabras de alemán, pero yo no hice ningún esfuerzo por entenderles. Me era indiferente si me llevaban al matadero. En el barracón de desinfección me afeitaron, intentaron que volviera al mundo real a base de manguerazos de agua fría. Me dieron un nuevo uniforme de prisionero para sustituir al que llevaba, que estaba destrozado. Mi identificación siguió siendo la misma: 3195. Curiosamente, en aquella ocasión no me raparon el pelo. Supongo que no lo tendría aún lo suficientemente largo. Después me soltaron en el campo. Anochecía. El resto de los prisioneros ya habían regresado de su trabajo en el bosque. Hacía mucho frío y había nevado. Caminé dando tumbos entre los barracones. Me costaba orientarme y difícilmente podía mantenerme en pie. De alguna forma logré encontrar mi sitio, el barracón que había compartido con Adler, con Schmidt y con otro centenar de hombres.

La mayoría de los prisioneros del barracón estaban allí dentro, guareciéndose del espantoso frío. Cuando entré se hizo el silencio. Todas las miradas se dirigieron a mí. Yo no fui muy consciente de ello. Solo quería llegar a mi litera y tumbarme, o acabaría cayendo al suelo. Una cara conocida se aproximó a mí, una mano firme me sujetó. Era Schmidt.

—Eybler... —me dijo.

Había un tono extraño en su voz y en su forma de mirarme. Yo solo quería alcanzar mi litera. Schmidt me ayudó a llegar hasta ella y al fin pude sentarme.

—Eybler, tu pelo... —indicó el sanitario.

Yo le miré sin comprender, pasándome una mano por la cabeza. ¿Qué importancia tenía eso? Acababa de salir del barracón de desinfección y allí habían decidido no cortármelo.

Alguien sacó de debajo de una litera un trozo de espejo, sacado de Dios sabe dónde. Entonces comprendí el motivo de la sorpresa de Schmidt y de los demás. En aquellos tres días mis cabellos rubios se habían vuelto completamente grises. Igual que Adler encaneció prematuramente en los meses que pasamos en Stalingrado, mi pelo también se había vuelto gris, solo que en tres días.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Schmidt.

—No me han hecho nada —respondí.

Y era cierto. Los rusos no me habían tocado.

Estaba exhausto, extraordinariamente débil. No tenía ningunas ganas de hablar. Me tumbé en mi litera dándoles la espalda, y por primera vez en aquellos tres días conseguí dormir un poco.

A la mañana siguiente tuve que incorporarme a la rutina del trabajo del campo. La rutina que ya no era tal, porque Adler ya no estaba. Yo le había matado. Ya no tendría ningún apoyo. Nadie me sostendría cuando flaqueara. Y yo ya no tenía fuerzas ni voluntad de vivir, sobre todo voluntad. Ni qué decir tiene que en las condiciones en las que me encontraba talar y arrastrar enormes troncos fue una tortura. Hubo un momento en que me senté sobre la nieve porque no podía dar un paso más. Los soldados soviéticos que nos custodiaban me obligaron enseguida a levantarme a culatazos. Schmidt procuraba no separarse de mí.

—Tiene que resistir, teniente —decía, procurando aliviar mi carga, tirando de mi cuerda y de la suya mientras arrastrábamos los troncos sobre la nieve.

Pero yo ya no tenía ningún deseo de resistir. Me sentía muerto.

Pasaron los días, uno tras otro. Apenas comía, apenas conseguía dormir. Mi fuerza física y mi voluntad se debilitaban cada vez más. Hasta que una mañana decidí que no me levantaría de mi litera. «Se acabó», pensé. Que me dejaran morir. Que me mataran. Pero yo ya no podía seguir. No con el peso de la muerte de Adler sobre mí. No con la carga de dolor y sufrimiento que llevaba, no si no podía olvidar lo que fui una vez, porque de ese modo me era imposible aceptar en qué me había convertido. No podía más.

Schmidt me obligó a levantarme a empujones. Consiguió que me pusiera en pie, y ya frente a él, sin previo aviso, me dio un puñetazo en la mandíbula que me envió contra la pared del barracón.

—¡Estúpido! —gritó furioso. Nunca había visto tanta ira en sus ojos—. ¿Es que no comprendes que, si te dejas morir, el sacrificio de Adler habrá sido inútil, que lo que hiciste habrá sido inútil?

Nos miramos un largo rato. Yo, sorprendido. Él, furioso. De repente vi que la ira de los ojos de Schmidt desaparecía poco a poco, siendo sustituida por un brillo característico, un brillo que yo conocía bien, porque eran lágrimas. Nunca había visto al sanitario llorar. Nunca. Me impresionó tanto que un nudo atenazó mi garganta y también yo sentí que mis ojos se enturbiaban. Había estado tan sumido en mi propio dolor que no había sido capaz de percibir el de Schmidt.

Me acerqué a él. Le puse una mano sobre el hombro. Él se secó las lágrimas con el dorso de la mano, confuso, molesto, dolido por no haber sido capaz de ocultar sus sentimientos.

—Adler quería que siguiéramos vivos, luchó porque siguiéramos vivos —me explicó—. No podemos traicionar su memoria.

Una vez más Schmidt tenía razón. Tuve ocasión de pensar en ello durante mucho tiempo; aún permanecemos años en aquella prisión. Desde el principio Adler había asumido la responsabilidad de nuestro dispensario clandestino en el campo de prisioneros. Se negó

a que nadie le acompañase en sus incursiones nocturnas a la enfermería para robar material. Era el de más edad de nosotros tres y estaba enfermo. Era consciente de que la tuberculosis le mataría antes de que consiguiésemos la libertad. Supongo que eso le llevaría a tomar aquella decisión con la que buscó proteger a los que teníamos mayores posibilidades de sobrevivir: a Schmidt y a mí. Y yo, dejándome morir sin luchar, hacía inútil aquel sacrificio, hacía inútil también mi culpa y mi dolor, tal y como Schmidt había dicho. No tenía derecho a rendirme sin luchar. Si alguna vez aprecié a Adler y lo que él hizo por mí, no tenía ese derecho.

Nunca agradecí lo bastante a Schmidt lo que hizo aquel día, cómo me devolvió a la vida, cómo fortaleció mi voluntad. Igual que lo hizo aquella otra vez, en Stalingrado, cuando me pidió que no juzgara a Adler. Sus argumentos eran irrefutables. No se fundamentaban en ningún conocimiento adquirido, en ninguna ley, escrita o no. Era un compromiso forjado sobre sangre en unas circunstancias extremas y terribles que nos ligaba a todos y que yo no comprendí hasta entonces que no tenía derecho a romper.

Nunca agradecí a Schmidt sus palabras, nunca agradecí lo suficiente aquel golpe y aquellas lágrimas que derramó sin quererlo ante mí, y eso es algo de lo que me arrepentiré todo lo que me queda de vida.

BERLÍN, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Esta mañana he acudido al hospital general de Berlín para realizar el electrocardiograma y la radiografía de tórax que solicitó para mí el doctor Schemberg. La imagen de hospital que yo tenía entonces clavada en mi mente seguía siendo aún la de un sótano insalubre, sucio, con los enfermos y heridos hacinados en unas condiciones miserables. O bien la menos insalubre pero igualmente miserable enfermería de un campo de prisioneros. El orden, la limpieza, las batas blancas, inmaculadas, las sábanas limpias del hospital general de Berlín me resultaban algo casi milagroso. Ver a los pacientes atendidos en aquellas condiciones, en comparación con cómo los habíamos tenido que atender nosotros en Stalingrado, Beketovka, en Oranki, me conmovió hasta casi las lágrimas.

Tampoco en aquella ocasión tuve que esperar mucho a que llegase mi turno, lo cual agradecí infinitamente porque estar allí me angustiaba hasta límites intolerables. Descubrir mi pecho de nuevo para realizar las pruebas, mostrar una vez más mis cicatrices es algo que me molestó profundamente, pero por fortuna nadie preguntó nada. Hubiera querido ver yo mismo aquella radiografía y aquel registro de la actividad de mi corazón. Podía interpretarlos tan bien como lo hubiera hecho Schemberg. No le necesitaba para ello. Pero en el hospital, por supuesto, no me los entregaron.

—Su médico le avisará en cuanto las tenga en su consulta —me informó el doctor que me había atendido.

Mi médico... Vaya ironía, cuando yo mismo lo era. Pero, obviamente, no dije nada.

Durante el tiempo que estuve en el hospital tuve la fortuna de que el nombre que utilizaba, Heinrich Adler, no resultara familiar para nadie. Parece que nadie del personal sanitario que me atendió aquella mañana conocía a Adler, al verdadero Adler, o, si alguno lo conocía, desde luego, no dijo nada. Mi mayor temor había sido ese, que alguno de los antiguos colegas de Adler se dirigiera a mí, pero salí del hospital a media mañana sin haber tenido que hablar con nadie más de lo imprescindible, con lo cual pude respirar aliviado.

Después de mi discusión con Schmidt, después de aquel golpe, de haber sido consciente del dolor del sanitario, mi actitud cambió completamente. Me endurecí de tal modo que lo que quedaba en mí de humanidad murió enterrado bajo la coraza de mi alma. Reorganicé con los escasos medios que tenía a mi alcance la asistencia sanitaria en nuestro barracón, como habíamos hecho cuando Adler vivía. No volví a flaquear.

El nuevo año, 1952, trajo consigo cambios en Oranki. Hacía ya casi siete años que había terminado la guerra. El que había sido comandante del campo hasta entonces fue sustituido por otro más joven, más distanciado de la catástrofe que entre 1939 y 1945 había sacudido al mundo. Con ello nuestras condiciones de vida en el campo mejoraron. Mejoraron nuestras raciones, se acondicionó cada barracón. Aunque el trabajo seguía siendo brutal, comenzamos a ser tratados como seres humanos.

Fue en marzo de 1952, a finales del invierno, cuando aún trabajábamos en la tundra talando árboles, cuando Schmidt sufrió un accidente. Mientras podábamos las ramas de un enorme abeto recién derribado para limpiar el tronco y poderlo arrastrar hasta los camiones que lo llevarían a la serrería, el filo de su hacha golpeó contra una piedra enterrada en la nieve y se desvió, produciéndole un profundo corte en el muslo que sangraba en abundancia. Mientras Schmidt maldecía y gritaba de dolor tumbado en la nieve,

yo desgarré el pantalón de su uniforme de prisionero y pude comprobar que, si bien la herida no llegaba a afectar a ninguna arteria vital, el filo del hacha sí había seccionado profundamente parte del recto anterior y del vasto externo del cuádriceps, y no dejaría de sangrar sin una sutura. Así se lo dije a los soldados rusos encargados de vigilarnos que se habían congregado en torno a nosotros al escuchar los gritos de Schmidt.

—Hágale un torniquete —me dijeron—. Tendrá que esperar a que regresemos al campo para acudir a la enfermería.

—No aguantará seis horas aquí tumbado en la nieve —respondí—. Se desangrará.

—¿Y quién eres tú para afirmar eso?

—Soy Alfredo Eybler —contesté—. Y soy médico.

Los soldados se miraron entre sí unos momentos. Hablaron entre ellos en ruso. Finalmente, mientras yo terminaba de apretar un torniquete sobre la herida de la pierna de Schmidt, me autorizaron a que me lo llevara de vuelta al campo, escoltado por dos de ellos.

El regreso desde los bosques al campo de prisioneros de Oranki por aquellos caminos, intransitables por las incesantes nieves que había que despejar a golpe de pala, constituyó una agonía para Schmidt. Apoyado en mi hombro, a pesar del torniquete que contenía en parte la hemorragia de su herida, fue dejando un reguero de sangre oscura sobre la nieve recién caída. Llegó a la enfermería del hospital extremadamente débil.

Una vez en la enfermería, los enfermeros rusos que estaban en ella se ocuparon de él, aunque yo permanecí a su lado. Pude ver que examinaron superficialmente la herida, comentaron algo entre ellos, en ruso, por supuesto, que yo no pude entender, y que uno de ellos fue en busca de vendajes. Por lo visto, no pretendían hacer otra cosa que vendar la herida.

—¡No! —protesté furioso, arrancándoles las vendas de las manos—. ¡Hay que coser! De lo contrario se desangrará.

Los enfermeros me miraron sorprendidos, sin entender una palabra de lo que les había dicho. Me pregunté qué tipo de asistencia podían prestar a los prisioneros si ni siquiera eran capaces de entender lo que les decían. Miré desesperado a los soldados que

nos habían custodiado hasta allí; ellos sí se defendían en mal alemán. Les pedí que tradujeran mis palabras. Ellos lo hicieron y debieron de decir también que yo era médico, porque los sanitarios rusos, tras escucharlos, se encogieron de hombros y me dejaron hacer.

La enfermería carecía de quirófano, pero sí había en ella una sala de curas y material en abundancia, mucho más del que jamás dispusimos en Stalingrado. Sedé a Schmidt con éter, lo justo para atontarle y que no fuera muy consciente del dolor. Limpié bien la herida y la suturé por planos, primero músculos y fascias, luego tejido celular subcutáneo y por último la piel. Después apliqué tintura de yodo y vendé la herida; ya había dejado de sangrar. En la enfermería disponía también de antibióticos y de vacunas contra el tétanos. En nuestro hospital de Stalingrado apenas recibimos nada de aquello. Administré a Schmidt una dosis profiláctica de cada uno de ellos. El éter iba dejando de hacer efecto, así que le administré también analgesia, apenas media ampolla de cloruro mórfico subcutáneo.

—¿Qué tal, Schmidt? —le pregunté cuando ya estaba acomodado en una cama en la enfermería.

Schmidt sonrió.

—Se ha salido usted con la suya, ¿eh, doctor?

Parecía orgulloso de mí. También yo sonreí.

Aquella odisea debió de llegar a oídos del nuevo comandante del campo, porque dos días después de aquello, mientras Schmidt aún continuaba en la enfermería, me sacaron del trabajo forzado que compartía con el resto de los prisioneros para destinarme a la enfermería como responsable de la atención médica. Una vez recuperado, tampoco Schmidt salió de allí. Se quedó para trabajar a mi lado como asistente, exactamente como había hecho en Stalingrado. La mejora de las condiciones de vida en el campo y la asistencia prestada por Schmidt y por mí, mucho más implicados que los rusos en mantener la precaria salud de los prisioneros, supusieron, a pesar del durísimo trabajo al que nos sometían, una considerable reducción de la mortalidad en Oranki. Cuando llegamos

a él éramos aproximadamente tres mil hombres. En 1952 quedábamos ya menos de la mitad.

Schmidt y yo pasamos los últimos años de nuestra condena trabajando en la enfermería. Con muchos más medios de los que dispusimos nunca en Stalingrado, con los heridos y enfermos en unas condiciones, aun siendo precarias, mucho más humanas, aquellos últimos años fueron, pese al sufrimiento acumulado, al recuerdo del horror, al dolor de la ausencia, a la culpa, un período de relativa quietud. Continuamos incomunicados con el exterior, sin derecho a correo, pero nos llegaron noticias de lo que había estado ocurriendo en el mundo desde que acabó la guerra: los juicios de Núremberg, la división de Alemania entre las potencias vencedoras.

En septiembre de 1955 el entonces canciller de la Alemania occidental, Konrad Adenauer, viajó a Moscú para negociar la liberación de los prisioneros de guerra que aún permanecíamos en Rusia. Aquello fue el principio de nuestra libertad.

Oranki fue liberado en tandas sucesivas. Cuando el primer grupo de prisioneros fue sacado del campo para su regreso a Alemania no llegábamos a setecientos los hombres que quedábamos con vida, menos de la quinta parte de los prisioneros que había albergado Oranki al principio. Nos fueron evacuando en grupos de cien a doscientos hombres. Schmidt y yo, como sanitarios, permanecimos en el campo hasta el final.

A principios de 1956, todavía en el campo de prisioneros, Schmidt enfermó. Los síntomas de su enfermedad al principio fueron ambiguos: fiebre, cansancio, debilidad. Después su cuerpo se negó a retener cualquier alimento y en pocos días su piel y sus conjuntivas oculares adquirieron un característico tono amarillento. Tenía ictericia.

Pronto estuvo tan débil que no podía ni caminar; adelgazó muchísimo. La fiebre no cedía. Un día, mientras me encontraba a la cabecera de su cama colocando paños de agua fría sobre su frente en un esfuerzo por bajar su temperatura, puesto que los medicamentos apenas eran ya eficaces en él, me dijo:

—No puedo comprenderlo. Hace días que no como nada solamente por no tener que vomitarlo. Mi estómago debería estar

vacío, y sin embargo esta sensación permanente de náusea no desaparece.

—Es tu hígado inflamado lo que te produce esa sensación —respondí, aun sabiendo que aquello no era del todo cierto. No se trataba solamente de eso.

—¿Y esto no va a curarse nunca?

Me encogí de hombros. Era difícil de saber. Muchos de los casos de hepatitis que habíamos visto durante aquellos años mejoraban espontáneamente con reposo y una dieta blanda, pero en el caso de Schmidt el tiempo no hacía más que empeorar su estado.

Schmidt cerró los ojos. Le vi palidecer. Gotas de sudor frío perlaron su frente. De repente se incorporó, se inclinó hacia un lado de la cama y vomitó. Y lo que vomitó en aquella ocasión no fue alimento; hacía días que no comía. No fue ni siquiera bilis. Era sangre, sangre roja y coágulos. Mientras le sujetaba por los hombros para evitar que se cayera de pura debilidad con el esfuerzo de la náusea, mientras veía cómo la sangre se extendía por el suelo, cómo salpicaba las sábanas blancas y mi uniforme, comprendí lo que aquello significaba. El hígado de Schmidt estaba fallando, hasta tal punto que no era capaz no solo de metabolizar la bilirrubina, que le daba esa tonalidad amarillenta a su piel, sino que ya no podía producir proteínas fundamentales para la coagulación de la sangre. Schmidt se desangraba por dentro.

Cuando la náusea cedió ayudé a Schmidt a tumbarse de nuevo, exhausto, terriblemente pálido, temblando.

—¿Ha visto, Eybler? —consiguió decirme con un hilo de voz.

Claro que lo había visto. Aproximadamente trescientos centímetros cúbicos de sangre fresca. Arrojé una sábana de la cama de al lado, vacía, sobre la sangre del suelo. Sequé el sudor de la frente de Schmidt, ese sudor frío preludio de la muerte. Limpié la sangre de la comisura de sus labios. Permití que se enjuagara la boca para quitar el sabor metálico del rojo elemento vital.

—Me estoy muriendo, ¿verdad? —preguntó al cabo de un rato.

Me miró a los ojos y no pude mentir.

—Sí.

Esperé en Schmidt cualquier reacción. La gente tiene formas muy distintas de enfrentar la muerte. Lloro y se desespera ante lo inevitable, se enfurece contra el destino, contra la vida injusta, contra Dios... Pero Schmidt, como la mayoría de los hombres con los que había compartido el horror, junto a los que había combatido el dolor y la muerte, Adler, Kesselbach, Borgmann..., se mostró extrañamente tranquilo, como si el hecho de que yo le confirmase con mi afirmación lo que él hacía tiempo que sospechaba le aportara serenidad.

—He soportado tanto, he sufrido tanto, para morir así ahora, a un paso de la libertad... —dijo al cabo de un tiempo con voz débil, pero sin un ápice de rabia ni de ira, con absoluta calma—. Pero ¿sabe, teniente? Quizá sea mejor así. Porque sinceramente no sé si podría afrontar de nuevo lo que era mi vida después de lo que hemos vivido durante todos estos años.

Tres días después de aquella conversación, de aquel primer episodio de sangrado, Schmidt murió tras soportar una terrible agonía. Continuó vomitando sangre a consecuencia de aquellas hemorragias internas que su hígado enfermo, destruido por la inflamación, ya no podía controlar, hasta que ya no le quedó más sangre que perder. En la madrugada del tercer día, tras un nuevo episodio de hematemesis de más de medio litro, cayó en un estado de estupor del que no volvió a despertar: pálido, sudoroso, con una frialdad extrema en las manos, plagado de livideces, incapaz ya de abrir los ojos ni de hablar. Con las primeras luces del amanecer la vida de Schmidt se extinguió.

BERLÍN, 28 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Aunque la liberación de prisioneros alemanes en Rusia comenzó ya en 1955, yo no salí de Oranki hasta finales de 1956. Abandoné el campo de trabajo, la enfermería en la que había trabajado en los últimos años junto a Schmidt, con los últimos prisioneros que quedaban allí. Apenas pasábamos del centenar: hombres agotados, demacrados, enfermos, física y anímicamente, ruinas de los seres humanos que una vez fuimos. Aquel último año en el campo, completamente solo desde la muerte de Schmidt, fue para mí extraordinariamente duro desde el punto de vista moral. Solamente el férreo compromiso con los que habían muerto antes que yo, con su memoria, me mantuvo atado a la vida. Eso y mi trabajo como médico. Aliviar el dolor ajeno era mi vía de escape para intentar obviar el mío. Y es que no había nadie más que pudiera hacerlo. Si lo hubiera habido, quién sabe si una dosis de cloruro potásico o de cualquier otra droga no habría terminado con mi vida.

Los últimos enfermos fueron evacuados de la enfermería de Oranki a principios de noviembre y trasladados a hospitales civiles para su recuperación y posterior vuelta a Alemania. Un día después de que la enfermería quedara vacía, una fría mañana de invierno, los soldados rusos nos llevaron a los pocos prisioneros que aún quedábamos en el campo al barracón de desinfección. Nos dieron ropas civiles y algunos documentos en ruso y alemán que nos identificaban como prisioneros de guerra liberados. Después nos

condujeron a pie hasta Nizhniy Novgorod, donde un tren habilitado para nosotros nos conduciría hasta Moscú. Volvíamos a ser personas con nombres y apellidos, con identidad, con recuerdos, con cicatrices. Dejé de ser el prisionero 3195 y recuperaré mi nombre: Alfredo Eybler. Alfredo Eybler... ¿Quedaba algo de él en mí?

Hicimos veinte kilómetros sobre caminos helados. Llegamos a Nizhniy Novgorod al anochecer. Allí nos esperaba un tren de pasajeros. Vagones de tercera, sí, pero un tren de pasajeros, no los vagones de mercancías en los que habíamos recorrido años antes, como animales, las interminables distancias de Rusia. Había alegría en los hombres que viajaban conmigo, una alegría silenciosa, tímida, contenida, casi temerosa de concebir esperanzas que tantas veces habían sido ya defraudadas. Había alegría en ellos, pero no en mí. En mí solo había miedo, angustia, dolor.

Había resistido, había ganado la libertad, aún no había traicionado la memoria de los que habían caído antes que yo, de los que habían luchado por mí, de los que me habían ayudado a seguir vivo, sí, pero estaba solo, solo con mi culpa, con mi sufrimiento, con mi debilidad y mi temor. Era libre, sí, pero para volver ¿adónde? ¿Quedaba algo de aquella patria de afectos de la que Adler me habló aquella noche de fin de año de 1942 en Stalingrado? Hacía más de una década que no sabía nada de ellos, de mi esposa, de mi hijo, de lo que un día constituyó mi vida, de lo que amé, de lo que aún amaba. Hacía más de una década que probablemente ellos tampoco tenían noticias mías. ¿Me quedaba algo, un lugar, unos brazos a los que regresar? No lo sabía. No podía saberlo. Temía saberlo.

El viaje desde Nizhniy Novgorod hasta Moscú se prolongó durante toda la noche. A pesar del cansancio, de la debilidad, apenas pude dormir. A mi mente acudían una y otra vez las últimas palabras que Schmidt había pronunciado antes de morir: «Quizá sea mejor así, porque no sé si podría enfrentar de nuevo mi vida después de lo que hemos vivido durante estos años». ¿Podría enfrentarlo yo? ¿Quedaba en mí algo de humanidad, algún rasgo de lo que había sido antes de la guerra? Entonces no supe responder a esas preguntas. La guerra me había cambiado, de eso era perfectamente consciente. Tanto físicamente, con cicatrices que

surcaban mi cuerpo, terriblemente forzado hasta el límite de la extenuación, con mis cabellos tan prematuramente encanecidos, como en mi interior. Lo que había visto, lo que había vivido, situaciones extremas, sentimientos extremos, el horror, habían cambiado radicalmente mi carácter y endurecido mi alma hasta tal punto que ni yo mismo me reconocía. ¿Qué había sido de mí? ¿En qué me había convertido? ¿En qué momento se había producido en mí esa metamorfosis terrible? ¿Cuántas líneas de sombra había tenido que cruzar, cuántos puntos de no retorno, para acabar siendo lo que entonces era? ¿Qué es lo que era?

Con la luz del día llegamos a Moscú. En el trayecto nos habían acompañado soldados rusos, pero ya no éramos prisioneros. Éramos libres de movernos por donde quisiéramos. Una situación que se nos hacía extraña después de tantos años de prisión. Se supone que en Moscú debíamos tomar otro tren que nos llevaría hasta Varsovia, y allí otro que nos conduciría a Berlín, pero en Moscú, no sé por qué, me asaltó el pánico. Yo no era alemán. ¿Qué diablos haría yo en Berlín? En un impulso por completo irracional abandoné la estación, abandoné el grupo de prisioneros con el que había viajado, lo abandoné todo, y me interné en las calles de Moscú. El tren a Varsovia partió, por supuesto, sin mí.

Durante varios días callejeé por Moscú. Me sorprendió la dureza de aquella ciudad gigantesca, la pobreza de sus gentes. Colas interminables frente a las tiendas, cartillas de racionamiento, mutilados de guerra mendigando en las calles... Diez años después de acabada la guerra sus secuelas aún se dejaban sentir. Percibí también en los rusos, en los civiles de Moscú, la misma dureza, la misma indiferencia con la que afrontaban la vida que ya había visto durante nuestro avance en la estepa en el verano de 1942 hacia Stalingrado. Esa sensación de que las circunstancias que los rodeaban eran poco más que viento que barre la tierra y se va. Todo en la vida pasa.

Sobreviví aquellos días en Moscú mendigando, robando, durmiendo en cualquier esquina un poco protegida del frío, hasta que al final decidí emprender por mi cuenta el camino hacia el oeste, el regreso a casa. Sobrevivir. Era lo que Adler, lo que Schmidt,

esperaban de mí. Era el compromiso que me ligaba a los muertos, que me ataría hasta el fin de mis días. Un compromiso que no podía romper.

Tardé meses en atravesar Rusia y llegar a la frontera polaca, por carreteras apenas transitadas, bajo la nieve, con un frío tan terrible como el que sufrimos en Stalingrado. A veces me pregunto cómo logré sobrevivir a aquello. Pero en aquel tiempo ni el frío, ni el hambre ni el cansancio me importaban. Solo caminar hacia el oeste, avanzar, paso a paso, para llegar a casa. Sobrevivir. Era lo que se esperaba de mí. El camino era como una especie de penitencia para redimir mi alma, para buscar el perdón de mis pecados.

Caminaba durante días para avanzar apenas una decena de kilómetros. La nieve que se acumulaba en los caminos hacía el avance lento y agotador. A veces algún campesino ruso, camino del mercado, se apiadaba de este pobre vagabundo y me hacía un hueco en la trasera de su viejo carro, tirado por un caballo famélico, junto a los cerdos, el grano o lo que quiera que llevase en él, y me acercaba hasta el próximo pueblo. Por las noches, cuando tenía ocasión, pedía cobijo en alguna de las pequeñas granjas que los rusos llamaban *isbas*, aisladas y pobres, que encontraba en el camino. Los campesinos, en su mayor parte gente en situación miserable, tuvieron casi siempre compasión de mí, solidaridad con mi miseria que me igualaba a ellos, piedad por el aspecto lastimoso que aquel viaje terrible imprimía en mi cuerpo, en mi rostro, y respeto por mi inquebrantable determinación. Yo no hablaba una palabra de ruso, ni aquellos que me acogieron, que me cedieron en su pobreza un sitio junto a su fuego y un trozo de pan, hablaban alemán. Pero tampoco nos hicieron falta las palabras. Hay gestos, miradas, sonrisas, que no necesitan explicación, que forman parte del ser humano. Siempre pagué su hospitalidad con lo que pude: cortando leña, reparando ventanas o cercas, e incluso, en ocasiones, ejerciendo de médico, reduciendo fracturas o suturando heridas en lugares tan inhóspitos a los que un médico no llegaría jamás.

Cuando la noche me sorprendía en medio de ninguna parte, en la inmensidad de la estepa entre Moscú y la frontera polaca, me procuraba un refugio cavando con las manos un agujero en la nieve.

En aquel agujero, a unos cinco grados bajo cero, se estaba mejor que a la intemperie, donde por las noches las temperaturas caían hasta los treinta bajo cero, quizá más. Hubo ocasiones en que, durante las escasas tres o cuatro horas que conseguía dar algunas cabezadas sin morir congelado, la nieve llegó a cubrirme por completo.

A principios de 1957 finalmente alcancé Polonia. A los pocos días de cruzar la frontera polaca, avanzando hacia el oeste, sufrí un incidente que posteriormente resultaría crucial para mí. Al abandonar una pequeña aldea en la que me había detenido la noche anterior para dormir bajo un puente, un grupo de hombres me asaltó. Debieron oírme hablar en alemán, y no en polaco, cuando aquella misma mañana negocié en una granja de las afueras de la aldea el cambio de mi jersey de lana por un trozo de pan. Fueron varios, cinco, tal vez seis. Aparecieron de pronto en una orilla del camino. Se abalanzaron sobre mí, me inmovilizaron contra el suelo y me golpearon con saña, como si tuvieran alguna cuenta pendiente, alguna deuda personal conmigo. Apenas pude defenderme. Cuando los golpes cesaron, yo aún seguía vivo, aunque al borde de la inconsciencia. Me registraron. No sé qué esperaban encontrar de valor en un antiguo prisionero de guerra, en un vagabundo como yo. Me quitaron la documentación, la identificación que me habían dado en Oranki y el pan que aquella mañana había conseguido a cambio de mi jersey, y tras comprobar que no tenía nada más que mereciera la pena me abandonaron en el camino.

Estuve un buen rato allí tumbado sobre la nieve sucia, incapaz de moverme de lo magullado que estaba. Aparte de infinidad de contusiones en el pecho, los brazos y las piernas, además de los hematomas en los pómulos y de alguna costilla rota, me habían partido una ceja, pero el frío hizo que la sangre se congelara sobre la herida. Apenas la noté. Finalmente conseguí ponerme en pie. Un paso, y luego otro más, hacia el oeste, hacia el hogar. No importaba el dolor. Estaba vivo. Tenía que continuar.

Un par de semanas después conseguí llegar a Varsovia. La siguiente etapa era Berlín. «Qué ironía...», recuerdo que pensé cuando llegué a la capital polaca. Estaba siguiendo el mismo camino

que meses antes habían hecho cómodamente en tren los prisioneros que salieron conmigo de Oranki, solo que en unas condiciones mucho más penosas. Pero de alguna forma supe también entonces que para mí no podía ser de otro modo. Es algo que no puedo explicar. Era un sentimiento irracional, como el impulso que me había llevado a abandonarlos en Moscú para seguir mi propio rumbo, solo. Sé que parece una locura, y no podría dar una sola razón lógica que justificara mi decisión de seguir solo. Solamente puedo decir al respecto que en aquellos momentos yo lo necesitaba, precisamente para no enloquecer, para exorcizar el dolor que llevaba dentro, para redimir mi culpa. Lo necesitaba como respirar para seguir viviendo. Lo necesitaba para no sucumbir, para no darme por vencido.

En Varsovia ese sentimiento quedó superado. Había sobrevivido a aquel viaje infernal a pie, en invierno, a través de la estepa. Mi dolor moral estaba momentáneamente aplacado. En Varsovia estuve poco tiempo, apenas el suficiente para conseguir el dinero con el que comprar un billete de tercera clase hasta Berlín, y que conseguí robando en los mercados. A principios de febrero estaba ya en Berlín este.

Las consecuencias de la guerra eran aún evidentes en la capital alemana. Pude comprobarlo apenas salí de la estación. Numerosos edificios estaban aún en proceso de reconstrucción, en obras. Había grúas y maquinaria pesada por todas partes. Pese a ello la vida parecía haber regresado a una relativa normalidad. Allí, al menos aparentemente, no existían las largas colas frente a los almacenes y las tiendas ni las cartillas de racionamiento que había visto hacía apenas unos meses en Moscú. Hubo, sin embargo, algo en Berlín este que me impresionó profundamente: la fuerte presencia militar en la ciudad. Ya había oído en el campo de prisioneros de Oranki que la capital alemana había sido dividida entre los vencedores de la contienda, pero me resultaba difícil concebir cómo podía dividirse una ciudad. Lo comprendí aquel día, cuando llegué a Berlín. Soldados con uniformes soviéticos patrullaban las calles de la ciudad, como si estuviera en estado de sitio. No lejos de Potsdamer Platz pude ver garitas y puestos de vigilancia militares que controlaban el paso de civiles de un lado al otro de la ciudad, revisando su

documentación y sus correspondientes permisos. Los situados en la zona donde yo me encontraba vestían uniformes rusos; los que estaban al otro lado pertenecían al ejército estadounidense. Una extraña línea zigzagueante partía efectivamente la ciudad en dos. Controles como los que había visto cerca de Potsdamer Platz se repetían en diversos puntos de la ciudad. Aquellos controles suponían un nuevo obstáculo en mi camino. Yo no disponía de ninguna documentación. ¿Cómo podría cruzarlos?

Durante el resto del día me dediqué a recorrer Berlín este sin un rumbo fijo, intentando delimitar la zona que estaba en manos soviéticas, buscando alguna manera de evitar los controles y continuar mi viaje hacia el oeste. La distancia que me separaba aún de mi antigua vida, de mi hogar, era inmensa. Los recuerdos de mi pasado antes de la guerra parecían haber pertenecido a otra vida anterior, a otro mundo. Pero no podía darme por vencido.

Al anoecer me encontraba extraordinariamente cansado, aunque no era exactamente cansancio, sino más bien una sensación ambigua de debilidad. Hacía días que no comía nada consistente, pero la debilidad que sentía no se debía al hambre. Me sentía enfermo. Ya en Varsovia había notado algo similar, pero aquella noche en Berlín esa sensación se acentuó. Estábamos a principios de febrero. Hacía frío y yo tenía frío, pero el frío no era el mismo que había sentido mientras cruzaba a pie la estepa rusa. Comprendí que tenía fiebre. Me senté en el bordillo de una acera en una calle poco transitada para pensar qué haría a continuación, dónde pasaría aquella noche. Tosí y un pinchazo agudo en el costado izquierdo casi me hizo gemir de dolor. Desde que me disparó aquel francotirador en Stalingrado, siempre había notado alguna molestia en aquel costado, nada de importancia, teniendo en cuenta la gravedad de las heridas, pero en aquella ocasión el dolor era distinto, un dolor punzante, que se agudizaba cada vez que cogía aire. Comprendí que en mi pulmón lacerado se estaba incubando una neumonía.

Mientras permanecía sentado en la acera, al abrigo de la oscuridad, maldiciendo mi suerte, mis ojos se detuvieron por un instante en un edificio cercano en la acera opuesta, un edificio no muy grande de aspecto humilde al que se dirigían las pocas

personas que a esas horas caminaban por aquella calle sombría. Me llamó la atención el aspecto de aquellos hombres, porque todos eran hombres: caminaban en su mayor parte solos, arrastrando los pies, con el rostro y la mirada bajas, los hombros caídos, arrebujaados en sus abrigoos. Algunos de ellos habían perdido un brazo o una pierna, y caminaban apoyados en muletas, y todos, sin excepción, evidenciaban un cansancio infinito. Eran la viva imagen de la desesperación y la derrota, los olvidados de la guerra. Hombres destrozados que habían tenido la desgracia de sobrevivir para volver a ninguna parte. En la oscuridad no pude ver sus rostros. Tampoco lo necesitaba para saber qué se reflejaba en ellos. No creo que difirieran mucho del mío. Sí pude distinguir, sin embargo, en la puerta del edificio al que se dirigían, la silueta de una religiosa que les saludaba apoyando suavemente una mano en los hombros de aquellos derrotados y les daba algunas indicaciones antes de entrar.

Hubiera querido llorar. Porque los veía y sabía que yo era como ellos. El horror me perseguía como a ellos, incluso allí, a tres mil kilómetros de Stalingrado, quince años después. El monstruo en el que habíamos vivido continuaba extendiendo sus tentáculos a lo largo del espacio y del tiempo. Incluso entonces y tan lejos, perpetuaba el sufrimiento, la miseria y el dolor de los hombres. Incluso entonces nos asfixiaba y atenazaba. El monstruo nos había elegido, nos había encadenado. Jamás podríamos librarnos de él, salvo por la muerte, y tal vez ni siquiera así... ¿Ese era nuestro destino?

Cerré los ojos. Apoyé los brazos sobre mis rodillas y a continuación la frente sobre ellos. No quería seguir mirando. Respiré hondo, a pesar del dolor de mi costado, queriendo hacer desaparecer aquel nudo, aquella angustia de mi garganta. Ojalá hubiera tenido un cigarrillo para aplacarla. Qué tristeza, qué honda, profunda, terrible tristeza. De pronto, pasado un tiempo, no sabría decir cuánto, sentí el contacto suave de una mano sobre mi espalda.

—Señor...

Era una voz de mujer. Levanté la vista. Era una religiosa, probablemente la misma que estaba a la puerta de aquel albergue de caridad, donde pude ver que en aquel momento ya no había

nadie. Por el tono de su voz melodiosa, suave, madura, debía de rondar los cuarenta años, pero su rostro, cerca del mío, iluminado por la débil luz de las farolas, aparentaba muchos menos.

—Señor, la noche es fría —dijo—. Tal vez necesite usted un alojamiento temporal; nosotros podemos ofrecerle uno si tiene la bondad de acompañarme. ¿Puede usted caminar?

La miré durante unos instantes, incapaz de tomar una decisión, incapaz de pensar. Finalmente me puse en pie, subyugado por la dulzura de aquella voz, las palabras más amables que había oído en quince años. Caminé junto a ella. Cruzamos la calle. Me llevaba agarrado del brazo como si fuese un anciano. Aquello me hizo sentir aún más débil, más frágil, más vulnerable. Dios, en qué me había convertido.

—Soy la hermana Agnes —se presentó—. ¿Cómo debo llamarle?

Le dije mi nombre. Entramos en el edificio donde antes habían recibido a otros hombres como yo. Otras religiosas y algunos voluntarios se encargaban de acomodar a los que habían llegado antes de mí.

—Viene de muy lejos, ¿verdad, señor Eybler? —preguntó la hermana Agnes mientras me guiaba a lo largo de pasillos y humildes habitaciones.

—Sí —respondí al cabo de un momento.

«De tan lejos como si hubiera estado en otro mundo», recuerdo que pensé.

—Desde hace aproximadamente un año estamos recibiendo a otros muchos compatriotas como usted que vienen de Rusia —me explicó la religiosa—. Nosotros les ayudamos a encontrar de nuevo su lugar en casa.

Por unos momentos una sonrisa irónica se dibujó en mis labios. Mi casa estaba todavía tan lejos...

Nos detuvimos en una gran habitación al final de un pasillo, una especie de almacén donde algunos voluntarios ordenaban y clasificaban ropa, sábanas y utensilios donados por las instituciones y algún alma caritativa para nuestra asistencia.

—Hermann —llamó la hermana Agnes.

Uno de los muchachos que se encontraba allí se volvió hacia ella.

—¿Sí? —preguntó acercándose a nosotros.

Me miró y me saludó con una sonrisa. Era un chico joven, de unos veinte años, alto y bien parecido.

—El señor Eybler acaba de llegar —respondió la religiosa—. Por favor, facilítale ropa y objetos de aseo; indícale dónde se encuentran los baños.

—Claro.

Hermann se fue de inmediato a buscar lo que la hermana Agnes le había pedido. Ella me miró y esbozó una breve sonrisa, cálida, cercana.

—Le dejo a usted en buenas manos —dijo apoyando suavemente su mano sobre mi brazo, con un gesto extraordinariamente compasivo, como si realmente pudiera comprender lo que sentía, mi dolor—. Después tendremos ocasión de hablar.

Hermann volvió con lo que la hermana Agnes le había pedido, incluyendo toallas, jabón y una navaja de afeitar.

—Acompáñeme, por favor, señor Eybler —me invitó el joven.

La hermana Agnes nos dejó y yo seguí a Hermann por los pasillos hasta unas duchas comunitarias que a aquellas horas estaban vacías.

—Cuando termine, la hermana Agnes le estará esperando en el comedor, la última puerta a la izquierda al final de este pasillo —indicó Hermann, entregándome lo que había traído consigo.

Después salió y cerró la puerta.

Me quedé unos instantes de pie con la ropa limpia entre mis manos, abrumado por aquella ayuda inesperada y por la dignidad y la humildad con las que aquella ayuda me era entregada, sin preguntas, como si fuera un regalo. Hacía tantos años, tantos, que no recibía un trato tan humano que casi había olvidado que aquello pudiera existir. Me sentí profundamente conmovido: con solo unas palabras, en apenas un momento, me habían devuelto mi valor como persona.

Me acerqué a uno de los lavabos, apoyé en él la ropa y el resto de los enseres y alcé la vista para mirar mi imagen reflejada en el espejo. Apenas me reconocí en ella. Ya en Kharkov, a los pocos días de mi llegada al frente, la primera vez que me miré en un espejo me costó descubrir en aquel rostro demacrado, pálido, ojeroso frente a mí, el hombre que había sido. Después de años de presidio y de sufrimiento, tras los últimos meses de durísimo viaje a pie a través de la estepa, hacia el oeste, en la imagen del espejo no quedaba nada de Alfredo Eybler. Mis cabellos rubios ya no eran rubios, sino de un gris acerado, como mis ojos, cansados, oscuros, desprovistos de todo sentimiento humano, como muertos, con una dureza en su expresión que llegó a asustarme. Estaba terriblemente delgado. Los pómulos se marcaban perfectamente en mis mejillas hundidas; podía apreciarse incluso a pesar de la enmarañada barba, también gris, que cubría mi rostro después de meses sin afeitarse. Ni la barba ni mis cabellos cubrían la cicatriz, que desde la sien hasta el mentón marcaba el lado izquierdo de mi rostro, en una línea perfectamente definida junto a la que apenas quedaba marca alguna de los veintitrés puntos que habían aproximado sus bordes. La sutura había sido realizada por las manos más excepcionales para la cirugía que jamás conocí. Sobre aquella cicatriz la barba no había crecido.

Me quité el chaquetón que llevaba, el que me habían dado en Oranki cuando me concedieron finalmente la libertad, y la camisa. Ambos estaban en un estado desastroso. El jersey de lana, lo único de mi indumentaria que aún se mantenía en condiciones aceptables después del viaje por la estepa rusa, lo había cambiado en Polonia por un trozo de pan que no llegué a comer. Frente al espejo pude ver en mi pecho descubierto más cicatrices. Dos de ellas eran anfractuosas, de forma estrellada: las huellas de los disparos del francotirador ruso en Stalingrado. El resto, finas líneas blancas similares a la de mi rostro, eran las secuelas de la cirugía que me había salvado la vida. Mi torso descubierto evidenciaba aún más la ruina en la que me había convertido. Podía apreciar, marcándose bajo la piel, con precisión anatómica, las clavículas, los arcos costales, las uniones condroesternales. Era como contemplar un esqueleto recubierto de piel que, milagrosamente, aún seguía vivo.

No era Alfredo Eybler quien estaba en aquel momento de pie ante el espejo. Tal vez fuera un vagabundo, un esclavo, un indigente. Cualquier cosa. Pero no era yo. De lo que alguna vez fui no quedaba nada en aquella imagen perfectamente nítida que el cristal me devolvía.

Me duché. Mi primera ducha con agua caliente en años. Permanecí allí bajo el agua casi hirviendo durante un buen rato. Aquello no era lo mejor para la fiebre, desde luego, pero aquella agua que casi me quemaba la piel arrastró la suciedad y la miseria en las que había estado inmerso como en un abismo. Sentí que me purificaba. Lo demás no me importó.

Después de aquella ducha me afeité. No me sorprendió ver mi rostro como lo vi tras haberme deshecho de aquella barba enmarañada que cubría mis mejillas. Mis facciones parecían extraordinariamente afiladas. Los pómulos se marcaron aún más, el ángulo de la mandíbula quedaba perfectamente definido en mi rostro como si estuviera tallado sobre piedra. Sin hacer ningún movimiento hubiera podido pasar por una estatua, la representación de algún demonio implacable, porque aquello, unido a la mirada oscura de mis ojos, que no sé en qué momento adquirieron esa cualidad, y a la cicatriz que me cruzaba la cara, daba a mis rasgos una expresión de crueldad y dureza de la que nunca creí que fuera capaz. Incluso me reconocía en ella menos que antes con el aspecto miserable que traía de Rusia.

Finalmente, utilizando la misma navaja de afeitar me corté el pelo, gris como el acero, hasta dejarlo muy corto, como solía llevarlo antes de la guerra. Pero ni siquiera eso devolvió algo de humanidad a mi rostro. Ni siquiera eso aportó a aquella mutación de mí mismo que me mostraba el espejo alguna característica del antiguo Alfredo Eybler.

Me vestí. La ropa civil que me habían dado era humilde, y, como era de esperar en mi situación, me quedaba algo grande. Pero vestido mi apariencia era ya distinta. Libre de los harapos que me habían cubierto desde Oranki, perfectamente afeitado, ya no parecía un vagabundo.

Recogí todo lo que había utilizado y lo dejé en perfecto orden junto a la puerta de los baños. Después, siguiendo las indicaciones de Hermann, me dirigí al comedor.

El comedor era una amplia sala con mesas y bancos corridos. A aquella hora también estaba vacío. Solo la hermana Agnes, junto a otras religiosas y algunos voluntarios, me esperaba allí con un plato caliente sobre la mesa.

—Adelante, señor Eybler. Siéntese, por favor —solicitó haciendo un gesto que señalaba el lugar con la comida servida—. Pensamos que quizá quisiera usted comer algo después de su largo viaje.

Me senté. Se me hizo extraño incluso coger la cuchara. Hacía meses que no comía nada caliente. Hacía meses que me alimentaba con lo que tenía a mano, con cualquier cosa que pudiera conseguir: un trozo de pan, algo de pescado seco que conseguía robar cuando había suerte, nabos crudos o patatas arrancadas de la orilla de alguna huerta... Había pasado tanta hambre que mi cuerpo era ya casi incapaz de sentirla. Aquel guiso, para mi cuerpo desacostumbrado, incapaz de digerir nada más que sustancias miserables, podría tener consecuencias desastrosas en mi organismo. Aun así comí una cucharada y luego otra. Fuera lo que fuese estaba bueno, pero no comí mucho más.

—Su aspecto ha mejorado muchísimo —reconoció la hermana Agnes al cabo de un tiempo, sentada en un banco cercano mientras yo comía—. Cuando le vi por primera vez, fuera, parecía usted mayor. Sin embargo ahora no creo que tenga usted más de cuarenta y cinco años.

Guardó silencio y me miró, como esperando una respuesta por mi parte.

—Más o menos —dije yo haciendo a un lado el plato, lleno aún hasta la mitad.

La hermana Agnes sonrió, comprensiva.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

—Sí. Gracias.

—Ahora ya es muy tarde. Le buscaremos un lugar para dormir —añadió poniéndose en pie—. Mañana hablaremos con calma. Tendré que hacerle algunas preguntas, recabar algunos datos sobre

usted. Intentaremos localizar a sus parientes, encontrarle su lugar en Alemania.

No dije nada. Poco tenía que decir sobre ello.

Uno de los voluntarios me condujo hasta una litera libre en uno de los dormitorios comunitarios de aquel edificio, alumbrándose con una linterna para no interrumpir el sueño de los otros doce o quince hombres que estaban acostados ya allí. Me deseó buenas noches antes de marcharse y de que yo me tumbara sobre la litera. Una cama blanda, un lugar cálido y acogedor, sábanas limpias. Después de lo que había vivido aquello era lo más cercano al paraíso que podía imaginar. Estuve tumbado boca arriba en mi litera, en el silencio y en la oscuridad, un buen rato sin conseguir dormir. Aquella comodidad, dentro de la humildad de la casa de acogida, me resultaba perturbadora. Después de tantos años de sufrimiento, de los muertos que quedaban atrás, tenía la sensación de que no era merecedor de todo aquello.

La fiebre había subido y el dolor en mi costado hacía que cada respiración fuese como un puñal que se clavaba en mi pulmón maltrecho. Intenté pensar en lo que debía hacer. Tal vez fuera conveniente que me quedara, que le contara a la hermana Agnes mi odisea. Quizá ella encontrara la forma de posibilitar mi regreso a España. Quizá ella pudiera conseguir alguna información sobre lo que había sido de mi familia, de mi esposa, de mi hijo. O tal vez fuera mejor que me marchara antes de que comenzaran las preguntas, que buscara yo mismo la forma de volver, como había hecho ya en Moscú. No sabía qué decisión tomar.

Escuché un ruido. La habitación hasta entonces había estado en silencio. La mayoría de los hombres, derrotados como yo, parecían dormir cuando yo entré. Apenas si se escuchaba el sonido de sus respiraciones. Presté atención, intentando averiguar qué era lo que había escuchado. Al poco tiempo lo supe; alguien, amparado por la oscuridad de la noche, lloraba.

No esperé al amanecer del siguiente día. No pude. De madrugada, sin conseguir dormir, me levanté tan silenciosamente como me fue posible. Recorrí los pasillos vacíos. En la oscuridad me fue difícil orientarme. Encontré el comedor, donde apenas unas

horas antes la hermana Agnes me había ofrecido de cenar. Recorrí un largo pasillo y encontré finalmente la puerta de salida. Estaba cerrada, pero la cerradura era antigua como aquel humilde edificio. No me resultó difícil forzarla. Salí a la calle desierta. El frío era intenso para alguien que, como yo, apenas si vestía una camisa y una chaqueta. La fiebre acentuaba esa sensación de frío. Una tenue claridad iba extendiéndose por el cielo nublado, sin una estrella, que cubría aquella noche Berlín. Pronto amanecería.

Caminé por las calles de la ciudad. Caía una fina lluvia. Tenía que encontrar la forma de pasar a Berlín oeste. No sabía qué documentos ni qué permisos me hacían falta para poder cruzar los controles, pero no me preocupé especialmente por ello. Encontraría un modo de hacerlo. El frío era tan intenso y yo me sentía tan débil que decidí que lo primero que haría sería procurarme un abrigo, una gabardina, algo que me protegiera. Después recorrería de nuevo los controles como hice el día de mi llegada, buscando un modo de cruzar. Encaminé mis pasos hacia la estación de tren. A primera hora de la mañana en ese tipo de lugares siempre había movimiento de personas dirigiéndose a sus puestos de trabajo. Allí encontré lo que buscaba. Un hombre dejó su abrigo sobre un banco mientras se acercaba a un vendedor de periódicos, casi a su lado, para comprar uno. Pude hacerme con él sin problemas, sin que nadie se diera cuenta. Contaba con la experiencia de los meses previos en mi camino desde Rusia hasta Berlín. Desaparecí antes de que hubiera terminado siquiera de pagar el periódico que acababa de comprar. Salí de la estación y me esfumé entre las calles adyacentes.

Una vez fuera de miradas curiosas registré los bolsillos de la prenda que acababa de robar. No había ningún documento, ni dinero, aunque sí un paquete de tabaco y cerillas.

Me puse el abrigo inmediatamente y lo abroché. Como el resto de la ropa, me venía algo grande, pero me sentaba lo suficientemente bien como para que nadie pensara que no era mío. Mi aspecto era humilde, pero ya no parecía un vagabundo. Nada que ver con la situación en la que había llegado a la ciudad. Podría caminar por Berlín sin llamar demasiado la atención. Era exactamente lo que necesitaba.

Encendí un cigarrillo con mano temblorosa. Aspiré profundamente el humo después de meses sin fumar, buscando un alivio para mi angustia. Sentí de nuevo aquel puñal clavándose en mi costado izquierdo. Durante el resto de la mañana me dediqué a observar el paso de personas por los controles entre las dos zonas de Berlín. Algunos cruzaban solos, otros en grupos. Rara era la ocasión en que los soldados, rusos y americanos, no solicitaban que se mostrara la documentación. Entre control y control, en las calles cercanas, también había soldados, pero la vigilancia era menos estricta. A lo largo del día pude ver que en algún momento patrullas de dos zonas colindantes coincidían. Era un breve lapso de tiempo en el que la vigilancia se relajaba. Los soldados, fueran rusos o estadounidenses, aprovechaban aquel encuentro para charlar y fumar un cigarrillo. Aquella era mi oportunidad. Permanecí cerca de allí, entre dos puestos de control, hasta el anochecer. De madrugada, durante uno de esos breves períodos de asueto de los soldados, conseguí cruzar a la parte occidental de Berlín sin ser visto. Lo había conseguido: estaba más cerca de mi meta, de mi patria de afectos, de mi hogar.

Pasé el resto de mi primera noche en Berlín oeste procurando dormir en un portal, pero la fiebre iba en aumento. Tiritaba, y el dolor en mi costado izquierdo era ya continuo. La neumonía no iba bien. Cuando amaneció, a duras penas pude ponerme en pie. Necesitaba tratamiento, necesitaba antibióticos si quería sobrevivir para llegar a España. Pero ¿dónde podría conseguirlos?

Caminaba por Berlín oeste sin un rumbo determinado, fijándome en los edificios, en los letreros de las tiendas. Caía de nuevo la noche y empezaba a llover cuando vi una cabina telefónica. Había una guía de teléfonos en ella. Se me ocurrió que quizá encontrara allí algún hospital, algún sitio donde me pudieran facilitar la medicación que necesitaba. Me acordé de la hermana Agnes. Ella hubiera podido hacerlo, sin duda, pero ya era tarde. Mientras hojeaba la guía telefónica mi vista se detuvo de pronto en la letra *b*. B de Botschaft, que en alemán significaba «embajada». Me maldije mil veces por no haberlo pensado antes. La embajada de España en Alemania. Allí encontraría ayuda.

Busqué la dirección en aquella guía. Debía de haber una en Berlín. Arranqué la página que la contenía y me la guardé en el bolsillo. Tosí. El dolor del costado me obligó a apoyar mi mano sobre él, en un intento por paliarlo. Cuando el dolor agudo cedió un poco salí de la cabina. Detuve al primer viandante que encontré y le pregunté cómo podría encontrar aquella calle. Me explicó brevemente cómo llegar. No estaba lejos de donde me encontraba en aquel momento.

Me dirigí inmediatamente allí. Estaba enfermo, débil y mareado. La fiebre me abrasaba, pero no lo suficiente como para darme por vencido. El edificio, una pequeña aunque suntuosa casa señorial, estaba cerrado, pero había luces en su interior. Llamé al timbre. Esperé un buen rato, pero nadie acudió a abrir. Insistí de nuevo, una y otra vez, hasta que escuché un ruido tras la puerta. Venían a abrir, al fin.

Oí el ruido de unos cerrojos al descorrerse y la puerta se abrió. Al otro lado había un hombrecillo bajito, delgado, que usaba gafas. Tenía un cierto aire ratonil. Vestía un traje oscuro. Tal vez fuera un secretario. Miró de arriba abajo mi aspecto humilde, la cicatriz de mi cara, y después de haberse formado un juicio rápido sobre mí preguntó:

—¿Qué es lo que desea?

Y lo hizo en castellano.

Quince años, hacía quince años que no escuchaba esa lengua, que no utilizaba ese idioma, el mío, las palabras con las que mi madre me había mecido en la cuna, las palabras con las que había crecido, con las que había reído y había llorado, las palabras con las que había aprendido, había amado y había odiado. Mi idioma. La que siempre sería la lengua de mi infancia y de mis recuerdos, aunque mi padre me enseñara alemán. Sentí que el corazón se me encogía de dolor y de felicidad. Estaba en casa.

Quise responder pero la emoción me ahogaba. Quería hablarle en castellano, pero después de quince años utilizando exclusivamente el alemán no lograba encontrar las palabras adecuadas y la fiebre y la debilidad no me ayudaban en absoluto. El

secretario volvió a repetir su pregunta, impaciente, esta vez en alemán.

—¿Qué desea usted?

Finalmente conseguí responder.

—Yo soy español —declaré en castellano, pero después seguí con mis explicaciones en alemán—. Me enviaron a Alemania con la División Azul en 1942. Luché en el frente del este. Caí prisionero de los rusos en Stalingrado. He estado trece años en un campo de prisioneros en Rusia. He conseguido llegar hasta aquí. Necesito su ayuda.

No sabría definir la expresión que se dibujó en el rostro de aquel hombrecillo. Tal vez fuese sorpresa o quizá dudase de lo que le había dicho. Permaneció unos momentos indeciso. Después me franqueó el paso.

—Espere aquí un momento, por favor —indicó, siempre en un correcto alemán, señalando algunas sillas que había en el enorme recibidor.

Entré, pero no llegué a sentarme. A pesar de la fiebre, de la debilidad, del cansancio, del dolor, la emoción me mantenía en pie. El secretario asomó la cabeza a través de una puerta que daba a una habitación contigua. Dio algunas instrucciones. Dos hombres de uniforme salieron al recibidor para vigilarme.

—¿Cuál es su nombre, por favor? —preguntó el secretario antes de desaparecer escaleras arriba.

—Alfredo Eybler.

Al cabo de un tiempo, un rato largo, no sé exactamente cuánto, durante el cual fui incapaz de pensar en nada y caminé sin cesar de un lado a otro de aquel vestíbulo, volvió a bajar.

—El embajador hablará con usted —anunció en cuanto llegó junto a mí, que le esperaba al pie de la escalera.

Subí con él hasta el primer piso de la embajada. Allí el secretario me condujo hasta un enorme despacho en cuya pared podían verse, nada más entrar, una bandera española y una fotografía del general Franco. El embajador, un hombre de mediana edad, pelo cano y rostro inescrutable, me recibió sentado tras la mesa de su despacho.

—Adelante —me invitó en castellano—. Eybler dice usted que se llama, ¿verdad?

—Sí.

—Siéntese un momento, por favor —indicó señalando una de las butacas frente a su enorme escritorio.

El secretario, que entró conmigo, se colocó de pie a su lado.

—Bien, señor Eybler —comenzó a decirme el embajador, siempre en castellano—. Dice que es usted ciudadano español. Sin embargo, parece que le cuesta a usted expresarse en nuestro idioma.

Respiré hondo mientras procuraba ordenar las palabras en mi mente febril.

—He pasado quince años hablando solamente alemán —conseguí responder en el mismo idioma que utilizaba el embajador.

Me sorprendió escuchar mi propia voz con un fuerte acento, como si fuera mi lengua materna, la que siempre había utilizado en casa, la extranjera para mí.

El embajador guardó un momento de silencio antes de volver a interrogarme.

—Su apellido tampoco suena castellano.

—Mi padre era austríaco —aclaré—. Y mi madre de Madrid. Yo nací allí.

El embajador abrió entonces algunas carpetas con documentos que tenía sobre la mesa. El secretario le fue señalando algunos datos en los informes que había en ellas.

—Afirma usted que formó parte de la División Azul, ¿verdad? —preguntó clavando en mí sus ojos oscuros—. ¿Y que luchó en Stalingrado?

—Sí.

El embajador hojeó los informes durante un tiempo que a mí se me hizo eterno.

—La División Azul luchó en Rusia, sí —resolvió al fin—, pero no en Stalingrado. Todas nuestras tropas fueron enviadas al norte, a Leningrado, y se integraron en el XVI Ejército alemán como la 250.^a División de Voluntarios Españoles.

—Eso no es cierto en mi caso —protesté, a punto de levantarme de la butaca en la que estaba sentado. Solo la duda de si podría mantenerme en pie me mantuvo sentado—. Cuando llegué a Alemania se me ordenó por parte de mandos alemanes incorporarme como médico al VI Ejército en Ucrania —continué diciendo.

El embajador siguió recorriendo con la vista los papeles que tenía ante sí.

—Alfredo Eybler... Su nombre, efectivamente, figura en los registros de voluntarios de la División Azul —consintió finalmente.

Voluntarios... En otras circunstancias aquella palabra me hubiera hecho reír.

—Sin embargo —continuó diciendo tras una breve pausa durante la cual levantó la vista de los informes para clavar en mí una mirada inquisidora—, también figura que falleció en febrero de 1943 en la batalla de Krasny Bor, durante el cerco de Leningrado.

Abrí mucho los ojos, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Me estaban diciendo que estaba muerto. ¡Muerto! La situación comenzaba a adquirir tintes surrealistas. Tal vez fuera la fiebre; aquello no podía estar ocurriendo... Y entonces vinieron a mi mente los temores que me asaltaron cuando partí de Hof en dirección a Ucrania, cuando me separaron de mis compatriotas para enviarme con las tropas alemanas a Ucrania... ¿Qué había ocurrido durante la guerra? ¿Qué había podido suceder para que yo figurara como caído en un frente en el que no había llegado a estar jamás? ¿Había informado alguien realmente de mi traslado, del cambio de destino que tuvo lugar en el campamento militar de Hof? Y, de repente, todos aquellos miedos, que habían permanecido durante años ocultos en algún lugar de mi memoria, comenzaron a tomar forma aquella noche en el despacho del embajador español en Berlín y se hicieron realidad. Probablemente nadie había informado de aquel traslado... Nadie... Y la vorágine de la guerra había hecho lo demás.

—Alfredo Eybler no murió en Leningrado... —protesté sintiéndome desfallecer—. Yo soy Alfredo Eybler.

El embajador esbozó una breve sonrisa que no sabría cómo describir. Daba la impresión de que aquel funcionario ya había

pasado por otras situaciones similares a la mía, y mi desesperación y mi agonía le eran indiferentes.

—¿Puede demostrarlo de alguna forma?

Esta vez fui yo el que sonrió, con una sonrisa cargada de amargura. No podía, claro que no podía. Quienes me conocían estaban muertos. Los únicos documentos que justificaban mi identidad me los habían robado en Polonia. Yo no era nadie. Mejor dicho, sí. Era un muerto. Me habían matado en Leningrado.

—No es la primera vez que impostores como usted intentan este juego —espetó el embajador cerrando sus carpetas—. Otros lo han intentado antes. No sé qué delitos habrá cometido usted en este país para intentar huir de él utilizando esta estratagema, pero sepa que no le servirá de nada. Todos los españoles que lucharon en la reciente guerra y cayeron prisioneros de los rusos han sido ya repatriados a España, hace tres años para ser exactos. Corra la voz por si algún otro de sus camaradas intenta hacer lo mismo que usted. Y ahora, fuera de aquí.

Pude ver como el secretario hacía un gesto con la mano. Los dos hombres uniformados que me habían custodiado abajo me obligaron a ponerme en pie. Me sacaron del despacho, me hicieron bajar las escaleras y me echaron sin ningún miramiento a la calle. Las puertas de la embajada española se cerraron a mi espalda y escuché el sonido de los cerrojos al cerrarse. Aquella había sido mi última esperanza.

Fuera, la noche era oscura como la boca del lobo. Llovía con fuerza. Sentía como las gotas de lluvia caían lentamente sobre mí, empapándome. Aquello acentuaba la sensación de frío que invadía mi cuerpo, abrasado por la fiebre. Las calles estaban desiertas, tan vacías como mi alma. Tanto esfuerzo, tanto sufrimiento, tanto dolor..., todo lo que había soportado era inútil. Estaba muerto; para mi país, para mi patria, para los míos, llevaba muerto catorce años. Había dejado de existir en sus vidas.

Vagué sin rumbo por las calles, no sé cuánto tiempo, probablemente horas, hasta que el dolor y la debilidad me obligaron a tomar asiento en un portal que me resguardaba parcialmente de la lluvia, aunque no me importaba mojarme. Todo había dejado ya de tener importancia para mí, incluso el compromiso que me ligaba a los que habían caído, a los que había dejado atrás. Ya estaba muerto. Luchar por seguir con vida no tenía sentido.

Sentí que flotaba en un vacío existencial desligado del espacio y del tiempo. Creo que incluso llegué a delirar. Extrañas visiones asaltaron mi mente. Me vi caminando por un oscuro túnel, un agujero en medio de la nada. La oscuridad formaba un sólido muro en torno a mí, no conseguía ver las paredes. Al final había una luz, una salida, y en ella, esperándome, estaba Ana, exactamente tal y como la recordaba el día que nos despedimos en la estación de Atocha, con nuestro hijo, nuestro pequeño Carlos, en brazos. Yo intentaba acercarme a ella, andando primero, después corriendo, pero ella se alejaba cada vez más y más mientras que la angustia y la desesperación se adueñaban de mí, hasta que la distancia entre nosotros se hizo infinita y dejé de verla.

Después, el vacío, la nada.

BERLÍN, 29 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Cuando abrí los ojos me encontré rodeado por el silencio y la oscuridad, en un lugar cálido y agradable, tumbado sobre una cama que me resultaba extraordinariamente cómoda después de haber dormido durante meses a la intemperie, cubierto con sábanas limpias. Un olor característico impregnaba el ambiente de manera casi imperceptible. Olía a limpieza, a desinfectante. Un olor que me resultaba familiar.

Permanecí un buen rato tumbado boca arriba, sin atreverme a moverme, con los ojos muy abiertos, sintiendo mi corazón latir con fuerza en mi pecho angustiado. No sabía dónde estaba. No sabía cómo había llegado a parar allí. En cuanto mis ojos se acostumbraron a la situación pude darme cuenta de que la oscuridad en torno a mí no era completa. La luz de las farolas de la calle se filtraba por unos grandes ventanales a mi espalda; era de noche.

En aquella penumbra fui distinguiendo siluetas y formas que no me eran del todo desconocidas. Una amplia habitación con hileras de camas a ambos lados de un pasillo central, unas ocho a cada lado, separadas por cortinas, donde se podían distinguir las formas de hombres que dormían. Aquello y el característico olor me hicieron comprender que me encontraba en un hospital. Sin embargo era incapaz de recordar las circunstancias que me habían llevado hasta allí. Mis recuerdos terminaban en una noche de lluvia en que, desesperado tras haber sido expulsado de la embajada de mi país,

exhausto y febril, me había sentado en el escalón de un portal bajo la lluvia, incapaz de seguir luchando por la vida cuando hacía ya años que se me había dado por muerto. Después de eso, en mi mente no había nada.

Noté una presión sobre mi brazo izquierdo; algo lo rodeaba. Me llevé la mano derecha a la flexura del codo y noté allí un vendaje del cual salía un pequeño tubo que se perdía subiendo hacia arriba. Tenía puesta una vía venosa, y pude intuir la silueta de un gotero de suero junto a mi cama. Respiré hondo. El dolor de mi costado izquierdo había desaparecido y percibí también claramente que ya no tenía fiebre. Estaba en un hospital. Después de todo, seguía vivo. No sabía si alegrarme por ello o sumirme en la desesperación.

No volví a dormirme. Vi llegar el amanecer: poco a poco, la luz del sol, un sol frío y sin fuerza, de invierno, comenzó a entrar por la ventana. Pude ver mejor la sala de hospitalización en la que me encontraba: amplia, luminosa, blanca, limpia. La miseria de nuestro sótano en Stalingrado me golpeó de nuevo, una imagen nítida que apareció en mi mente y desapareció con idéntica rapidez. Comenzaron a escucharse ruidos, pasos silenciosos. El hospital volvía a la vida. Una enfermera entró en la habitación. Era una chica joven, de cabellos rubios recogidos bajo una cofia y uniforme blanco, imaculado, con delantal. Llevaba una bandeja con medicamentos, vendas e instrumental en las manos. Al entrar me miró. Mi cama era la primera junto a aquella puerta. Sonrió, con una sonrisa alegre, ingenua, encantadora, y se dirigió hacia mí.

—Buenos días, doctor Adler —me saludó con sincera alegría llegando junto a la cabecera de mi cama y depositando sobre la mesita de noche la bandeja que traía—. Por fin despierta usted. ¿Qué tal se encuentra?

Fui incapaz de contestar. ¿Adler? ¿Me había llamado Adler? Debía de tratarse de un error.

La enfermera tomó mi temperatura. No tenía fiebre. Mi tensión arterial también era normal, así que procedió a retirar la vía de mi antebrazo izquierdo y el suero.

—El médico pasará a verle después del desayuno —me informó—. Me alegro de que esté mejor —añadió con su sonrisa juvenil

antes de dejarme para pasar a atender al siguiente paciente.

Me quedé pensativo. Me había llamado Adler. Estaba seguro de haberlo escuchado perfectamente claro de sus labios. Pero ¿por qué? Era algo que no conseguía explicarme.

Poco después de la ronda matutina de enfermería para tomar constantes nos trajeron el desayuno: leche y pan dulce. Casi había olvidado el sabor de aquellos alimentos que no había probado en años. No fui capaz de comer siquiera la mitad.

A media mañana, como la enfermera me había dicho, un médico se acercó a la cabecera de mi cama. Se presentó; debió de decirme su nombre, pero no lo recuerdo.

—Buenos días, doctor Adler. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien —conseguí responder incorporándome sobre la cama, confuso—. Pero soy incapaz de recordar cómo...

No sabía qué decir, qué preguntar. El doctor sonrió, como si comprendiera mi situación, como si no fuera la primera vez que atendía a un paciente en mis circunstancias.

—La policía le trajo aquí hace tres días —explicó—. Estaba usted gravemente enfermo. Tenía una neumonía y deliraba a causa de la fiebre. Lo único que sacamos en claro de usted en ese tiempo fue su nombre: Heinrich Adler. Es lo único que repitió una y otra vez desde su llegada. Afortunadamente ahora parece que se encuentra mucho mejor. En el estado en que vino, y con sus cicatrices... Supusimos que venía usted de Rusia —continuó diciendo el médico—. En los últimos dos años hemos atendido a varias decenas de compatriotas en su misma situación. Con el nombre que nos dio hicimos algunas consultas en diferentes instituciones del gobierno, como hacemos siempre en el caso de los prisioneros de guerra. Así obtuvimos información sobre usted. Sabemos que es médico, sabemos la unidad en la que sirvió. Respecto a su vida civil, no hemos logrado contactar con familiares o parientes suyos, pero sí sabemos, por ejemplo, que su casa en Berlín sigue en pie.

Guardé silencio unos momentos. No me atreví a desmentir el error en el que estaban. Creían que yo era Heinrich Adler. Probablemente en mi delirio ese nombre fue lo único que acerté a pronunciar. Ese nombre cuyo verdadero dueño había sido la roca

firme que no me permitió sucumbir al horror. En la atormentadora pesadilla de la enfermedad y la fiebre en la que estuve sumido sin duda le llamé para que me ayudara, busqué su mirada, serena y lúcida, y su mano firme sobre mi hombro. «No puedes salvarlos a todos...» Incluso después de muerto, después de que yo le matara, él acudió en mi ayuda.

—Quiero el alta —espeté al médico que se encontraba a mi lado.

Él me miró. No pareció sorprendido por mi petición, pero tampoco se mostró muy partidario de ella.

—¿No cree que es un poco prematuro? —preguntó—. Su estado ha sido bastante grave, a pesar de que ahora parece que evoluciona bien. Sería conveniente que guardase aún algo de reposo, que recibiera algunas dosis más de antibiótico parenteral antes de dejar el hospital.

—Soy médico —respondí—. Facilítame las dosis de antibiótico; yo puedo administrármelas.

El doctor guardó un momento de silencio, negándose a ceder.

—Dese tiempo para recuperarse. No tenga prisa en dejar el hospital.

Tampoco yo cedí.

—Deme el alta.

Los ojos del médico, oscuros, tranquilos, se detuvieron por un instante en los míos, hasta que finalmente bajó la vista, comprendiendo que no tenía nada que hacer frente a mi determinación. Si no me daba el alta, me marcharía sin ella.

—Está bien —admitió tras unos momentos—. Al fin y al cabo usted es médico. Pero permítame que lo organice todo. Solicitar su documentación me llevará tiempo. Quédese al menos hasta esta tarde.

—Hasta esta tarde.

—Bien.

El doctor me saludó con una inclinación de cabeza y me dejó a solas.

Cuando salí del hospital aquella tarde llevaba en mis manos una tarjeta sanitaria y los documentos que me identificaban como

Heinrich Adler.

Al anochecer llegué a la dirección que figuraba en los documentos que llevaba conmigo. Era una casa unifamiliar con un pequeño jardín en uno de los barrios periféricos de Berlín, bastante alejada del centro. A pesar del tiempo transcurrido, más de quince años, cerrada y prácticamente abandonada, su aspecto seguía siendo acogedor. Su ubicación había permitido que no sufriera apenas el impacto de la guerra. Una verja oxidada cerrada con un candado bloqueaba el acceso al jardín, poblado de malas hierbas, en el que sin embargo aún crecían algunos rosales. Al llegar allí me invadió una emoción extraña. Iba a penetrar en el lado más humano de un hombre al que respetaba, admiraba, al que debía la vida. Iba a descubrir aquella parte de Adler que él había mantenido en la más estricta intimidad en el fondo de su alma, esa parte que apenas me había dejado vislumbrar por un breve lapso de tiempo en una única ocasión: aquella noche de fin de año en Stalingrado.

No me costó romper el candado, tan oxidado como la verja que cerraba. Entré en el jardín y caminé hasta la puerta principal. Estaba cerrada con llave. Recorrí el perímetro de la casa. Algunas ventanas del piso inferior tenían los cristales rotos, pero dentro todo parecía seguir en su sitio. La puerta de atrás, que daba al jardín y comunicaba con la cocina, también estaba cerrada, pero unos golpes bastaron para hacer saltar la vieja cerradura. El día se extinguía. El interior de la casa estaba en penumbra. En la cocina todo estaba dispuesto como para servir la cena, imagino que como la esposa de Adler, Anna, su Anna, lo dejó antes de que la mataran. El polvo de años cubría los muebles y la encimera. Había un ramo de flores secas en un jarrón sobre la mesa de la cocina. El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar. Abandoné la cocina, atravesé un pasillo y llegué hasta un amplio recibidor. Frente a mí estaba la puerta principal, cerrada. A la derecha otra puerta comunicaba con el salón. Me quedé de pie en el umbral de aquella estancia. El salón estaba amueblado de una manera sobria y elegante. Todo lo que

llenaba aquella estancia era de líneas depuradas, clásicas: los muebles, de maderas de excelente calidad, habían resistido perfectamente el paso de los años, evidenciado solo por el polvo que nadie había tocado en más de una década; butacas de cuero frente a la chimenea, un piano de media cola junto a los ventanales, alfombras mullidas con motivos orientales, probablemente persas, cubrían el suelo. Adler debió de haber disfrutado de una posición acomodada. Las librerías que cubrían las paredes del salón, enfrente de los grandes ventanales, estaban llenas de libros. Cientos de ellos, de los más diversos temas, no solo de medicina. También había recuerdos familiares y fotografías que me conmovieron hasta lo más profundo del alma. Me acerqué para verlas mejor. La primera imagen que llamó la atención de mi mirada era de un hombre vestido de uniforme, de cabellos oscuros, bigote esmeradamente cuidado y mirada escrutadora y profunda, que incluso en aquella fotografía, ya antigua, intimidaba; parecía llena de vida. La imagen de aquel hombre transmitía serenidad, sabiduría, dignidad, fuerza. Sus rasgos, sobre todo sus ojos llenos de lucidez me resultaban familiares. No tardé en darme cuenta de que se trataba del padre de Adler. Junto a aquella fotografía en la pared había otra radicalmente distinta. Era una mujer sentada al piano. Pequeña, delgada, frágil, llevaba sus largos cabellos rubios delicadamente recogidos y sus ojos claros miraban tímidamente al frente mientras sonreía llena de dulzura. En la fotografía llevaba un vestido blanco que hacía que su impresionante belleza pareciese aún más etérea, como si no perteneciera a este mundo. Había ciertas líneas del rostro de aquella hermosa mujer que también me resultaban conocidas: la frente alta y despejada, la nariz recta. Adler compartía con ella esos rasgos. Aquella mujer debía de ser su madre.

Mis ojos buscaron ansiosos otras fotografías, otras imágenes de la vida de Heinrich Adler antes de la guerra. Qué diferente era el Adler de aquellas imágenes capturadas en el tiempo del que yo había conocido. Sonreía feliz. Aquella lucidez implacable en sus ojos, la misma que ya había visto en su padre en aquel retrato, ese don terrible que no les permitía obviar el horror, no existía aún en Adler en aquellas fotografías. Parecía otro hombre. Adler, junto a un

muchacho joven, con el que guardaba un indudable parecido, probablemente su hermano, mostrando un trofeo de caza; junto al mismo muchacho vestido ya de uniforme unos años después, a la entrada de un cuartel. Adler junto a dos niñas de no más de cuatro o cinco años, rubias como ángeles, sus hijas. Adler de pie, al lado de una joven impresionantemente hermosa, su Anna, con su brazo izquierdo rodeando los hombros de la mujer, su esposa, en un gesto protector lleno de amor. Cómo me recordó aquella fotografía a mi esposa, a mi Ana, a aquella despedida en Atocha hacía ya tanto tiempo. ¿Llegaría Ana a recoger aquella fotografía apresurada, nuestra última imagen juntos? El mismo gesto, el mismo abrazo protector, los mismos sentimientos. Mi vínculo con Adler se hacía cada vez más intenso a medida que iba descubriendo cuánto se parecía a mí, cuánto me parecía yo a él.

De pronto bajé la vista al suelo, no recuerdo siquiera por qué. Mis ojos se detuvieron en las grandes manchas oscuras que cubrían la alfombra que pisaba, que aún seguían allí. A mi mente vino la escena que tuvo que contemplar Adler aquella tarde veraniega, cuando regresó a casa después del trabajo: los cuerpos de aquellos seres indefensos y frágiles que tanto amaba, desplomados sin vida en el suelo. Y pude sentir y comprender su dolor, el dolor terrible de todas aquellas pérdidas, violentas, inesperadas, irrecuperables.

Uno regresa a casa confiando en encontrar allí de nuevo el pequeño mundo de felicidad que con tanto esfuerzo ha construido. Espera encontrar a su vuelta lo que dejó allí aquella misma mañana, cuando salió a trabajar para ofrecer a los suyos una vida mejor de la que él tuvo. Espera encontrar el abrazo cálido de su esposa, que le preguntará, como siempre, qué tal le ha ido el día y le susurrará al oído, una vez más, cuánto le quiere. Espera escuchar las risas de sus hijos, sus carreras, sus intentos por ver quién es el primero en contarle a papá lo que ha hecho hoy en el colegio, y que papá les diga lo orgulloso que está de todos ellos. Espera encontrar ese amor, esa paz, que intenta cultivar y hacer crecer cada día. Y de pronto aquel día, cuando regresa, descubre que todo aquello que tanto ama, todo aquello que constituye el fundamento y la base misma de toda su existencia, por lo que vive, por lo que lucha, ya no existe. Le

ha sido arrebatado de una manera inesperada, cruel y definitiva. Y no regresará jamás.

Surgen entonces en el interior de uno, de esos rincones oscuros del alma, los demonios que le atormentarán ya siempre: la culpa por no haber estado allí para protegerlos, el sufrimiento al contemplar lo que ellos sufrieron, el dolor implacable de lo definitivo, de lo que no tiene vuelta atrás. Y uno toma consciencia, de pronto, con espantosa lucidez, del tiempo perdido, de las palabras no dichas, de los abrazos no dados, de los besos que se quedaron en los labios. Uno piensa siempre, ignorante del mal, que tiene tiempo, tiempo para decir gracias, para pedir perdón por los errores que hubiera podido cometer, para declarar una vez más el amor que siente, incondicional y sincero, hacia las personas queridas... E incluso eso le ha sido arrebatado en un momento. Ya no tendrá tiempo; su tiempo se ha acabado.

La noche se cerraba rápidamente sobre Berlín. Apenas había ya luz. Me acerqué a un interruptor y traté de accionarlo, pero el suministro eléctrico estaba cortado. Salí de nuevo al recibidor, donde había visto unos candelabros junto a la puerta de entrada. Cogí una de las velas que había en ellos y la encendí. Subí al piso superior. Las habitaciones, perfectamente recogidas, estaban intactas salvo por el polvo acumulado en ellas. Elegí la habitación de invitados para pasar la noche. Me acosté sobre la cama y permanecí allí largo rato, en la oscuridad, con un extraño peso sobre el pecho. Pensaba en si a mí aún me quedaría tiempo... Hubiera querido llorar para aliviar aquella angustia, pero no fui capaz. Finalmente me dormí.

Me despertaron a la mañana siguiente los tibios rayos del sol entrando por la ventana. Por primera vez en muchos meses había conseguido dormir, dormir sin sobresaltos, sin angustia, sin tener que despertarme cada hora para frotar mi cuerpo helado y no morir de frío, sin soñar. Me dormí con una profunda tristeza en el alma; esa era la losa que pesaba en mi pecho. Cuando desperté aún persistía. Pensé en lo que habíamos sido, lo que habían sido nuestras vidas y en lo que se habían convertido.

Durante los primeros días la fiebre causada por mi neumonía mal curada me asaltó aún en alguna ocasión, interrumpiendo mi

sueño con pesadillas que surgían de los años de horror vividos. Una y otra vez, Stalingrado. Los antibióticos que me facilitaron en el hospital consiguieron finalmente que la enfermedad remitiera. Desapareció la fiebre y dejé de soñar. Con el paso de los días, al mejorar mi salud, me di cuenta de que debía tomar alguna actitud. Puesto que seguía vivo debía dar algún rumbo a mi vida. Por aquel entonces, sin embargo, el deseo de estar muerto me asaltaba con frecuencia. Pensaba en ello cada día varias veces, pero el compromiso que me ligaba a los muertos, a los que cayeron antes que yo, me negaba la posibilidad de darme por vencido y alcanzar la liberación con la muerte. No tenía derecho a ello. ¿Qué podía entonces hacer?

Durante uno de aquellos días en los que me encontraba revisando los documentos de Adler en el despacho que estaba anexo al salón, encontré uno de los cajones de su escritorio cerrado con llave. Con ayuda de un abrecartas conseguí forzar la cerradura. Allí encontré varias cosas: un revólver descargado y una caja de munición, dinero en efectivo, una cantidad importante, fundamentalmente dólares, y numerosos documentos: las escrituras de la casa en Berlín, documentos sobre otras propiedades en distintos puntos de Alemania y varias cuentas en bancos suizos, donde Adler había derivado cantidades notables. Adler había gozado sin duda de una excelente posición antes de la guerra. Y había tomado medidas cuando comenzó el conflicto para salvaguardar el bienestar de los suyos. Sin duda pensaba sacar a su familia del país y enviarla a Suiza, al menos mientras durase la guerra. Sin embargo las cosas no llegaron a salir como él había planeado. También encontré allí unos cuadernos de notas en los que reconocí la letra alargada y elegante de Heinrich Adler. En aquel momento no les presté atención; más tarde descubriría que eran sus diarios.

Recuerdo que tomé entre mis manos el revólver. Aún estaba engrasado y en perfecto estado. Abrí el tambor; estaba vacío. Cogí algunas balas de la caja de munición intacta que había en el cajón y fui rellenando uno a uno todos los huecos. Cerré el tambor. Amartillé el arma. El deseo de morir fue entonces tan intenso en mí que llegué incluso a apoyar el cañón del arma en mi sien, con el dedo en el

gatillo. No sé exactamente qué es lo que me detuvo. Recuerdo que miraba las fotos de familia que Adler tenía sobre su escritorio: Anna, tan joven, tan frágil, tan hermosa como mi Ana, aquellas dos niñas... Yo ni siquiera había visto a mi hijo Carlos comenzar a andar...

Y, de repente, lo vi claro. Tenía una oportunidad. Adler me ofrecía otra oportunidad. Ponía en mis manos el esfuerzo de toda su vida antes de la guerra para que pudiera regresar, regresar a mi hogar, recuperar esa patria de afectos de la que me habló aquel fin de año en Stalingrado, esa que él había perdido. Había salvado mi vida, e incluso entonces, después de muerto, parecía tratar de facilitarme el camino. Es difícil de explicar. Supe que no podría apretar el gatillo sin traicionarle. No podía hacerlo. No podía.

Lentamente bajé el arma, le puse el seguro, la dejé sobre la mesa y aquel día, por última vez, lloré amargamente.

Los meses siguientes fueron una etapa de actividad febril. Asumiendo la identidad de Adler ordené reparar la casa, acondicionarla y limpiarla. Todo cuanto había en ella se respetó escrupulosamente. Yo apenas salía de allí. Vivía recluido, ocupando el cuarto de invitados en el que había dormido la primera noche que llegué a ella. El contacto con la gente, la mayoría ignorante del horror, se me hacía extraordinariamente difícil y lo evitaba siempre que podía. Durante aquellos meses indagué en diversas instituciones y despachos de funcionarios buscando familiares, parientes lejanos de Adler que pudieran asumir su legado, pero no logré encontrar a nadie. Los Adler habían desaparecido en la vorágine de la guerra. Desde el punto de vista legal solamente quedaba yo, que ya no era Alfredo Eybler, sino el propio Adler. Jamás me consideré merecedor de lo que el destino había puesto en mis manos y nunca lo toqué, salvo para lo imprescindible. A principios de 1958 tomé otra decisión trascendental: bajo la identidad de Heinrich Adler acudí de nuevo a la embajada española.

Ni el secretario ni el embajador eran los mismos con los que había tratado hacía apenas un año escaso y que me habían considerado un impostor. Los nuevos representantes de mi patria en Berlín me recibieron con inusitada amabilidad. Pero, claro, entonces yo era para ellos ciudadano alemán.

Expuse clara y brevemente al secretario de la embajada lo que deseaba de él: quería obtener información sobre la situación de la familia de Alfredo Eybler, médico español de la División Azul caído en el cerco de Leningrado en 1943. El funcionario, inicialmente, no se negó a mi petición, pero me formuló múltiples preguntas sobre Alfredo Eybler y sobre mí mismo, preguntas que no tuve dificultad en responder. Alfredo Eybler era yo, y a Heinrich Adler, durante el tiempo que viví en su casa, llegué a conocerle bien. El secretario indagó asimismo sobre los motivos por los que yo deseaba aquella información. Me limité a decirle que Alfredo Eybler había sido mi compañero de armas. Tuve que rellenar unos cuantos formularios. Finalmente, el secretario me dijo que presentaría mi solicitud al embajador para que la valorara. Le dejé el número de teléfono de la casa en la que vivía para que me avisara cuando tuviera una respuesta. Aproximadamente un mes después, en marzo, una mañana, recibí esa llamada.

—¿El señor Adler? —preguntó una voz masculina cuando descolgué el auricular.

—El mismo —respondí.

—Le llamo desde la embajada española. Soy el secretario —se presentó—. Con respecto a la información que usted nos solicitó hace unas semanas, podemos facilitarle algunos datos. ¿Desea pasar usted por la embajada?

Mi corazón se detuvo un instante, pero mi voz no tembló.

—Pasaré por allí esta tarde. Sobre las cuatro.

Las horas que restaban hasta mi cita en la embajada se me hicieron eternas. La *incertidumbre*, palabra maldita, me consumía.

El secretario me recibió en su despacho. Tomé asiento frente a su escritorio mientras él me mostraba algunos documentos.

—El doctor Eybler estaba casado y tenía un hijo —me informó, como si yo no supiera esos datos, circunstancia que él, que solo me conocía bajo la identidad de Heinrich Adler, no podía sospechar—. Ambos están bien. Viven en Madrid.

Miré directamente a los ojos del secretario y supe que decía la verdad. Si mi rostro hubiera sido capaz de expresar alguna emoción, la alegría inmensa que inundó mi corazón en aquel momento se hubiera evidenciado en él. Pero mi expresión permaneció hermética, inescrutable.

El secretario continuó hablando.

—La señora Eybler volvió a casarse varios años después de la muerte de su marido —añadió, y aquellas palabras eclipsaron al instante la alegría que sentía, ahogándola en dolor, un dolor nuevo, intenso y terrible, uno de los pocos dolores del alma que me quedaban ya por experimentar.

Sentí que palidecía. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para mantener el dominio de mí mismo, para no derrumbarme, para no flaquear.

—Si lo desea, quizá podamos conseguir su actual dirección en Madrid —siguió diciendo el funcionario—. En caso de que quiera ponerse en contacto con ella nosotros podríamos hacer de intermediarios.

—Consiga esa dirección —respondí poniéndome en pie.

La entrevista había terminado.

Salí de la embajada con el dolor que aquella revelación había producido en mí, aturdido, anonadado. Durante horas vagué sin rumbo por las calles, ajeno a todo, como si estuviera bajo los efectos de alguna droga, intentando asimilar, aceptar aquella verdad. No sé cómo no había pensado en ello. Era algo previsible, una posibilidad, algo que podía perfectamente suceder en los largos años de mi ausencia, como realmente había ocurrido. Durante todo ese tiempo Ana no llegó a tener nunca una noticia mía, una señal de que estuviera vivo. Ella era tan joven cuando yo la dejé... Podía entenderlo, era lógico, pero no por ello me dolía menos. Y me había aferrado con tanta fuerza a su recuerdo que al saber que ella ya no era mi esposa me sentí... vacío. Y, sin embargo, no podía culpar a Ana por ello. Mi pobre Ana, mi querida Ana... Fui yo quien la

abandonó, quien la dejó sola con nuestro hijo. Si en todo aquello tenía que haber un culpable, ese era yo, no ella.

De regreso a casa, aquella tarde pasé por delante de una joyería. En un gesto por completo impulsivo, sentimental, entré para encargarme una alianza de matrimonio.

—¿Solo una? —preguntó el joyero extrañado.

—Solo una —afirmé.

Le describí exactamente la alianza que yo llevé conmigo siempre hasta que los rusos me la quitaron en el campo de prisioneros de Beketovka. Era un encargo sencillo. En una semana me la envió a casa. Es el único capricho que me permití con lo que el destino había puesto en mis manos.

Fue poco después de aquello, en la primavera de 1958, cuando sentí por primera vez el dolor. Fue una tarde soleada en que me encontraba en casa, como casi siempre, leyendo uno de aquellos cuadernos de notas que encontré en el escritorio de Adler. Quizá no hubiera debido leerlos nunca. Eran anotaciones eminentemente personales, reflexiones, sentimientos que solamente le pertenecían a él, hechos y vivencias de su juventud, de su vida antes de la guerra, antes de que yo le conociera, de los que jamás habló con nadie, que yo tal vez hubiera debido respetar, puesto que él, mientras vivió, los mantuvo siempre en silencio. Sin embargo, los leí. Y no me arrepiento de haberlo hecho. Sus palabras, a las que el paso del tiempo no había privado en absoluto de su significado, de su valor, de su fuerza, me ayudaron a no darme por vencido, como lo habían hecho antes mientras él vivía. Al leer aquellas notas comprendí muchas cosas de Adler, comprendí muchos de sus actos, de sus reacciones, en ocasiones desconcertantes, a veces incluso crueles, que en su momento no logré entender, que no supe explicarme. Comprendí, al menos en parte, cómo se había forjado su carácter, el porqué de su particular forma de ser. Comprendí aquella manera suya, decidida, incluso temeraria, para mí hasta entonces inexplicable, de enfrentar el horror. Y si antes de leer aquellas notas le respetaba, le apreciaba, después de hacerlo lo hice aún más. Yo, que le había matado.

El dolor comenzó súbitamente, un dolor sordo en el centro del pecho, opresivo a la vez que transfixiante. Parecía atravesarme hasta la espalda. Crecía rápidamente en intensidad y se extendía, ascendiendo hasta los hombros, hasta el cuello, atenazándome la garganta. Era un dolor profundo, visceral, uno de esos dolores intensos, difícilmente soportable, que me hizo palidecer, que hizo que mi frente se perlara de gotas de sudor frío, que me hizo sentir peligrosamente cercana la presencia de la muerte. El episodio, aunque para mí pareció durar una eternidad, en realidad fue breve; no llegaría a los diez minutos. Tan rápidamente como ganó intensidad, fue cediendo poco a poco tras alcanzar su paroxismo, hasta que desapareció por completo. Eso sí, me dejó exhausto.

No quise darle importancia. Después de la intensa actividad de los últimos meses, de las emociones que había vivido, del horror y el desgaste físico de los últimos años, me pareció casi hasta normal que mi cuerpo reaccionara de alguna manera ante todo lo que había soportado. Era algo esperable. Mi primer pensamiento, mi primera sospecha diagnóstica, fue una angina de pecho, y como el dolor cedió por completo en unos diez, como mucho quince minutos, no me preocupé demasiado. El episodio había sido demasiado breve como para causar alguna lesión importante en mi corazón, a pesar de que me dejó extraordinariamente afectado y débil. Tardé varias horas en recuperarme.

A lo largo del verano los episodios de dolor se fueron repitiendo con frecuencia e intensidad crecientes, cada vez más próximos entre sí en el tiempo y más duraderos, acentuando esa característica transfixiante, como si una lanza me atravesara el pecho. Mi diagnóstico diferencial se amplió. O era una angina de pecho o era un aneurisma de aorta. En cualquier caso no era necesario ser médico para darse cuenta de que el cuadro progresaba, gradual e implacablemente.

El dolor modificó mis planes. Sabía que mi esposa y mi hijo vivían y estaban bien. Eso era para mí lo más importante. Habían comenzado una vida distinta, una vida en la que yo ya no contaba. No quería entrar de nuevo en sus vidas. No podía. No debía. Para ellos yo llevaba quince años muerto. No debían saber que no era así.

No cuando en mí apenas quedaba nada del Alfredo Eybler que ellos conocieron, no con la pesada carga de dolor que soportaba, no con mis cicatrices ni con esta enfermedad, fuera lo que fuese, que presentía que me mataría pronto. Pero sintiendo aquel dolor en mi pecho como lo sentía, como el anuncio de un final cercano, surgió en mí el deseo de volver a verlos. Quería verlos una última vez, regresar, aunque fuera desde la distancia, aunque fuera sin que ellos lo supieran, a esa patria de afectos de la que Adler, el verdadero Adler, habló en una ocasión y que fue mía un día, y comprobar con mis propios ojos que tanto Ana como Carlos eran felices y estaban bien. Solo eso antes de morir. Con ello quedaría liberado del compromiso que me ligaba a los caídos, con ello me liberaría de mi dolor, del dolor moral, y podría morir en paz.

A mediados de septiembre comencé a gestionar con la embajada española en Berlín la búsqueda de un alojamiento en Madrid, así como un contrato de trabajo que justificara de alguna forma mi estancia allí, mientras esperaba que me facilitaran la dirección de mi esposa y de mi hijo en la capital. En ese intervalo de tiempo también visité al doctor Schemberg en busca de las pruebas complementarias que me permitirían saber con exactitud mi diagnóstico y qué pronóstico de vida me esperaba; en cualquiera de los dos casos, igualmente malo. A mediados de septiembre, asediado por los recuerdos, por el dolor y la soledad, la terrible soledad en la que he estado sumido estos meses, comencé también a escribir.

Hoy la embajada me ha confirmado el alquiler de un piso en el centro de Madrid que he pagado por adelantado y un puesto de trabajo en un hospital de la capital para comenzar en poco más de una semana como médico de urgencias. Mañana, pasado mañana a más tardar, han dicho que podrán facilitarme la actual dirección de Ana Eybler, que ahora seguramente llevará otro apellido. Ya he hecho los trámites necesarios para poder salir de Alemania. Solo espero que los resultados del electrocardiograma y la radiografía de tórax lleguen a tiempo a la consulta del doctor Schemberg para tener al fin mi diagnóstico. Si no es así, me marcharé de todas formas.

BERLÍN, 2 DE OCTUBRE DE 1958

Ayer recibí una nueva llamada de la embajada española en Berlín. Finalmente consiguieron dar con la dirección de la que fue mi esposa. Un nuevo golpe del destino: ella vive en el mismo bloque en el que yo he alquilado mi apartamento en Madrid. Será mi vecina. No sé si considerarlo una coincidencia afortunada o una nueva tortura para mi alma, porque creo que me resultará difícil, extremadamente difícil, tenerla tan cerca y a la vez tan lejos de mí. No temo que me reconozca. Físicamente estoy tan cambiado, tan envejecido, tan agotado y marcado por cicatrices que desfiguran mi rostro que ni yo mismo lo hago cuando me miro al espejo. Ni siquiera mis ojos ni mi mirada son los mismos. Y con respecto a mi interior, la metamorfosis es aún más terrible. Hace ya mucho tiempo que mi alma está muerta para toda emoción que no sea el dolor.

Hoy, a primera hora de la mañana, he recibido otra llamada telefónica. Esta vez se trataba del doctor Schemberg. Aunque ha llamado muy temprano, no me ha sacado de mi sueño. Duermo poco. Me acuesto muy tarde, y antes del amanecer ya estoy despierto, escribiendo.

La voz del doctor Schemberg me resultó inusualmente seria, grave, cuando cogí el auricular.

—¿Doctor Adler?

—El mismo —respondí.

—Acabo de recibir las pruebas que solicité para usted en el hospital general la semana pasada.

—¿Y bien?

—¿Ha tenido algún episodio de dolor en estos días? —me interrogó a su vez el doctor Schemberg.

—No —mentí.

—Bien. Me gustaría que pasara usted por mi consulta.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible —indicó— Esta misma mañana. Ahora mismo, si quiere. —Había cierta urgencia en su voz—. Le recibiré en cuanto llegue.

—Está bien —contesté—. Voy para allá.

—De acuerdo. Le espero.

Colgué el teléfono. Cogí el abrigo y salí de casa. Me alegró disponer al fin de un diagnóstico antes de partir hacia Madrid. Me permitiría saber con mayor exactitud cuál era mi margen de maniobra, de cuánto tiempo disponía. Me sorprendió, eso sí, hasta cierto punto el apremio por verme del doctor Schemberg. Ambos sabíamos a qué nos enfrentábamos. Fuera un aneurisma o una angina de pecho, el pronóstico no era bueno para mí en ninguno de los dos casos. Quizá fuera peor, más rápido en su evolución fatal, un aneurisma de aorta. Pero, a fin de cuentas, un mes más o menos de vida, de agonía, tampoco tenía demasiada trascendencia para mí. Con los síntomas que yo tenía muy pocos diagnósticos diferenciales más entraban en juego. La urgencia de Schemberg por comunicarme lo que tenía era algo excesiva.

Llegué a la consulta. Había otras tres personas esperando en la sala. Yo no tuve que esperar. Apenas el asistente del doctor Schemberg le informó de mi llegada, me hizo pasar a su despacho.

—Buenos días, doctor Adler —saludó—. Tome asiento, por favor. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien, gracias.

—¿No ha vuelto a tener dolor desde la última vez que nos vimos?

—No —volví a mentir.

—Bien. He recibido su electrocardiograma y su radiografía de tórax esta mañana a primera hora.

Abrió la carpeta con mi historia clínica que tenía sobre la mesa y me mostró el trazado del electrocardiograma. Era rigurosamente normal.

—Como ve, no hay alteraciones —prosiguió—. Aunque cuando se lo hicieron no tenía dolor, ¿verdad?

—No.

—Con respecto a la radiografía...

El doctor Schemberg cogió un sobre grande que tenía en la mesa y se puso en pie, acercándose a la ventana. Yo me levanté y fui con él. Apenas sacó la radiografía del sobre vi el aneurisma. Casi no hizo falta ni que la pusiera al trasluz. La silueta cardíaca era normal, los campos pulmonares estaban limpios, pero en el mediastino la raíz de la aorta, el origen de la arteria de mayor calibre que nace del corazón, estaba anormalmente dilatada, un ensanchamiento que distorsionaba claramente la imagen de una radiografía normal. Era evidente.

—Ya tenemos diagnóstico —hablé al doctor Schemberg, al tiempo que una breve sonrisa cansada se dibujaba en mis labios.

El doctor me miró con cierto desconcierto. Imagino que le resultaba difícil comprender cómo yo, siendo médico y comprendiendo la trascendencia fatal que aquello suponía para mí, podía afrontarlo con tanta calma. Él no sabía que a lo largo de los últimos quince años había tenido que soportar cosas peores que el anuncio de mi propia muerte, que, de cualquier forma, algún día tendría que llegar.

—El aneurisma de su aorta ascendente mide exactamente cinco centímetros y medio —me informó Schemberg guardando la radiografía de nuevo en el sobre mientras volvíamos a tomar asiento frente a su escritorio—, lo cual quiere decir que tiene altas probabilidades de romperse en cualquier momento, mañana mismo, dentro de un mes o dentro de seis, y sabe usted lo que eso significa.

Lo sabía. En el momento en que el aneurisma se rompiera la hemorragia interna que se produciría me mataría en cuestión de

minutos sin que nadie pudiera hacer nada. No había tratamiento, ni quirúrgico ni médico, para aquello.

Todos morimos. Pensándolo fríamente, aquella era solo una forma más de morir como otra cualquiera. Quizá incluso mejor que algunas: aplastado bajo las orugas de un tanque, golpeado hasta la muerte, con la gangrena descomponiendo literalmente tu cuerpo en medio de un hedor insoportable... Se me ocurrían unas cuantas.

El doctor Schemberg volvió a mirarme. Miró mis ojos acerados, mi rostro demacrado, las prematuras arrugas que cubrían mi frente, la cicatriz que marcaba mi cara, y me pareció que lograba comprender por qué yo era capaz de afrontar con aquella serenidad no exenta de ironía un diagnóstico que me condenaba.

—Actualmente no hay ningún tratamiento para lo que usted tiene —aseveró finalmente—. Nada le curará. Aunque su presión arterial y su frecuencia cardíaca son normales para su edad, le prescribiré algunos fármacos para mantenerlas controladas. Es lo único que puede, en cierto modo, demorar el desenlace.

El doctor Schemberg cogió su pluma para redactar unas recetas.

—No deseo esa medicación —interrumpí—. ¿Qué puede ofrecerme para aliviar el dolor?

El doctor Schemberg me miró a través de los cristales de sus gafas de montura metálica, intentando dilucidar lo que yo esperaba de él.

—Facílitame morfina —añadí.

Hubo un instante de silencio. El médico parecía estar valorando mi petición. Imagino que no le resultaba fácil tomar una decisión. Como profesional sabía el dolor que produce un aneurisma que se está disecando, que se está rompiendo. Quizá no tan bien como yo, que lo sentía. Pero lo sabía. Sabía también que una dosis suficientemente alta de morfina podría matarme. Finalmente Schemberg habló de nuevo.

—Con la patología que presenta usted no puedo darle un pronóstico de supervivencia. Puede ser una semana, un mes, un año. Independientemente de que acepte usted o no los fármacos para el control de la presión arterial y la frecuencia cardíaca, lo que tiene usted dentro es una bomba de relojería. El que viva un mes

más o uno menos dependerá sobre todo, a partir de ahora, de lo que se cuide. Vida tranquila, sin emociones fuertes, sin esfuerzos físicos, sin tabaco, sin alcohol...

El doctor Schemberg hizo de nuevo una pausa para mirarme a los ojos.

—Le estoy hablando con absoluta claridad, quizá incluso con dureza —continuó diciendo—, porque sé que comprende lo que implica su diagnóstico. Y sé también —añadió tras un breve silencio— que puede soportarlo.

Agradecí su sinceridad.

—Lamento no poder hacer mucho más por usted.

Hice un breve gesto con la cabeza. Comprendía la situación en la que se encontraba.

—No podemos salvarlos a todos —afirmé.

El doctor Schemberg asintió.

—Eso es cierto, lamentablemente.

Me puse en pie. Schemberg también se levantó. Me tendió su mano, que estrechó la mía firmemente. Sus ojos oscuros no se apartaron ni por un instante de los míos. Recogí mi abrigo e hice ademán de dirigirme hacia la puerta, pero él me pidió que esperara un momento. El doctor Schemberg me facilitó antes de irme lo que le había pedido: algunas ampollas de morfina, agujas y jeringas. Las dosis de morfina que me dio aliviarían algunos de mis episodios de dolor, pero no bastarían para matarme, ni aunque me las administrara todas de una sola vez. Sonreí. El doctor Schemberg no sabía que esa opción no entraba en mis planes, que hacía mucho tiempo que había perdido el derecho a ella. Cuando estaba ya agarrando el pomo de la puerta de la consulta la voz de Schemberg a mi espalda me detuvo.

—Espero volver a verle, doctor Adler.

Sin volverme siquiera para mirarle, me encogí de hombros por toda respuesta y salí de allí.

La certeza de mi diagnóstico me determinó esta mañana a poner en marcha definitivamente mi viaje de regreso a España. De la consulta me fui directamente a la estación central de ferrocarril, donde compré un billete para el primer tren con destino a París que saliera hoy de Berlín. En la capital francesa haría el transbordo para viajar en otro tren hasta la frontera española en Hendaya, y de allí partiría hacia Madrid. Casi la misma ruta que hice cuando dejé mi país. Hoy, a las once de la noche, abandonaré Alemania.

Después de comprar mi billete, emprendí el camino de regreso a casa, a la casa de Heinrich Adler, del verdadero Adler, mi refugio durante todos aquellos meses. Deseaba llegar a casa. Salir a la calle, el contacto con la vida que seguía su curso, me agotaba. Además, deseaba regresar a casa para escribir, para concluir estas notas, esta catarsis que comencé hace unas semanas y que hoy debe llegar ya a su fin. Por el camino, sin embargo, aún me detuve en una ocasión. Pasé de manera totalmente fortuita por una tienda de libros de segunda mano, antigüedades de diversos tipos, cuadros y demás objetos raros. Entre las curiosidades expuestas en su escaparate pude ver, para mi sorpresa, fotografías de la guerra. Me detuve, atraído irremediablemente por el horror. Vi que se trataba de fotografías de las PK o Propaganda-Kompanien, unidades de fotógrafos militares que documentaban gráficamente las campañas durante la contienda. Y fue una de esas fotografías la que atrajo inevitablemente mi mirada. Sus bordes eran irregulares, después de haber pasado por innumerables manos, pero con la imagen en blanco y negro nítida, perfecta. Al pie de la fotografía, con la tinta ya tan difuminada que apenas podía leerse, estaba escrito: «Dos sanitarios durante una tregua en Stalingrado. Otoño 1942». En la imagen aparecía yo mismo quince años atrás, y junto a mí estaba Adler.

Cuándo hicieron aquella fotografía nuestra no lo sé. Imagino que fue al principio de la batalla por la ciudad del Volga, cuando aún teníamos algo de tiempo para descansar. De hecho, recuerdo en alguna ocasión, sobre todo al principio, haber visto a algunos periodistas militares en Stalingrado, pero no guardo consciencia de que nos tomaran ninguna fotografía. Los sanitarios, encargándonos

del trabajo sucio de la batalla, de los heridos, del sufrimiento y de la muerte, no servíamos de mucho en la propaganda de guerra. Después, a medida que la lucha por Stalingrado fue prolongándose en el tiempo, la marea desbordante de soldados heridos y enfermos no nos permitió apenas salir de nuestro sótano-hospital, y mucho menos juntos. Uno de nosotros estaba siempre en los quirófanos, cuando no los dos. Nuestras preocupaciones en Stalingrado estaban entonces muy muy lejos de la propaganda militar.

Entré en la tienda. Pedí a un joven dependiente que estaba ordenando algunos libros en el interior que me la mostrara. La sacó del escaparate y me la entregó. Miré atentamente la fotografía entre mis manos temblorosas. En aquella imagen detenida en el tiempo, con las ruinas de Stalingrado en torno a nosotros, Adler y yo estábamos junto a un tanque alemán averiado, un Panzer IV. Ambos llevábamos los brazaletes con la cruz roja que nos identificaban como sanitarios. Yo estaba de pie, con el cuello de la guerrera subido, el abrigo completamente abrochado y las manos en los bolsillos, intentando protegerme del frío, del intenso frío que parecía intuirse incluso en aquella fotografía, que parecía emanar de ella. Adler se encontraba apoyado sobre la oruga del tanque, cubierta en parte por la nieve, fumando un cigarrillo, con una mano en el bolsillo de su abrigo desabrochado y la otra en un gesto que parecía reforzar las palabras que me dirigía. No recuerdo exactamente el lugar ni el momento en que nos tomaron aquella imagen que ni Adler ni yo supimos nunca que existía. No recuerdo tampoco aquella conversación, lo que Adler me estaba diciendo en aquel momento y que yo parecía escuchar con cierta preocupación reflejada en mi rostro. Miraba una y otra vez aquella fotografía en blanco y negro quince años después de que fuera tomada y me sorprendía el aspecto que ambos teníamos. Qué jóvenes parecíamos entonces. Qué diferentes de aquello en lo que nos convertiríamos pocos meses después. La ciudad aún no había sido cercada cuando se hizo aquella fotografía. Aún parecíamos hombres, aún no estábamos exhaustos, enfermos, demacrados, desnutridos y vestidos con harapos como vagabundos. El horror aún no había alcanzado su paroxismo. Lo peor estaba todavía por llegar.

Miré fijamente la imagen de Adler, junto a mí en aquel segundo capturado para la eternidad, y pensé de pronto que era así como quería recordarle, con aquella manera que tenía de mirar al frente, con sus ojos claros de lucidez abrumadora, con la cabeza alta, todavía íntegro, todavía fuerte, con esa dignidad que nadie consiguió arrebatarse nunca, desafiante como un islote solitario que resiste los embates del mar, un punto de apoyo seguro y firme que jamás me falló. Así quería recordarle, y olvidar lo demás: la enfermedad, el dolor, el sufrimiento, la miseria y la muerte.

—Son veinte marcos —escuché de pronto.

Alcé la vista. Un hombre que rondaría mi edad, sentado detrás del mostrador, a quien no había visto cuando entré en la tienda, me miró y sonrió. Sus cabellos eran grises como los míos, y en su rostro estaban grabadas las arrugas que imprimían el cansancio, el desencanto y la derrota. Pero sus ojos azules no estaban apagados, muertos, como lo estaban los míos. En ellos ardía aún el deseo intenso de vivir, el amor por la vida.

—Pero por ser usted —añadió aquel soldado, haciendo un gesto cómplice que señalaba la cicatriz que cruzaba mi rostro—, lo dejaremos en diez.

Vi que cogía una muleta, apoyada junto a él en el mostrador, para ponerse en pie y alcanzar un sobre vacío donde guardar la fotografía que yo tenía en la mano. Entonces vi su pierna izquierda amputada por debajo de la rodilla y pensé de pronto que aquel hombre podía haber sido uno de esos soldados anónimos, uno de los cientos y cientos de heridos que Adler y yo atendimos en nuestro pequeño infierno, alguno que logró sobrevivir.

—¿Fue en Stalingrado? —pregunté, señalando con la cabeza el muñón de su pierna.

El veterano, con el sobre en la mano, se volvió para mirarme y su sonrisa se volvió oscura y terrible, llena de un significado que solo podría ser comprendido por alguien que también hubiera vivido lo mismo que él, una sonrisa que yo comprendí. El hombre asintió.

—¿Lo suyo también? —preguntó a su vez.

Y como única respuesta yo también sonreí, con una sonrisa de significado tan profundo como la suya. No hacían falta palabras.

Saqué la cartera. Llevaría en ella unos cien marcos en billetes. Los saqué todos y los deposité en las manos del veterano cuando él me entregó el sobre para guardar la fotografía. El viejo soldado dijo algo al ver el dinero. Escuché su voz, pero no llegué a entender sus palabras. Salí de la tienda y me alejé rápidamente de allí sin mirar atrás.

Son las nueve y media de la noche. Hace ya un rato que tengo la maleta junto a la puerta principal. Prepararla no me ha llevado demasiado tiempo; no hay mucho que quiera llevar conmigo. Realmente no hay nada, nada material que tenga intención de llevar conmigo a Madrid, salvo lo imprescindible: algo de ropa, un viejo fonendoscopio de fabricación alemana y excelente calidad que perteneció a Adler, un par de libros de medicina y la fotografía que he comprado esta mañana. El resto se quedará en la casa exactamente como lo encontré. Viajo ligero de equipaje, por lo menos en lo referente a lo material. Solo el peso de los recuerdos, de lo vivido, me abruma. Vuelvo a Madrid. Regreso a esa patria de afectos que decía Adler y que yo, como él, también he perdido, tal vez no de la misma forma, pero sí con idénticas consecuencias. La diferencia es que él no tuvo que regresar al vacío, a la nada, y yo voy a hacerlo y a sufrir con ello un nuevo dolor, quizá distinto de los que había sufrido hasta ahora, de los que aún sufro, pero igualmente terrible. Tengo miedo, miedo de lo que pueda ocurrir a mi llegada, de lo que pueda encontrar allí, miedo de cómo puedo llegar a reaccionar, miedo porque no sé si podré soportarlo. Y no debería tenerlo, sabiendo como sé que mi agonía ya no puede prolongarse mucho más. Pero al fin y al cabo soy solamente un hombre, estoy solo y no puedo evitarlo.

Aprovecho estas últimas horas en Berlín para poner punto final a lo que he estado escribiendo, a estas palabras que me han mantenido atado a la vida en las últimas semanas, que han aliviado mi alma y han alejado de mí la soledad, la locura y el deseo vehemente de morir. He pensado seriamente en quemar estas

páginas antes de partir, pero he puesto en ellas tanto de mí y tanto de los hombres excepcionales con los que compartí aquellos años terribles que me falta valor para hacerlo. No creo que nadie vaya a leerlas nunca, pero prefiero dejarlas aquí, en un cajón, junto a los diarios de Adler. De algún modo constituyen mi forma de mostrar gratitud hacia los que me ayudaron a resistir, a sobrevivir y a enfrentar el horror en los años más duros de mi vida: Schmidt, Kesselbach, Borgmann, Dantzig, Breslau y Adler, sobre todo Adler. Espero, dondequiera que esté, si está en alguna parte, que pueda perdonarme por lo que hice, por lo que estoy haciendo, ya que yo no soy capaz de tener esa misericordia conmigo mismo. Espero ser capaz de llegar al final manteniendo íntegro ese compromiso de sangre que contraí con él, con ellos. Espero ser capaz de conservar esa dignidad que nadie puede arrebatarnos si no la entregamos y que Adler retuvo hasta el fin. Solamente deseo conservar aún suficiente entereza para no entregarla, ahora que yo también casi he llegado al final de mi camino.

En poco más de una hora me marcharé de Berlín, y de alguna forma sé que no he de regresar.

BIBLIOGRAFÍA

Escribir un relato ambientado en la Segunda Guerra Mundial sin contar con el apoyo de historiadores, estudiosos y testigos de aquellos hechos sería una labor muy difícil, si no imposible. Es por ello que el autor incluye aquí esta breve bibliografía como muestra de algunos de los trabajos leídos o consultados para redactar esta novela.

Entre las obras consideradas se incluyen tanto trabajos de reconocidos historiadores como análisis sobre tácticas y operaciones militares, memorias de generales que participaron en el conflicto y diarios y testimonios de los hombres, de los soldados de a pie, que se vieron involucrados en él de una u otra manera. Obviamente, no están todas las que son, pero sí son todas las que están. Sin los trabajos de todos estos investigadores y testigos directos de la época esta novela no hubiera sido posible.

Resulta excusado decir que cualquier error en esta obra debe atribuirse a su autor, y solo a él.

ANTILL, Peter y Peter DENNIS: *Stalingrad 1942*, Oxford: Osprey Publishing, 2007.

BAMM, Peter: *La bandera invisible*, Barcelona: Libros del Asteroide, 2010.

BEEVOR, Antony: *Stalingrado*, Barcelona: Crítica, 2004.

BELLAMY, Chris: *Guerra absoluta*, Barcelona: Ediciones B, 2011.

BROWNING, Christopher: *Aquellos hombres grises*, Barcelona: Edhasa, 2011.

- CARELL, Paul: *Tierra calcinada*, Barcelona: Inédita Editores, 2007.
- CITINO, Robert M.: *La muerte de la Wehrmacht: Las campañas de 1942*, Barcelona: Crítica, 2009.
- CRAIG, William: *La batalla de Stalingrado*, Barcelona: RBA Editores, 2005.
- GERLACH, Heinrich: *El ejército traicionado: Stalingrado 1942-1943*, Madrid: Noguer, 1960.
- GROSSMAN, Vasili: *Por una causa justa*, Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011.
- HASTING, Max: *Se desataron todos los infiernos. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2011.
- JONES, Michael: *El sitio de Leningrado, 1941-1944*, Barcelona: Crítica, 2008.
- KONSALIK, Heinz G.: *Der Artz von Stalingrad*, München: Kindler, 1956.
- LUBBECK, William: *A las puertas de Leningrado: Memorias de un soldado alemán en el frente ruso*, Barcelona: Tempus, 2010.
- LUCA DE TENA, Torcuato: *Embajador en el infierno*, Madrid: Bibliotheca Homo Legens, 2006.
- MANSTEIN, Erich von: *Victorias frustradas*, Barcelona: Inédita Editores, 2006.
- MORENO JULIÁ, Xavier: *La División Azul: Sangre española en Rusia*, Barcelona: Crítica, 2005.
- NEITZEL, Sönke y Harald WELZER: *Soldados del Tercer Reich*, Barcelona: Crítica, 2012.
- PAULUS, Friedrich: *Stalingrado y yo*, Barcelona: Mateu, 1960.
- REESE, Willy Peter: *Un extraño para mí mismo: Diarios de un soldado alemán en Rusia, 1941-1944*, Barcelona: Debate, 2005.
- SAJER, Guy: *El soldado olvidado*, Barcelona: Inédita Editores, 2007.
- SCURR, Johny y Richard HOOK: *Germany's Spanish Volunteers, 1941-1945*, Oxford: Osprey Publishing, 1980.
- THOMAS, Nigel: *The German Army, 1939-1945 (III). Eastern Front, 1941-1943*, Oxford: Osprey Publishing, 1999.
- WINCHESTER, Charles: *Ostfront: Hitler's War on Russia, 1941-1945*, Oxford: Osprey Publishing, 1998.
- WÖSS, Fritz: *Hunde, Wollt Ihr Ewig Leben*, Hamburg/Wien: Paul Zsolnay Verlag GmbH, 1958.
- ZALOGA, Steven J.: *The Red Army of the Great Patriotic War, 1941-1945*, Oxford: Osprey Publishing, 1984.

Los largos años de ausencia

Isabel Sierra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Isabel Sierra, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2014

ISBN: 978-84-08-12568-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,

